

JEFEE

¡VOY
A POR
TI!



AITOR FERRER

JEFE

¡VOY A POR TI!

AITOR FERRER

Primera edición.

Jefe ¡Voy a por ti!

©Aitor Ferrer

©enero, 2025.

©Imágenes por Freepik y AdobeStock

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Capítulo 44](#)

[Capítulo 45](#)

[Capítulo 46](#)

[Epílogo](#)

Capítulo 1



Estaba a pocos minutos de que se acabase mi jornada laboral de este viernes que se estaba haciendo eterno. Mi único aliciente en estos momentos era que no tenía que regresar a trabajar hasta el lunes.

Nadie sabía las ganas que tenía de que llegara el final de la semana y librarme de la rutina que representaba para mí estar en las oficinas.

Y por favor, que nadie me malinterprete, porque me gustaba mi trabajo, lo que no me gustaba tanto era el ambiente.

—Olivia, perdona. —Me sacudió de mis pensamientos Mara, una de las compañeras.

Quien viera a Mara diría que era una de esas chicas que a sus veintinueve años desprendían frescura y vitalidad, y sí, no iba a decir lo contrario, pero también que, bajo esa apariencia amable, con su cabello castaño ondulado sobre los hombros y los ojos azules que inspiraban confianza, había alguien muy diferente, y de eso me di cuenta mucho después de conocerla.

—Sí, dime. —Dirigí la mirada hacia ella sosteniendo una leve sonrisa.

—¿Sería posible tener a última hora el informe del expediente de «La casa de la Moraleja»?

—Lo iba a entregar antes de salir, ya lo tengo listo. —Cogí la carpeta de la mesa y se la di—. Es viable, se queda a un quince por ciento de riesgo.

—Genial, se lo voy a llevar a don Francisco, que tenía especial interés en resolver esta operación.

—Vale.

—Hasta el lunes.

—Hasta el lunes, Mara.

Don Francisco quien había sido mi pareja hasta hace un mes. Tuvimos una relación de tres

años que él tiró por la borda al engañarme con una compañera de trabajo, infidelidad que él negaba hasta la saciedad cuando yo ya veía cosas. La situación cambió cuando ella dejó a su marido y, finalmente, él me confesó la verdad, lo que llevó al final de nuestra relación y a la ruptura de la vida que habíamos compartido durante dos años desde que decidimos mudarnos juntos.

Y es que Francisco, a sus treinta y tres años, era un tipo que tenía una energía de esas atrayente y, con su labia, el muy jodido te hacía caer en una trampa de seducción de la que no podías salir.

Moreno, con el cabello siempre muy bien peinado, con esa elegancia que le caracterizaba y unos ojos marrones de lo más expresivos, me conquistó de a poquito, pero me hizo sentir la mujer más especial y querida del mundo. Hasta que se le acabó el amor.

Ha pasado un mes ya desde que mi vida se desmoronó por completo como un castillo de naipes. Recuerdo claramente el momento en que me dijo que debía abandonar la casa lo antes posible; en ese instante me di cuenta de la gravedad del asunto, y es que ella se iba a ir a vivir con él.

No solo se rompía nuestra relación, sino que tenía que volver a vivir con mi madre y mi abuela. Aunque, eso no era lo peor de todo; lo más duro sería que tendría que seguir trabajando en el mismo lugar donde los vería a ambos todos los días. La simple idea de que todos supieran que me había puesto los cuernos y que ahora él se iba a vivir con la otra, me tenía totalmente en *shock*.

Desde ese día, Silvia, que así se llamaba, dejó de saludarme. Pero eso no fue todo, ya que se encargó de que todos supieran que había comenzado una nueva etapa a lado del jefe.

Al igual que Mara, ella engañaba con su sonrisa de mostrarse como una buena compañera. Esa morena de treinta y dos años y unos bonitos ojos color miel, esos que de siempre vi como amables y risueños, y que ahora no podía ni verlos, desde luego que me la dio con queso. Y del hecho de que natural no debía tener ni las pestañas, mejor no hablamos.

Desde ese mismo momento, pasé a convertirme en la comidilla de los pasillos y despachos. Lo notaba y lo podía sentir en mi piel. Lo que más me dolía era que durante el tiempo que estuve con él, siempre actué como una compañera más, como lo que fui antes de comenzar esa relación, ya que yo llevaba un año en la empresa antes de liarme con Francisco.

La discreción para mí, al igual que para él, fue primordial, hasta que la gente empezó a notar lo cercanos que estábamos y nos dimos cuenta de que intentar ocultarlo era una tontería.

No lograba entender a Silvia; ¿cómo pudo hacerle eso al marido que, feo precisamente no era, y a mí? Si me permitís compartir mis pensamientos, creo que lo que realmente quería era eso que yo tenía, o al menos lo que creía ella que tenía: el favoritismo del jefe en la empresa. Cosa que no era así, pues yo curraba tanto como los demás y de favoritismos, naranjitas de la China, vaya.

Pues a lo que iba, que yo siempre con mi discreción por bandera, y esta llegaba como si fuera

la jefa adjunta, con unos aires de grandeza y unas tonterías que consiguió de alguna manera que muchos me dieran de algún modo de lado.

Eso era lo peor de acudir cada día al trabajo, el hecho de ver cómo quienes antes me sonreían con amabilidad y nunca tuvieron un mal gesto hacia mí, ahora lo hacían como si fuera un insecto a su alrededor. En fin.

Y así era, ya que por desgracia hoy en día hay muchas personas que pierden su personalidad por lamer el culo al entorno del jefe. En este caso a su nuevo ligue, porque conociéndolo, Silvia no era más que eso para él, y tarde o temprano la iba a terminar dejando por otra. Lo que pasa es que ahora estaban en ese momento calentón y de comerse el mundo, ese que ya se les pasaría y ella bebería de su propia medicina.

Porque, como solían decir, donde las dan las toman.

El caso es que era viernes, tenía todo mi trabajo al día y ya me iba para mi casa a plantarme el pijama y quedarme todo el fin de semana con mi madre y abuela, que eran con las que regresé a vivir en ese momento.

Mis padres se separaron cuando yo tenía nueve años y veinte años después, aún no sabía nada de él. Lo que sí supe siempre es que nos abandonó para irse con otra mujer a rehacer su vida.

Nos fuimos a vivir con mi abuela que era viuda y tenía una buena casa en el centro de la ciudad. La nuestra la tuvieron que vender y repartir el dinero que sobró después de que cancelasen la hipoteca que tenían en ese momento.

Comenzamos a vivir de la pensión de mi abuela que, gracias a Dios, no era corta, hasta que mi madre consiguió trabajo en un supermercado del que ahora era encargada. Tuvo mucha suerte porque le pagaban bien, tenía sus pagas extras, vacaciones y trabajaba sus cuarenta horas semanales, ni una más ni una menos, además, a los dos años la hicieron indefinida. Eso la animó mucho y la hizo sentirse más realizada.

Carmen, mi madre, tenía cuarenta y nueve años, me tuvo cuando solo tenía veinte, pero lo más sorprendente fue que mi abuela Leonor la tuvo a ella con diecisiete, con lo cual tenía sesenta y seis años, un cuerpo precioso, guapísima y aparentaba diez años menos.

Las dos eran muy modernas, les encantaban los modelitos y salir de tiendas, comprando todo tipo de prendas en diferentes colores que les sentaban de maravilla y realzaban muy bien sus rasgos, y además eran mujeres con una mentalidad muy abierta. Pero claro, no todo era tan idílico, su relación era como la de dos hermanas pequeñas que siempre andaban llevándose la contraria.

Y se parecían mucho, ambas con el cabello castaño, misma estatura y, en lo que a rostro se refería, mi madre había heredado muchos de sus gestos. Lo único que las distinguía era que los ojos de mi abuela eran marrones, mientras que los de mi madre eran verdes como los de mi difunto abuelo.

Con Francisco era todo muy diferente, apenas tenía contacto con él y me saludaba fríamente cuando me lo cruzaba por los pasillos, con una indiferencia que me hacía ver que para él era como si nada de lo que una vez tuvimos hubiera existido. Nadie se podía imaginar la de veces que me encerré en el baño para llorar de manera desconsolada, sintiéndome totalmente frágil.

Cuando decidí mudarme con Francisco, este me animó a que me comprara un coche, así que utilicé todos mis ahorros que había acumulado durante el tiempo que llevaba en la empresa y financié el resto a dos años. Justo lo acaba ahora y eso me daba la posibilidad de ahorrar más para poder dar la entrada de una casa, que era mi objetivo a medio plazo.

Si no fuera porque mi trabajo era en el mismo lugar que el suyo y bajo su dirección, todo habría sido más fácil, pero en estos momentos me tenía que aferrar a llevarlo lo mejor que pudiese, ya que me negaba a dejar el empleo que tanto esfuerzo me costó conseguir.

Francisco no era el dueño de la empresa, sino que ocupaba el cargo de jefe directivo de plantilla en las oficinas en las que estábamos. Nuestra oficina era una delegación en España de las muchas que había por Europa. Nos dedicábamos al capital privado, ofreciendo liquidez a personas que ponían como garantía propiedades sin cargas o con muy pocas. Sin embargo, la realidad era que el noventa por ciento de nuestros clientes acababan perdiendo esas propiedades porque no podían devolver el préstamo junto con los intereses en el plazo acordado.

Recogí todo y salí de las oficinas sin decir mucho más allá de un «hasta el lunes» general para quienes estaban ya saliendo, al igual que yo. No me detenía con nadie y eso que me ahorraaba, porque no quería ver esas sonrisas falsas más tiempo del estrictamente necesario.

Además, ¿para qué entablar conversación con gente que después me criticaba por la espalda?

En cuanto me subí al coche y a pesar de que estaba como loca por llegar a mi casa y ponerme el pijama, decidí pasar por el centro comercial a dar una vuelta. Que, aunque me costara, tenía que darle la razón a mi abuela y salir a que me diera el aire.

Pasé por la perfumería donde ya me conocían y, al entrar, las chicas del turno me saludaron de lo más sonrientes. No tardaron en decirme que tenían algunas muestras que le iban a encantar a mi madre y a mi abuela.

Cogí un par de cremas que necesitaba y aproveché para comprar el pintalabios que usaba para el trabajo, un bonito rojo coral muy suave que ya se me estaba acabando.

Y al pasar por delante de la tienda de chuches, no pude evitar cometer el pecado de entrar y comprar algunas de las que más me gustaban. Me cuidaba bastante y comía sano, pero ¿a quién no le amarga un dulce? Y yo golosa también era un poquito, que entre chuches y chocolatinas llevaba dos bolsitas.

Al pasar por el obrador, me llegó el olor de los hojaldres salditos que hacían y compré una bandejita para la cena. Sabía que habrían pensado ya en qué preparar, pero esto para ir picando era una delicia.

Me acomodé en una cafetería donde tenían algunas revistas para leer, así como periódicos, y me tomé un capuchino mientras ojeaba una de las revistas del corazón que había en mi mesa.

No era yo muy de cotilleos de famosos ni nada, pero a veces cuando veía que a tal actriz o cantante la había dejado el novio o marido por otra persona, empatizaba con ellas.

Desde luego que las cuestiones del amor y el corazón en ocasiones eran uno de esos dolores que se quedaban anclados en el pecho y ahí permanecían hasta que se cansaban de hacerte sufrir.

Yo sabía que se me pasaría, porque el tiempo todo lo curaba y no había mal que durara eternamente, pero que lo estaba pasando mal por quién era él y el entorno que me rodeaba, también era un hecho.

Si al menos hubiera una sola persona en esas oficinas que no me tratara con ese desprecio por hacerle la pelota a la nueva novia del jefe, la cosa cambiaría y mucho.

Y ahora sí era hora de poner rumbo a casa, que desde aquí podía escuchar a mi pijama llamarme a chillidos, así como a mis pantuflas.

Capítulo 2



Si por algo quería tener mi casa, era por esto...

Sábado, ocho y media de la mañana y ya escuchaba desde la cama a mi madre y a mi abuela discutir por lo que iban a hacer de comer.

El caso es que se llevaban genial y no podían estar la una sin la otra, pero es que se rebatían constantemente todo. Tenían ese ego de querer quedar siempre una por encima de la otra.

Y yo en medio de ese caos que formaban, sentía como si necesitara unos tapones para los oídos y esos cascos de construcción para no tener que escuchar ni una palabra de lo que decían.

—Buenos días —murmuré apareciendo por la cocina.

—Buenos días, cariño —contestó mi abuela viniendo a darme un beso de esos que me traspasaba la cara.

—Quita, mamá, que me toca —decía la celosa de mi madre a mi abuela para que la dejase darme un beso también. Lo que decía, eran dos niñas pequeñas.

—Sois inaguantables, de verdad. —Me dirigí hacia la cafetera—. Me habéis levantado con esos gritos y ahora a pelear por quién me quiere más. ¿Vosotras no os habéis parado a pensar si necesitáis un psicólogo? Y de comer, pues una tortilla con pimientos o unos huevos rotos y santas pascuas, que no viene el Rey a comer a casa —resoplé.

—Necesitamos unas cañas. ¿Os parece? —preguntó mi abuela.

—¿A las ocho y media de la mañana? Madre mía, si yo lo que necesito es café.

—Ahora no, hija, que no somos tan callejeras. —Rio mi madre.

—Bueno, pues a mí no me miréis ni contéis conmigo porque no me pienso quitar el pijama para irme de cervezas, y menos con vosotras dos que sacáis debate de todo.

—Encima que te cuidamos como si fueras una huésped de alto *standing*. Será

desagradecida...

—¡Hija! No le hables así a mi nieta.

—Abuela, no empieces que sé que me quieres convencer para salir y no lo voy a hacer. No tengo ganas.

—¿Y si te digo que te voy a comprar unos trapitos?

—Así me quieras comprar la tienda entera, no voy a salir, os lo agradezco, pero moría de ganas por estar encerrada el fin de semana en casa con mi pijama y mis pantuflas.

—Y las chuches que compraste ayer, que vi la bolsa con estos ojos. —Mi abuela se llevó el dedo índice a la mejilla justo al lado del ojo, y me tuve que reír. Desde luego que no se le pasaba una, no.

—Estás deprimida, hija, no puedes seguir machacándote por lo que te ha pasado. No deberías permitir que las malas acciones y la actitud desagradable de la gente de tu trabajo, por culpa de ese miserable, te afecten tanto. Es importante que no permitas que ellos te roben la alegría.

—No volvamos a lo mismo, mamá, por favor te lo pido —protesté—. Todo tiene un proceso y yo lo necesito. Soy humana. ¿O acaso tú no lo pasaste mal cuando te pasó lo de papá?

—Lo mejor que me pasó en la vida. Mira lo bien que vivo ahora. —Se echó a reír mientras yo negaba volteando los ojos.

—Pero te costó un proceso.

—Lástima de tiempo que perdí, por eso no quiero que te pase a ti lo mismo.

—Luego lo recuperaste bien —le dijo mi abuela, consiguiendo que se nos escapase a las tres una risita.

—Este cuerpo y esta cara no están para desaprovecharlos. —Dio un giro sobre sí misma.

—Bueno, parar un poco que no son ni las nueve de la mañana y me estáis dando el café también.

—¿Con qué quieres la tostada, cariño? —me preguntó mi abuela.

—Con mantequilla, y yo me la unto que no soy manca —advertí porque aún intentaban tratarme como una niña pequeña.

—Qué borde está, por Dios —murmuró, dirigiéndose a la puerta ya que habían tocado al timbre.

Era mi prima Daniela, hija del único hermano de mi madre, Rodolfo, dos años menor que ella

y policía local de la ciudad. Esta, sin embargo, tenía dos años menos que yo, veintisiete.

Nos llevábamos genial, y en esos momentos difíciles, ella era mi mayor apoyo, la persona con la que podía abrirme sin reservas. Quienes nos veían juntas solían decir que parecíamos mellizas. Daniela era morena, como su padre, y los ojos marrones que heredó de su madre, mientras que yo era rubia y mis ojos verdes.

—¿Qué haces aquí? —pregunté riendo.

—Hoy me tomo el día libre para estar con mi prima favorita. —Ella tenía dos más por parte de Cris, su madre, a la que yo adoraba y que trabajaba como funcionaria en el ayuntamiento.

—¿Y eso? Los sábados por la mañana es el día de más trabajo. —Fruncí el ceño, porque era lo que siempre me había dicho ella.

—Lo tengo todo bien organizado con mis chicas —sonrió al tiempo que me hacía un guiño y pasaba el brazo por mis hombros antes de darme un beso en la mejilla.

Daniela tenía su propia peluquería y salón de estética desde hacía dos años. Le iba genial y se había hecho con una clientela fija que la quería muchísimo. Se había convertido en poco tiempo en una de las peluquerías más reclamadas de la ciudad.

Eran seis las personas que trabajaban para ella. El local era precioso y grandísimo. Todo cuidado al más mínimo detalle y que le regalaron sus abuelos por parte de su madre, ya que eran unos señores muy acaudalados que habían cosechado una gran fortuna en inmuebles a lo largo de sus años, pero, sin embargo, eran de lo más humildes y nobles. Una familia que tenía el gusto de conocer dada la unión con mi prima y que sentía como si también fuera la mía.

—Le estábamos diciendo a tu prima de irnos a tomar unas cañas. ¿Por qué no la animas y nos vamos las cuatro? —le preguntó nuestra abuela.

—Paso, yo traigo el pijama y estoy deseando ponérmelo —le contestó a la vez que me hacía un guiño de ojo—. Pero os podéis ir vosotras, que ya nos quedamos aquí de lo más a gusto.

—A tu casa vendrán y de ella te echarán, qué valor —murmuró mi madre haciéndonos reír a carcajadas.

—Yo apoyo a mi prima. Iros vosotras que estáis deseando poneros más guapas de lo que ya sois —las animé, aunque la verdad era que a ese par no hacía falta animarlas mucho, que ya se animaban solitas.

—¡Que se vayan, que se vayan! —gritó la descarada de Daniela.

Mi tío tuvo a mi prima con veinte años. Llevaba un año con la madre de ella cuando se quedó embarazada con dieciocho años, pero mira, aún seguían unidos y los dos consiguieron labrarse un futuro laboral.

En su caso, los padres de ella le pusieron un piso y los ayudaron económicamente hasta que mi tío consiguió su puesto de policía y dos años después ella aprobó las oposiciones de funcionaria.

Daniela para mí había sido como una hermana y las dos habíamos vivido esos momentos de desengaño, ya que ella se llevó un palo muy grande con un novio que tuvo durante tres años y que la dejó un año atrás cuando se presentó a un *reality* de televisión y entró como participante.

El muy caradura le dijo a Daniela que lo sentía, pero que tenía otros proyectos que no eran compatibles con el amor, por lo que participó como soltero y dentro se lió con otra participante con la que terminó con acusaciones cruzadas en los medios seis meses después de terminar el concurso.

Nos sentamos las cuatro a desayunar y cuando acabamos, mi madre y la abuela fueron a prepararse mientras nosotras nos encerramos en mi habitación.

Mientras yo la ordenaba un poco, Daniela se puso el pijama y sacó algunas revistas de la mochila que me sacaron una carcajada.

—No me lo puedo creer. ¿De dónde has sacado esto? —pregunté al ver que eran de nuestra época en el instituto.

—De una caja, que las tengo todas ahí guardadas.

—Pero si parecen nuevas, por favor. —Cogí una—. Ay, la leche, si esta es la del test ese de tu pareja ideal. Me da. —Reí de nuevo.

—Sí, sí, que a mí me salió que mi pareja ideal era Richie, el de tu clase.

—Es verdad, por favor, pero sí de esto hace un siglo.

—Joder, prima, pues no te has ido lejos. —Rio.

—Qué cabrita eres, has traído la de nuestro ídolo en la portada.

—Uf, es que estaba buenísimo —dijo cogiéndola—. Y lo sigue estando, que por este hombre no parece que pasen los años.

—Desde luego, se conserva como el buen vino.

—Yo le daba un repaso, sí. —Miraba la foto mientras asentía y me eché a reír.

—Niñas, que nos vamos —dijo mi madre desde el pasillo—. ¿No os venís, entonces?

—Que no, tía, que nos quedamos aquí tranquilas.

—Bueno, pues nada, que os aburráis mucho.

—Mamá, por Dios. —Reí.

—¿No se vienen? —preguntó la abuela.

—Aquí se quedan las dos.

—Olivia, que no venimos a comer, que he pensado en ir al asador ese que tanto te gusta.

—Abuela, que no me sacáis de casa hoy ni con agua caliente.

—Pues os hacéis lo que queráis de comer.

—Divertíos, locas —dijo Daniela.

—Qué guasa tienes, Daniela, hija, qué guasa. —Rio mi madre.

Cuando escuchamos que salían de casa, cogimos las revistas y las bolsas de chuches y chocolatinas, y nos acomodamos en el salón como hacíamos a los quince y diecisiete años, volviendo a hacer aquellos test que tanto nos divertían.

Cómo se notaba que habían pasado doce años de aquella época adolescente, porque las respuestas que dábamos ahora eran completamente diferentes a las de entonces.

Según se acercaba la hora de comer, nos levantamos y acabamos preparando unos huevos rotos con jamón, y cuando nos dimos cuenta de que no teníamos pan, Daniela se puso el abrigo y unas gafas de sol para bajar a la panadería a por una barra de leña.

—Me he sentido como una famosa —dijo al volver—. La de miradas que me han echado. —Rio.

—No me extraña, ¿tú te has visto antes de salir?

—Sí, sí. ¿No sabías que ahora la moda es salir a la calle en pijama?

—¿Qué dices?

—Lo que oyes. En otros países ya lo hacen. —Se quitó el abrigo y fue a dejarlo a la entrada—. Alguien que se ha dado cuenta de que, como más cómodo se está, es en pijama.

—Como quien lleva un chándal, vamos —sonreí mientras sacaba los platos y demás para poner la mesa.

—Exacto. Bueno, ¿qué peli vemos mientras comemos?

—Peli no, una serie que han estrenado y está muy bien por lo que vi. Tiene infidelidades, ya te aviso —sonreí.

—Venga, pues vamos a verla para poner a caldo al chaval. ¿Por qué será que, teniendo en casa todo lo que quieran, se van a buscarlo fuera?

—Hija, qué sé yo. Pregúntale a don Francisco, o a Silvia, que ella también buscó fuera lo que tenía en casa. —Me encogí de hombros.

—A esa más vale que no venga nunca por mi salón, porque sale de allí como las ratas.

—¿A escobazos? —Curioseé mientras poníamos la mesa.

—No, despeluchada.

Nos echamos las dos a reír; yo porque, conociendo a mi prima, sabía que, si a Silvia se le ocurría ir a hacerse lo que fuera, iba a salir del salón de mi prima que no la iba a reconocer nadie, porque esta capaz era de teñirle el pelo de verde o de rapárselo entero. O peor, raparlo a trozos.

Comimos viendo la serie y era de esas que enganchaban tela, así que paramos para hacer el café y coger algunos dulces, nos acomodamos en el sofá y allí pasamos la tarde viendo la serie completa.

Hasta que aparecieron mi madre y la abuela, que venían cargadas con *pizzas* para la cena.

Daniela aprovechó y se quedó a dormir, decía que ya que estaba calentita y cómoda no se iba, así que al día siguiente desayunaríamos unos churros con chocolate, y para comer haríamos un arroz entre las cuatro, eso sí, si no se volvían a poner a la gresca la señora Carmen y la señora Leonor, para ver quién cocinaba.

Capítulo 3



De nuevo llegaba un lunes que para mí se hacía de lo más pesado, ya que daba lugar a tener que aguantar cinco días por delante en los que me sentía de lo más apartada y juzgada.

Fui saludando cordialmente a todos los que me iba encontrando hasta llegar a mi despacho, poniendo una leve sonrisa que de un tiempo a esta parte me salía de lo más forzada. En cuanto entré y cerré la puerta, me sentía un poco más protegida.

Aquel despacho se había convertido en ese refugio donde me aislaba, hacía mi trabajo y pasaba las horas estudiando unos y otros expedientes sin que nadie me molestase.

Hasta que Francisco me dejó, siempre tenía la puerta abierta y era muy sociable con mis compañeros, pero al final tuve que hacerme este muro en defensa propia para no tener que aguantar las cosas que soltaba Silvia con segundas a otros para que yo las escuchara. Porque sí, esa mujer se pavoneaba por delante de mi puerta soltando todo lo que se le pasaba por la cabeza. Lo peor de todo es que él no me respetara como mujer y como su expareja para pararle un poco los pies.

Desde luego que iba a ser verdad eso de que Dios los cría y ellos se juntan, porque había parejas que eran tal para cual.

Aislada, criticada, con un Francisco de hielo que parecía un completo desconocido y aferrada a no querer prescindir de este puesto que me gané a pulso tras acabar mi Grado de Economía y Finanzas, así pasaba los días en mi refugio antipuñales por la espalda, como lo había llamado mi prima en una ocasión.

Llevaba cerca de una hora de lo más concentrada en mis expedientes cuando escuché murmullos en el pasillo, no tardé en reconocer la voz de la rata despeluchada de Silvia, hablando de no sé qué cena en un restaurante al que Francisco me había llevado a mí infinidad de veces, con una de las chicas que pasaba por allí con ella.

—Es que me conoce muy bien mi chico. —Volteé los ojos al escucharla porque Francisco no se molestaba en conocer a su pareja o su rollito de turno, sino que iba siempre al mismo sitio porque decía que tenía el mejor vino de la ciudad.

Pero ella que se siguiera sintiendo especial que, cuando menos lo esperase, acabaría cayendo de ese trono en el que parecía que se había sentado por sí misma.

Julia apareció por mi oficina y entró tras dar dos golpes en la puerta. Era la secretaria de Francisco con la que siempre me había llevado muy bien y con la que ahora también estaba un poco distante.

Al igual que Mara, la joven de cabello cobrizo, ojos azules y rostro amigable de chica que no había roto un plato en su vida, era otra que por la espalda me había clavado una buena daga envenenada.

—Hola, Olivia. Me manda Francisco a decirte que han propuesto la reunión semestral para el próximo lunes en Hamburgo. Que este año no podrá ir y en su lugar lo harás tú, ya que se hablará de los nuevos *scoring* para evaluar las operaciones.

—Pero ese no es mi problema —dije alucinando porque el jefe de la delegación me enviara a mí, en vez de ir él, que era su cometido.

—Tendrás que ir el domingo y estar por tres días —siguió diciéndome, haciendo caso omiso de mis palabras—. El resto de la semana lo cogerás libre a tu regreso. Mañana te daré la documentación del viaje.

—¿Y atrasar todas las operaciones para luego matarme viva para ponerlas al día? —pregunté sin gritar, pero vamos, que ganas no me faltaban para hacerlo.

—A mí no me tienes que decir nada, chica —contestó de malas maneras—. Yo solo te informo de lo que me dijo el jefe. Si no estás de acuerdo, ya sabes a dónde tienes que ir.

Se marchó con esa indiferencia que nunca había tenido conmigo. Las cosas estaban cambiando un mundo y yo sentía que no valoraban nada de lo que hacía en las oficinas.

¿Qué cojones pintaba yo en Hamburgo cuando no había ido nunca a esas reuniones y tampoco era mi función? Francisco era el jefe de la delegación, era él quien acudía cuando organizaban estas reuniones allí donde las hicieran, al igual que hacían los demás jefes. Al menos hasta ahora, que parecía que todas las reglas del juego habían cambiado.

Cuando estaba conmigo, bien que se iba a las reuniones él solo y decía que no necesitaba que le acompañase, que no era mi deber, que igual me aburría, y todas esas excusas que pudiera darme.

Pero ahora que estaba con Silvia y en ese momento calentón por todo lo alto, no quería irse para estar con ella, que era la sensación que tenía yo.

En fin, que procuré olvidarme de eso y seguí centrada en mis expedientes, pensando, ilusa de mí, que Francisco habría entrado en razones él solito, a sabiendas de que, como jefe, era su deber ir a esas reuniones y no delegar en alguien de rango inferior al suyo.

Pero, como dije, ilusa de mí por no querer creer que de verdad en las oficinas había cambiado

todo tanto, pero sí lo había hecho.

Y tanto era así, que al día siguiente apareció Julia con la documentación en la mano, esa que entró tras dar dos golpes en la puerta sin esperar a que le diera paso, que parecía que estuviera en su casa.

—Aquí tienes las tarjetas de embarque del vuelo, la información del traslado que te recogerá en el aeropuerto y te llevará al hotel que tienes en pensión completa y es donde se celebra la reunión —dijo mientras lo dejaba todo en mi mesa.

»Tendrás dietas de viaje en tu próxima nómina por los días de estancia fuera del país. ¿Alguna pregunta? —Se cruzó de brazos esperando y con cara de no querer estar allí, pero como era la secretaria del jefe y él mandaba, ella sencillamente debía obedecer sus órdenes.

—¿Los horarios de las reuniones? —dije al ver que no estaban entre los papeles que me había dejado.

—Cuando llegues al hotel el domingo te lo indicarán todo.

—Vale.

—Buen viaje —dijo con una sonrisa de lo más irónica antes de girarse para salir, y sonreí de la misma manera, pero sin decir ni una sola palabra.

Si en estos momentos me pichasen, no echaba ni una gota de sangre. Estaba con la mente congelada desde el día anterior que me había comunicado que debía irme yo a Alemania.

Yo, que no había estado en una de esas reuniones en mi vida, y que no sabía ni lo que me iba a encontrar, si harían preguntas sobre temas que solo conocía Francisco. Es que me parecía muy fuerte que el jefe no cumpliera con sus obligaciones.

Intentaba preparar la mente para ese viaje. No iba a ir a discutir con Francisco y terminar provocándome que tirase la toalla. Por ahí no iba a pasar y, además, en cierto modo lo vi como una manera de quitarme toda la semana siguiente del medio y no cruzarme con estas personas que me habían decepcionado por completo.

Así que bien mirado, el irme fuera por trabajo era todo un cambio de aires, no cabía duda, y al menos esos días iba a ganar un poquito de paz mental a sabiendas de que no habría murmullos, no me mirarían con desprecio y no escucharía la estridente risa de Silvia cuando pasaba por mi puerta como si acabara de oír algo de la mar de divertido.

Que era una de mis funciones en la empresa, por supuesto, pero que me iba a ir a desconectar unos días de este ambiente enrarecido y a olvidarme de todos mis compañeros, pues también.

Y como faltaría durante una semana a mi puesto y no iba a poder tocar ni uno solo de los expedientes que tenía para hacer este mes, comencé a llevármelos por las tardes a mi casa. Me organicé de tal manera que pudiera dejar el máximo número posible resuelto para luego no tener que andar asfixiada en mi incorporación.

Esto sí que era llevarme el trabajo a casa y no cuando, además de trabajar con Francisco, nos veíamos también fuera de las oficinas.

Al principio, a mi madre y a mi abuela eso de que me mandasen de aquella manera y sin comentarlo, les pareció una barbaridad por parte de Francisco, pero luego fueron cambiando de opinión y diciendo que era lo mejor que me podía pasar, ya que me quitaba unos días de en medio, conocía una ciudad por la de horas que iba a tener libres y no tendría que aguantar al jefe y toda la plantilla durante unos días. Visto así, hasta yo comencé a animarme con la idea. Que casi lo estaba, pero sin duda ellas dos acabaron por hacerme ver que alejarme esos días era lo mejor.

Preparé durante el fin de semana la maleta de equipaje de mano y la bolsa que llevaba con más ropa y en la que también metería mi bolso, ya que solo podía entrar al avión con dos piezas. Francisco había escatimado en gastos y se notaba que no era él quien hacía este viaje, de lo contrario, no habría cogido una compañía de *low cost* e iría en primera clase. Menos mal que a mí eso me daba igual, ya que las tonterías las tenía él y no yo.

Fue gracioso porque mi abuela se pasó todos estos días comprándome cosas para que estrenara en el viaje. Parecía que iba a buscar novio en vez de hacer un viaje por trabajo, pero ella lo hacía con todo el amor del mundo para sacarme alguna que otra sonrisa.

—Tú imagina que tenéis una cena de empresa una noche, hija —dijo después de que me enseñara un vestido monísimo—. ¿Vas a ir en vaqueros y jersey? No, te vas a poner esta virguería que te va a quedar divino. Y con esas botas que tanto te gustan —sonrió.

—Desde luego, abuela, qué asistente personal se están perdiendo las *celebritis* —contesté riendo.

Daniela vino a desayunar en la mañana que me iba, ya que en un rato me iba a llevar al aeropuerto. Nada más verme, cogió mis manos.

—¿Qué haces? —Reí.

—Menos mal que me he traído el kit de supervivencia —suspiró.

—¿Qué kit? ¿Qué dices?

—Mira qué manicura, por favor, esto no son manos de señorita.

—¿Y de qué son? Porque tengo las uñas perfectas y muy cuidadas.

—Anda, vamos a desayunar que después te hago la manicura francesa, que te van a quedar muy finas y elegantes, de ejecutiva con glamur.

—La madre que te parió. —Reí.

—En casa se ha quedado, y dice que tengas buen viaje. —Se encogió de hombros.

Me sentía afortunada de tener a mi familia a mi lado, ya que, sin importar lo mal que estuvieran las cosas a mi alrededor, ellos nunca me dejaban caer.

La semana había pasado volando con tanto estrés de viaje y expedientes, y ya había llegado el domingo como por arte de magia. No por eso pude evitar las miradas y corrillos en las oficinas, ya que sabían que era a mí a la que habían mandado a la reunión y era como si de algún modo me hubiera querido quitar de en medio. En fin, que pensaran lo que quisieran, que yo a estas alturas pasaba de todos ellos porque me habían demostrado ser iguales que él.

Capítulo 4



Aterrizaba en Hamburgo después de un vuelo que se me hizo de lo más rápido, ya que me lo pasé entretenida viendo una serie que llevaba descargada en el móvil.

Y sí, también comiendo alguna que otra chuche y chocolatina porque estaba un poquito nerviosa ante la reunión a la que iba a asistir por primera vez en mis años trabajando en la empresa.

Al salir de la terminal, vi mi nombre en uno de los cartelitos que sostenía uno de los tantos chicos que esperaban a sus clientes, así que caminé hacia él decidida.

—Hola, soy yo —le dije sonriente en mi perfecto inglés. Desde que era niña, mi madre decidió inscribirme en una academia de idiomas aparte del colegio.

—Bienvenida a Hamburgo, señorita Díaz. —Cogió mi maletita para llevarla él a pesar de que le dije que no era necesario.

El chófer era muy amable, y durante el trayecto me contó que la ciudad era la segunda más grande del país después de Berlín. Estuvo dándome unos consejos de lugares que no me debería perderme durante los ratos libres de mi estancia allí, y me los apunté todos en el móvil.

—Seguro que le gustarán, señorita Díaz.

—No lo dudo —sonreí.

Me dejó en la puerta del hotel y me despedí de él tras darle una propina.

El botones cogió mi maleta con una amplia sonrisa y me dijo que lo siguiera hasta la recepción.

Aquel era un hotel elegante y moderno. La recepción tenía una atmósfera sofisticada y luminosa. Las paredes estaban pintadas en un tono gris claro, y adornadas con obras de arte contemporáneo que daban una sensación de espacio y armonía.

El suelo era de mármol pulido y reflejaba suavemente la luz natural que entraba por los

grandes ventanales.

El mostrador de recepción era de lo más minimalista y de líneas limpias, en madera oscura y cristal, una combinación que contrastaba a la perfección con las paredes y el suelo.

El personal iba de lo más elegante y con aire profesional, todos recibiendo a los clientes con una sonrisa cálida, mientras que detrás, una gran pantalla digital iba mostrando información sobre los servicios del hotel y algunos eventos locales.

A un lado de la recepción había un cómodo salón de espera con sofás de diseño, mesas de centro de madera y lámparas de luz suave que creaban un ambiente relajante.

Se veían un montón de personas charlando en los rincones de aquella recepción, incluso en los pasillos que conducían al área del restaurante. Parecían ser de mi empresa y, seguramente, llevarían aquí un rato alojados y se habrían ido conociendo o ya se conocían de antiguas reuniones al ser repetidores, como no era mi caso.

Saludé a la chica que me recibió con esa sonrisa cálida y amable que todos tenían, y me identifiqué para que me encontrara entre los clientes que se hospedarían estos días.

Me entregó la llave de mi habitación y un folleto con los horarios de las reuniones en el salón principal de eventos. También me comentó que tenía la pensión completa en la que estaban incluidas las bebidas. Además, me envió al correo diez códigos QR que eran para poder consumir lo que quisiera, independiente a los horarios de las comidas, en cualquiera de los dos bares del hotel, el de la planta baja y el del mirador que había en la última. El minibar de la habitación también era cortesía de la empresa.

Agradecida por las explicaciones, me despedí de ella y fui a la zona de ascensores para subir a la planta en la que iba a alojarme.

La habitación era bonita, dado que estaba en un hotel de cinco estrellas y, por lo que había leído, había sido reformado el año anterior. Tenía una cama grandísima en el centro y sonreí mientras le hacía una foto para enviársela a mi prima más tarde. El armario también era amplio, yo porque llevaba poco, pero a quien viniera a pasar dos semanas, le vendría genial.

Además, había un escritorio con un minibar justo debajo, una mesita con dos sillas, el baño y un balcón. No era una *suite* ni nada por el estilo, pero era coqueta y acogedora.

Salí al balcón y me encendí un cigarrillo. Eran las cinco de la tarde y hacía un frío que pelaba. Aquí había menos grados que en España y eso que allí había comenzado febrero el día anterior y lo hizo con las temperaturas más bajas de todo el invierno, pero nada que ver con esto que helaba por completo.

Me reí al recordar la obra maestra de Francisco para quitarme de en medio. En el fondo me había salido bien su jugada porque era domingo y no tenía mi cabeza en que mañana y durante el resto de la semana tendría que aguantar a un montón de gilipollas en tan pocos metros cuadrados.

Le mandé a Daniela la foto de la cama y un vídeo que hice de la habitación, no tardó en contestar que, si llega a saber que iba a estar en un sitio así, se habría venido conmigo de acoplada y diciendo que era mi novia.

Era inevitable que me riera, porque tenía cada cosa que le salía de lo más espontánea y con todo el arte que no podía evitarlo.

Daniela: *Y, por cierto, si ves a un par de alemanes guapetes, invítalos un fin de semana que les hacemos un buen guiso de los nuestros.*

Olivia: *Otra como la abuela, que he venido por trabajo, no para encontrar marido.*

Daniela: *¿Quién ha dicho nada de marido? Prima, con un buen polvo vas servida para olvidarte de la culebra de Francisco y la rata de Silvia. Si es que son el uno para el otro, no me digas que no. Venga, disfruta de esos días y abrigate bien, a ver si vuelves con una pulmonía y no puedes ir a la oficina en un mes. O no te abrigues, que así no ves la cara a esos idiotas. Te quiero, preciosa.*

Yo sí que la quería, y no sabía ella cuánto bien me hacía cuando comenzaba a decir tonterías para que me riera. Es que me daba la vida.

Estaba alojada en el centro de la ciudad, que estaba considerada como la «Venecia del Norte», y las vistas daban a un canal que al otro lado tenía unos edificios típicos de la arquitectura de este país. Era una pasada.

Después de colocar todo, salí de la habitación y me dirigí al ascensor para bajar a tomar un café y ver un poco el ambiente. La primera reunión sería a las nueve de la mañana, así que este primer día lo iba a tomar con toda la calma del mundo y disfrutando de cada instante, que para eso el jefe se había deshecho de mí unos días como si yo molestase mucho, vamos.

—Buenas tardes. Un café expreso, por favor —le pedí al camarero cuando se acercó.

—Bienvenida. Ahora mismo.

—Gracias —sonreí.

Me había sentado al lado de una ventana que daba al canal y me quedé mirando hacia un grupo de jóvenes que se sacaban unas fotos arriesgándose mucho de caer al agua. Aunque vamos, tampoco es que se fueran a matar, como mucho saldrían con una hipotermia. A la gente se le iba mucho la cabeza por hacer la foto más llamativa para subir a sus redes.

Ahí estaban todos, móvil en mano, posando, sonriendo y sin ver que, con un mal paso, acababan hechos una sopa o un cubito de hielo.

Justo al lado mío, en la otra mesita, había un joven mirando también, manteniendo la sonrisa. Estaría pensando lo mismo que yo.

—Al final va al agua —murmuré llamando su atención y me miró sonriendo.

—Eso mismo estaba pensando yo —sonrió.

—¿Vienes también para las reuniones? —pregunté más que nada por tener un poco de conversación con alguien, y encima era guapo a rabiar...

—Sí. ¿De qué delegación eres? —Curioseó tras beber de su café.

—De la de Málaga, en España.

—Oh, bonito país.

—Sí, tiene su encanto —sonreí mientras me fijaba en su mirada.

A pesar de estar sentado, se veía que era alto, tenía el cabello rubio un poco más oscuro que el mío y los ojos eran de un azul intenso y llamativo, que además hacía que tuviera una mirada de lo más expresiva.

—¿De qué delegación eres? —pregunté, porque podía ser de cualquier parte de Europa.

—De Berlín —respondió con una media sonrisa, y qué sonrisa, por favor.

—Ah, bueno, solo te has tenido que mover de ciudad. Sigues en tu país.

—Sí, eso es. ¿Cuánto tiempo llevas en la empresa?

—Cuatro años.

—Genial, ¿es la primera vez que vienes?

—Sí, suele venir mi jefe, pero este año me mandó a mí. —Apreté los dientes.

—Eso es porque eres buena trabajadora.

—O me quería quitar de en medio unos días —bromeé, aparentemente para él, porque la realidad era esa. Francisco, o quizás la propia Silvia, habían decidido que mi sola presencia les molestaba y dijeron: *«pues la mandamos con un billetito “baratucho” a Alemania, y listo»*.

—Tengo entendido que en España tenéis un buen posicionamiento de operaciones con éxito.

—Sí, la verdad es que sí.

—Eres una de las analistas, ¿verdad?

—Sí —sonreí con cierta timidez, porque no sabía qué tenía ese chico que me sacaba los colores.

—¿Cómo te llamas?

—Olivia. ¿Y tú?

—Adam. —Se levantó para darme la mano y le ofrecí que se sentase conmigo, a lo que aceptó encantado.

Hablamos sobre las diferentes formas de evaluar riesgos y los filtros necesarios para decidir si aprobamos o no una operación. Se veía que entendía mucho y que amaba su trabajo, lo mismo que me pasaba a mí, que, pese a todo lo que me estaba sucediendo, era un trabajo que hacía con toda la ilusión y empeño. Me dejaba el alma en cada uno de los expedientes para mirar siempre por el beneficio de la empresa.

—Entonces serías tú la primera persona a la que habría que felicitar por todos esos expedientes exitosos —comentó, y me salió una risilla.

—Bueno, tanto como que sea gracias a mí, no, pero sí que muchos de esos, los analicé yo.

—Entonces, permíteme que sea el primero en felicitarte por esa magnífica labor —dijo de lo más serio y con una mano en el pecho.

—No es para tanto, de verdad —sonreí.

—Te digo yo que se comenta mucho sobre esos exitosos expedientes en todas las sedes, y sí es para tanto, Olivia.

—Pues, muchas gracias, Adam. —Me sonrojé de nuevo, pero es que, como me decía Daniela, no estaba acostumbrada a que me halagaran y claro, en cuanto lo hacían, me salían los colores como a Heidi.

Un par de cafés fueron suficientes para matar un rato el tiempo con un hombre que, aparte de jodidamente guapo, era simpático y tenía una mirada de lo más noble a pesar de esa apariencia imponente que se veía en él por su espectacular físico y la clase con la que vestía.

—Gracias por el ratito de charla —dije cuando llegamos a la recepción y sonreí al ver que él lo hacía también.

—A ti, por hacerme un poco más llevadera la tarde.

—Y eso que hemos hablado de trabajo. —Me salió una risita.

—Es verdad, cómo se nota que estamos aquí para asistir a esas reuniones. Oye, al final no se ha caído ninguno al agua.

—No, nos hemos quedado con las ganas. —Reí.

Nos despedimos y regresé a mi habitación, donde llamé al servicio de habitaciones para que

me subieran un sándwich y unas patatas chips para cenar, ya que entraba en la pensión completa al haber la opción de ir al bufé o pedir un menú de sándwich o hamburguesa.

Mientras esperaba, aproveché para darme una ducha rápida y ponerme el pijama, pensando en ese chico alemán con el que había pasado la tarde.

Me había caído genial Adam, y así al menos ya tenía a alguien a quien saludar o con quien quizás tomar otro café en estos días.

Capítulo 5



Pedí que me trajesen el primer café a la habitación para tomarlo en el balcón con un cigarrillo antes de ir a desayunar, ya que eran apenas las siete de la mañana y aún faltaban un par de horas para la reunión.

Recordé a Adam mientras observaba el nuevo amanecer en la ciudad, cubriéndome con una manta por encima de los hombros y el humeante café. Sería genial encontrarme con él en la reunión, ya que tener a alguien conocido a mi lado me daría un poco más de confianza en medio de tanta gente desconocida. Al menos a él lo conocía un poquito de nada, pero ese poquito me servía de aliado en un lugar que, para mí, estaba lleno de extraños.

—¡Qué bonito eres, lunes! —murmuré, feliz de ser este diferente y no tener que cruzarme con el jefe y su séquito.

Di el primer trago y, sin pensarlo, hice una foto a la taza con esas vistas que tenía, con el amanecer llamando a la puerta para dar comienzo a un nuevo día.

Se la mandé a Daniela para darle los buenos días y me dijo que esa debía ponerla en mi WhatsApp, que era una foto preciosa.

Dudé en hacerlo, pero al final me decidí y la puse en mi historia del WhatsApp.

Que no es que yo fuera dada a esas cosas, pero me había gustado la foto y ¿por qué no iba a compartirla con quien quisiera verla? Y como sabía que más de uno de la oficina la vería, pues que se rascase si le picaba, como me había dicho Daniela.

No tardó en reaccionar ella a esa foto y en mandarme un mensaje, bueno, más que un mensaje fue una fila de emojis de manos dando palmas y una flamenca bailando.

Olivia: *Mira que eres capulla, la madre que te parió.*

Daniela: *Aquí la tengo, desayunando conmigo antes de irse. ¿Le doy los buenos días de tu parte?*

Olivia: *Y un beso, que seguro que lo agradece más. Que tengas un buen lunes, prima.*

Daniela: *Igualmente, cariño. Disfruta de Alemania y de sus monumentos, ya sabes, esos hombres tan altos, rubios y atractivos. Te quiero.*

No tenía remedio, de verdad que no. Pero las risas que me sacaba mi prima no estaban pagadas, ni con todo el oro del mundo.

Di otro trago al café y me quedé allí contemplando las vistas, que sí que eran una maravilla, aunque no hubiera por el momento ningún alemán muy alto y rubio por la calle.

Cogí aire mientras cerraba los ojos y sonreí, porque sí, porque sabía que estos días lejos de todo ese ambiente en la oficina y de los desplantes me iba a sentar genial.

Hoy me sentía animada y con ganas de disfrutar de la ciudad después de la reunión. Lo cierto es que duraría como tres horas y al día siguiente también, ya que vendría otro especialista a darnos pautas. El miércoles, sin embargo, sería algo más ameno y por la tarde regresaría a España.

Me arreglé para dirigirme al restaurante a desayunar. Justo cuando iba a entrar en el ascensor, vi a Adam que me sonreía.

—Buenos días, Olivia.

—Buenos días, Adam. —Me dejó paso y luego entró él—. No sabía que estabas en esta misma planta.

—Ni yo, es una casualidad —sonrió—. ¿A desayunar?

—Sí, a llenar el estómago un poco. —Me toqué la barriga.

—Genial, así me siento contigo. ¿Te parece?

—Claro. Lo mismo estuve pensando antes de la reunión, que a ver si coincidía a tu lado, ya que eres el único al que conozco.

—Eso está hecho —contestó haciéndome un guiño, y de nuevo ese sonrojo en mis mejillas.

Madre mía, de verdad, qué vergüenza. ¿Qué iba a pensar este chico de mí? Que era tímida, como poco, pero que me sonrojaba con una facilidad pasmosa, vaya. Aunque empezaba a darme cuenta de que solo me pasaba estando con él.

Tras llegar al restaurante, nos acomodamos en una mesa que daba a una zona céntrica muy transitada, en esta ocasión no era al canal. Nos pedimos los cafés antes de ir a llenarnos los platos, ya que era tipo bufé.

Coloqué en el plato una rebanada de pan tostado junto a un bollo con chocolate que tenía una pinta buenísima, pero también cogí un bol con fruta troceada que me había llamado la atención.

De nuevo en la mesa, Adam me preguntó qué tal había pasado la primera noche, a lo que sonreí diciendo que muy bien y que había dormido de maravilla. Y era cierto, porque a pesar de los nervios por la reunión, no me había despertado ni una sola vez.

Estuvimos charlando sobre Hamburgo, me dijo que él lo conocía muy bien y se ofreció a hacerme esta tarde de guía. Incluso me propuso comer fuera del hotel. Idea que me pareció fantástica. Era un tipo súper educado y correcto, con el que podías hablar de cualquier tema fácilmente.

—El chófer que me trajo del aeropuerto me sugirió varios lugares que no debía perderme —sonreí.

—Pues estaré encantado de ser tu guía turístico por la ciudad.

—¿Eso entra en el todo incluido del hotel? —Arqueeé la ceja y le salió una carcajada—. Ya veo que no, vale. —Reí.

Al menos también tenía sentido del humor, porque había escuchado decir muchas veces que los alemanes eran muy serios. Qué suerte había tenido conociendo al más simpático de todos.

Terminamos de desayunar y fuimos hacia el salón de eventos donde tendría lugar la primera reunión de la semana.

Nos sentamos en una de las mesas y vimos que en la sala había justo veintitrés personas y el especialista en *scoring* que nos explicó las nuevas pautas a la hora de analizar una operación.

No nos perdíamos nada, anotando lo que era básico y más importante, y me fijé en que la letra de Adam era bastante bonita y elegante. Y se leía bien, que no era como la de los médicos que, para distinguir lo que ponía, a veces tenían que adivinar qué letras había puesto.

Tras las explicaciones, entramos los demás a dar nuestras perspectivas o preguntas y alguna duda. A mí no se me ocurrió otra cosa que rebatirle un punto de la nueva ecuación, ya que desestabilizaría la realidad de los números resultantes finales.

—Creo que la lógica que ella dio resalta mejor el potencial de la operación sin dar lugar a que esa puntualización pueda distorsionar la realidad de los beneficios resultantes —comentó Adam, y a mí me salió una sonrisa.

Al final pude puntualizar todo, y el especialista me felicitó por mi asombrosa capacidad de analizar según otra perspectiva más allá de la que ellos mismos habían visto. Hizo unos cambios con el consenso y opiniones de todos que iban avaladas por mis palabras.

Al salir, Derek, el que hoy había impartido el curso, me felicitó.

—Eres una analista de las que quedan pocas —me dijo delante de un Adam que afirmaba sonriente.

—Gracias —respondí con una sonrisilla y sí, las mejillas rositas como la pobre Heidi.

En fin, que estaba claro que los halagos no eran lo mío porque me sentía de lo más vergonzosa.

Salí de allí feliz de haber conseguido mejorar el nuevo plan que ya traían de lo más estudiado.

—Has estado muy hábil, me quedé asombrado al escucharte y darme cuenta de la habilidad que tienes como analista. Deben estar muy orgullosos de ti en tu delegación —dijo cuando nos sirvieron el vino en la terraza donde nos habíamos sentado para comer en la plaza principal del centro de la ciudad llamada Rathausmarkt.

—Ojalá solo me respetaran como compañera —murmuré en alto, consiguiendo que arqueara la ceja—. Perdona, es que ¿sabes qué me pasa? Que a veces digo en alto lo que solo quiero pensar —sonreí mientras me excusaba.

—¿Tienes problemas en las oficinas? —preguntó, y suspiré.

—Muchos, más de los que me merezco, pero bueno, sigo dándolo todo e intentando pasar desapercibida, aunque sea misión imposible. Estoy pagando un alto precio por haber estado con la persona equivocada.

—No entiendo. —Frunció el ceño—. ¿Qué tiene que ver en el trabajo tu vida privada?

—Llevaba un año en la empresa cuando comencé una relación con Francisco, el jefe de equipo. Al año nos fuimos a vivir juntos y todo iba bien hasta que comenzó a ir mal.

—¿Lo habéis dejado?

—Bueno, me dejó él. Llevábamos viviendo juntos dos años.

—¿Y qué tiene que ver eso con el trabajo?

—Pues que de un tiempo atrás, antes de dejarme, yo noté algo raro con Silvia, una compañera. —Se me comenzaron a caer las lágrimas.

—Tranquila. —Estiró su mano por encima de la mesa y me la apretó.

—Francisco me lo negaba todo, pero comenzó a tratarme con indiferencia y malhumor. Ella estaba casada y hasta pensé que eran cosas mías, pero esta terminó dejando al marido y él confesándome que estaba enamorado de ella. Me echó de su casa de manera fulminante. Y ahí comenzó mi calvario...

—¿Por qué?

—Cuando estaba con él, no me metía en nada. Me dedicaba a trabajar y no a ser la novia de nadie, pero en este caso, fue irme de su casa y al día siguiente llegar Silvia a las oficinas con

aires de superioridad y no solo ocupando su lugar como siempre, sino dejando claro que era la novia del jefe.

—Se ve que le quiere —dijo con ironía.

—Francisco comenzó a tratarme con frialdad y desprecio en el trabajo, se comenzaron a formar corrillos hablando de que me habían dejado por Silvia y todos comenzaron a lamerle el culo a esta y a tratarme con indiferencia. —Me sequé las lágrimas que seguían cayendo—. Estoy pasando por un calvario, pero no quiero perder el empleo que con tanto esfuerzo me gané.

—De ahí que ayer me dijeras el comentario de que lo mismo te habían mandado aquí para quitarte de en medio.

—Sí, está claro que es así, como solo podía venir uno por delegación y ella no podía acompañarlo, la forma rápida fue enviarme a mí cuando él siempre había sido el primero en querer venir y estar al tanto de todo de primera mano.

—Pues no sabe ese hombre el potencial que tiene en su oficina y es una lástima.

—Ya, pero donde hay patrón, no manda marinero. Y eso soy para él, una simple empleada que está obligada a acatar todas sus injusticias.

—En todos los trabajos, por desgracia, pasan cosas por culpa de los que se creen con un poder absoluto que no tienen, porque tú eres un potencial, te lo repito, así que gana a la vida, gánales a ellos y no dejes que nadie abochorne tu vida por sus malos actos. —Acariciaba mi mano con mucho afecto para que no me viniese abajo.

—Lo siento —dije mientras me secaba las lágrimas—. No quería llorar, y menos con un casi desconocido, que dirás que, qué loca te ha caído encima y, para colmo, te doy la comida con mis llantos.

—Llorar es bueno, Olivia, de alguna manera hay que sacar el dolor y la rabia. Guardárselo uno dentro no es sano, hazme caso, y ¿loca, tú? Locos ellos por no ver lo buena persona que eres. Avergonzados deberían estar, sobre todo tu jefe, por no valorarte como persona y el trabajo que haces.

—Ya, bueno, se ve que a él le tiran más dos tetas —dije, y volvió a reírse—. Vale, que lo he dicho en alto, ¿verdad? Qué vergüenza, por Dios.

—Eres natural, Olivia, y ese es tu encanto.

Y ahí iban de nuevo mis mejillas sonrojadas. Si es que no había nacido yo para que me piropeasen, de verdad que no. Qué razón tenía mi prima con eso de que me tenía que acostumbrar a que me dijeran cosas bonitas.

Capítulo 6



Después de comer y tomarnos un café mientras seguíamos hablando de lo que mejor conocíamos, que no era otra cosa que el trabajo, nos dispusimos a pasear, pero antes nos paramos ante el impresionante ayuntamiento donde estaba la sede del gobierno de la ciudad.

Por suerte, llevaba unas medias tupiditas debajo del vestido de lana negro que me había puesto esa mañana y mis botas altas que también abrigaban. Por no hablar del abrigo con pelito por dentro, la bufanda y los guantes, que el frío de aquí era mucho peor que el de Málaga, y yo, que era telita de friolera, como me decía Daniela, más me valía ir bien tapada.

Adam me explicaba que las innumerables figuras que había en la fachada eran de emperadores alemanes. También llamaba la atención su torre, que medía más de cien metros de altura, según me decía. Desde luego que no podía tener un mejor guía turístico porque me hablaba de todo de un modo que se notaba que le gustaba mucho la cultura de su país.

—Listo —dijo después de tomarme una foto con el móvil que le había pedido para mandar a mi madre y a mi abuela.

—Oh, qué bonita, por favor. Gracias —sonreí mirándola y es que había cogido un ángulo espectacular y se me veía en un primer plano ante tal imponente edificio.

—Buena cámara —sonrió señalando el móvil.

—Sí, sí, porque la modelo... —Volteé los ojos y le salió una risita.

—¿Qué pasa con la modelo? —Curioseó—. No me digas que no te ves bien, con lo bonita que eres. Tienes un rostro que desprende alegría.

—No será por la que tengo en el trabajo, eso seguro.

—Pero en tu vida personal, seguro que sí.

—Hay tres locas que me vuelven loca a mí, y dos tíos un poquito más normales. —Reí.

—Lo importante en nuestra vida es rodearnos de gente que nos quiera bonito —sonrió.

—Pues con los dedos de una mano, cuento a todos esos.

—No tengo ninguna duda de que tu jefe se acabará arrepintiéndose de haber perdido a alguien como tú.

—Lo dudo, pero bueno —suspiré, y Adam me acarició la mejilla a modo de cariño.

—Deberías de valorarte un poco más, Olivia, en todos los sentidos.

No era el primero que me lo decía, y tenía claro que tampoco sería el último, y sí, debería hacerles caso y valorarme, pero era imposible hacerlo cuando veía que, salvo mi familia, nadie me valoraba.

Por eso me había sentido de lo más feliz al recibir la felicitación de Derek, el que nos había dado el curso esa mañana, porque en el trabajo podía contar con las dos manos las veces que me habían felicitado por mi trabajo, y, aun así, me sobraban dedos.

Caminamos bordeando el río Alster, lo que nos llevó hasta un edificio que resultaba ser ideal para fotografiar, se trataba de una galería comercial llamada Alster Arkaden. Obviamente, no dudé en pedirle que me tirase una foto en ese lugar.

—Me vas a odiar. —Reí dándole el teléfono.

—No, por favor. Estoy encantado de que te quieras llevar muchos momentos immortalizados de mi país.

—Eres muy amable, Adam.

—Tú también, Olivia —sonrió, devolviéndome el teléfono después de immortalizarme en una segunda gran foto.

Esa le iba a gustar a Daniela, seguro que me decía que me la pusiera de foto de perfil en WhatsApp, como si no la conociera.

Y sí, como había dicho Adam, quería immortalizar todos los momentos que pudiera en estos días porque, en otra, como esta de visitar algún lugar para ir a futuras reuniones de empresa, no me veía.

Quería llevarme todos los recuerdos que pudiera, cuantos más mejor, de los que quedarían grabados en mi mente como los mejores días de desconexión de toda mi vida.

Anda que no iba a seguir disfrutando mientras pensaba que se habían querido deshacer de mí unos días, y me lo iba a pasar en grande.

Al entrar en la galería, nos encontramos rodeados de un sinfín de cafeterías, joyerías y una gran variedad de tiendas de lujo que desprendían elegancia por todos lados.

Adam era trece años mayor que yo, tenía cuarenta y dos y se le notaba en la madurez con la que hablaba, no en el físico, que era ya para perder la cordura, porque era uno de los hombres más guapos que había visto en mi vida, y no parecía que tuviera la edad que decía.

Me detuve un instante frente al escaparate de una de las joyerías donde vi unos pendientes preciosos, aunque en realidad, mirase donde mirase, todo lo era.

También me llamó la atención un bolso en color *beige* que combinaba perfectamente con unas botas del mismo color; era un conjunto de lo más elegante y versátil, ideal tanto para un día de oficina como para una salida.

Adam estaba hablando por teléfono y por eso fui echando un vistazo a todo, hasta que acabó de hablar en alemán con quien fuera que le había llamado, y me hizo saber que podíamos continuar, apoyando la mano en mi hombro.

—Ay, por Dios, qué susto —dije con la mano en el pecho.

—Lo siento, pero es que te llamé y al no escucharme...

—¿Me has llamado? —Fruncí el ceño y Adam asintió—. Ni me he enterado.

—Ya lo he visto —sonrió—. Estabas muy entretenida viendo escaparates.

—Es que hay cada cosita que llama la atención, que, ya te digo yo que, si estuviera aquí mi abuela, arrasaba con más de una tienda. —Reí.

Continuamos visitando la galería hasta que regresamos a la calle, donde nos recibió de nuevo ese aire frío que te abrazaba de tal modo que te calaba hasta los huesos.

Paseamos un buen rato mientras me enseñaba unos lugares que eran imperdibles y que dejaban con la boca abierta y donde sí, le pedí que me hiciera más de una foto con mi móvil, hasta que decidimos tomarnos un café en una de las terracitas que había por allí cerca de donde estábamos en este momento.

Las terrazas estaban de lo más aclimatadas con las estufas exteriores y, además, en todas dejaban en cada silla una mantita para echártela por las piernas o el cuerpo. Cómo se notaba que aquí estaban más que acostumbrados al frío, porque lo de la mantita era todo un detallazo, desde luego.

—No deberías fumar —me dijo cuando me encendí el cigarrillo.

—Lo sé, pero necesito tiempo para deshacerme de este vicio. Ahora no estoy en mi mejor momento como para soportar un desenganche de este tipo. —Me mordí el labio y él me miraba con esa sonrisilla tan bonita que lucía.

—Pues deberías planteártelo. Hay que sacar de nuestras vidas todo lo que nos hace mal.

—Ojalá fuera así, pero hay cosas que hacen mal y no podemos echarlas, ya que estamos condenados a jodernos —me referí a Francisco.

—La vida es larga y sorprendente. El karma existe, solo hay que dejarlo actuar.

—Eso he oído, pero ¿sabes? Creo que a la hora de enamorarnos de una persona o de otra en concreto, deberíamos tener como una especie de detector interno que nos dijera si nos va a hacer daño o no. No digas nada. —Reí al ver que abría la boca para hablar, pero le corté de inmediato —. Ya sé que eso es imposible, pero no me digas que no estaría bien.

—Puede que sí —respondió con una leve risita.

—Me habría venido bien a mí, que así no estaría pasando ahora por el calvario que tengo en la oficina. Pero bueno —suspiré—. Cambiando de tema. —Di una calada al cigarro y lancé la cuestión que llevaba dando vueltas un tiempo en mi cabeza—. ¿Tienes pareja? —pregunté, curiosa.

—Estoy casado —sonrió.

—¿Hijos?

—No, hijos, no —murmuró sonriente.

—Yo siempre soñé con tener dos hijos, ahora sueño con tener una casa y paz en mi vida —dije sonriendo.

—La paz es algo relativo, pero bueno, siempre está bien tener los cimientos de nuestra vida consolidados. Seguro que lo conseguirás pronto.

—Bueno, con conseguirla ya me conformo. —Reí.

Porque sí, tener un poco de paz en medio de ese lío era un poco complicado, pero estaba convencida de que iba a llegar y cuando lo hiciera, respiraría con un alivio tan grande como cuando me quitaba los tacones después de una noche de copas con mi prima.

Adam era un tipo que transmitía mucha paz, y su mujer tenía mucha suerte de estar con un hombre como él, aunque seguro que ella no era menos impresionante, estaba segura de que debía de ser una mujer espectacular.

El café fue doble porque estábamos tan a gusto charlando y en ese rincón que se nos pasó el tiempo volando. Incluso me pidió el móvil para hacerme una foto con el fondo lleno de gente y aquellos edificios.

Me gustó, y más por la sonrisa que consiguió sacarme.

—A ver, pero sonrío que estás muy seria.

—Si es que se me ha congelado la cara, yo creo.

—Es que así sales muy fea.

—Ole ahí qué piropo me acaba de echar mi compi de empresa, señoras y señores. Fea me dice, qué valor. —Volteé los ojos.

—Sabes que no es así, así que, sonríe a la cámara, venga, te cuento tres. Una... —Comenzó a contar y lo peor es que me puso caras raras, por lo que acabé sonriendo de buena gana—. Eso está mejor.

—Con la fama de serios que tenéis los alemanes, y me estás haciendo reír, tela. Tú no tendrás familia en el sur de España, ¿no?

—Me lo habrían contado mis padres —sonrió.

—Pues me alegro de haber conocido a un alemán con tan buen sentido del humor.

—También soy serio, pero cuando debo serlo y, sobre todo, con quien debo serlo.

—Muy bien dicho, sí, señor.

Después de aquel ratito en la cafetería, sin que me dejara pagar, al igual que había hecho durante todo el día, paseamos un rato más antes de ir a cenar, ya que aquí casi que lo hacían en nuestra merienda.

Durante la cena estuvimos compartiendo impresiones sobre las evaluaciones financieras y, sin que él lo supiera, me estaba dando unas pautas de lo más interesantes. Se notaba un montón que tenía un gran recorrido en este mundo y llevaba desde el principio en la empresa.

—Y ahora pago yo —dije después de que nos dejaran el postre, que era uno de esos pasteles de manzana que estaban buenísimos con un poquito de nata montada.

—No, no, de eso nada.

—Pues, a escote.

—¿Perdón? —Abrió los ojos.

—Que, pagamos a medias, no te vayas a creer que voy a airear yo aquí mi delantera para que se cobren en carnes lo que hemos cenado.

Adam soltó tal carcajada, que algunas de las mesas de alrededor le miraron sonriendo.

—Bueno, que eso, que yo pago la mitad y tú la otra mitad.

—Mañana te dejo que me invites al desayuno —dijo mientras sacaba la tarjeta y llamaba al camarero.

—¿Al desayuno? ¿En serio? Pero, si estamos en el hotel con todo incluido... —Volteé los ojos.

—Es verdad, pues... Después de comer, me invitas a un café.

—No te creas que se me va a olvidar, que yo mañana pago los cafés, como Olivia que me llamo —le advertí señalándole.

—Lo vamos viendo —sonrió, y en ese momento el camarero vino con el datáfono para cobrarle.

Regresamos al hotel paseando y soportando ese frío invernal que nos azotaba en la cara y nos dejaba congelados por completo. Adam era un encanto, me iba haciendo reír todo el tiempo y, en un descuido en el que me resbalé con un trozo de suelo que estaba casi congelado por culpa de alguien que había tirado agua ahí, él me agarró deprisa porque tuvo buenos reflejos y me libré de acabar cayendo como si besara el suelo.

Nos miramos unos instantes y, tras comprobar que estaba bien, empezamos los dos a reírnos y de qué manera. Pero es que sabía que él, al igual que yo, estaba imaginándome ahí tirada en el suelo, toda despanzurrada.

Me gustaba esa conexión que había tenido con él, esa que al menos durante estos días me haría más llevadera la estancia porque sería como estar disfrutando de unos días en esta parte de Alemania con un amigo.

Nos despedimos en la misma planta donde ambos teníamos las habitaciones y quedamos en vernos por la mañana a las ocho para desayunar. Al día siguiente habían puesto la reunión media hora más tarde, con lo cual dispondríamos de más tiempo aún.

—Que descanses, Adam —sonreí.

—Igualmente, Olivia. —Me devolvió la sonrisa acompañada de una leve inclinación de cabeza.

Al abrir la puerta de mi habitación, me dirigí al baño para llenar la bañera mientras me iba desnudando. En cuanto estuvo llena y con el agua a la temperatura que me gustaba, me metí dentro. Con los ojos cerrados y una sonrisa, empecé a pensar sobre cómo Adam podría haber sido un gran aliado en mi delegación, ya que su apoyo me habría sido de gran ayuda. Pero claro, no iba a nacer el hombre donde a mí me diera la gana para cubrir ese puesto que me haría sentir mejor.

Sonreí recordando esos paseos y charlas en los que me había sentido de lo más cómoda a su lado. Con esto, me demostraba que el mundo estaba lleno de personas extraordinarias, lo único que a mí me había tocado una delegación donde el número de gilipollas por centímetro cuadrado batía todos los récords habidos y por haber.

Después de darme un buen baño, me sequé, me puse el pijama y me envolví en una manta

antes de salir al balcón a fumarme un cigarrillo. Quería relajarme un poco antes de hacerles a mi madre y a mi abuela una videollamada para contarles cómo había ido mi día. Les había prometido que lo haría, después de enviarles las fotos que Adam me había hecho durante la merienda.

Las dos estaban de lo más sonrientes al verme a mí así de feliz, y mi abuela, que no callaba ni debajo del agua, soltó una de las suyas que me hizo estallar en carcajadas.

—¿Vas a estrenar el vestido que te compré? Mira que, con ese vestido, de ahí te traes un alemán para España.

—En eso estaba yo pensando, abuela, en llevarme a un alemán en la maleta.

—La que has llevado es muy pequeña, ahí no te cabe ni, aunque trabaje el muchacho en el Circo del Sol, hija —dijo mi madre.

—Pues nada, que me lo manden por correos.

No tenían remedio, pero al igual que Daniela, esas dos mujeres me daban la vida.

El día había sido espectacular y me había sentido muy útil y participativa durante la reunión de la empresa. Me di cuenta de que, aunque en mi delegación no me lo reconocieran, tenía mucho que ofrecer.

Me gustó que Adam apoyara en todo momento mi opinión de eliminar uno de los puntos que consideraba un arma de doble filo, ya que podía afectar a las operaciones que, aunque podían ser buenas, corrían el riesgo de ser desechadas por ese nuevo filtro.

Capítulo 7



Un nuevo día daba paso a vivir muchos otros momentos en este país en el que, aunque venía un poco escéptica, ahora me estaba cautivando por completo.

La verdad es que este cambio de aires me estaba sentando bien, y esperaba que a mi vuelta al trabajo lo hiciera con las pilas bien cargadas, aunque sabía que una vez allí todo volvería a ser como siempre y el mal rollo en el que me encontraba estaría presente día sí y día también.

Me desperecé en la cama antes de levantarme y cogí la manta para cubrirme con ella. Fui hasta el balcón y al abrir, esa brisa fresca en la cara me daba los buenos días.

Sonreí, porque incluso a pesar del frío tenía que hacerlo por los buenos momentos que me iba a llevar de este lugar, esos que atesoraría como los mejores recuerdos.

Cogí el móvil e hice una foto del paisaje que le mandé a mi prima.

Olivia: *Buenos días desde Hamburgo. La temperatura es fría y cala hasta el alma, pero tenemos un bonito amanecer en ciernes, y un fabuloso día por delante.*

Sonreí al darle a enviar y no tardé en ver que lo había leído y comenzaba a escribir.

Daniela: *Buenos días, prima. Si algún día la culebra de Francisco te despide, no te preocupes, que puedes ganarte la vida como chica del tiempo. ¿Cómo estás por allí? ¿Ya hay un alemán en tu vida?*

Olivia: *Estoy muy bien, disfrutando de los ratitos libres y aprendiendo mucho de los compañeros de otras delegaciones. Y no, no hay ningún alemán, a ver si vas a ser como la abuela y quieres que me lleve uno metido en la maleta.*

Daniela: *A dos, quiero a dos. Uno para ti y otro para mí. Me alegra saber que te lo estás pasando bien, y si además aprendes cosas nuevas que puedas aplicar en tu trabajo, ¡mucho mejor! Por cierto, vi las fotos de ayer y son preciosas. Deberías ponerte la segunda en tu perfil, porque cierta rata despeluchada se pondría muy celosa al verte. ¿Qué te parece si hacemos una videollamada esta noche? Te quiero, cariño.*

Olivia: *Venga, esta noche te llamo cuando esté cenada y en pijama. Yo también te quiero.*

Sí, esta noche hablaría con ella porque había querido llamarla la anterior después de hablar con mi madre y mi abuela, pero igual estaba ya acostada.

El día anterior había sido espectacular, no solo por la reunión, sino también por el recorrido que me había hecho Adam, acompañándome en todo momento. Hasta me sirvió de desahogo y paño de lágrimas. Era un gran señor, con todas las letras, y no me había podido topar aquí con mejor persona para sentirme un poquito más arropada.

Pedí de nuevo un café, ya que era muy temprano. El joven que me lo trajo era el mismo que el día anterior y esta vez me lo acompañaba con unas galletitas individuales y un bombón.

—Gracias —le dije, sorprendida.

—El bombón es porque ayer se me olvidó ponerte las galletitas —me confesó apretando los dientes.

—No pasa nada, si después del café me fui a desayunar. —Me salió una risita.

—Bueno, pero así me lo perdonas —decía muy simpático él.

Le di la propina y me salí con el café a fumar el cigarrillo. Ese que algún día debía de dejar y no porque me lo hubiera dicho Adam, sino porque era perjudicial para mi salud y bolsillo. Aunque no es que me gastase un pastón, ya que la cajetilla me duraba tres días.

Hice otra foto de la taza con otra parte de las vistas y volví a ponerla en mi historia de WhatsApp, y si la veía la rata como decía Daniela, que la viera.

Acabé cambiando también la de perfil y me eché a reír al ver que mi prima me volvía a enviar unas palmas y la flamenca.

Qué loca estaba, madre mía.

Le di un trago al café y escuché que llamaron a la puerta y fui a abrir, encontrándome con la sorpresa de que era Adam con dos cafés. Me reí al decir que ya me estaba tomando uno, pero que como eran pequeños, este también me vendría genial. Le invité a pasar.

—Menos mal, ya pensé que me dejabas en el pasillo —dijo cuando me aparté para que entrara.

—No hombre, un café no lo rechazo. —Reí.

El día anterior le había dicho que me levantaba temprano y que solía hacer tiempo en el balcón, a lo cual él me respondió que lo mismo le pasaba a él. Momento que aproveché para dejarle caer que, si se aburría, podía venir a tomar ese primer café. El pobre se pensó que aún no lo había pedido, pero bueno, bien recibido era que la cafeína en vena a primera hora nunca estaba de más.

Adam era ese hombre que daba igual la hora del día que fuese, siempre estaba impecable y con una sonrisa de lo más tierna. Pero con él me pasaba algo, era como si notase que detrás de esa fachada hubiera una persona triste que intentaba disimularlo a través de su sonrisa. No sé, era mi percepción, pero hablaba con mucha intensidad de todo y se le veía que tenía un corazón enorme.

—¿Y cómo has dormido hoy? —preguntó cuando nos sentamos.

—Igual de bien que antes de ayer —sonreí—. Creo que es por el colchón, y mira que estoy acostumbrada al mío.

—La empresa se rasca bien el bolsillo para tenernos satisfechos —comentó con una sonrisa.

—Entonces, demos gracias al señor jefazo por eso, porque si nos pone en un colchón con muelles, íbamos a ir todos a la reunión como los zombis, hechos una pena.

Volvió a reír, y debía decir que Adam tenía una risa que era de lo más contagiosa, por no hablar de esa sonrisa que era dulce y a la vez un poquito pícaro en algunos momentos.

Con Adam me sentía tan cómoda y en confianza que podía ser yo en toda mi esencia, igual que con mi prima Daniela. Esa conexión me ayudaba a que los nervios por esas reuniones fueran un poquito más llevaderos, gracias al buen rollo que había entre nosotros.

Como diría mi prima, se notaba que estábamos en la misma onda. La verdad es que el hecho de compartir tanto el trabajo como la pasión por lo que hacemos, ayudaba a que las conversaciones, de lo que fueran, surgieran muy fluidas.

Y entre charla y charla, como pasaba desde el momento en el que nos conocimos, se nos pasaban los minutos sin que nos diéramos cuenta.

Después de tomar el café, nos fuimos a desayunar y me comentó que había reservado para comer en un sitio que quería que conociera. Me encantó la idea y se la agradecí, porque estaba disfrutando de cada rincón que me mostraba, junto con esa pasión que ponía en los relatos que me iba haciendo sobre todos esos lugares.

—No hay nada que agradecer, es un placer pasar este tiempo charlando y aprendiendo de personas como tú —dijo mientras íbamos a llenar los platos de aquellas delicias que había repartidas por el bufé y con las que se me hacía la boca agua.

—¿Cómo yo? Si me llevas años luz en la profesión. —Me reí, negando.

—Ayer demostraste que eres más hábil que yo en el tema de los *scoring*. Creo que nos diste una lección a todos. —Carraspeó mientras nos sentábamos en nuestra mesa.

—Bueno, es mi visión desde la forma en la que evalúo, pero de ti estoy aprendiendo más de lo que imaginas cuando me hablas del enfoque tuyo en el tema de las operaciones.

—Hoy te daré un truco que vas a recordar toda la vida.

—Ojalá. —Junté mis manos implorando y se le escapó una risilla mientras sujetaba su cruasán en la mano.

—Bueno, ya que me lo pides así, te daré dos.

—¿Y si me persigno?

—Lo pasaré a llamar abuso. —Carcajeé con ese comentario.

—Lo que te da miedo es que, con tus consejos de maestro, te supere como alumna, admítelo.

—Me has pillado, vaya por Dios —suspiró haciendo un chasquido de lengua y me reí.

A esto me refería con que podía ser yo en toda mi esencia, y es que Adam tenía un sentido del humor que me hacía sentir cómoda y que era capaz de seguir mis bromas en todo momento.

Seguimos charlando sobre el tema, lo del *scoring* tenía su miga y una no dejaba nunca de aprender cosas sobre ello. Y si lo hacía de la mano de un hombre con experiencia como Adam, pues mejor, porque así después podría aplicar todos esos nuevos aprendizajes en los expedientes que me dieran para analizar a mi vuelta al trabajo, ese para el que aún quedaba, porque después de estos días aquí en Hamburgo, tenía dos libres sin pisar el despacho más el fin de semana.

Nueve días sin ver a nadie de ese ambiente que me rodeaba, sin los cuchicheos ni las miradas de desprecio. Igual sería buena idea que a don Francisco, alias la culebra, le diera el punto de mandarme a las reuniones todos los años con tal de que pudiera perderlos de vista.

Charlas, risas y bromas no faltaban con Adam, por no hablar de lo cómoda que estaba yo y lo cómodo que le veía a él en nuestras tertulias diarias.

Entramos a la reunión después de zamparnos un desayuno de campeonato. Me sentía de lo más llena e incómoda, pero es que todo me entraba por los ojos. Menos mal que estaba segura de que no estaba embarazada o comenzaría a pensar que el cabrón de mi ex terminó de joderme por completo. Lo que me faltaba a mí era un hijo de ese ser que me llevaría no solo a aguantarlo como jefe, sino como padre. Qué miedo, por favor...

La reunión fue de lo más amena y entretenida, porque en esta no solo puntualizaban los diferentes aspectos que aseguraban el éxito en una operación, sino que daban la oportunidad de dar los diferentes puntos de vista para poder llegar a una conclusión más efectiva en la que nosotros teníamos voz desde nuestras propias experiencias.

Di opiniones buenísimas que se tuvieron en cuenta, al igual que la de algunos también las tuvieron, pero la mejor fue la de Adam, que todos aplaudieron porque habló en unos términos tan innovadores y eficaces que nos dejó a todos con la boca abierta.

Se clausuraban así las dos reuniones importantes de este año, ya que la del día siguiente sería

la de las nuevas directrices después de las reuniones. Las traerían plasmadas para repasar y listo. No llevaría ni una hora.

—Y ahora, señorita, nos vamos a comer —dijo cuando salimos.

—¿A dónde me llevas?

—Ya lo verás. Lo que sé es que te va a gustar. Y hasta te puedo hacer una foto.

—¿Solo una? ¿Y si quiero dos?

—Y hasta tres. —Rio.

—Venga, vale, entonces sí —sonreí.

Me encantaba Adam, de verdad, era un hombre de esos que se le veía con los pies en la tierra, que no tenía pajaritos en la cabeza, de esos que, aun con esa apariencia ligeramente seria de cara a los demás y un tanto imponente, tenía una mirada noble y limpia, y una sonrisa de lo más cálida.

Era una persona cercana, y a diferencia de muchos compañeros que buscaban destacar o robar el protagonismo, él no era así. Él sencillamente daba su opinión, su punto de vista, y se mostraba en un segundo plano escuchando y aprendiendo de lo que otros exponían.

Cuánto tenían que aprender en la delegación de España mis compañeros de este hombre tan noble, de verdad, porque allí lo que primaba para ellos era el lamerle el culo a la novia del jefe para que todos tuvieran el puesto asegurado.

Sí, Adam tenía razón y en todos los trabajos había alguna cosa, pero es que lo mío era de juzgado de guardia, porque el simple hecho de que valorasen mi trabajo como lo habían hecho en solo dos días en dos reuniones, para mí sería más que suficiente.

Nos pusimos nuestros abrigo para salir a la calle, y yo iba más que dispuesta a seguirlo a donde fuera que quisiera llevarme, porque hasta ese momento, había acertado en todos los hermosos lugares y rincones que me había llevado a conocer el día anterior.

Capítulo 8



Un taxi nos llevó hasta el restaurante que él había reservado, y la verdad es que el lugar era impresionante, casi como si estuvieras dentro de un museo. Me pareció espectacular, pasé unos minutos observando embobada todo a mi alrededor.

Pidió una botella de vino tinto y levantó su copa. Hice lo mismo.

—Por todo lo que estoy aprendiendo de ti en estos dos días.

—Repito, yo estoy aprendiendo mucho más —le dije sonriendo antes de acercarla a la suya para el brindis.

Se le dibujó una sonrisa de lo más pícara y me miró con la profundidad de esos ojos que parecían haber diseñado para él. No podía imaginar que una persona pudiera rozar la perfección.

Me pidió el móvil y dijo que me quedara así, con la copa en alto y esa sonrisa, que me iba a hacer una foto. Negué al tiempo que sonreía más y fue justo cuando me la hizo.

Era un encanto, de esos que se mostraba pendiente de cualquier mínimo detalle.

Pedimos una sopa de primero para entrar un poco en calor, porque el frío que hacía de algún modo se tenía que aplacar.

Y de segundo Adam me sugirió pedir el *labskaus*, que era un plato muy tradicional en la región del norte de Alemania, y se trataba de carne de res con puré de patatas, cebolla, remolacha y un huevo frito por encima.

Mientras esperábamos, disfrutamos de aquella copa de vino y charlamos animadamente. No podía evitar mirarlo y sonreír cada vez que él lo hacía, ya que ese simple y sencillo gesto era de lo más contagioso. Me quedé embobada observando esos ojos tan expresivos que tenía.

—¿Eres feliz en tu matrimonio? —le pregunté cuando me hablaba de que era un hombre muy casero.

—Si te respondo que estaré con ella hasta que la muerte nos separe...

—La amas mucho —sonreí pensando en la suerte que tenía esa mujer, porque pocos hombres había en el mundo que sintieran eso por la mujer que tenían al lado—. Pero puede pasar que a ella se le cruzasen los cables y te dejase. —Le piqué.

—Eso jamás sucedería —contestó con la más absoluta de las convicciones mientras negaba con una sonrisa de medio lado.

—No sé si llamarte ingenuo o es que de verdad estás completamente seguro, cosa que me parecería fascinante y muy bonito. Más aún en los tiempos que corren. Ya ves, soy un ejemplo de ese porcentaje de la población a la que la pareja que tiene al lado le importa un pepino. —Me encogí de hombros y me llevé un bocado de esa carne con puré que estaba buenísima.

Adam sonreía escuchándome sin hacerle falta hablar. A estas alturas creo que teníamos una complicidad en la que nuestras miradas hablaban en muchos momentos por nosotros.

—Bueno, ahora pregunto yo —dijo recostándose un poco en la silla cuando acabamos de comer.

—Espera, espera, que quiero pedir café y postre.

—Si eres golosa no te lo voy a preguntar, porque en estos días estoy viendo que sí —sonrió mientras me miraba, y entre la sonrisa y esos ojos... no me extrañaba que estuviera casado, con lo bien que lucían ambas cosas.

El camarero llegó justo en ese momento para retirar los platos, así que aprovechamos para pedir los cafés y el postre. Había visto en una de las mesas cercanas un hojaldre con una pinta buenísima, por lo que le pregunté qué era.

—Es *franzbrötchen* —contestó—, un hojaldre con azúcar y canela muy típico de aquí. Es como un cruasán, pero está más dulce.

—Pues me traes uno de esos con el café, por favor —dije.

—A mí me traes otro —pidió Adam, y el chico asintió.

—Vale, y ahora que nos van a traer el postre y el café, puedes preguntarme lo que quieras.

—¿Lo que quiera? —Arqueó la ceja y sonrió.

—A ver qué preguntas, que esa sonrisita me da miedo —dije mientras notaba que me sonrojaba.

—¿Te veías casada con ese hombre? —Curioseó.

—¿Con Francisco? Pues la verdad es que no me lo planteé nunca porque, como nos fuimos a vivir juntos... —Me encogí de hombros—. Pero si tengo que ser sincera, sí, después de un tiempo imagino que me habría visto casada con él.

—Es un idiota por dejar escapar una mujer como tú, pero habrá otro que vea lo mucho que vales, en todos los aspectos. Aunque, permíteme decirte una cosa —dijo mientras me cogía la mano para darme un apretón y sonreí notando las mejillas de lo más sonrosadas—. Valórate y quiérete más, que nadie te haga sentir de menos nunca. ¿Me harás caso?

—Hombre, eres más mayor y sabio que yo, como para no hacértelo.

—¿Me acabas de llamar viejo? —Arqueó la ceja.

—Mayor —reí—, he dicho mayor, no viejo. Además, si no parece que tengas los años que dices. ¿No me habrás mentido? Mira que te pido el DNI.

—No te he mentado, no. —Rio.

—Vale, te creo, pero porque mi madre y mi abuela tampoco aparentan los años que tienen.

El camarero trajo los postres y cafés, y con el primer bocado que di, me salió un gemidito porque sí que estaba bueno.

Adam me miró aguantando la sonrisa y me sonrojé de nuevo.

—No me mires así, que me pones nerviosa.

—Pues no sé cómo quieres que te mire, si no tengo otros ojos.

Es que me hacía reír tela el alemán, que, de serio, como solían decir de ellos, tenía poco, la verdad.

Acabamos de tomarnos el café y pensamos en dar un paseo por allí, pero comenzó a llover con tanta fuerza que no nos quedó otra que coger un taxi para regresar al hotel.

Adam hizo que el taxista parase en una pastelería donde se bajó en la misma puerta y entró a por unos dulces. Regresó haciéndome un guiño.

—Tú pones el café —murmuró.

—Eso está hecho, pero en mi habitación, que tengo intención de ponerme el pijama porque he cogido frío del restaurante al taxi. Y eso que solo fueron tres pasos, pero hemos terminado empapados.

—Venga, yo también me pondré cómodo.

—Vale, hacemos una pijamada de merienda. —Me reí.

—He dicho que me voy a poner cómodo, no en pijama. —Carraspeó mirándome de lado, de la misma forma que su sonrisilla.

—Me he venido arriba. —Puse los ojos en blanco y escuché su risilla.

Llegamos al hotel y caía el agua a cántaros, menos mal que fueron dos pasos porque si llegan a ser cuatro, no hace falta que me duche.

Fue muy divertido porque había un ventilador gigante a un lado, para que los que iban llegando pudieran ponerse delante y secarse un poco con el aire caliente que desprendía. Y menos mal, porque realmente estaba empapada.

—Hay gente esperando —me avisó riendo con los dulces en la mano.

—Jo, me estaba durmiendo de pie de la sensación tan buena.

—Vamos, anda, es mejor que te quites esa ropa y te pongas el pijama que mencionaste, seguro que te abrigará más.

—A sus órdenes, compi —le dije, causándole una risilla—. No te rías que es la verdad, somos compañeros en la distancia, pero remando en la misma dirección para esos jefazos que habrá atrás de la empresa y que se deben estar frotando las manos a costa de todos nosotros. Por lo menos en estas reuniones ponen muchas comodidades —sonreí.

—Lo malo es que sean muy mayores y les dé por jubilarse y nos manden a todos al paro —suspiró.

—No, hombre, tendrán sus herederos que seguirán con el imperio, que seguro que no lo dejan en manos de cualquiera. —Me reí pensando que era más negativo que yo. Otro que se notaba que no quería perder su trabajo por nada del mundo.

—Bueno, uno siempre tiene el miedo en el cuerpo. No me veo yo cambiando de trabajo. —Carraspeó.

—Ni yo, aunque mi panorama sea más oscuro. —Me reí mientras abría la puerta de la habitación.

—Toma, ahora vengo. —Reía mientras me daba los pasteles y se dirigía hacia su habitación a cambiarse.

Me puse el pijama y preparé la bandejita sobre la mesa en la que había dos sillas. También la pegué a la cama por si se quería sentar más cómodo.

Llamé para pedir los dos cafés y, en un abrir y cerrar de ojos, apareció Adam. Llevaba un pantalón de algodón gris claro y una camiseta blanca que asomaba por debajo de su sudadera azul marino. Hasta para ir en plan deportivo, se le veía de lo más perfecto. No podía evitar pensar en la suerte que tenía su mujer...

—Bonito pijama —dijo con una sonrisilla.

—Bonito chándal. —Arqueeé la ceja y soltó una carcajada.

Fuimos a la mesa y poco después llamaron a la puerta, así que regresé para coger los dos cafés y le di al chico una propina que ya tenía preparada.

—Esto tiene todo muy buena pinta. De aquí me voy a ir redonda por tu culpa —dije sentándome—. Llevas dos días haciéndome probar toda clase de gastronomía del país.

—Pero no te veo sufrir.

—¿Yo? Eso ya el lunes cuando tenga que regresar al zoológico, donde me estarán esperando todos los animales para ver con qué cara llego después de que me hayan quitado del medio descaradamente —gemí mordisqueando el pastel de hojaldre con crema de chocolate y rayadura de nuez—. Por favor, esto está buenísimo.

—Pues ya sabes, llega con la mejor de las sonrisas y haz saber que has sido aplaudida por diferir y defender otra postura que al final te tuvieron que agradecer y felicitar por ello. Has dejado a tu oficina en lo más alto, y eso no debe pasar desapercibido entre tus compañeros.

—Les importará una mierda y dirán que se lo debo a ellos como si fueran los que me han enseñado. En fin...

—No dejes que nadie robe tu estabilidad emocional. No lo permitas. —Volvió a darme un apretón en la mano—. Y reivindica, saca tu personalidad y que vean que no te achantas.

—Francisco está intentando encontrar cualquier excusa para sugerir mi despido a los jefes. No se lo voy a permitir. Obviamente, si la situación se vuelve insostenible o se me va de las manos, intentaré buscar otro empleo y, cuando lo tenga, los mandaré a la mierda. Sin embargo, no quiero renunciar a este empleo. La verdad es que prefiero aguantar, ya que no creo que me merezca salir de esta manera.

—Si lo haces es que eres tonta —dijo sin que le temblara la voz.

—Otro piropo, qué bonito —resoplé y los dos sonreímos.

—Sabes por qué te lo digo, no porque piense que lo eres.

—Ya lo sé, Adam. —Puse mi otra mano sobre la suya que aún tenía la mía cogida—. Eres un buen hombre y te agradezco todo lo que me estás enseñando y haciendo ver estos días, de verdad. No sabes cómo me alegro de que hayamos coincidido aquí.

—Solo te digo que les plantes cara y, si te amenazan con despedirte, que escribas al correo corporativo de la página, que eso es de la sede principal y lo van a leer arriba. No tengas miedo, Olivia, y menos cuando ya se quedará mención en las altas esferas de la empresa de que has sido una de las empleadas ejemplares en esta reunión que se ha celebrado. Ellos todo lo saben, te lo digo yo que llevo mucho tiempo. No dejes que nadie te achante.

—Haré lo que pueda, porque, como te digo, Francisco me quiere lejitos y creo que es porque la otra le come la oreja, además de otras cosas, como dice mi prima. —Adam sonrió al tiempo que negaba—. En fin, que yo de aquí me voy con mucho aprendido y es gracias a ti, maestro.

Me puse de pie y le di un abrazo porque en ese momento me salió así. Al principio Adam se quedó un poco estático, pero claro, los alemanes tenían fama de poco cariñosos, hasta que noté que me estrechaba con fuerza entre sus brazos y me acariciaba la espalda.

Nos quedamos así un tiempo y noté esa calidez que todo él desprendía, se notaba que era un buen hombre y estaba segura de que con su mujer era el mejor amigo y marido del mundo.

—Vales mucho, pequeña —me dijo un tono de lo más cálido y sonreí—. Jamás dejes que alguien te diga lo contrario, ¿me oyes? Nadie es más que nadie en este mundo y, por desgracia, todos al final acabamos en el mismo sitio.

—En el paro, si el jefe es un tocapelotas como el mío.

—No. —Rio—. Me has entendido.

—Sí, mi abuela a veces dice lo mismo. —Me aparté y sonreí mientras nos mirábamos fijamente—. Gracias por estos días, Adam, de verdad. Conocer te ha sido un placer y poder contar con tus consejos y conocimientos es un aprendizaje increíble para mí.

—El placer ha sido mío, porque creo que debería haber más personas como tú en el mundo.

—No lo veo, dos más como yo y... —Volteé los ojos y se echó a reír.

Volví a sentarme en la silla y nos tomamos el café junto con aquellos dulces que estaban deliciosos, cada uno mejor que el anterior. Mientras tanto, él me compartía algunos de esos trucos que había dicho que me daría para ayudarme a mejorar en mi trabajo.

La verdad es que me gustaba estar con él, me sentía cómoda y muy a gusto, y estaba segura de que cuando volviera a España iba a echar de menos estos ratitos que pasábamos juntos.

Nos quedamos en mi habitación toda la tarde y cuando quisimos darnos cuenta era la hora de cenar. Pedimos un par de hamburguesas y una botella de vino, y allí seguimos con nuestra charla sin que las horas parecieran pasar, porque era lo que tenía el tiempo cuando estabas bien con alguien, que pasaba tan rápido que apenas te dabas cuenta.

Después de cenar, nos dimos las buenas noches y un abrazo, el segundo desde que nos conocíamos, y cuando se marchó me quedé con una sonrisilla en los labios que no se me fue ni siquiera mientras me duchaba, ni cuando me metí en la cama.

Capítulo 9



Último día en Hamburgo, disfrutando de aquellos amaneceres con los que despertaba cada mañana y donde había descubierto, a través de los ojos de otra persona, que podía ser mucho más fuerte de lo que pensaba.

Me cubrí con la manta y, antes siquiera de llegar a ese balcón con vistas, me sonó el móvil con un mensaje de mi prima.

Daniela: *Guten Morgen, Cousine. O, lo que es lo mismo, buenos días, prima. Estoy aprendiendo algunas cositas en alemán por si cuando vuelvas ya lo hablas a la perfección. Regresas hoy, ¿verdad? ¿Quieres que vaya a buscarte y te recojo en el aeropuerto?*

Olivia: *Guten Morgen, loca. Al final me hago un curso de alemán a distancia, que seguro que me vendría bien. Además, en el currículum todo suma. Sí, hoy es el último día, ya vuelvo para Málaga en unas horitas. No hace falta que vayas, porque si me recoges, acabamos liándonos en algún bar o algo. Mejor nos vemos otro día y hablamos tranquilamente.*

Daniela: *Eso me suena a que hay un alemán de por medio.*

Olivia: *No voy a hablar de nada antes de llegar. Te quiero.*

Daniela: *Confirmado, vuelves de Alemania con chisme. ¡Me encanta! Yo también te quiero. Nos vemos, cariño.*

Apenas eran las siete de la mañana y estaba a punto de llamar para que me trajesen un café cuando tocaron a la puerta.

—Si es que te voy a echar de menos, Adam. —Reí, apartándome para que pasase con las dos tazas.

—Nada, que tu madre y tu abuela te ponen unos desayunos increíbles, que no se me olvidaron las cosas que me contaste —sonreí.

—¿Dónde vas tan arreglado a las siete de la mañana?

—Llevo una hora despierto en la que aproveché hasta para darme un largo baño. Incluso tengo ya la maleta preparada para luego.

—Tienes ganas de irte, ¿eh? —pregunté riendo.

—No es eso, pero soy muy previsor —sonreía—. Aunque tengo ganas de ver a Lisan —sonrió con ternura y de nuevo recordé la suerte que tenía esa mujer—. Pero te reconozco que se me han hecho estos días demasiado cortos en la mejor de las compañías. —Me dio un abrazo y me mecía hacia los lados—. Eres una gran persona, Olivia, que nadie te haga dudar.

—Venga, no me vayas a poner melancólica, que vine con una perspectiva y ahora se me quedaron cortos los días. No te imaginas lo que te voy a recordar siempre. Has sido mi ángel de la guarda.

—Y tú una gran compañía, Olivia. —Me besó la mejilla varias veces.

—Ay, qué de personas bonitas hay por el mundo —murmuré abrazándolo con todas mis fuerzas.

—Como tú, Olivia, como tú.

—Menos en mi delegación, que allí son todos como una jauría de aves carroñeras hambrientas. —Se echó a reír cuando volteé los ojos—. Y ahora no te enfades porque me tome el café con el cigarrito —le advertí.

—Bueno, por ser el último día, pero me vas a prometer que cuando regreses a España te lo replantearás.

—Lo haré, pero no ya, cuando esté en mejor momento y me sienta más fuerte mental y anímicamente.

—Lo estarás, y lo harás por ti.

—Lo intentaré. —Le acaricié el brazo.

Me vestí después del café y fuimos más temprano que nunca a desayunar, tanto, que fuimos de los primeros en llegar.

—No, en serio, tengo un gran problema con este sitio —dije poniendo el plato sobre la mesa con un montón de cosas que había cogido—. Menos mal que se acaba el comer de esta manera y vuelvo a las tostadas de toda la vida.

—Huevos a la plancha, salchichas, cruasán y yogur con cereales —decía observando mi plato—. No es para tanto, aquí se desayuna fuerte.

—No creo que tanto como lo estoy haciendo yo —sonreí apretando los dientes—. Pero vamos, que tú no serás ejemplo con ese huevo duro y rebanada de pan de molde con pavo. —Me

reí, negando.

—No me gusta llenar el plato, cuando me coma esto, si tengo más hambre, voy y lo cojo. —
Me hizo un guiño.

—Yo, por no levantarme, doy dinero —bromeé, causándole una risilla.

Cuando desayunamos, nos dirigimos a la reunión y esta vez estuvieron los dos especialistas que habían venido por separado los dos días anteriores.

Lo que no me esperaba es que en estos claustros de las reuniones entregaban un reconocimiento al empleado más eficaz del nuevo plan y no dudé en ningún momento que era para Adam.

—Como cada año, entregamos un premio de reconocimiento al empleado con más capacidad para aportar ideas que pueden ser de gran potencial para la empresa —dijeron mientras yo miraba a Adam y le hacía un guiño de que estuviera tranquilo, que era para él.

»En este caso nos sorprendió, no solo por el potencial, sino por la eficacia que ha tenido para diferir algunos temas que creíamos que estaban perfectamente desarrollados. Es un honor para nosotros entregar tal distinción a la señorita Olivia Díaz, de nuestra delegación de España. —
Todos comenzaron a aplaudir mientras yo estaba allí sentada sin creer lo que había escuchado, y Adam me abrazó con fuerza.

—Felicidades, pequeña. Aquí tienes el reconocimiento a nivel europeo para que regreses bien orgullosa y creas más en ti.

Sí, sí, pero que yo seguía en *shock*, completamente incrédula porque no esperaba, ni de broma, que ese reconocimiento fuera para mí.

—¿Estás bien, Olivia? —me preguntó Adam y vi que tenía el ceño fruncido.

—En *shock*, estoy en *shock*. Que yo pensé que esto era para ti, que has dado unas ideas muy buenas.

—Y tú, los has dejado a todos muy sorprendidos, y aquí está el resultado —sonrió.

—Pero ¿de verdad que han dicho mi nombre? Mira que igual...

—A ver, señorita, dígame una cosa. ¿Hay alguna española más en esta sala?

—No. —Reí.

—Y mucho menos que se llame Olivia.

—Tampoco.

—Exacto. Disfruta del mérito que te has ganado en estos días. —Me hizo un guiño y vi cómo

los demás compañeros de otras delegaciones se acercaban para felicitarme.

Y ahí fue cuando noté que me emocionaba tanto que se me hizo un nudito en la garganta y las lagrimillas comenzaron a salir. Desde luego, que me dieran un reconocimiento así en una reunión de apenas unos días y que no tuvieran en cuenta todo el trabajo que hacía a diario en la delegación, era muy fuerte.

Los dos especialistas me explicaron que ese reconocimiento conllevaba un suplemento en mi nómina de cuatrocientos euros y me convertía en un contacto directo de la sede principal para cuando necesitasen mi opinión. Eso sí que iba a doler en España, estaba que no me lo creía. No podía dejar de llorar.

Y, además, sería a partir de ahora la representante oficial de mi delegación en las reuniones anuales de la empresa, cosa que estaba segura de que, cuando lo supiera don Francisco, iba a ponerse de lo más rabioso. Pero vamos, que no me hubiera enviado a esta solo por el hecho de haber querido deshacerse de mi presencia unos días.

Adam se ofreció a llevarme al aeropuerto a pesar de que yo tenía un conductor del hotel disponible para mí, pero me pareció genial la idea.

Comimos algo rápido en la misma terminal, ya que decía que quería que subiera a bordo con el estómago lleno.

—Recuerda que ya eres más intocable y, después del reconocimiento, no te podrán echar así porque sí, ya que iban a tener que dar demasiadas explicaciones y también querrían las tuyas, que tienes argumentos más que de sobra para cargártelos.

»Ahora eres la joya de esa delegación para los buitres de los dueños. No dejes que ni tu ex ni su nueva novia, ni nadie de allí te menosprecie. Entra pisando fuerte, ¿me lo prometes?

—Lo intentaré.

—No me vale con eso, quiero que me prometas que vas a llegar con la cabeza bien alta y no dejando que nadie te pisotee.

—Te lo prometo —sonreí mientras intentaba no llorar.

—A estas alturas ya les debe haber llegado un correo informándoles que eres la empleada del año y que pasas a tener ciertas vinculaciones con los especialistas de la empresa.

—Francisco tiene que estar maldiciendo el día que se le ocurrió mandarme. A él nunca le dieron nada y esto le debe haber sentado como una patada en los cojones.

—Pues que se joda por cabrón. ¿Entendido? Mira por ti y sigue como vas, llegarás muy lejos.

—Con quedarme donde estoy sin malos rollos, me conformo. Que pasen todos de mí y me dejen trabajar es lo único que pido.

—Date a respetar y no te achantes con nada ni nadie. Prométemelo.

—Te lo prometo.

Nos fundimos en un abrazo muy grande antes de pasar el control policial. Se me hizo un nudo en la garganta.

—Eres una joven maravillosa. Siempre te voy a recordar con mucho cariño.

—Yo a ti también, Adam. Eres un hombre que sabes estar a la altura de todo.

—El año que viene, estaré de nuevo en la reunión. Nos vemos entonces.

—Claro —sonreí emocionada.

No pude evitar que se me cayesen las lágrimas cuando ya atravesé el control policial. Todo había sido un cúmulo de sentimientos.

Adam me había enseñado la cara del hombre de verdad, ese que cuando ama a una mujer le es leal. Una persona encantadora, humilde, llena de compañerismo y dispuesto a tender una mano. Me lo llevaba para siempre en mi corazón.

No nos intercambiamos los números ni nada. Entendía que si no me lo pedía era porque no quería estar en contacto con ninguna mujer por respeto a la suya. ¿Acaso no era eso bonito? Lo iba a echar mucho de menos, pero me alegraba saber que, al año siguiente, si no hacían algo en mi oficina por joderme, lo volvería a ver.

Agradecía el no tener que ver a esos que llamaba por compañeros, por respeto, más que nada, hasta el lunes, por lo que los días que tenía por delante los iba a disfrutar al máximo, descansando y recargando las pilas para afrontar el primer día de vuelta a la rutina.

Cuando llegué al aeropuerto, cogí un taxi para ir a casa y allí me esperaban mi madre y mi abuela con una pancarta en el salón que ponía: «Bienvenida, Olivia».

—Vaya dos, a cada cual más loca. —Reí.

—Hija, que te echábamos de menos —dijo mi madre dándome un abrazo.

—Y yo, pero me ha venido muy bien ir a esas reuniones.

—Venga, cuéntanos cómo te ha ido —me pidió la abuela, cogiéndome del brazo para que me sentara en el sofá.

—Abuela, que tengo que deshacer el equipaje y poner lavadoras.

—Luego lo hacemos entre las tres y tardamos menos —contestó mi madre—. Voy a por el café y unos bollos.

Se fue a la cocina y yo me quité toda la ropa de abrigo que llevaba para sentarme en el sofá mientras mi abuela me miraba con una sonrisa.

En cuanto mi madre vino con todo en una bandeja, comencé a contarles que había tenido unas jornadas de aprendizaje que me servirían para mi día a día en el trabajo y que, además, había conocido a un hombre de la delegación de Berlín que me enseñó muchas cosas que me iban a servir para hacer unos mejores análisis de expedientes, por no hablar de que me había hecho sentir menos sola y del que me traía muy buenos recuerdos.

Y cuando llegué al momento en el que me nombraron la empleada más destacada de esas jornadas, con lo que eso conllevaba, ambas se pusieron locas de contentas, abrazándome, chillando y riendo felices porque me habían dado el mérito que merecía y que en mi puesto no valoraban.

—Ay, cariño, qué orgullosa estoy de ti —dijo mi madre dándome un abrazo y un beso en la mejilla.

—Las dos lo estamos, mi niña, que, aunque ese papanatas no te lo reconozca porque es tonto de remate, eres una empleada modelo, y mira, los de más alto rango que él, lo han visto. —Mi abuela sonreía, pero vi que tenía alguna lagrimilla en los ojos.

Después del café, tal como habían dicho, deshicimos el equipaje entre las tres, pusimos varias lavadoras mientras preparábamos unas tortillas con croquetas para la cena que tenían previsto hacer, y nos las comimos viendo uno de esos programas donde salía el ex de mi prima, ese al que la abuela le tenía un asquito importante.

—Otro papanatas —suspiró—. Pero vamos, que está dejando a la familia a la altura del betún con ese comportamiento.

—Desde luego, qué pocos hombres decentes y con los pies en la tierra quedan —dije con una leve sonrisa mientras pensaba en Adam.

—Esa sonrisa no será por cierto alemán, ¿verdad, hija? —Curioseó mi madre.

—Sí, pero porque quiere a su mujer con locura.

Capítulo 10



Ya había llegado al final de una semana muy diferente al resto, esa en la que no había tenido que lidiar con mis compañeros y sus miradas de desprecio, en la que había conocido los mejores rincones de Hamburgo de la mano de un hombre como Adam, además de tomarme unos días de descanso por cuenta de la empresa a mi vuelta de ese viaje de trabajo.

Y disfruté al máximo, recargando aún más las pilas, como me dijo mi prima, pero, sobre todo, hablando con ella de ese hombre al que había conocido.

Quedé con Daniela para cenar el viernes y tomarnos una copa. Estaba deseando que le hablara de cómo me había ido el viaje y, mientras le contaba todo y le hablaba de Adam, ella sonreía al escucharme y decía que hombres así de enamorados de su esposa quedaban pocos, su padre entre ellos, y era cierto.

En cuanto a mi reconocimiento y ese incremento de dinero en la nómina, dijo que ya era hora de que alguien se diera cuenta de lo mucho que valía, y que a la culebra y a la rata despeluchada seguro que les habría dado un soponcio al ser informados de ambas cosas por parte de la empresa.

Razón no le faltaba porque, conociendo a Francisco y esa inquina que parecía sentir hacia mí, no era de extrañar que estuviera rabioso al saber que me habían dado tal reconocimiento en la empresa.

Hoy venían a comer a casa mi prima y mis tíos, a quienes estaba deseando ver, ya que hacía casi dos semanas que, por un motivo u otro, no habíamos coincidido.

Solían venir a comer algún que otro domingo, y hoy era uno de esos, así que entre mi madre y la abuela habían preparado una paella de las que hacían que nos chupásemos los dedos, y nunca mejor dicho, porque la abuela le ponía unos gambones para decorar que quitaban el *sentío*, como decía ella.

Estaba terminando de preparar la ensalada, que a mi tío Rodolfo le gustaba picar antes de la paella, cuando llamaron al timbre y fue mi madre a abrir.

No tardamos en escuchar la risa de su hermano y yo misma sonreí, se querían con locura, esa

misma con la que Daniela y yo también nos queríamos.

—Esa paella huele que alimenta, mamá —le dijo mi tío a la abuela cuando entró.

—Y tú traes un hambre que da calambre, a que sí, hijo. —Volteó los ojos y nos echamos a reír.

—Qué bien me conoces.

—Como para no, si te parí entre dolores y gritos. Pobre de tu padre, cómo le dejé la mano de agarrársela.

—No hace falta que me lo cuentes porque tu nuera me hizo lo mismo.

—Mi nuera tiene contigo el cielo ganado, hijo. Anda que no te tiene paciencia.

—Desde luego que se la tengo, Leonor —contestó mi tía con una sonrisilla—. Pero porque le quiero, que, si no, le habría mandado de vuelta contigo hace mucho.

—Menos mal que me quieres, que ya me veía yo como un trasto viejo —resopló él.

—Papá, que no eres ningún trasto —le dijo Daniela.

—Pero viejo sí, hermano, que bien que te lo ha dejado caer la niña. —Rio mi madre.

—Otra que me quiere, vamos. —Volteó los ojos.

—Olivia, cariño. —Mi tía se acercó para darme un abrazo y un beso—. ¿Qué tal el viaje? Por lo que me ha contado Daniela, te ha ido muy bien —sonrió.

—Sí que le ha ido bien, sí —dijo mi madre, que se veía hinchada como un pavo del orgullo que sentía por mí.

—Vamos a la mesa que esto ya está, y allí la niña nos pone al día.

—Ya está doña Leonor dando órdenes —murmuró mi tío.

—No murmures, Rodolfo, que te oigo.

Nos reímos y fuimos al comedor para acomodarnos mientras la abuela cogía la paellera.

La verdad es que estas comidas en familia eran una auténtica maravilla, porque nos reíamos de lo lindo y por cualquier cosita que dijera uno u otro.

Doña Leonor, como la llamaba mi tío, era mucha Leonor, una mujer que, tras perder al gran amor de su vida, hizo de madre y padre con sus hijos, y que también ayudó en la crianza de sus únicas nietas.

Era, sin lugar a duda, toda una matriarca para nuestra familia, y todos sin excepción la adorábamos y queríamos mucho, aunque con su hija mayor se llevara a veces como si fueran dos quinceañeras.

—Bueno, pues ¡aquí estamos todos! —exclamó mi madre levantando su copa—. Tendríamos que juntarnos más a menudo para comer.

—Sí, que cada dos o tres semanas, es mucho, hijo —le dijo la abuela a mi tío.

—Lo sé, mamá, pero ya sabes que a veces me toca trabajar en fin de semana.

—Llegarás a comisario, tío, lo veo —sonreí.

—Eso le digo yo —comentó mi prima.

Mi abuela, con su mirada sabia, dio un sorbo a su copa y luego me miró a mí con una sonrisa picarona, lo que no sabía era por qué me miraba así.

—Hija, ¿ya le has contado a los tíos lo del aumento de nómina que te han dado? —preguntó, haciendo que ellos me miraran con interés y curiosidad, mientras Daniela y mi madre sonreían, conocedoras de a lo que se refería la abuela.

Sentí que me sonrojaba, porque, aunque fuera mi familia, hasta de sus halagos me hacía sentir avergonzada puesto que no terminaba de acostumbrarme a ellos.

Y sí, aquel reconocimiento en la empresa había sido un gran logro para mí, pero en nuestra familia, ese tipo de cosas siempre venían acompañadas de comentarios divertidos, preguntas invasivas y bromas interminables, como pasó cuando mi madre fue ascendida. Sin embargo, no podía evitar sentirme un poco orgullosa de mí misma.

—Sí, es verdad —dije, encogiéndome de hombros—. Me aumentaron el sueldo. Un buen aumento, la verdad.

—¿Solo bueno, prima? Cuatrocientos euros —Daniela miró a sus padres—, porque ha sido la empleada del año en esa jornada de reuniones en Hamburgo.

Mi tía Cris, que estaba sentada al otro lado de la mesa, levantó las cejas y sonrió.

—Pues eso está genial, cariño —dijo con una sonrisa cómplice—. Con ese aumento te quitas las letras que te quedan del coche sin problema, incluso te puedes comprar uno nuevo.

Mi tío, que no podía evitar soltar alguna que otra gracia como hacía mi prima, hizo un gesto exagerado de sorpresa.

—¿Un coche? —gritó— Esta niña ahora nos va a empezar a mirar a todos por encima del hombro —dijo en tono de broma—. ¡Ay, Olivia, que ya estás muy alta para nosotros! Que de aquí a nada tenemos que tratarte de usted.

—¡Hala! —resoplé.

Mi madre y mi abuela se rieron al unísono, mientras que mi prima intentaba, sin mucho éxito que digamos, contener la risa.

—Papá, ¿tú te crees que Olivia va a cambiar? —preguntó Daniela, mirando a su padre con una sonrisa burlona— ¡Ni en sueños! Si lo único que hace es trabajar más y no salir casi nunca de casa, que es como yo, se planta el pijama calentito y no se lo quitan ni a escobazos.

Me tuve que reír ante la defensa de mi prima, si es que nadie me conocía como ella. La verdad es que mi vida no había cambiado tanto, pero la broma me gustaba porque así era mi familia.

No me sentía superior a ninguno de ellos ni mucho menos, jamás sería así porque todos en mi familia nos habíamos esforzado siempre en conseguir aquello que queríamos, pero sí me sentía bien al saber que mi esfuerzo había sido reconocido. Y, por supuesto, que ese aumento me daba la vida, ya que podía permitirme ahorrar para ese momento en el que pudiera independizarme.

—No, no me ha dado por cambiar de coche —dije, y miré a mi tío con una sonrisa irónica—. Mi coche está prácticamente nuevo, todavía me acompañará unos añitos más, así que no esperes una «Erika de lujo» por el momento.

Mi tía Cris, que quien no la conocía podía tenerla por una mujer más bien seria, cogió el móvil y empezó a fingir que hablaba por teléfono.

—Lo siento, tía, no puedo ir a la comida. Ay, tío, qué pena, que me pierdo tu cumpleaños. Daniela, cancela mi cita de peluquería que me ha surgido una reunión. Mamá, guárdame las croquetas que no llego a comer... —dijo como si fuera una alta ejecutiva, y soltó una risa de lo más contagiosa.

Todos comenzamos a reírnos, y como estaba en familia, la timidez y vergüenza por ese reconocimiento y que me halagaran como lo hacían se fue disipando de modo que me sentí un poco más relajada.

Pero es que mi familia tenía esa capacidad de hacer que todo fuera ligero y divertido. No me importaba si hablaban de mí en tono de burla, porque sabía que lo hacían con cariño.

—Bueno, ya que estamos celebrando —dijo mi madre mientras levantaba su copa—, quiero brindar por Olivia. Porque sé que se lo merece. Te has esforzado mucho, hija, y este aumento es solo una pequeña muestra de todo lo que vales.

La abuela asintió con una sonrisa y vi ese brillo de orgullo y felicidad en sus ojos.

—Yo también quiero brindar. Es un orgullo ver cómo has crecido, cariño. Y aunque sigas siendo mi niña, al igual que tu prima, hoy te considero toda una mujer de éxito. —Mi tío levantó su copa con una sonrisa traviesa y me hizo un guiño.

—¡Y por fin se le reconoce el trabajo! Que no es fácil conseguir un aumento en estos tiempos

—dijo mi prima, que era quien mejor sabía que por culpa de Francisco todo iba peor que antes.

—¡Por Olivia, que paso a paso seguirá subiendo en la empresa! ¡Te lo mereces, cariño! —gritó mi tía y sonreí.

Todos alzaron sus copas y brindaron, y yo no pude evitar sonrojarme un poco, aunque me sentía profundamente agradecida por el cariño de toda mi familia. Con el ruido de las copas chocando, la conversación continuó en un ambiente alegre y lleno de risas, como siempre.

No sabía si el aumento de sueldo era el mejor momento de mi vida, pero sí sabía que no podía estar más agradecida por tener a una familia tan unida. Con ellos, incluso los días comunes se sentían especiales, y eso no tenía precio.

Mientras todos seguían hablando y riendo, me acomodé en la silla disfrutando del calor familiar. No importaba que estuvieran hablando de mí o que me hicieran el centro de atención por un momento, lo único que importaba era que estaba rodeada de las personas que más quería.

Y esa tarde, con una copa de vino en la mano y una sonrisa en el rostro, pensé que, tal vez, los aumentos de sueldo no eran lo más importante. Lo más importante era que, al final, lo que realmente importaba eran las personas con las que compartía mi vida.

Capítulo 11



Los días habían pasado volando desde que llegué de Alemania y de nuevo tenía que regresar a ese lugar donde estaba segura de que todos debían estar con los cuernos revueltos al saber que había sido la empleada del año de todas las delegaciones.

Que les jodieran, como me había dicho Adam y mi familia, ahora a ir con la cabeza en alto porque les había salido la jugada mal.

Me tomaba un café con mi abuela antes de irme al trabajo mientras me recordaba lo mucho que valía y que me sintiera de lo más orgullosa del reconocimiento que me habían dado, y que aún nadie tenía en mi delegación. Me lo decía cada día desde que llegué y a mí me sacaba una sonrisa.

Este lunes era diferente, ni como el de Alemania, ni como los anteriores aquí, era como si me sintiera un poco más ¿empoderada? No sé si sería la palabra correcta, pero podía definirme de algún modo.

Era un día normal para mí, pero sin dejar que todas esas miradas de desprecio me hicieran sentir de menos, como hacían siempre, como si yo no fuera más que una molestia en ese lugar y sobre todo para dos personas en concreto. No podía ni imaginar sus caras cuando supieran ese cambio que habría en mi puesto a partir de ahora.

Llegué en mi coche a las oficinas y entré encontrándome al primero en discordia, que no era otro que Francisco. Me miró de arriba abajo con desprecio y levanté la cara, prosiguiendo mis pasos sin decir ni buenos días. Lo del incremento en mi nómina, así como la distinción de empleada del año, ya era algo de lo que se había enterado.

Notaba cómo todos me miraban y cuchicheaban entre ellos, y me llegaban esos primeros murmullos de los corrillos que ya estaban formados, pero yo hice caso a los consejos de un hombre mayor y muy sabio, y caminé para ir a mi despacho sin agachar la cabeza en ningún momento. No iba a dejar que me achantaran, no volvería a permitir que los comentarios o los desplantes de todos ellos me afectaran más.

Mantuve mi cara en alto hasta llegar a mi despacho y encerrarme en él, donde se me escapó una carcajada enorme.

Volvía con un reconocimiento que me había ganado por mis conocimientos y mis propuestas, y si a ellos les molestaba, era su problema, no el mío.

Nadie había tenido el detalle de felicitarme ni de darme los buenos días, pero que eso a mí me importaba una mierda bien grande, que, como me hizo prometer Adam, no iban a joder mi paz mental.

Me puse a trabajar en los expedientes que me quedaban del mes cuando me llegó un correo del departamento directivo internacional que venía dirigido a mí con copia para Francisco.

«Estimada compañera, Olivia Díaz.

En primer lugar, nos gustaría felicitarla por la intervención tan honorífica que la llevó a alzarse con la distinción de empleada del año. Estamos muy orgullosos de que haya personas tan cualificadas en nuestras delegaciones y en este caso ya podemos decir que tenemos en usted una buena representación en la de España.

El pasado viernes estuvimos reunidos los directivos del comité ejecutivo con los especialistas de la empresa que impartieron el curso. Después de hacernos un informe de lo más favorable acerca de su persona, pudimos comprobarlo por los vídeos que nos mostraron de su participación y en los que tuvimos que ratificar cada una de sus palabras. Es una persona brillante.

La importancia de este correo es tener el placer de informarle que, a partir de mañana, debe dejar las operaciones de su oficina en manos de otros analistas de su delegación, ya que usted pasa a ser parte del departamento de riesgo internacional de operaciones de mayor escala.

Esto le llevará a tener un suplemento de nómina de mil setecientos euros al mes, aparte de los cuatrocientos que se le asignaron por ser nombrada la empleada del año.

Seguirá trabajando desde su delegación y oficina, pero pasará a ser un departamento independiente en el que se dedicará exclusivamente a operaciones conjuntas con el equipo jurídico de analistas de alto riesgo para operaciones de suma importancia de cualquier lugar de Europa.

Para esto, le hemos asignado como compañera a Paris, una de las mejores analistas de Alemania, para que se incorpore mañana a su oficina y formen parte de un mismo equipo independiente al resto de su delegación.

Felicitaciones y gracias por ser parte de nuestro equipo».

Tres veces lo tuve que leer para asimilar cada una de las palabras. Lo que sí sabía es que el correo iba con copia para Francisco y ya aparecía la confirmación de que lo había leído. Debía estar en estos momentos con la sangre subida a la cabeza y la vena del cuello hinchada.

Iba a tener una nueva compañera con la que trabajar codo con codo. Mi despacho era grande y había otra mesa más que sería la que ocuparía ella. Me encantaba su nombre, Paris, ¡qué bonito

sonaba!

Y alemana, como Adam. En ese país había varias delegaciones y la sede de la empresa donde curraban los directivos, esos que debían estar allí como buitres para seguir incrementando un patrimonio que ya debía ser multimillonario.

Mira por dónde que me apeteció salir a fumarme un cigarrillo, cosa que casi nunca hacía en horario de trabajo, pero en esta ocasión y como analista internacional, quería presumir este culito por los pasillos.

En la recepción estaba Francisco, su nueva chica y varios compañeros en corrillo hablando flojo con él. Obviamente, los había puesto al tanto.

Salí marcando paso para que sonaran mis zapatos de salón con tacón cuadrado y amplié mi sonrisa a la vez que levantaba la cara, orgullosa de mí y de lo que había conseguido.

Los cuchicheos de pasillo se fueron sucediendo toda la mañana, Francisco no hizo ni por venir a preguntarme qué tal había ido la reunión o qué podía contarle sobre todo el tema del *scoring*, como si eso en realidad le importase un pimiento, vaya. Pero para mí mejor, porque la única que llamó a mi puerta en un par de ocasiones, y mirándome con un desprecio mayor que el de costumbre, al que no hice mucho caso y tampoco dejé que me afectara, fue Mara para dejarme varios expedientes y, al quedarme sola, no pude evitar sonreír, como si el hecho de que me llenaran de trabajo fuera a suponer para mí un castigo, cuando me gustaba poder poner en práctica todo eso que había traído conmigo de Alemania.

Ese primer día lo pasé en mi despacho trabajando como siempre, analizando varios expedientes y usando esos conocimientos que Adam me había transmitido y los consejos que me dio.

Llegó la hora de marcharme, recogí todo habiendo dejado listos varios expedientes para entregarle a Francisco al día siguiente, que era cuando me dijo Mara que los quería tener en su mesa, y salí del despacho.

—Y se creará algo —murmuró Silvia y la pude escuchar perfectamente cuando pasaba por delante del corrillo en el que estaban ella y varias de sus fieles seguidoras, como si de adolescentes de instituto se tratase. Me frené en seco y me giré.

—Y si me hubiera mandado a África, habría venido liderando a los leones. —Le hice un guiño y me giré para salir hacia afuera. No volví a escuchar nada.

Sonreí orgullosa de mi contestación y era como si en mi cabeza escuchara la voz de Adam diciéndome que así se hablaba.

Cogí el coche y me fui hacia el salón de mi prima, quien estaba a punto de abrir, y al verme cuando llegó, me dio un abrazo.

—¿Qué tal el primer día en la jungla, prima? —preguntó.

—Superado y con honores —sonreí.

—Así me gusta. Vamos, pasa que te hago la manicura y me cuentas.

—Mira que te gusta un chisme, Daniela. —Reí.

—No te lo discuto, pero es que quiero que me cuentes con todo lujo de detalles qué caras tenían esos buitres.

Entramos en el salón y no tardaron en ir llegando el resto de las empleadas. Me acomodé en una de las mesas que me dijo mi prima y no tardó en venir con un café para cada una.

La puse al tanto de lo que había pasado, de que no vi a Francisco en todo el día desde que llegué y me recibió con esa mirada de desprecio, pero que él me había llenado la mesa de trabajo y pensó igual que yo, que estaba escocido por mi reconocimiento y que a él nunca se lo dieron y quería castigarme, era como un niño pequeño.

Cuando le dije el modo en el que me despedí de Silvia, se echó a reír.

—Pagaría por ver su cara —dijo negando.

Cuando acabó de hacerme la manicura, nos despedimos y me fui para casa. Mi madre y mi abuela no estaban, dejaron una nota diciendo que habían ido a hacer unas compras, así que aproveché para darme una ducha, ponerme el pijama y preparar la cena.

Me sentía bien, muy bien de hecho, y con la sensación de que de Alemania había regresado una nueva Olivia, esa a la que nadie podía pisotear.

Capítulo 12



Me levanté esa mañana la mar de contenta, sonriendo y con la seguridad de que nadie de la empresa iba a poder conmigo.

Estaba de lo más feliz por esos cambios que me habían comunicado y deseaba seguir demostrando lo mucho que valía en la delegación y en toda la empresa.

Nunca me había sentido tan valorada y con el reconocimiento recibido en la jornada anual de esas reuniones, al fin sentí que de verdad alguien se paraba a verme como persona y empleada, y no que tuviera que sentirme como si no fuera más que un cero a la izquierda en un lugar en el que todos se empeñaban en hacerme de menos y dejar claro que allí ya no pintaba nada.

Qué diferente era ahora Francisco de como siempre fue conmigo hasta que comenzó su aventura con Silvia.

Pero bueno, que estaba segura de que esa relación se acabaría tal como empezó, porque desde luego que eran los dos tal para cual. Y a ver, si una relación empezaba ya a sabiendas de que las dos partes habían sido infieles a su pareja, ¿quién podía asegurarles que no les serían infieles también a ellos?

En fin, que mejor no pensar en ellos, que yo comenzaba mi día con toda la buena actitud y la alegría.

Y esta mañana me dije que iba a ir aún más contenta y alegre, por no hablar de que tras echar un vistazo en el armario me acabé decantando por una camisa en color *beige* preciosa que, según decía mi madre, hacía que el color de mis ojos se realzara aún más, una falda negra y lo complementé con un cinturón y los zapatos del mismo color.

Me maquillé en tonos suaves, con ese color rojo coral en los labios que usaba para el trabajo, y decidí recogerme el cabello en una coleta alta.

Un poco de perfume, un vistazo en el espejo y lista para un nuevo día entre los animales que me rodeaban.

—¡Abuela, buenos días! —Entré con euforia en la cocina y hasta tocando las palmas.

—¡Cariño, ven que te como los morros!

—Tampoco te pases que te has venido muy arriba y al final me quitas el pintalabios —dije riendo y dándole un piquito.

—Si es que ese viaje te cambió la vida, nada más hay que verte para darse cuenta. Y lo guapísima que vas hoy, que pareces una ejecutiva. Cómo me alegro de verte así, cariño, que creí que no sonreirías más de ese modo en que lo hacías.

—Un cafelito para el pecho, por lo bien que lo he hecho —dije a su lado mientras ella me lo preparaba, sacándole una sonrisilla.

—¿Y esos gritos y palmas? —preguntó mi madre entrando en ese momento.

—Ya ves, hija, la niña que ha vuelto a ser la que era —sonrió mi abuela.

—No, no, esta es una Olivia mejorada, una nueva versión, como dijo Daniela. —Reí.

—Es verdad, es verdad, que has sufrido una metamorfosis de esas —sonrió la abuela.

—Como las orugas convertidas en mariposas —comentó mi madre—. Y así me gusta verte, mi vida, feliz y con esas alas bien desplegadas, que nadie es quién para cortártelas.

—Y menos el papanatas ese, que mira, que, si me lo cruzo un día por la calle... Uf, es que no respondo, ¿eh?

—Mamá, que te veo que a la madre de la famosa esa que iba todo el día a bolsazo limpio por la calle.

—Margarita Seisdedos, sí, así me veo yo. Me guardo un ladrillo en el bolso y le doy un viaje a Francisquito que le avío.

—Abuela, que te buscas la ruina. —Reí.

—Por mi nieta, mato, niña, que te quede claro.

—Eso, y después te llevamos cucharillas escondidas en la tarta para que vayas haciendo un agujerito en la pared de tu celda. Abuela, por favor. —Volteé los ojos sonriendo y negando, y ambas se miraron con una leve sonrisilla.

—Bueno, venga. —Mi madre dio una palmada—. ¿Qué quieres con el cafelito, mi niña? ¿Tostas, un zumo, un yogur con cereales? Tú pide, que ya sabes que el desayuno es la comida más importante del día.

—Sí, sí, mamá, la más importante, pero no que tenga que llenarme hasta el punto de que, en vez de ir en coche al trabajo, vaya rondando.

—Qué exagerada, por favor —resopló.

—Sentaros ya las dos, coño, que os pongo yo el desayuno. Que quiero agasajar a mis niñas como es debido. ¡Ay, madre, pero qué orgullosa estoy de las dos! —gritó mi abuela, y nos plantó un brazo por los hombros a cada una y un beso en la mejilla de esos típicos de abuela, de los que sonaban una barbaridad.

—Verás que nos desgasta las mejillas y veo que nos quita hasta el maquillaje —dijo mi madre y nos reímos las tres.

—Desde luego, qué desaboría eres, Carmen, no puede una tener un arrebató y comeros a besos —suspiró mi abuela y, en cuanto se dio la vuelta y no podía verla, mi madre me hizo un guiño.

Sí, eran un par de niñas pequeñas a veces, pero se querían con locura y a mí también.

Agradecía tenerlas en mi vida.

Estaba de lo más nerviosa por entrar hoy a mi nuevo cargo y con una distinción única en la delegación. Iba en el coche cantando la canción *La bachata*, mientras movía mi cuerpo sentado al volante.

Fue aparcar y dirigirme hacia la puerta cuando vi a una joven que parecía sacada de una revista. Alta, rubia, con los ojos azules, un abrigo de paño blanco bajo el que se veía una falda lápiz gris oscuro y unos zapatos de tacón fino que realzaban sus piernas. Me miró y sonreí mientras me acercaba.

—Perdona, ¿eres París? —le pregunté teniendo una corazonada. Lo primero, que no la reconocía, y lo segundo, que aire de española no tenía.

—Sí, soy yo —dijo en un perfecto español, pero que se notaba que no era su idioma.

—¡Hola! Soy Olivia.

—¡Mi nueva compañera! —exclamó efusiva y me abrazó.

—Sí, ya me dejaron constancia de que te incorporabas hoy.

—Estoy de lo más emocionada de cambiar de aires, y se te ve muy simpática.

—Gracias, al menos lo seré para alguien. —Volteé los ojos.

—¿Problemas?

—Ya lo verás, soy la despreciada de la empresa. —Puse los ojos en blanco y me reí encendiéndome un cigarrillo y ella otro que le había ofrecido y aceptó.

—¿Tú la despreciada cuando, por lo que me han dicho, eres la joya de la delegación española?
—preguntó incrédula con ambas cejas elevadas.

—Sí —sonreí—. Verás, es que todo viene desde que... —le conté la historia.

Y ella me escuchaba con atención mientras nos terminábamos el cigarrillo antes de entrar.

—Ah, no, amiga, aquí voy a tener que poner orden porque déjame decirte que tú estás a otro nivel ya de ellos y lo van a entender por las buenas, o me encargaré yo de que se enteren por las malas. Esto va a cambiar. —Se llevó los dedos a la boca y los besó como los gitanos en plan promesa. Era una alemana de lo más graciosa.

—Yo con que haya paz...

—¿Paz? No puede haber paz para los malos y vamos a por ellos. Y al jefe que se le bajen los humos, porque si trata mal a las protegidas de la empresa, se va a meter en un lío, y tú ya formas parte de ese grupo. Métetelo en tu cabecita. Estás aquí, pero eres parte de los que son considerados como el futuro de la empresa. Como yo. —Se echó a reír, consiguiendo que yo también lo hiciera—. Y de esa novia suya, también nos vamos a encargar, hombre, por favor. ¿Qué son esos aires de grandeza que lleva por bandera? Ni que ella fuera la jefa, vamos —resopló.

—Así actúa, sí —sonreí.

—Pues se acabó, te lo digo yo. —Hizo un guiño y sonreí.

Me gustaba su actitud y, sobre todo, el hecho de que fuera tan simpática, porque al menos eso para mí sería un buen aliciente para venir al trabajo sabiendo que contaba con alguien de mi parte y que me haría mucho más llevaderos los días.

Entramos mientras observaba los aires de París y me encantaba. Era una mezcla de una modelo con una alta ejecutiva. ¡Molaba!

—Buenos días, París —le dijo Francisco acercándose a ella y estirando la mano con una amplia sonrisa de lo más falsa.

—¿Tú tienes ojos en la cara? ¿Cómo que buenos días, París? Lo primero es que somos dos personas, no una persona y un animal o un fantasma. Lo segundo, que a mí te diriges con el respeto que me debes y, lo tercero ¿qué confianzas son esas de dirigirte así y sin presentarte? ¿Somos acaso primos hermanos?

»Te recuerdo que mi departamento está por encima de tu cargo y que no tenemos nada que ver con la empresa. La élite es una cosa —me señaló a mí primero y a ella después— y el resto, como sois los demás, es otra. Somos el departamento internacional, que no se te olvide, Paco —le dijo como si fuera de lo más española—. Vamos, señorita Díaz, que veo que esta delegación, si no fuera por ti, dejaría mucho que desear.

Las caras de Francisco y Silvia, que estaba con la oreja puesta, eran para ponerlas de memes

en las redes.

Entramos en el despacho y nos echamos a reír, pero a carcajadas. Paris era lo más y había llegado para complementar esa parte tan vacía que yo tenía en esta empresa en estos momentos. Bendito día que me mandaron a Alemania a esa reunión que estaba cambiando mi vida por completo.

—Me encanta que estés aquí. —La abracé—. Muchas gracias, Paris.

—Cariño, tú no sabes las ganas que tenía de cambiar de delegación. Vamos a triunfar trabajando las dos, codo con codo. Por cierto, ¿cómo que no tienes en el despacho una cafetera de cápsulas? —Miraba para todos los lados.

—Solo las tienen los directivos de la delegación y Francisco.

—Yo mato a alguien... —Abrió la puerta del despacho—. ¡Recepcionista! —gritó a todo pulmón.

—Sería mejor que hables con Julia, la secretaria de Francisco.

—De Paco, que no se te olvide —me dijo, causando que me saliera una risa.

Apareció Rebeca, la recepcionista, pálida como la pared. Ya estaba al tanto de todo y vio lo que Paris le dijo a Francisco.

—Dime.

—Uf. —Volteó los ojos—. No puedo, en serio. —Me miró y suspiró—. Dígame, recepcionista, se dice, dígame, que no nos conocemos ni hemos tomado café juntas —le aclaró, y Rebeca pasó a verse aún más pálida mientras tragaba saliva sin saber dónde meterse—. Vete a buscar a la secretaria de Francisco si él está ocupado y dile que tiene una hora para que esté aquí en nuestro despacho una cafetera Nespresso blanca con cien cápsulas de café *ristretto*.

»Además, de la misma marca, quiero una caja de chocolates individuales, un paquete de azúcar y monodosis de leche para darle un sustito al café, como a mí me gusta. Una hora, recálcalo o tendré que hablar con los de arriba —le sonrió con ironía.

—Ahora mismo, señorita Paris.

—Así me gusta, que me hagan caso a la primera.

Cerró la puerta y se puso a bailar con una mano en su barriga y el otro brazo ligeramente doblado hacia arriba. Era todo lo que no me podía imaginar y me estaba dejando de lo más loca y sorprendida. Esta mujer no es que hubiera venido de Alemania pisando fuerte, sino que lo había hecho arrasando como un huracán.

—Hombre, por favor, qué mínimo que para alguien como tú le tengan una cafetera. Y menos mal que la mesa se nota que está sin estrenar o si no también me la cambian —dijo tirándose en

su sillón.

—Los muebles los renovaron todos hace seis meses.

—El despacho está bien, amplio, luminoso, pero lo vamos a poner más bonito. Tengo un gusto exquisito, cariño. Aquí falta una planta de interior alta entre los dos ventanales.

—Ay Dios, que eres lo mejor que me ha pasado en la vida —dije emocionada mientras ella aplaudía mirando hacia todos los lados y viendo los posibles cambios.

Una hora después teníamos la cafetera y todo lo que había exigido. Esto era increíble, ver para creer.

Paris estaba alojada en un apartamento de lujo de un apartahotel en una muy buena zona de la ciudad. Se lo había gestionado todo la empresa, y decía que estaba loca ya que era un *loft* de lo más glamuroso con unos ventanales gigantes por los que le entraba mucha luz y el que además tenía pocas divisiones, siendo el baño lo único que había independiente. Me hizo un tour imaginario por su nueva vivienda.

Paris y yo pasamos ese primer día poniéndonos al tanto de todo, comentando algunos aspectos de lo que iba a ser mi nuevo puesto y congeniando a la perfección.

Me parecía una persona de lo más cualificada para el puesto que tenía en la delegación de Berlín y, además, me inspiraba mucha confianza para poder desempeñar mi trabajo de manera más efectiva.

Tras acabar la jornada nos despedimos habiendo intercambiado los números, y me fui al centro comercial para darme una vuelta por las tiendas y tomar un café disfrutando a solas de mi felicidad.

No pude evitar, mientras lo tomaba, pensar en Adam, ese hombre que me había hecho ver que en la vida nadie era más que nadie y que merecía que me respetaran y reconocieran como merecía, al igual que estaba haciendo Paris, y eso que acababa de llegar.

Me gustaba saber que el mundo no estaba lleno de gente que miraba por encima del hombro y que despreciaba a los demás, y sobre todo me gustaba ver esa nueva Olivia en la que me estaba convirtiendo poco a poco.

Si pudiera verme Adam, seguro que me aplaudía por el esfuerzo tan grande que estaba haciendo para no seguir siendo la Olivia de antes de las reuniones en Hamburgo que se dejaba pisar por un jefe que me ninguneaba y su nueva novia que se las daba de jefa mayor de la delegación.

Pero eso había cambiado, a mí ya no me pisaban y, si querían, que lo intentasen, porque conmigo, Olivia Díaz, ya no iban a poder nunca más.

Capítulo 13



Me levanté con unas energías que parecía que me había tocado la lotería. Para ser un miércoles no estaba nada mal, pero la llegada de Paris y trabajar con ella en unas operaciones de niveles que nunca había visto era, como poco, fascinante. A todo eso, sin añadir que me sentía más segura que nunca en unas oficinas donde la tortilla había dado un giro a mi favor, pero no cualquier giro, sino la madre de todos los giros.

Daniela: *Buenos días, prima de mi alma y de mi corazón. ¿Qué tal con tu nueva compañera? ¿Y la culebra? Tiene que estar dándose cabezazos contra las paredes a sabiendas de que eres más que él. Si es que ya sabía yo que mi prima valía un potosí, y que era cuestión de tiempo el que todos se dieran cuenta. Oye, que a ver si nos vemos, que me tienes que poner al día.*

Olivia: *Buenos días, cariño. Pues todo bien, genial, a decir verdad. La llegada de mi nueva compañera ha sido un soplo de aire fresco, no veas el carácter que tiene, esa si quisiera se hacía con el control de esta delegación. En cuanto a la culebra, sí, tiene que estar tirándose de los pelos porque ya te digo que Paris ha llegado pisando muy, pero que muy fuerte.*

»*A mí ya no me importa ni me afecta, allá él y los demás que bailan al son de su nueva novia, aunque, como te dije, el amor les va a durar poco. Y en cuanto a vernos, ya sabes que sin problema. Por mí salimos este fin de semana, si te va bien.*

Daniela: *Perfecto, ve pensando qué hacemos y demás, porque hay que beberse una botella de champán o dos por tus nuevos éxitos. Que eres muy grande, prima, y a quien le moleste verte brillar, ajito y agua en cantidades industriales. Ten un buen día, cariño. Te quiero.*

Desde luego que contar con el apoyo incondicional de mi prima, como si de una hermana se tratara, siempre había sido una buena dosis de energía, porque nadie como Daniela, con ese desparpajo y salero que tenía, para darme esa visión de la realidad que a mí tanto me costaba ver a veces, pero más desde que veía que todo mi esfuerzo en un trabajo que me gustaba no terminaba de valorarse como merecía que me valoraran, sobre todo por parte de mi jefe, que parecía que le jodía mi presencia allí.

Mi abuela ya estaba en la cocina con el desayuno preparado, y no tardó en aparecer mi madre también. Nos sentamos las tres a tomarlo y siguieron diciéndome lo felices que estaban de verme así de contenta y guapa.

Yo sonreía, porque la verdad es que desde que todo acabó con Francisco, y de la peor manera, ambas estaban tratando constantemente de animarme sin saber cómo, por eso se veían así de felices al saber que todo estaba cambiando y para bien en mi vida.

Desde luego que ese viaje había supuesto un antes y un después más que importante para mí, que me demostraba que tenía que priorizarme más de lo que lo había hecho con anterioridad.

Me despedí de ellas, que me desearon otro magnífico día en el trabajo, y salí de casa dispuesta a darlo todo una vez más, como siempre, solo que ahora con mayor motivo, puesto que desempeñaba un puesto de mayor responsabilidad que antes.

Pasé por el apartahotel de Paris para recogerla, ya que no tenía vehículo y se movía en taxi. Me costó convencerla, porque no quería ser una molestia, pero para mí era todo un honor hacerlo dado que había venido para alegrar mis días en lo laboral, además de subirme la poca autoestima que tenía.

—Hola, amor. —Me dio un beso en la mejilla.

—Hola, preciosa. ¿Qué tal la noche?

—Genial. Yo duermo a pierna suelta. Además, me tiro una hora en el *jacuzzi* y me quedo de lo más relajada —dijo con una risilla.

—Qué bueno, entonces estás mejor que quieres.

—Ya te digo. Y nada que ver con el frío que tenemos allí.

—Sí, eso es verdad. Las pasé putas en esos días.

—Y, además de mal por el frío, ¿qué tal lo pasaste? —Curioseó.

—Fue increíble, ya que el primer día conocí a un trabajador de la delegación de Berlín y congeniamos genial. Me hizo un *tour* por la ciudad y fue una gran compañía en esos días —sonreí al recordar todos esos momentos que me traía vividos en Hamburgo al lado de un hombre como él.

—¿Estaba bueno? —preguntó mientras yo aparcaba.

—Demasiado, lo malo es que está felizmente casado.

—Oh, pero ¿ni un roce? —Curioseó abriendo los ojos.

—No, no, de verdad. Él respeta mucho a su mujer y yo lo respetaba a él porque la verdad que imponía mucho.

—Yo conozco a muchos de la delegación de Berlín. —Entrecerró los ojos como esperando a que le dijera algo, se veía que tenía curiosidad, y sonreí un poco.

—Se llama Adam Keller.

—¡No! —Se llevó las manos a la cara cuando nos habíamos bajado del coche para ir hasta el edificio de la delegación— ¡Lo conozco! Estuve trabajando con él durante seis meses en su mismo equipo.

—¿En serio?

—Por mi vida, de verdad. Pero él es muy parco en palabras y muy serio. —Frunció el ceño—. ¿Seguro que te dijo que se llamaba Adam Keller?

—Sí, sí. —Reí—. Y conmigo se reía y charlaba un montón. —Nos encendimos un cigarrillo.

—Vaya, eso sí que es un notición en Alemania —sonrió—. Ya te digo que es un hombre de lo más discreto, apenas habla más que del trabajo, es un cerebritito de las finanzas. Y sí, está casado y es un bombón para perderse con él en la más absoluta locura. Eso sí, Olivia, la próxima vez te fijas en otro que esté soltero. —Se echó a reír.

—No, si yo con los hombres tengo un ojito... —Volteé los ojos.

—Bueno, seguro que no eres ni la primera ni la última que tiene mal ojo para las parejas.

—No, ya te digo que no —sonreí, y le hablé un poco por encima de la historia de mi prima Daniela.

Entramos y ahí estaban todos los corrillos de empleados cuchicheando al vernos, no tardó en poner orden y decir que si allí no trabajaba nadie.

Llegamos al despacho y seguimos charlando mientras preparaba un par de cafés antes de comenzar la jornada.

Se quedó tan alucinada como el resto de mi familia al saber que la había dejado de ese modo, y dijo que desde luego que había hombres a los que habría que darles un baño de agua hirviendo porque les faltaba que se hubieran terminado de hacer en el vientre de su pobre madre.

—Por cierto. ¿Qué te parece que nos vayamos a comer juntas? Invita la extranjera. —Se frotó las manos y eso que se refería a ella misma.

—Pues mira, lo veo una buena idea.

—Tienes toda la mañana para pensar qué te apetece. A mí me gusta todo.

—Y a mí —sonreí.

—Pero tú conoces la ciudad.

—Eso sí es cierto —dije cuando llamaron a la puerta.

—Adelante —dijo Paris en un tono desganado, haciéndose la cansada.

—Buenos días, me manda el señor Francisco para... —decía Rebeca cuando la otra la frenó en seco.

—¡Paco! ¡Para nosotras, Paco o Paquito! Para ustedes, Francisco, don Francisco o señor Francisco, como os dé la gana de llamarlo, pero a nosotras, Paco. Cierra la puerta y vuelve a entrar llamándole bien.

Rebeca asintió y salió, volviendo a llamar y de nuevo Paris, de manera desganada le dijo que pasase. Yo estaba que no podía aguantar la risa. Me iba a dar algo.

—Buenos días. Me manda Paquito...

—¡Ole tú! —le gritó Paris que parecía española diciendo esas expresiones tan nuestras— Sigue...

—Dice que le gustaría tener una reunión con ustedes para puntualizar algunas cosas sobre esta delegación.

—Ve y le dices a Paquito —hizo una pausa— que no es nadie para que tengamos que perder el tiempo con él. Y le dices también, que aquí cuando queramos puntualizar algo se lo haremos saber. Este departamento no está obligado a perder el tiempo con los escalones de debajo de la empresa y menos con él. ¿Quién se ha creído que es para pensar que vamos a ir cuando a él le salga de las narices? Ah, y de paso le dices que, antes de que termine la mañana, quiero un precioso macetero rústico con una planta alta de interior que sea bien llamativa. Y cierra la puerta al salir. —Estiró la mano.

—Con lo chula que era y lo calladita que está ahora. ¿Dónde le quedaron esos aires de desprecio y altivez?

—Les faltaba mano dura y llegué yo para ponerte en su sitio. —Me hizo un guiño y se puso a aplaudir emocionada—. No hay nada mejor que ser una buena pieza para la empresa como lo somos nosotras, que somos inmunes a los gilipollas.

De que a la una de la tarde tuvimos la planta, la tuvimos. Además, era una preciosidad que hacía aún más bonito y vivo el despacho. Le daba un aire más armonioso. Nos había encantado.

A la hora de la salida nos cruzamos con Francisco, que me miró con mucho odio cuando vio que ella no miraba. Por primera vez, sentí que este no se iba a reír de mí.

—Paquito —le dije, captando la atención no solo de él, sino de Silvia, Rebeca, Mara y Paris, que me miró sonriendo—. Para ti. —Le saqué el dedo haciéndole una peineta.

—¡Te amo! —gritó Paris abrazándome mientras me besaba la cara.

—Te has enterrado tú solito. Aquí la única que he ganado he sido yo. Gracias por haberme

apartado de tu camino, ese que no me hubiera llevado a donde ahora mismo estoy. —Le hice un guiño y salimos de allí.

Capítulo 14



Íbamos en mi coche muertas de la risa por la cara que se les había quedado a todos. En mi vida lo llamé ni Paco, ni Paquito, ni nada que no fuera Francisco, pero oye, había tenido que venir Paris para ponerle el nombre como realmente le correspondía.

Nos dirigimos a comer a un lugar en el que ponían los bocadillos más impresionantes de toda la ciudad. Crujientes y bañados por el mejor alioli del mundo y dentro unos filetes de cerdo con queso fundido, acompañados de unas patatas fritas.

—Niña, aquí no venimos más, que paso de perder mis curvas —dijo Paris observando la barra de pan que le habían puesto delante—. Pero si es que esto es para tres personas como poco. Madre mía, esto no es normal.

—Pruébalo y luego me lo repites. —Reí.

—Voy. —Se persignó antes de cogerlo y darle el bocado mientras yo la miraba impaciente—. *Mamma mia*, como dirían los italianos. ¿Cómo una cosa tan calórica puede estar tan rica? Por favor, si es que está buenísimo.

—Yo vengo de vez en cuando con Daniela, o también lo hemos pedido a domicilio cuando no hemos tenido ganas de salir y hemos estado en casa en plan vagas con el pijama.

—Vagas y metiéndooos esto en el cuerpo. ¿No engordáis? —preguntó con un grito, los ojos muy abiertos— Yo estaría redonda como una albóndiga a estas alturas, ya te lo digo.

—Solo de vez en cuando, no solemos abusar. —Me reí—. Pero que de vez en cuando apetece comer eso que sí, es una bomba calórica, pero que quita el *sentío*. Oye, ¿quieres dejar de hacerme fotos? —Me reí, negando, porque le gustaba inmortalizar todos los momentos con las dos o independientemente.

—No quiero, que de aquí me tengo que llevar un montón de fotos de mi nueva amiga, que esto es para mí como tus días en Hamburgo de turismo. —Volvió a coger el bocadillo y dar un gran bocado para gemir de nuevo.

Francisco no se podía imaginar que estaba con Paris aún, puesto que no se le ocurrió otra cosa

que mandarme un mensaje.

Francisco: *Esto no se va a quedar así. Pienso ir a por ti hasta ponerte de patitas en la calle. Eres una puta.*

—Dame el teléfono —me pidió, tal y como le leí el mensaje. Lo hizo en un tono de exigencia.

—No la vayas a liar, está quemado.

—Dame —insistió y lo puse en su mano.

Lo puso en modo audio y me temí lo peor, porque Paris no se achantaba con nadie y menos cuando ella tenía muy claro que estábamos en unos escalafones más altos que él. Comenzó a mandar un audio de voz desde mi móvil.

—Paco, aquí Paris, te contesto yo porque ella fue al servicio. A ver, cómo te lo digo —hizo un silencio y carraspeó—: Tienes los días contados como jefe. Voy a presentar un informe a la junta por los insultos y menosprecios hacia nuestra empleada, que es muy valorada y apreciada. Y una cosa más, la próxima vez que quieras hablarle, primero me mandas un mensaje a mí.

Tal y como ella le dio a mandar y él lo escuchó, eliminó el mensaje que me había escrito. Se había cagado por las patas abajo, lo tenía claro.

—Tranquila, que te he guardado un pantallazo del mensaje en el móvil —me dijo haciéndome un guiño—. Si quiere jugar, jugamos todos, no solo va a divertirse él, vaya.

—Sinceramente, en el fondo todo esto me crea inquietud porque va a intentar hundirme de cualquier manera. Que yo esté con otro equipo y que no me pueda manejar como a los demás ni hacerme sentir de menos, eso lo va a volver loco. Lo conozco —suspiré.

—¿Me estás diciendo a mí que le tienes miedo a ese hombre? —preguntó arqueando la ceja mientras se señalaba con el dedo en el pecho.

—No es miedo, es prudencia porque me da que hará algo.

—¡Que estoy aquí! Mírame, que soy tu ángel de la guarda. Que haga lo que quiera, Olivia, porque no va a poder contigo. Y tienes foto de lo que ha puesto, así como de que justo después del audio, lo ha eliminado.

—Desde luego, eres más que un ángel de la guarda —sonreí—. El milagro que necesitaba en mi vida para afrontar esos días en el zoológico que hay allí. Además, que, en dos días te he cogido un cariño increíble.

—Y más que me vas a coger, ¡cómo que no te queda Paris por delante! De esta, nos hacemos con la delegación de España como las reinas de las oficinas.

—Encantada, estoy encantada de que estés en mi vida. —Le apreté la mano por encima de la

mesa.

No pudo con el bocadillo, al igual que yo nunca llegaba a terminarlo, pero a pesar de encontrarnos de lo más llenas, nos había sentado de lujo.

—Que, estaba yo pensando, ¿me sacarás de fiesta el fin de semana o me vas a dejar tirada como una nutria?

—Aquí se dice como una puta —respondí sonriendo.

—Lo anoto en mi vocabulario vulgar-español —contestó y me eché a reír.

—Eso, que en más de una ocasión te va a faltar vocablo para los cerdos de la oficina. Justo hablaba Daniela esta mañana de salir y vernos. Le dije que este fin de semana, así que sí, te voy a sacar de fiesta —sonreí—. Nos vamos las tres por ahí a disfrutar de la noche malagueña.

—Perfecto, noche de chicas. —Dio una palmada con una sonrisita—. A ella también la amo —dijo de lo más feliz—. Me encantan las cosas que me cuentas de ella.

Esa mañana en el trabajo no solo le hablé de la fatídica relación amorosa de mi prima, sino de lo bien que nos llevábamos y de todas esas locuras que a ella a veces se le ocurrían para animarme.

—Tengo muchas ganas de que la conozcas, de verdad. Le he hablado tanto de ti a mi familia que todos están locos por conocerte.

—Y yo a ellos, necesito tener una familia adoptiva en este país.

—Ya la tienes, no lo dudes.

Después de comer, decidimos ir a una terraza de una cafetería para disfrutar de un café, que acompañamos con un cigarrito. En ese momento, me vino a la mente Adam, quien siempre me decía que debía dejar de fumar. Me salió una sonrisa de oreja a oreja, y lo más fascinante es que no se podría imaginar que estaba trabajando con la misma persona con la que él había colaborado en el pasado.

Si soy sincera, no me gustaría perderme el ir al año siguiente, porque realmente me encantaría volver a verlo en algún momento de mi vida y contarle todo lo que estaban cambiando las cosas desde esa reunión en Hamburgo. Estaba segura de que le haría mucha ilusión saber que ya no me sentía tan insignificante entre tanto buitre.

La dejé en el apartahotel quedando en recogerla por la mañana. Me dio un beso precioso que duró unos segundos mientras me apretaba con todas sus fuerzas la cara.

—Adiós, amiga mía —decía antes de cerrar la puerta del coche.

Era realmente divertida y, además muy tierna. A pesar de ser un verdadero torbellino para

quienes la apreciaban, como yo, era un bomboncito de niña de lo más adorable e ingeniosa.

La semana estaba pasando como un cohete y yo cada vez sentía que mi pasado junto a Francisco estaba más que pisado. ¡Bendito día que se apartó de mi vida! No podía haber estado más ciega, porque mira que era insoportable el tío.

Cuando iba hacia mi casa, vi a mi tío saliendo de una cafetería y no pude evitar parar y gritarle.

—¡¡Guapo!! ¡¡Tío bueno!!

Al escuchar los gritos, se giró y, en cuanto me vio, comenzó a reírse. Que no era mentira, que mi tío era un pedazo de hombre de lo más atractivo que hacía que las mujeres, y también algunos hombres, se girasen con disimulo, y sin él, para mirarle.

—Vengo a doscientos, señor agente, póngame una mula que se la pago en carnes —dije cuando se acercaba.

—La madre que te parió, en qué hora te diría esa frase tu prima. —Rio y se apoyó en la ventana—. Hola, cariño, ¿cómo estás? —Me dio un beso en la mejilla.

—Muy bien, volviendo a casa, a ver si me doy una duchita y me pongo el pijama. ¿Y tú?

—En un rato me iré también, estaba tomando un café con algunos compañeros. —Eché un vistazo hacia la puerta de la cafetería.

—Vaya cuerpo de policía, tío, si es que parecéis sacados de un calendario. —Reí.

—Que no te oigan, hija, que alguno lleva divorciado un tiempo y está falto de cariño. Ya me entiendes. —Rio.

—Pues están faltos porque quieren, porque se ve que son guapetes.

—Tú sí que eres guapa. —Me dio un pellizco en la mejilla—. Oye, y en la delegación, ¿qué tal? ¿Todos haciéndote vudú?

—Eso como mínimo. —Reí—. Francisco me ha enviado un mensaje que deja bastante claras sus intenciones, pero tranquilo, que Paris le ha puesto las pilas.

—Sí que ha llegado pisando fuerte, sí. —Rio.

—Y tanto, no veas el cambio que está dando a la delegación. Como la dejen mucho tiempo conmigo, no reconocen ni los altos mandos de la empresa esta delegación si nos hacen una visita.

—No te quites mérito, Olivia, que vales oro, mi niña. Lástima que no haya hombre que sea capaz de verlo.

—Yo con que lo hayan visto en la empresa me doy por satisfecha, de verdad te lo digo, tío.

—Y que lo ha visto quien lo tenía que ver, no el idiota de jefe que tienes. Por cierto, ¿sigue teniendo el mismo coche?

—Sí, a él no le han dado un aumento en estos días para que pueda comprarse un coche nuevo —dije como quien no quería, y él soltó una carcajada.

—Muy buena esa, hija, sí, señor. Pues nada, espero que se ande con ojo al volante porque, como se pase, aunque sea un poquito de velocidad, le puede caer un regalito de parte del Cuerpo Nacional de Policía.

—Vamos, lo que viene siendo una multa —sonreí.

—Por ejemplo. Anda, vete a casa y descansa. —Me dio un beso.

—Sí, sí, que me está esperando el pijama para abrazarme con todas sus fuerzas y darme calorcito. Adiós, tío.

—Adiós, cariño.

Fui para casa con una sonrisa, y es que mi tío Rodolfo era como un padre para mí, y nunca hizo distinciones entre su hija y yo.

No había ni rastro de doña Leonor ni de doña Carmen, por lo que me di una ducha y, tras ponerme el pijama, me dispuse a preparar unos flamenquines con patatas para cenar.

Capítulo 15



Cuando llegué a casa esa tarde de jueves, me recibió el olor del café recién hecho, así como las risas de mi madre, mi abuela, mi tía Cris y Daniela.

Tan metida estaba en la canción que venía cantando, toda feliz después de un día de trabajo que había salido la mar de bien con Paris y pasando por completo de las miradas y cuchicheos de los demás, que no me había dado cuenta de que estaban sus coches aparcados fuera.

—¿Reunión familiar? —pregunté entrando en la cocina, donde estaban todas esperándome.

—Tarde de chicas, prima, que nos lo hemos ganado —sonrió Daniela.

—Me quito el abrigo y vengo, no me dejéis sin pasteles. —Señalé la bandejita que había en la mesa y que había traído mi tía Cris, pues eran de una pastelería que estaba cerca del Ayuntamiento.

No tardé mucho en ir a mi habitación a dejar todo y volver a la cocina, donde ya estaba mi madre junto a la mesa y las tazas de café en la mano.

—Bueno, ¿quién quiere el primer café? —preguntó dejando una taza delante de cada una de nosotras.

—¿Quién no lo iba a querer, hija mía? —La abuela volteó los ojos—. A ver si han venido tu cuñada y tu sobrina para merendarse un potaje. Anda que...

Nos echamos a reír porque la abuela tenía algunas contestaciones que nos dejaban a todas sin palabras.

—Ay, mamá, qué sé yo, igual alguna quería beber agua o un licorcito.

—Eso para después, hija, que tengo un licor de crema de café también muy bueno.

—Abuela, es que el café es tu perdición. —Rio Daniela.

—Tú sabes, cariño, que, sin un cafelito por la mañana, no me activo. El de después de comer

es sagrado. Y el de por la tarde, obligatorio para merendar y acompañar con unos pasteles. —Se encogió de hombros.

—¿Qué tal el trabajo, Olivia? —me preguntó la tía Cris.

—De lujo —sonreí—, Paris es un huracán que lo está arrasando todo.

Les hablé un poco de ella y todas estaban de acuerdo en que querían conocerla, decían que ese huracán llegado de Alemania me había hecho verme distinta, más segura y feliz, y eso a todas les encantaba.

—No es la única de Alemania que la tiene así —dijo Daniela y la miré con los ojos abiertos, a lo que la muy jodida sonrió.

—¿Hay más chicas nuevas en la delegación, hija? —Curioseó mi madre.

—No, mamá, la prima se refiere al chico que os comenté que había conocido en Hamburgo y que me dio tantos consejos para poner en práctica en los expedientes.

—Y hablando de chicos. —Miré a mi tía y me dio miedo, de verdad que sí—. ¿Qué pasa con tu vida amorosa, Olivia? ¿Sigues soltera? —preguntó, casi con un tono de sorpresa, como si no pudiera concebir que aún no tuviera pareja después de que me dejara Francisco, aunque hacía relativamente poco.

Mi madre, que como siempre estaba atenta a todo con la mirada, intervino rápidamente.

—No le metas prisa, Cris. Yo creo que Olivia está muy bien como está ¿verdad, hija? Porque poco a poco se va olvidando de ese imbécil, aunque le tenga que ver a diario en el trabajo.

Me encogí de hombros porque la verdad es que me sentía bastante cómoda sin pareja. A fin de cuentas, era muy reciente la ruptura con el imbécil de Francisco, como ella le había llamado, pero en mi familia todo eso de los novios siempre generaba expectativas que a veces no podía manejar, como le pasaba a mi prima Daniela.

—Sí, estoy bien, mamá. No me apuro. Estoy concentrada en el trabajo, que siempre me ha gustado, pero ahora mucho más. Me siento valorada, y eso de que me tomen en cuenta en las decisiones importantes es un subidón, no lo voy a negar.

Daniela me miró con la ceja arqueada y soltó lo más grande por la boca. Menos mal que estábamos en confianza, así que ni su madre, ni la mía, y mucho menos nuestra abuela, se escandalizarían porque eran las tres de lo más modernas y abiertas de mente.

—Prima, será un subidón, pero no me lo vayas a comparar con un orgasmo, porque te doy, vamos —resopló.

—No, hombre —reí—, pero que a mí ahora mismo lo que me vale es tener el trabajo, estar tranquila en él y que esté todo más estable.

—Si es que a ti te pasa como a mí... ¡Nos gustan los chicos con historias raras y poco convencionales! —suspiró, mientras se acomodaba en su silla.

La abuela, que estaba escuchando atentamente, soltó una risa burlona y levantó la mano.

—¡Ay, niñas! —dijo con un leve tono de protesta—. Yo ya estoy cansada de tanto hablar de esos chicos que pasan por vuestras vidas. ¡Por favor! Esos chicos que habéis tenido... ¡No sirven para nada! Son unos inútiles en su mayoría. Y, además, ¡nunca me los han presentado con un poco de seriedad!

»Todavía me acuerdo de uno de Daniela, ese del que tanto hablaba, ¿cómo se llamaba? —Entrecerró los ojos mientras se daba golpecitos con el dedo en la barbilla—. ¡Carlos! —gritó de repente— Sí, ese... ¡Y era un desastre! No tenía trabajo fijo, y siempre tenía excusas para no llevarla a sitios interesantes.

Daniela se echó atrás en su silla, riendo a carcajadas. Sabía que la opinión de la abuela sobre nuestros exnovios nunca era positiva, pero aun así le divertía escucharla.

—Abuela, ¡esos comentarios son lo peor! —dijo Daniela entre risas, aunque sabía que en el fondo su abuela tenía razón. Carlos no había sido precisamente una joya de la corona— Pero vamos, que ese novio lo tuve a los dieciséis años. ¿En qué iba a trabajar el muchacho? ¿Y dónde querías que me llevara sin dinero? Anda que no te has ido lejos, abuela. —Rio.

—¡Y el de Olivia! —continuó ella, mientras yo me preguntaba que en qué novio de mi adolescencia estaría pensando—. Ese chico con el que estuviste el verano en el que pintamos la casa, ¿cómo se llamaba? ¡Ah, sí! Roberto, el que parecía más interesado en ir al gimnasio con sus amigos que en llevarte al cine.

No pude aguantar y acabé soltando una enorme carcajada.

—¡Qué exagerada, abuela! —dije entre risas—. ¿Qué problema tienes con que Roberto fuera al gimnasio? Quería prepararse para ser bombero, y teníamos diecisiete años —resoplé, volteando los ojos.

—¿Y se hizo bombero? —preguntó la abuela con la ceja arqueada.

—No, se dedicó al gimnasio y es entrenador personal —sonreí.

—Nada, los novios de juventud no son buenos para el futuro.

Pero ahí estuvo rápida mi tía Cris para hablar.

—Leonor, que Rodolfo y yo llevamos toda la vida juntos, desde que éramos unos chiquillos. ¿De verdad me vas a decir a mí que los novios de la adolescencia no son buenos para el futuro?

—No, hija, no, que mi Rodolfo es la excepción, igual que su padre.

—Mira la abuela qué lista, barriendo para casa. —Rio Daniela.

—Pues sí, porque menos tu padre, los demás chicos adolescentes son unos flojos, y ya no digamos el que te dejó para ser famoso y el papanatas que le puso los cuernos a tu prima. A esos dos, les daba yo una somanta de palos que me quedaba tan a gusto —resopló.

—Que no han tenido suerte, mamá, y no hay más. Ya sabes que esas cosas a veces pasan —sonrió mi madre.

—Pues yo tengo la solución perfecta para que mis dos nietas tengan suerte en el amor —dijo mientras cogía la taza de café y le daba un trago.

—No sé si preguntar, abuela. —Reí.

—Ni yo —dijo Daniela, que también tenía una risilla suelta.

—Conozco a una mujer que hace unos amarres muy buenos para encontrar novio. ¡Os aseguro que no falla! —exclamó la abuela con una sonrisa de lo más pícara, mientras sus ojos brillaban de emoción.

Mi madre la miró sorprendida, como si no pudiera creer lo que acababa de escuchar de boca de su madre.

—¿Qué?! ¿Amarres? —preguntó, entre incrédula y divertida—. ¡Ay, mamá, no me hagas reír! ¿Cómo vas a recomendarles eso a las niñas?

La abuela no se iba a quedar callada y, tras acomodarse en su silla y dejar la taza con una sonrisa de niña traviesa, volvió a hablar.

—Esta mujer es increíble, Carmen. Hace unos rituales muy poderosos. Yo acompañé a una amiga a verla hace unos años, y al mes conoció a su marido. ¡Y siguen juntos después de más de cuarenta años! Ella sigue teniendo el contacto y me contó que fue a verla con su cuñada para que la sobrina encontrara un novio decente, no ese sinvergüenza que ni trabajo tenía, y la niña lleva casada tres años y esperando el primer hijo.

»Qué, ¿sentís curiosidad, niñas? —nos preguntó a Daniela y a mí— ¿La visitamos todas juntas y le damos una oportunidad a los amarres? ¡A ver si conseguimos algo mejor que esos chicos que no sirven para nada!

Daniela se inclinó hacia adelante, con una sonrisa traviesa.

—¡Yo me apunto! —dijo, como si fuera lo más normal del mundo—. Después de todo, si no sale nada, al menos habremos pasado un buen rato.

Mi tía, que se apuntaba a las locuras que propusiera la abuela y estaba disfrutando de lo lindo con sus historias, también levantó la mano sin pensarlo.

—Yo también quiero ver qué pasa. ¿Y si mi niña conoce al hombre de su vida el mes que viene? Hija, que le damos en los morros a tu ex y acabas tú en la televisión porque eres la novia de un futbolista o un empresario de éxito —sonrió.

—Habéis perdido la cabeza, en serio. —Rio mi madre.

La miré, que estaba con la cara roja como un tomate por tanta risa, y luego a la abuela, que se veía completamente convencida de que los amarres mágicos eran la respuesta a todos nuestros problemas amorosos.

—Abuela, que yo te quiero mucho, pero que con la suerte que tengo, lo mismo me hace un amarre y el próximo también me sale rana, en vez de príncipe. —Reí—. Mejor dejo que actúe el universo y me traiga el hombre que me tenga que traer.

—Pues si tú no vas, yo tampoco, prima. Las penas amorosas las pasamos juntas, y que sea lo que el universo quiera para nosotras.

—Desde luego, al final voy a tener que ir yo sola para que os hagan esos amarres —dijo la abuela con un suspiro. Daniela y yo la miramos al igual que nuestras madres, y fue la mía la que habló.

—Mamá, que no se te pase por la cabeza, ¿eh? A ver si esa mujer hace algo mal y, en vez de un hombre decente, a las niñas les vienen dos papanatas peores que los que tenían.

—¿Peor que esos dos? Mira que lo dudo, hija, mira que lo dudo... —contestó con un suspiro.

La idea de los amarres mágicos que había propuesto mi abuela causó tanto revuelo que, por un momento, olvidamos lo serio que realmente era el tema de conversación, pues a mí me habían puesto los cuernos con alguien a quien conocía y a mi prima la cambiaron por alcanzar la fama. Al final, el café se convirtió en la excusa perfecta para una tarde llena de carcajadas y promesas improbables.

Capítulo 16



Finalmente llegó el viernes que tanto esperábamos, el día en el que habíamos planeado salir las tres a disfrutar de la noche y echar a arder la ciudad.

Sonreí al levantarme y, en cuanto me preparé para ese nuevo día de trabajo, con un vestido de punto azul marino y el cabello suelto, salí de la habitación para encontrarme con mi madre en el pasillo.

—Buenos días, mamá.

—Buenos días, mi vida. ¿De viernes, ya? —sonrió.

—Ajá, lista para el último día de trabajo de esta semana.

—Y qué semana, porque anda que no has venido más contenta. —Me acarició la espalda.

—Es que Paris ha sido una inyección para mí, ojalá no se vaya nunca.

—Quién sabe, cariño, igual ven que trabajáis bien juntas y la trasladan aquí.

—No creo, porque en Berlín debe ser todo un fichaje, pero sí que me haría bien tenerla conmigo.

—Sea como sea, no olvides que tú vales mucho, ¿sí?

—Lo sé, mamá, me ha costado un poquito darme cuenta, pero lo sé —sonreí dándole un beso en la mejilla.

—¿Ya estáis de cháchara de buena mañana? Vamos, a la mesa, que se le van las vitaminas al zumo —dijo mi abuela al vernos entrar.

—Buenos días a ti también, abuela. —Reí mientras me acercaba a darle un beso.

—Eso, buenos días, que parece que vivas sola —protestó mi madre.

—Buenos días. Y ahora ¿podéis sentaros a desayunar? Que se va a enfriar el pan, y las tostadas frías no están buenas —dijo y, tras sentarnos, sirvió los cafés.

El móvil de mi madre sonó en ese momento y contestó al ver que era una de las compañeras del supermercado. Se fue al salón para hablar más tranquilamente y cuando volvió no tenía buena cara. Nos dijo que había fallecido el padre de esa compañera con la que se llevaba muy bien y había salido alguna que otra vez.

Como era lógico, no iría al trabajo y mi madre le dijo que se pasaría al salir para verla.

Después del desayuno, me despedí de las dos con un beso y un abrazo y me dispuse a empezar ese último día en las oficinas con buen pie y a acabarlo aún mejor.

Iba de camino al trabajo con Paris, a la que había recogido, y me venía diciendo que se le había pasado la semana volando, cosa en la que coincidía por completo, pues, estando con ella, la verdad era que los días habían transcurrido tan rápido que apenas me había dado cuenta.

Nos fumamos un cigarrillo antes de entrar a las oficinas, haciendo tiempo ya que aún era temprano, y como ella decía, para ver a los demás tendríamos tiempo hasta cansarnos.

El día anterior fue un visto y no visto porque estuvimos casi toda la mañana de videollamada con el equipo conjunto con el que llevábamos una operación a gran escala en la que había que poner bastante dinero, pero los beneficios podían ser brutales. Ver cómo se desenvolvía era una pasada, y al igual que con los conocimientos que me había traído de lo que me enseñó Adam, con Paris también estaba aprendiendo mucho.

Si de algo no me acordaba, es de que era el Día de los Enamorados. Pero ya se encargó Silvia de recordarlo cuando nos vio entrar y comenzó a enseñarle un anillo a Mara y a Rebeca.

—Mira lo que me ha regalado mi prometido —les decía en voz alta, para que la pudiéramos escuchar todos, y no me pasó por alto el modo en el que miraba de reojo hacia donde estábamos Paris y yo—. ¿Se puede ser más romántico? Y me ha dejado un ramo de rosas en mi despacho —continuaba bien alto.

—Qué poca originalidad tiene tu amante —dijo Paris sin parar el paso y a gritos—. ¿Y seguro que es de compromiso? Porque visto desde aquí, eso no es un pedrusco, como decís los españoles.

—¿Qué sabrás tú de diamantes? —protestó.

—Pues un poco sí que entiendo, la verdad. ¿O es que pensabas que estos pendientes y la pulsera que llevo son de bisutería? Por favor. —Paris volteó los ojos, y Silvia estaba a punto de empezar a echar humo por las orejas.

—¿Y a vosotras qué os han regalado? —preguntó en plan sorna, como si no quisiera haber escuchado lo de los diamantes de Paris.

—A ti te lo voy a contar, estúpida —le contestó ella.

—A mí, la gratitud hacia ti porque te lo hayas llevado. —Le hice un guiño.

—Desde luego, porque mira que ha tenido mal gusto para el anillo —me murmuró—. Aunque también te digo que lo mismo el diamante es falso, tanto como todo lo que esa mujer tiene postizo. Vamos, que se ha dejado una pasta en cirugía.

Me eché a reír sin poder evitarlo, y es que Paris tenía unas cosas que no eran normales, de verdad. Pero razón no le faltaba, lo primero porque dudaba mucho que Francisco se hubiera gastado el dinero en diamantes, y lo segundo porque Silvia llevaba postizo hasta las pestañas. En fin.

Íbamos para el despacho cuando de repente se escuchó mi nombre. Me giré, vi que Francisco aparecía en ese momento para ir con Silvia, no pude evitar mirarle con cara de asco y me giré aún más para ver quién preguntaba por mí.

—Soy yo —susurré al observar a un hombre vestido con chaqueta, que sostenía un ramo de rosas blancas, mientras un grupo de jóvenes lo seguía, cada uno cargando una bolsa de marcas de lujo.

—Es para usted. —Me puso el ramo en la mano mientras yo estaba en *shock*, y vino el siguiente y me entregó una bolsa de Hermès.

Me temblaban las piernas y no salía de mi asombro al ver aquel desfile de hombres elegantemente vestidos pasando por delante de mí. Así hasta doce que fueron dándome bolsas ante los ojos atónitos de todos, y una Paris que sonreía emocionada ayudándome con ellas.

—¡Somos las Paris Hilton de Málaga! —gritó, causándome una carcajada— ¿Qué decías de tus regalos, Silvia? —Soltó una carcajada después de preguntarle—. En calzones se ha quedado tu prometido, hija —le dijo con cierto retintín mientras volteaba los ojos.

—Chúpate esta, Paquito. Aprende a regalar de verdad —le dije a él, que estaba de lo más serio, y Silvia con los morros fuera.

Entramos en el despacho dejando todas las bolsas sobre las mesas, intrigadas porque no sabíamos de dónde podía venir todo esto.

Dentro del ramo venía una nota que me precipité a abrir. Pensaba que esto tenía que ser una broma, o que se habrían equivocado de dirección y de Olivia Díaz, que podía ser.

—¡Te ama alguien, Olivia! —decía, bicheando las bolsas y sacando un bolso de lo más bonito.

—Calla, que voy a leerlo. —La saqué del sobre.

«*Estimada compañera, Olivia.*

Estos son unos obsequios por su buena labor en la empresa y la mención honorífica que se llevó en la última reunión. Estamos muy contentos de tenerla en nuestro equipo.

Hemos pensado que no había un mejor momento que el día del amor, ese que sentimos por las personas que aman su trabajo, por ejemplo, por eso hemos decidido entregarle estos regalos en un día como hoy.

Disfrútelos, son más que merecidos. La junta».

Le enseñé la tarjeta a Paris y se echó una carcajada bien grande mientras la leía.

—Exactamente las mismas palabras y regalos que me hicieron a mí. Bueno, no tocó en San Valentín, pero me llevé unas palabras muy parecidas, también me agasajaron con un montón de regalos de firmas y un ramo de flores.

»Están podridos de dinero, para ellos esto es chatarra, como el que manda una caja de bombones, pero ¿no me dirás que no son unas monadas? —Me enseñaba todo como si fuera para ella, tenía mucho arte—. Y tranquila que esto no lo mandan con copia, así que se pensarán que te has echado un novio de esos jeques árabes.

Estaba impactada, había dos bolsos, un par de botas de firma que eran una locura y eran de mi número, estaba flipando. Cartera, bufanda, unos pendientes, una pulsera, un perfume, un bolígrafo personalizado y una agenda que era de Gucci.

—Aquí debe haber miles de euros tirados en firmas —murmuré negando mientras ojeaba todo.

—Lo que te he dicho, una chatarra para ellos.

Sí que es cierto que a Francisco todos los años le regalaban algún obsequio de firma por parte de la empresa, pero nada que ver con todo esto que era difícil de asimilar y digerir.

Le tiré una foto a todo y se lo mandé a mi madre, a mi abuela, a mi tía y a mi prima. No sé cuál de las cuatro tuvo más arte a la hora de responder, pero el caso es que estaban todas incrédulas a lo que me habían regalado.

Abuela: *Yo ya me veo con esos bolsos por la avenida en plan Presley.*

Mamá: *A partir de ahora te vamos a tener que llamar «Doña».*

Prima: *Joder, ¿a quién me tengo que tirar para que me regalen algo así?*

Tía: *¿Seguro que son de la empresa, o te has echado novio y sigues sin soltar prenda? Daniela, hija, vete a uno de esos programas en busca del amor, cariño.*

Daniela: *Claro que sí, mamá, para que tenga la suerte de que me lleven a mi ex, vamos, hombre. En eso estaba yo pensando. Nada, ya me buscaré al hijo o al sobrino de alguna clienta.*

Paris se meaba de la risa viendo las contestaciones que me ponían. Estaba de lo más ansiosa por conocer a mi prima esta noche a la que ya decía que amaba tanto como a mí.

Habíamos quedado que iríamos a su apartamento a darle el encuentro y dejar nuestras cosas, ya que después de la fiesta nos quedaríamos con ella a dormir y pasar el fin de semana, cosa con la que mi prima, cuando se lo comenté, se mostró la mar de encantada y feliz. Otra que no podía esperar a conocer a Paris, pues decía que tenía pinta de buena gente.

Tras dejar a un lado todos esos regalos, y que se me fueran de vez en cuando los ojos a ese bonito ramo de rosas blancas que me había encantado, Paris y yo nos centramos en el trabajo y en dar lo mejor de nosotras un día más, como ella decía con una amplia sonrisa.

Salimos de la oficina a media mañana a tomarnos un café a una terraza donde nos encontramos a los novios del siglo. Los morros los tenían demasiado para afuera para un día como hoy que comenzó en un intento de ser de lo más idílico, pero les había salido rana. La empresa no podía haber escogido un mejor momento para agasajarme de esa manera en la que ahora me sentía la reina de este día.

A Paris le encantaba poner cara de altiva y orgullo mientras me miraba con esa sonrisa de felicidad sosteniendo la taza de café en su mano. Era todo un personaje.

Capítulo 17



Tenía todo listo para el fin de semana, estaba terminando de ponerme las botas cuando apareció mi madre.

—¿Ya te vas, cariño? —preguntó.

—Sí, en cuanto llegue la prima nos vamos de finde con Paris.

—Esa chica es un regalo del cielo, te ha devuelto la sonrisa.

—Y no solo ella, te lo aseguro —sonreí.

—Ese compañero de la reunión también tuvo mucho que ver. —Entró y se puso a mi espalda, mirándome a través del espejo—. Ya creí que no volvería a ver tu preciosa sonrisa.

—No es fácil pasar página, mamá, pero poquito a poco lo hago —le dije y me dio un beso en la mejilla.

—Mi vida, el amor es algo que nos puede hacer inmensamente felices o desgraciados. Te ha tocado vivir lo segundo, pero sé que la vida te tiene preparado uno de esos amores bonitos con el que serás muy feliz.

—¿Y a ti? Porque nunca has estado con nadie después de papá.

—Cuando has amado a alguien con todo tu corazón, por mucho que quieras, no puedes dejar de hacerlo —sonrió con un brillo de tristeza en los ojos.

Se fue con esa carita que había visto otras veces y pensé que, ojalá, mi padre no la hubiera traicionado de esa manera. Y lo peor de todo es que yo había vivido lo mismo que ella.

Cuando Daniela llegó a mi casa con su bolsa de fin de semana, nos despedimos de mi madre y la abuela, que nos desearon que nos divirtiéramos, y nos fuimos en mi coche a los aparthoteles donde, después de aparcar en la plaza que a Paris le correspondía, subimos a su apartamento.

—¡Daniela! —gritó al abrir y se abrazaron como si estuvieran locas por conocerse. Que tenían

ganas, obviamente, pero vamos, que cayeron hasta el suelo con tanta euforia que sonó el golpe como un estruendo, y yo estaba muerta de la risa viendo el espectáculo.

Después de levantarse riendo, me abrazó a mí antes de darnos paso y cerrar la puerta.

—Qué ganitas tenía de conocerte —le decía Daniela a ella.

—Yo más, te lo prometo —sonreía mirándola de lo más feliz—. He comprado una botella de un ron súper exclusivo para tomarnos la primera aquí —dijo con una sonrisilla y elevando ambas cejas.

—Pues con la que está cayendo en la calle, me plantaba el pijama y me tomaba aquí una detrás de otra —murmuré.

—Vamos a salir, aunque nos empapemos con la lluvia. Mañana podemos quedarnos aquí de pijamada —contestó Daniela—. Tendremos que enseñarle la noche a esta criaturita, ¿no? Vamos, digo yo.

—Qué graciosa, cómo me ha llamado. Le faltó decirme que soy un alienígena. —Se reía a carcajadas.

—Dale dos copas y nos empezará a llamar putas. —Carraspeé.

—Pero imagino que ella también se incluirá en el plan, ¿no?

—Bueno, ella suele quedar como la princesita de la noche y luego es la peor.

—No, la peor soy yo, os lo aviso desde ya. Aquí no me conoce ni Dios, puedo pegarme la gran noche.

—Me parece que la alemana viene pegando fuerte.

—Te lo dije, prima, dale dos semanas y se hace con la alcaldía de la ciudad.

—Pues no estaría mal, porque valiente elemento tenemos como alcalde.

Nos tomamos allí esa primera copa y Paris cogió el móvil para hacernos varias fotos a las tres juntas, diciendo que de Málaga no se iba sin un montón de recuerdos con nosotras.

Puso unas patatas para acompañar a la copa y me eché a reír al ver que Daniela sacaba una bolsa de chuches y chokolatinas.

—¿Tú también quieres que pierda mis curvas? —preguntó Paris, cogiendo un regaliz rojo.

—No, no, es que esto nunca falta en los días de pijama. —Rio mi prima.

—Hijas de fruta sois, como decís aquí. —Paris volteó los ojos y Daniela y yo soltamos una

carcajada—. Guarda eso, que, como empiece, no paro. —Puso las manos delante de la bolsa de chuches—. Y yo que me había cenado una ensaladita.

—¿Una ensalada? Pero si vas a beber alcohol y refresco. —Reí.

—Pues por eso, Olivia, cariño, para contrarrestar el exceso de lo que voy a beber.

—Mira qué lista —me dijo mi prima señalándola.

La verdad es que me daba en la nariz que esta noche no solo íbamos a pasarlo bien, sino que las tres juntas teníamos un poquito de peligro, porque viendo cómo era mi prima y cómo era Paris, estaba claro que se habían juntado dos buenas para liarla parda.

Lo primero que hicimos al salir y aprovechando que había escampado, fue dirigirnos hacia un *pub* que nos encantaba y que nos llevó unos minutos andando. Iba estrenando uno de los pares de botas y un bolso de lo que me llegó como regalo de la empresa. Todo había cambiado tanto desde que fui a Alemania que ahora me sentía otra mujer totalmente diferente.

—Qué buena música suena ahí dentro —dijo Paris, que comenzó a ir hacia la puerta contoneando las caderas.

—Hija mía, qué manera de moverlas. ¿Tú seguro que naciste en Alemania? —preguntó mi prima.

—Sí, sí. ¿No me ves el pelo y los ojos? Lo que pasa es que yo en casa me pongo música de salseo y así hago deporte.

—Qué cabrona, así tiene ese cuerpo. —Rio.

—Será que tú estás mal, no te digo. —Paris volteó los ojos.

Me reí entrando porque desde luego que esas dos parecían familia, tenían el mismo carácter y ese humor que me contagiaba.

Dicen que el karma está a la vuelta de la esquina, pero no, en mi caso estaba dentro del *pub* donde, para asombro de las tres, nos encontramos a Paquito con Silvia y otra pareja más que yo no conocía.

Nos vieron entrar del tirón, vamos, que sus caras eran el más fiel reflejo de la impresión que se habían llevado.

Desde luego que en otra vida debía haber sido una bruja mala y sin escrúpulos para que me tuviera que encontrar precisamente esta noche a estos dos aquí, con la de bares y sitios que había en toda Málaga.

—¿Cómo es eso de que los hay con estrella o no? —pregunté con un suspiro.

—Los hay que nacen con estrella y otros estrellados —contestó mi prima.

—Pues yo le voy a tener que preguntar a mi madre si me caí de manos del médico que me trajo al mundo, porque menuda suerte tengo, desde luego. —Volteé los ojos.

—Chicas, esos dos tienen un problema —murmuró Paris mirándolos con una cara de asco que no era nada fingida.

—No la lées, por favor —le dije aguantando la risa.

—Déjala que haga lo que le dé la gana —me dijo mi prima mientras nos apoyábamos en la barra justo al lado de ellos.

—Tres rones con cola y se lo cobras a mi amigo Paquito —le dijo Paris en voz alta al camarero para que Francisco se enterase, y vaya si se enteró.

Silvia sacó el móvil y comenzó a grabar el momento en el que se vino hacia nosotras muy cabreado.

—Repite delante de la cámara lo que has dicho —le pidió este muy enfadado, como si en vez de que tuvieran que cobrarle nuestras bebidas, le hubiera amenazado de muerte, vamos.

—¡Camarero! —gritó con todo el arte— Cóbrale seis cubatas más que nos va a dejar pagados los siguientes.

—Esto lo llevaré ante la junta y donde sea para que vean el acoso que estoy sufriendo por parte de vosotras dos, que me perseguís hasta fuera del horario laboral. Voy a hacer que os echen de la empresa. El lunes mismo estoy tomando cartas en el asunto —decía mientras Silvia seguía grabando.

Lo dicho, que era como si estuviéramos allí con palos en la mano amenazándole de muerte, lo que había que ver.

—Pues el lunes lo vas a tener fácil, porque vamos a tener una reunión toda la empresa, ya que tendré que comunicaros algo. —Carraspeó Paris e imaginé que se estaba tirando un farol, porque no tenía constancia de que hubiera programada ninguna reunión para principios de semana.

—¡Estás loca, tú y esta! —Me señaló a mí.

—¿Y yo no? —preguntó con tristeza Daniela.

—Tú mejor estate calladita que te puedo dar una hostia que no vuelvas a hablar en un mes.

—¡Dásela si tienes huevos! —grité— Ese eres tú, un machista manipulador violento. Dásela y te juro que te metemos preso, y eso no lo borres. —Señalé con el dedo a Silvia—. Quizás te pueda valer como prueba algún día para demostrar lo violento que es. Por desgracia, a mí una vez me dio una y debería de haberlo denunciado —confesé algo que nunca había dicho.

Podía notar la mirada de mi prima fija en mí en ese momento, y no la culpaba, ya que acababa de soltar una bomba que había guardado por mucho tiempo y que me había estado consumiendo por dentro. La verdad es que él no era así, nunca había sido de esa manera, hasta que todo cambió por culpa de esa mujer con la que estaba ahora.

—Y más que te merecías —dijo él con rabia mientras me miraba con el mismo odio que llevaba viendo los últimos meses.

Y ahí fue cuando todo pasó en una décima de segundo. Cuando vi que Daniela cogía impulso con el brazo hacia atrás y le metió una bofetada tan fuerte y sonora, que se volvieron todos a mirar.

Silvia fue a engancharla por los pelos y Paris le dio un empujón para evitarlo, provocando que acabara cayendo al suelo y yo frené a la otra amiga que venía para nosotros.

Yo que había salido dispuesta a divertirme esta noche, y la que se había liado en un momento...

Nos separaron y apareció el encargado, que era el marido de una clienta de Daniela y que obviamente escuchó su versión y terminó pidiéndole a Paquito y sus palmeros que abandonaran el local. Lo hizo de buenas maneras, obviamente, pero por la mirada que les echó, estaba claro que tonterías quería las justas, así que se fueron sin rechistar lo más mínimo.

—Estos no saben lo que les espera el lunes. La reunión va a ser la mayor sorpresa de sus vidas —dijo Paris con una sonrisa y de lo más orgullosa.

—¿En serio vas a hacer una reunión? —Curioseé—. Pensaba que estabas tirándole un farol con ellos dos.

—Es mi deber y obligación...

—Pero ¿puedes hacer eso? —le corté, dado que, aunque venía de la sede principal, no estaba segura de que pudiera tener la potestad de convocar una reunión sin que la junta directiva llegara a un consenso.

—Claro que sí y más cuando tengo órdenes de arriba. —Nos hizo un guiño y bebió por la cañita de su copa sin decir una sola palabra más.

Esta mujer era una cajita de sorpresas, pero también la mejor compañera para una situación como la mía en que sin ella, no habría tenido tanta fuerza por mucho reconocimiento que me hubieran dado.

Habíamos empezado la noche bien... Si es que, desde luego, encontrarse a ese par de indecentes no podía ser otra cosa más que el karma, que quería atacarles de nuevo por sus malos actos.

Se acercaron de lo más subditos y acabaron saliendo por la puerta con el rabo entre las

piernas. Que nosotras no habíamos hecho nada y ellos solos buscaron gresca, vaya.

A Paris le llamaban la atención los hombres españoles bien morenos con el pelo y los ojos negros, todo lo contrario a lo que estaba acostumbrada a ver en Alemania, claro.

Había uno que decía que se lo iba a llevar al baño. Daniela y yo nos miramos viéndola capaz e hicimos que se girase hacia la barra y dejara esos pensamientos calenturientos a un lado, que hoy era una noche solo de chicas.

—Por vuestra culpa tengo que sacrificar mi orgasmo a la española —protestó moviendo el líquido de su copa con la cañita.

Nosotras nos reíamos al escucharla, pero es que tenía un salero para decir las cosas, y ponía una carita de pena, que no podíamos no reírnos con sus cosas.

El caso es que, a pesar de que la noche empezó de aquella manera con la presencia no tan grata de la culebra y la rata despeluchada, al final seguimos a nuestro aire, tomando unas copas, bailando y riendo, mientras Paris miraba a aquel chico con ojitos de querer, que tampoco le quitaba la vista de encima a la rubia que se movía como si de una latina se tratase.

Yo sabía que algún día mi nueva amiga se tendría que ir, pero esperaba que los de la empresa la dejaran más tiempo conmigo, porque al igual que mi prima, Paris era una de esas personas llenas de vitalidad que con su sola presencia te hacía ver la vida en una gran paleta de colores, sin que todo tuviera por qué ser gris, blanco o negro.

Capítulo 18



La noche anterior volvimos las tres al apartamento de Paris con un buen punto y a eso de las tres de la madrugada, y es que el alcohol nos sentó a todas la mar de bien.

Paris decía que estaba enfadada con nosotras porque no la dejamos irse al baño con aquel morenazo que la había puesto malísima, que ya se veía ella en sus brazos y gritando como una posesa. Lo que nos pudimos reír en el camino de vuelta, eso sí, que llegamos las tres como una sopa de la lluvia que nos había caído.

Al despertar esta mañana nos dolían hasta las pestañas, qué resaca llevábamos las tres en lo alto, pero como dijo Daniela, un chocolate con churros y una pastilla, y se nos quitaban todos los males.

Y se nos quitaron, sí, pero no teníamos ganas ni de cocinar, así que, tras una exhaustiva votación, decidimos pedir un papelón de pescado frito, un pollo asado y una ración de patatas en el bar que había a un par de calles de allí.

En cuanto a lo de salir a la calle, ni hablamos, porque estaba el día gris y lluvioso, así que también de manera unánime decidimos quedarnos en casa viendo una maratón de películas de comedias románticas en Netflix, eso sí, comiendo chuches y chocolatinas, y con las botellas de ron y de tequila en la mesa por si nos apetecía una copa.

La tarde iba bien, habíamos hablado de pedir unas *pizzas* para la cena y que al día siguiente pediríamos una paella para comer, que Paris decía que se moría por probarla.

Estábamos las tres de lo más cómodas en el sofá, rodeadas de cojines y tapadas con las mantas, y dado que habían pasado varias horas desde que vimos a Paquito y Silvia en el *pub*, y que no había salido el tema de lo que dije, pensé que se había quedado en el olvido, que ninguna se acordaba, pero parecía mentira que no conociera yo a mi prima...

—Por cierto, Olivia —dijo tras coger un regaliz—. ¿De qué iba anoche eso que dijiste?

—¿El qué? Porque dije muchas cosas —no la miré porque sabía perfectamente a lo que se estaba refiriendo.

—No te hagas la tonta, que hasta yo sé por dónde va —soltó Paris, y suspiré.

—No quiero hablar de ello.

—Pues mira tú por dónde, que yo sí. —Daniela se incorporó, sentándose con las piernas estilo indio, y me miró—. Habla, que ayer no quise decir nada, pero de hoy no pasa.

—Daniela...

—Habla —insistió.

Y no me quedó más remedio que volver a recordar aquel día, y contárselo.

—Ya sospechaba por aquel entonces que estaba con Silvia. Llegó a casa una noche después de haberse pasado supuestamente la tarde reunido por trabajo, según él, había cenado en el despacho y demás mentiras. Le dije que era tarde y que no me lo creía, y me dijo que podía creerme lo que quisiera. Acabamos subiendo el tono y, en un momento dado, me dio una bofetada. Se disculpó y, juro que hasta vi dolor en sus ojos.

—Todos hacen lo mismo —resopló—. Primero golpean, después se arrepienten y piden perdón, dicen que no volverá a ocurrir, pero las palabras no sirven, porque en ocasiones la historia se repite una segunda vez y, en muchos casos, más de una.

—No lo volvió a hacer, pero sí que es cierto que en ese momento debí poner fin a todo.

—Debiste decírmelo, eso lo primero, porque te juro que le habría dado yo a él de otro modo.

—No quise decirlo.

—Porque si no lo contabas era como si no hubiera pasado —dijo Paris, y asentí—. Bueno, pero ya está, chicas. Eso es agua pasada —sonrió—. Lo que sí os digo es que vaya joyitas de novios habéis tenido. —Rio mirando también a Daniela.

—El mío es una sabandija, con lo que decía que me quería y luego, me deja para ser famoso. No se irá a un programa de esos de supervivencia en la selva y le piquen los mosquitos hasta que le dé una reacción alérgica y se hinche, que así se iba a dar cuenta de que muchas veces no solo de la guapura y el físico se come o se tiene a alguien que te quiera al lado.

—Menuda maldición le has echado. —Rio Paris—. Te pongo unas velas y un muñeco y eres una bruja haciendo vudú.

—Qué cabrita eres. —Reí.

—De todos modos, es que hay exparejas que... —Volteó los ojos al tiempo que resoplaba—. Vamos, que, si yo os contara, teníais para varios artículos en una revista del corazón.

—Pues ya estás hablando, que aquí a mi prima le va mucho el chisme —dije sonriendo y

señalando a Daniela.

—Digamos que la fidelidad es algo que muy pocas personas conocen y respetan. En mi caso, yo era la otra y sin enterarme, hasta que le vi un día con su familia, pero con familia me refiero al pack completo, con hijos y perro. —Carraspeó.

»Tan feliz iba por el centro comercial paseando, y al verme, se le fue el color de la cara, esa que se le puso pálida como la de un muerto viviente. Luego, como excusa, me dijo que eran una pareja abierta, pero no me lo creí ni por un segundo. En fin, que se acabó y desde entonces voy con pies de plomo a la hora de conocer a alguien —suspiró.

—Vaya historial amoroso tenemos —dijo Daniela—. Verás que al final lo de los amarres que dijo la abuela va a ser una buena idea. —Rio.

—Quita, quita, que lo mismo nos sale peor la cosa. —Reí.

Paris preguntó con curiosidad qué era eso de los amarres y se lo contamos, se echó a reír diciendo que se moría de ganas de conocer a la abuela Leonor y que seguro que se hacían íntimas. A mí no me extrañaba, desde luego, porque a la abuela no le hacía falta mucho para hacerse amiga de alguien si estaba tan loca como ella.

Seguimos en el sofá riendo por cualquier tontería que alguna decía, comiendo chuches y chocolatinas, la mar de a gusto y notando que entre las tres se había creado una conexión fuerte que esperaba que nunca se rompiera, que siempre pudiéramos contar unas con otras, que nos apoyáramos y que nos diéramos esa fuerza que cada una necesitase en un momento concreto de su vida.

Y las dos botellas de alcohol seguían en la mesa, delante de nosotras, hasta que vimos que Paris se levantaba y volvía con tres vasos de chupito, sal y limón.

—¿Es hora de que nos emborraches otra vez? —le preguntó Daniela con la ceja arqueada.

—Perdona, pero yo anoche no obligué a nadie a que bebiera, que ya sois mayorcitas para decidir lo que hacer o no.

—Anda que traes refrescos para unos cubatas, vas a lo fuerte, ¿eh? —Reí.

—Venga, un brindis —dijo Paris tras servir los tres chupitos—. Por vosotras, mis nuevas amigas, esas que me llevaré en el corazón cuando regrese a casa. —Levantó el vaso.

—¿Y si te secuestramos para que no te vayas? —comentó Daniela.

—Yo me dejo. —Rio.

—Te voy a echar de menos, que en el trabajo no va a ser lo mismo sin ti —suspiré.

—No has bebido todavía y ya estás llorando, prima —me dijo Daniela, que pasó el pulgar por mi mejilla para retirar las lágrimas.

—Ay, pero qué bonita eres, Olivia. —Paris me dio un abrazo—. El que no lo vea es que tiene los ojos en el culo.

—Vas a volver a Alemania y no te van a conocer por la manera de hablar. —Rio mi prima.

—Me llevo un vocabulario de lo más extenso para usar allí —contestó con una risa—. Venga, a beber.

Nos tomamos aquel chupito de una y sonreí, pero es que de verdad que iba a pasarlo un poquito mal cuando Paris se marchara.

—Estoy pensando que deberíamos hacer un pacto —comentó, mirándonos con los ojos entrecerrados.

—¿Un pacto? ¿Con quién? Mira que, si es con el diablo, mejor lo dejamos.

—Eso, con el de ex de Olivia no pactamos —dijo mi prima y nos reímos las tres.

—No, no, que Paquito tiene cara de bueno y no lo es. Yo me refiero a un pacto entre nosotras, algo significativo —sonrió.

—Suena bien, salvo que tengamos que hacernos un corte en la palma de la mano, porque yo me mareo.

—Nada de cortes, Daniela. —Rio Paris—. Mejor con esto. —Señaló la botella de tequila sin soltar su vaso de chupito.

—Lo que te digo, nos quiere emborrachar —resoplé.

—Otra resaca para mañana, y eso que de esta aún no nos hemos recuperado del todo. —Daniela volteó los ojos.

—Bueno, ¿qué me decís? ¿Os animáis a hacer un pacto?

—Venga, mientras no nos hagas firmarte la venta de nuestras propiedades, dale —dijo Daniela.

—Conmigo apañada va, que solo tengo el coche. —Me encogí de hombros.

—Yo en un salón de belleza no me veo más que para que me pongan guapa, así que tranquila, cariño, que no voy a poner vuestras cosas a mi nombre. —Rio Paris mientras llenaba los chupitos—. Os tengo que decir que habéis sido todo un descubrimiento para mí, y que os amo como si fuerais de mi familia.

»Así que, aquí va el pacto. —Levantó su vaso de chupito mientras se ponía de pie—: Nunca nos dejaremos de hablar, de vernos cuando podamos, compartir alegrías, así como las penas —sonreímos las tres—, siempre estaremos las unas para las otras y ni toda la distancia del mundo podrá con esta amistad. Nos contaremos lo bueno y lo malo, y nunca tendremos secretos.

—Eso va por ti, prima —dijo Daniela dándome un codazo.

—¿Amigas hasta el final? —preguntó Paris, acercando el vaso al centro.
Daniela y yo nos levantamos, acercándolo también, y respondimos al unísono.

—Amigas hasta el final.

Nos tomamos aquel chupito de tequila para sellar el pacto y nos dimos un abrazo entre risas.

La verdad es que no quería perder a Paris por nada del mundo, quería a esa mujer en mi vida para siempre y que, cuando tuviéramos la oportunidad, pudiéramos volver a pasar un fin de semana como el que estábamos teniendo.

Nos tomamos algunos chupitos más y pedimos las *pizzas* para la cena, momento en el que ya teníamos bastante alcohol en el cuerpo y cuando llegó el repartidor y Paris lo vio, dijo que se quedara para hacernos compañía y, de paso, le daba a ella una alegría para el cuerpo.

Para verle al pobre chaval, sonriendo, pero rojo como un tomate y muerto de vergüenza, mientras la alemana decía que en otra como esta no se veía, que tenía ahí a tres pedazo de mujeres con las que se iba a divertir de lo lindo.

Al final, el pobre se fue de lo más cortado, pero le di una buena propina por lo que le había hecho pasar la rubia, que decía que se volvía para Alemania sin probar el producto español.

Es que me tenía que reír, y Daniela estaba doblada al ver el puchero de pena que ponía Paris.

—Con lo mono que era, y me quedo sin probar su *pizza*.

—La madre que te parió, Paris —dije.

—Me meo —decía Daniela sentada en el sofá sin dejar de reír—, es que me meo.

A pesar de cómo empezamos la noche del viernes, el fin de semana estaba siendo el mejor que había tenido en mucho tiempo.

Y lo que nos quedaba por delante, porque desde luego que Paris tenía cuerda y locuras para rato, por lo que podía decir con toda certeza, que esa noche dormir íbamos a dormir poco, y que el domingo lo pasaríamos resacasas en el sofá viendo la televisión sin ganas de movernos más que para comer y reponer líquidos que no fueran bebidas alcohólicas.

Capítulo 19



Y de nuevo un lunes al que le tenía la curiosidad de la reunión que iba a hacer Paris, ya que de ella me esperaba cualquier cosa.

En cuanto entré en la cocina, vi a mi abuela sirviendo el café y dejando un plato con el pan tostado en el centro de la mesa.

—Buenos días, abuela. —Le di un beso en la mejilla.

—Buenos días, cariño. ¿Cómo has dormido hoy?

—De maravilla. —Reí, porque tanto ella como mi madre sabían que apenas había dormido los dos días que nos quedamos Daniela y yo con Paris.

—Cómo me gusta verte sonreír, hija, que has estado más mustia que las plantas de la vecina.

—Tengo motivos otra vez para hacerlo, abuela.

—Lo sé, y me alegro de que así sea. Ese reconocimiento en la empresa ha sido lo mejor que podía pasarte —dijo mientras me acariciaba la mejilla.

—¿Y mi madre? ¿No se ha levantado aún?

—Sí, pero es que ha salido temprano, una urgencia en el súper —contestó mientras iba a por la mantequilla y la mermelada para mí.

Desayunamos juntas mientras le contaba un poco del fin de semana que habíamos pasado las tres, y dijo que le encantaría poder conocer a Paris, que se le veía una niña muy buena.

Me despedí de mi abuela, que me dijo que le diera un beso a la alemana de su parte, y sonreí.

Recogí a Paris en la puerta de su apartamento, ese lugar del que nos fuimos ayer después de pasar un fin de semana de chicas en el que nos había pasado de todo. Solo con recordar la entrada al *pub* el viernes y encontrarme con esos dos seres, me tenía que reír.

—Qué guapa, amor, parece que quieres ser la anfitriona de la reunión, pero eso no va a poder ser —comentó la muy loquita con una sonrisa al tiempo que se encogía de hombros.

—Anda, Paris, para guapa tú que vas de punta en blanco, como diría mi abuela. Y, por cierto, ven aquí —dije acercándome para darle un beso en la mejilla, de esos sonoros que me daba mi abuela—. De parte de la abuela Leonor.

—Oh, qué mona. —Hizo un puchero—. Qué ganas tengo de conocerla.

—Y ella a ti. —Reí mientras ponía rumbo al trabajo, y fuimos durante todo el camino canturreando esas canciones que salían en la radio.

—Tengo ganas de un cigarrillo, una buena ración de sexo y disfrutar de la fiesta —dijo cuando estábamos llegando.

—Lo del cigarrillo en cuanto aparque, lo del sexo y la fiesta, me da a mí que tendrá que esperar un poco —contesté con una risita.

—Pobre ilusa —murmuró bajándose del coche y soltando una carcajada.

¿Qué se traía esta entre manos que estaba en ese plan misterioso y dando a entender que había algunas cosas que no sabía y que me dejaban de lo más intrigada?

Y se lo pregunté, pero ella no decía más que, sus labios estaban sellados.

No hubo manera de sacarle nada, y en ese momento fuimos viendo entrar a los empleados, hasta que llegaron Silvia y Francisco, que andaban a paso ligero para pasar por delante de nosotras ante la humillación que se llevaron el viernes.

—Paquito, ¿dónde vas tú tan corriendo, eh? —Lo frenó en seco y no le dejó que contestara—. Dile a tu secre que avise a toda la plantilla de que a las once tienen que estar en la sala de reuniones, ya que hay algo importante que anunciar.

—Si me da la gana, eso para empezar —le dijo él con esos malos modales que yo nunca había visto, hasta que empezó a cambiar su actitud a raíz de que lo nuestro se terminara para siempre.

—Hazlo, si no quieres a las once pasar una vergüenza mayor. Avisado estás. —Le tiró un beso al aire y Silvia le agarró de la mano para que no dijese nada y tirasen hacia dentro.

—¿Qué te traes entre manos? —insistí en preguntar, porque me podía la incertidumbre del no saber qué iba a pasar esta mañana de lunes en nuestras oficinas.

—Olivia, cálmate, cariño, que se viene una fiesta latina donde se van a mover más culos que en el Caribe... —me contestó sin más explicación y haciéndome un guiño de esos con el que pretendía calmarme, pero que no fue el caso.

Esas palabras me dejaron todo el tiempo de lo más ansiosa. Estaba segura de que ella iba a

poner orden a la situación, pero ¿hasta qué punto?

Entramos después de fumarnos el cigarrillo y fuimos al despacho mientras muchos de los que aplaudían lo que hacía Silvia, nos miraban con esa cara de odio que llevaba tanto tiempo aguantando.

Paris canturreaba mientras los veíamos cuchichear en corrillos, y es que a esta mujer todo le daba igual y se partía de la risa mientras la miraba.

Me tomé dos cafés en la ventana del despacho, apoyada con los ventanales abiertos para fumarme un cigarrillo. Si me pillaban, se armaría la de Dios, pero según Paris, teníamos derecho a todo.

Apenas si pude trabajar, no me concentraba y estaba que me consumían los nervios.

—¿Quieres dejar de mover la pierna? —me dijo tras unos minutos que llevaba sentada— Te va a quedar un tic nervioso, ya verás.

—Nerviosa estoy porque no me quieres contar nada de lo que va a pasar en esa reunión —contesté—. ¿Tan grave es como para no poder ponerme al día?

—Ten paciencia, mi querida Olivia, que en nada vas a ver lo que se va a hablar en esa sala —sonrió.

—Pero si es que no puedo, de verdad, Paris, que estoy como en esa película de cuando mi abuela era joven, al borde de un ataque de nervios.

—¿Y tomas café? Porque eso no ayuda. —Rio.

—¿Y qué hago? ¿Me tiro ventana abajo?

—No, chiquilla —me dijo con una imitación del acento andaluz que me sacó una carcajada—. No te tires ventana abajo que entonces te pierdes la fiesta.

—Pero ¿qué fiesta? Es que no sueltas prenda, Paris.

—Ya lo verás, cariño —sonrió haciéndome un guiño—. Solo te diré que, la reunión de hoy, muchos de esos buitres carroñeros que trabajan contigo no la van a olvidar en la vida.

Y me querría animar y tranquilizar, pero es que no podía y me ponía mucho peor de lo que ya estaba.

Todo lo que pensaba era en que, por mucho que dijera, ella no podía convocar una reunión, así como así, y que, si esto no salía bien, lo más probable es que a mi amiga no solo la mandaran de vuelta para Alemania, sino que la pusieran de patitas en la calle.

A diez minutos de las once, Paris me hizo un gesto con la cabeza de que debíamos irnos.

Cuando cogió el pomo de la puerta del despacho para abrir, yo me persigné mentalmente, esperando que lo que fuera que tenía pensado no se le acabara yendo mucho de las manos y que Francisco y Silvia no quisieran ir más en contra nuestra y la liaran hablando con los de más arriba, porque a mí especialmente ese par me tenía entre ceja y ceja, a saber por qué, y estaba claro que harían cualquier cosa con tal de librarse de mí de manera definitiva.

—Comienza la fiesta —dijo moviendo el culo a modo de reguetón mientras abría la puerta y salíamos, y yo no podía dejar de reírme. Esta mujer no era seria ni cuando se suponía que debía de serlo.

Pero es que así era ella, con esa actitud tan positiva y mostrándose siempre segura de sí misma, eso que esperaba que se me hubiera contagiado a mí un poquito en estos días que había estado trabajando con ella.

Nos dirigimos a la sala de reuniones, llegando las primeras. Ella se puso delante de toda la mesa ovalada como si fuera la directora. Me tenía que mear con ella.

Me senté a un lado en primer lugar, cerca de ella, esperando a los demás, esos que comenzaron a llegar de manera que parecía que fuesen a un velatorio. Vaya caras que traían, pero no era para menos porque hasta yo estaba cagadita de los nervios de no saber a qué nos enfrentábamos en este inicio de semana. Los últimos en llegar fueron Silvia y Francisco, que se sentaron al fondo, dado que eran los dos únicos sitios que quedaban.

—Imagino que esta reunión es ilícita, espero que tengas un buen motivo para tomarte el derecho de hacerla —dijo Francisco y todos los tontos de turno se pusieron a afirmar.

—Cuando tus palabras tengan importancia en mi vida, te lo comunico, Paquito. Y dicho esto —continuó sin dejar derecho a la réplica—. Me presento. —Carraspeó mientras se colocaba bien esa chaqueta abotonada que se había puesto hoy, con una apariencia de lo más formal y como toda una ejecutiva.

»No soy analista y he tenido que hacer el papel de mi vida para infiltrarme en la delegación para recabar la información que necesitaba el CEO y único socio de la empresa. —Me estaba dejando muerta. ¿Quién coño era Paris? Me comenzaron a temblar las piernas.

»He tenido que descubrir en carne propia que esto, más que una delegación, es un recreo de niños pequeños donde el chisme está tan presente como en cualquier programa de salseo, y que pocos son, como es el caso de mi querida amiga Olivia —me miró sonriendo—, los que se han tomado el trabajo en serio.

—Eso es una infamia —gritó Francisco.

—Tú te callas, Paquito, que eres el culpable de todo. —Le señaló y sin que le temblara ni lo más mínimo el pulso—. Sin tener más que decir por mi parte, el dueño y señor de la empresa —miró al pasillo— viene por ahí para ser el conductor de esta urgente e importante reunión. Con ustedes, tengo el placer de presentarles a su gran jefe, CEO de la empresa y, válgase la redundancia, mi hermano, Adam Keller.

Cuando dijo su nombre y vi que entraba por la puerta, sentí que me iba a desmayar.

Capítulo 20



No me lo podía creer, de verdad que no. Esto debía ser una broma, una cámara oculta o algo, porque era imposible que Adam, el mismo Adam que yo conocí en Hamburgo, estuviera aquí.

Pero estaba, puesto que ese hombre alto, rubio y de ojos azules que acababa de entrar era él.

Lo miré temblorosa y me hizo ese guiño de ojo que ya conocía de Alemania y con el que me decía que todo estaba bien.

—Buenos días a todos —murmuró él tomando el sitio de Paris y esta se sentó a mi lado agarrándome la mano mientras yo la miraba incrédula por todo.

¿Le había contado mis sentimientos a su hermana? ¿Que lo conocía de unos meses, me dijo? Ay, Dios, mi corazón se iba a salir por la boca y peor aún, ¿le conté todo a Adam sin saber que era el dueño de la empresa?

—No es mi estilo ir por las delegaciones nacionales, y sí estar presente en la de Berlín que, como sabéis, es la sede donde se mueven todas las decisiones —decía mientras a mí me faltaba hasta el aire y recordaba lo de los regalos del viernes del Día de los Enamorados que no me quería tomar como tal, pero parecía que estuviera ahí pendiente de esos momentos en que me iban a intentar joder.

»En este caso, y una vez comprobado personalmente en la última reunión de Alemania que teníamos en España una compañera a la altura de los compañeros de la sede principal, he querido investigar un poco por qué no se le tomó en cuenta para que acudiera a otras anteriores ni se nos informó de la labor tan profesional que ella llevaba a cabo.

—Aquí somos muchos los profesionales —le dijo Francisco.

—Usted precisamente se calla, que ha estado en muchas reuniones y ha brillado por su ausencia de ideas —le contestó Adam mirándole de un modo muy poco amigable—. Por otro lado, ¿qué trabajo como jefe de equipo ha desempeñado para no poner al tanto de las cualidades de una empleada a la empresa y por qué hasta ahora no fue allí cuando he revisado las mejores operaciones cerradas en España en los últimos años y en todas estaba su firma? No hace falta que me responda, en este punto su opinión me vale bien poco.

Francisco se quedó callado y con el ceño fruncido mientras me miraba a mí, como si hubiera sido cosa mía el que le diera ese sermón, cuando ni siquiera sabía que Paris estaba aquí para averiguar todo lo que pudiera sobre el personal y lo que ocurría en la delegación.

Por un momento me hice chiquitita ante esa mirada, pero ahí estaba ella, mi amiga y ángel de la guarda, para darme un apretón en la mano y que me quedara tranquila, que no iba a hacerme nada.

Eso sin contar con que en estos momentos estaba flipando en colores.

Era Adam, era él y estaba escuchándolo hablar como nunca lo había hecho. ¿Había venido para darme mi lugar y frenar todo lo que le había contado en aquellas conversaciones con él de lo que pasaba en esta delegación?

No me podía creer que de verdad estuviera ahí delante, de pie ante la mesa, mostrando y dejando claro que no iba a achantarse ante nadie, con toda la tranquilidad del mundo, con ese traje a medida y la seguridad de quien sabe que es el dueño del lugar y el que manda.

—No creo que los demás nos hayamos tocado las narices. —Saltó Silvia en un intento de defenderse también ella, pero claro, al gran jefe, como le había llamado Paris, nada le iba a frenar, y mucho menos las palabras de alguien que había puesto a todos los empleos en mi contra, por a saber, qué razones.

—Bueno, la que me faltaba por escuchar —Adam volteó los ojos y hasta se le escapó un bufido—, la más toca narices de todas, porque de verdad que se lleva el premio a insoportable y a intentar desestabilizar a las personas que sí suman en esta empresa. Señora, ¿no se ha llevado su premio? Disfrútelo ¿o acaso le da miedo el no poder estar a la altura de ella? —le preguntó sin tapujos.

—Yo a ella le doy mil vueltas —contestó con esa soberbia que la caracterizaba mientras me miraba con un desprecio que se notaba a leguas que no me soportaba.

—Eso lo dirá usted —le contestó con ese mismo tono serio que a ella la dejó con los ojos abiertos y la cara roja por la rabia—. Bueno, cambiando de tema, que no nací para perder el tiempo con chiquilladas —continuó Adam mientras se metía ambas manos en los bolsillos y le vi paseando de un lado a otro, permaneciendo en todo momento delante de la mesa, mientras todo el mundo le seguía mirando con esa incertidumbre de no saber qué más iba a pasar en esta reunión.

Lo primero que vengo a ratificar son los cambios de los que ya están informados los asesores de los nuevos puestos que entran en vigor en este momento. —Se detuvo de nuevo frente a la mesa y miró a todos, uno a uno, sin excepción—. Si alguien no está de acuerdo, puede renunciar a su empleo, que estamos dispuestos a hacer efectivo también de manera inmediata. Para el nuevo puesto, en este caso no solo de jefe de plantilla, sino de director nacional, lo ocupará nuestra brillante Olivia Díaz.

Y me miró en ese momento, y yo noté que me temblaban hasta las pestañas de los nervios que

me habían entrado al escuchar mi nombre seguido de las palabras director nacional.

Paris a mi lado sonreía y me daba apretones en la mano, pero yo es que no podía ni reaccionar, de verdad que no. ¿Estaba pasando esto de verdad o lo estaba soñando?

¿En qué momento de mi vida los astros se habían alineado para que todo se tornara de este modo? Yo, que era el último cero a la izquierda de la delegación, ahora iba a pasar a ser la persona al mando de todo. Increíble, de verdad que estaba alucinando y sin haber tomado nada raro, porque a no ser que Paris me hubiera puesto algo en los cafés o el tabaco, yo no había tomado nada más.

—Esto es una injusticia. —Francisco se puso de pie con el ceño fruncido y apoyando las manos en la mesa, por la mirada que le dedicó Adam, juro que pensé que le iba a echar de allí.

—Las mismas que cometes tú. Y baja esos humos que estás delante del jefe, no de uno de tus peones y los de ella. —Señaló a Silvia—. No vuelvas a interrumpirme, Paco. —Pasó a tutearle y lo llamó como su hermana lo hacía, dado que lo más seguro era que Paris le había puesto al tanto de que se dirigía a él así—. Tu puesto ahora es el de Olivia y espero que te superes, porque hasta ahora, por muy brillante, no has pasado por aquí. No entiendo quién te recomendó para ese puesto —sentenció, y eso sí que caló hondo en el ya antiguo director de la delegación de España.

»A todos, esto va en general, el respeto y la cortesía son fundamentales. Si alguno de ustedes no es capaz de tratar a sus compañeros con la consideración que merecen, mostrando actitudes negativas o despectivas, se verán obligados a abandonar la empresa, ya que no toleramos la falta de educación ni la falta de compromiso con la armonía del equipo. Y a usted —señaló a Silvia— la pasamos al puesto de recepcionista con las que ya están allí, si quiere bien y si no, con renunciar al trabajo se solventa el problema.

—¿Cómo? —gritó Silvia poniéndose en pie al igual que había hecho Francisco, y para verle la cara, que le faltó que se le desencajara la mandíbula— No puede degradarme de puesto.

—¿Eso dónde lo pone? —preguntó Paris con la ceja arqueada— Porque ya lo ha hecho, mona —sonrió encogiéndose de hombros.

—Francisco —le llamó Adam y él le miró con los dientes apretados, rabioso perdido—, tienes el día de hoy para sacar todo de tu despacho y llevarlo al de Olivia, que será el que ocuparás a partir de mañana, y ella se irá al que desde hoy le pertenece.

»Desde este momento quiero ver a todos, sin excepción, cumplir todo lo que he pedido, y si vuelvo a tener que venir a una reunión a la delegación, será para que rueden cabezas y hacer limpieza y renovación de puestos, advertidos quedáis. Dicho esto, podéis ir desfilando.

Extendió la mano para que se fueran marchando y cuando lo hizo el último, sonrió mirándome, abriendo sus brazos y me dirigí a él, negando y sonriendo, para fundirnos en un efusivo abrazo.

—Me has engañado, jefe —le dije emocionada y apretándolo con todas mis fuerzas—. Así que tu hermana... —Me reía incrédula.

—Sabía que no había nadie mejor que ella para poner a todos en su sitio —contestó sin perder esa sonrisa.

—Pero no sé si podré llevar bien el nuevo puesto —confesé porque, a pesar de que todos confiaban en mí, yo no lo hacía y seguía con esas inseguridades que me había creado el hecho de sentir que nadie valoraba mi trabajo en la delegación.

—Mejor que nadie. —Me apretó la mejilla—. No te preocupes, que ahora será todo más fácil. Te encargarás de la delegación y darás el visto bueno a las operaciones aprobadas.

—¿Y las internacionales?

—Te pediremos opinión, pero ahora te necesito llevando esta, que estoy seguro de que será más exitosa de lo que ya lo es —sonrió y con ese simple gesto me tranquilizó un poco—. Te toca enseñarme la ciudad. ¿Dónde me vas a llevar a comer?

—A donde quieras. —Nos volvimos a abrazar y cerré los ojos para sentir esa calidez que me transmitía, la misma que sentí en Hamburgo cuando me dieron ese reconocimiento tras la participación en las dos jornadas de reuniones que habíamos tenido.

—Bueno —escuché la voz de Paris cayendo en la cuenta de que ella seguía allí y la miré—, ahora sí que me voy, que dejé todo preparado en el apartahotel para irme al aeropuerto, que mañana tengo un evento importante del cumpleaños de una amiga y mi función aquí ya ha terminado —sonrió.

—¿Te vas ya para Alemania? —pregunté con tristeza.

—Sí, cariño, pero nos volveremos a ver y estaremos en contacto. Te he cogido demasiado cariño —contestó y sentí que se me hacía un nudo en la garganta y que las lágrimas querían empezar a salir.

—Pero te puedo llevar yo.

—No, el mismo coche que trajo a mi hermano me llevará a por las cosas y luego hacia el aeropuerto. Ahora te dejo por un par de días en buenas manos. —Me hizo un guiño y sonreí notando cómo me sonrojaba, porque le había contado a esta mujer que su hermano me había gustado, qué vergüenza, por favor—. ¿Me vas a despedir con un fuerte abrazo de tu prima?

—Claro.

—De todas maneras, luego le pondré un mensaje —dijo mientras se acercaba con los brazos abiertos.

—Gracias por todo, has sido mi gran descubrimiento. —La abracé con mucha fuerza y luego se despidió del hermano.

Cuando Paris salió de la sala con una sonrisa y diciéndonos adiós con la mano, hice lo mismo

mientras sentía que con ella se iba una parte de esa fuerza que había sentido en el trabajo durante unos días.

—¿Y bien?

—Estoy impactada con todo, Adam. Yo pensaba que no te volvería a ver hasta la reunión anual —sonreí.

—Así será la próxima vez. —Me hizo un guiño.

Y no se me quitaba la sonrisa porque ese guiño era tan suyo y único, que me encantaba.

Capítulo 21



Nos dirigimos a mi despacho y a ninguno nos pasó por alto el hecho de que las puertas de los demás estaban cerradas, de modo que o estaban trabajando mientras evitaban que el jefe pudiera querer reclamarles algo, o se habían encerrado en corrillos para hablar sobre la reunión.

Cuando entramos en el despacho vi que Paris ya había recogido sus cosas y se notaba el hueco que había dejado. Sonreí porque esa mujer había llegado pisando fuerte y se había hecho con la delegación desde el primer día, poniendo todo patas arriba.

—Ahora entiendo todo —le dije mientras le preparaba un café—. Lo de Alemania...

—Te ganaste la mención y te mereces ocupar este puesto nuevo. Cree en ti, Olivia. Vales más de lo que imaginas y te lo dije mil veces —me cortó antes de que pudiera decir una sola palabra más.

¿Sabéis esa sensación de tener a un hombre delante al que desearías abrazar más allá de una amistad? Eso me pasaba con Adam, pero tenía los pies en la tierra y sabía que él estaba felizmente casado y, como me dijo en varias ocasiones, era hasta que la muerte los separase. De nuevo pensaba lo afortunada que debía de ser su esposa de tener a alguien como él.

—De verdad que sigo alucinando, en serio. ¿Enviaste a tu hermana aquí como una policía infiltrada? —Reí.

—Sí, quería saber con fuentes fidedignas lo que me habías contado.

—¿No me creíste? —Elevé ambas cejas porque no me dio la sensación de que no lo hiciera, pero claro, le conocí siendo uno más de los empleados de esta gran empresa, no el CEO que se había presentado hoy aquí.

—Por supuesto que te creí, pero quería que alguien de mi más absoluta confianza viniera a verlo y me contara qué era lo que pasaba realmente. Cuando Paris me contó que lo que le había dicho por encima era cierto, preparé todo para tomar cartas en el asunto. En mi empresa necesito gente competente y cualificada, no corrillos con chismes de escalera, para eso están las cafeterías, por ejemplo.

—Si ya imponías como empleado cualificado, de jefe no te digo nada. —Reí—. Das miedito, Adam.

Soltó una carcajada y negó mientras terminábamos de tomarnos el café. Yo tenía algunos expedientes que revisar, así que en cuanto acabé me puse manos a la obra.

Adam ocupó el puesto de su hermana y se sentó en la mesa abriendo el portátil para trabajar desde aquí hasta el miércoles, que era el día que se iba de vuelta para Berlín, según me había dicho. Bueno, al día siguiente ocuparíamos la oficina de dirección, esa que le debía estar doliendo un huevo y parte del otro a Francisco el tener que dejar.

Pero yo no había tenido nada que ver, no era cosa mía y solo esperaba que de verdad ninguno de los empleados pensara que así era.

Como me había dicho Paris por activa y por pasiva en más de una ocasión, me había ganado a pulso ese ascenso y ahora debía creer a Adam y en las palabras que me decía, esas en las que me hacía ver que el puesto de directora era mío por méritos propios.

Sí que debía confiar más en mí misma, creer en mí y en que podía con todo lo que estaba a punto de ocurrir en mi vida. Este gran cambio implicaba asumir el control de la delegación y asegurarme de que nadie más pudiera menospreciarme o hacerme sentir inferior de ninguna manera.

Pero me costaba, porque había pasado tanto tiempo en esta empresa sin que se valorara lo que hacía, que me daba pavor que pudieran pensar que estaba ahí por cualquier otro motivo.

Conocía a Silvia y ella seguro que sería la primera en pensar que me había liado en Alemania con algún jefe de otra delegación, que esa mujer era mala como un alacrán venenoso.

Y esa era otra, Silvia en un puesto inferior al suyo, con lo que ella era, tampoco me la quería imaginar ocupando su nuevo empleo como recepcionista de la delegación y comiéndose todo ese ego que llevaba estos días en los que me había intentado menospreciar solo por el simple hecho de restregarme por la cara y de la peor manera el hecho de que me habían dejado por ella. Cosa que le iba a agradecer toda la vida porque ahora me daba cuenta con la clase de hombre que había estado. No me había valorado ni lo más mínimo, y había conseguido que me sintiera tan poquita cosa que ahora podía decir que mi madre había tenido razón cuando dijo que estaba deprimida, y ya no solo porque mi novio me había sido infiel y me dejó por otra, sino porque me sentí menos de lo que era porque Silvia hacía que me comparase con ella de manera inconsciente.

Cuánto daño podían llegar a hacer las personas a otras sin saberlo, o tal vez por eso, porque lo sabían, y se sentían superiores y se crecían aún más ante eso.

A pesar de que tenía la mente en otro sitio y de que en mi despacho estaba el hombre del que no me había olvidado desde que regresé de Alemania, llenando ese espacio con el perfume que también recordaba de aquellos días que habíamos compartido, conseguí centrarme en el trabajo y avanzar en varios expedientes que dejé listos.

A las dos de la tarde me dijo Adam de cortar y que nos íbamos a comer. Cualquiera le llevaba la contraria.

Recogí mis cosas para el día siguiente por la mañana hacer el cambio a primera hora. Tocaba irse de la oficina con un nuevo cargo y regresar asumiendo con todas las de la ley. ¿No era cuando menos fascinante?

Lo era, pero no tanto como cuando salimos del despacho y todos los compañeros que me cruzaba, nos daban las buenas tardes con una sonrisa en la que intentaban mostrar una amabilidad muy diferente a la que había percibido este tiempo.

—Quién los ha visto y quién los ve —murmuré con un suspiro—. Desde luego que Paris tenía razón cuando dijo que las cosas por aquí iban a cambiar.

—Y lo han hecho, pero esto es solo el principio. Como les he advertido, a la mínima, están en la calle. Eres la directora y, o te respetan, o te respetan, no hay más. —Se encogió de hombros.

—Vaya con los hermanos Keller, que llegan como un huracán para arrasarlo todo. —Reí.

—Esa es Paris, yo me he limitado a ejercer de jefe.

Y qué jefe, porque la verdad es que haberle visto en ese plan, mucho más serio que cuando nos conocimos, y con ese modo de hablar tan seguro y casi dominante, había sido alucinante, eso como poco.

Al salir vimos a Silvia que ya ocupaba su nuevo puesto. Fue la única que no nos despidió.

—Esa se está buscando el despido antes de que me vaya —murmuró dirigiéndose hacia mi coche, al que yo había señalado.

—Veremos mañana el plan que tiene.

—Ya veremos. —Abrió la puerta del copiloto y se subió.

Cuando nos sentamos en el coche, me puse tan nerviosa al arrancarlo que se me caló. Madre mía, es que esto no era normal, en serio. Cuando se lo contase a mi prima, iba a quedarse aún más alucinada que yo.

—Me impones mucho, Adam —dije, soltando una risa a la vez que la de él.

—¿Quieres que conduzca yo?

—Sí, por favor. —Me bajé corriendo y nos cambiamos de sitio.

Se acomodó y conectó el navegador del coche, pidiéndome la dirección para ir guiado por el GPS. La miré en el móvil para dársela precisa. Se dirigió hacia la freiduría de pescado donde quería que comiésemos para que probase la bandejita de pescado frito.

—Gracias por todo, Adam.

—Gracias a ti que me has hecho ganar mucho dinero con unas operaciones avaladas por tu gran profesionalidad. Eres una gran persona y te mereces que se te dé tu lugar.

—Me engañaste, me dijiste que eras un simple analista y estuviste allí como uno más. —Me reí negando.

—Estuviste brillante y pude disfrutar de ti de una manera más fluida que si te hubiera dicho quién era. Porque, dime la verdad, si te hubiera dicho que era el CEO de la empresa ¿qué habrías hecho?

—No hablarte —confesé y soltó una carcajada.

—¿Ves? Pues mejor así, porque me contaste lo que pasaba en una de mis delegaciones y pude poner soluciones a esos problemas.

—Estoy alucinando. No sé cómo voy a digerir todo esto.

—Con un buen licor después de la comida. —Hizo un guiño.

—Me encanta la seguridad que tienes, ante todo. —Reí, negando a la vez que miraba por la ventanilla y le daba gracias al universo por ponerlo de esta manera en mi camino.

Había sido mi gran héroe, ese que me liberó de todas las cadenas que me habían puesto en mi delegación por culpa de mi mala decisión de liarme con Francisco años atrás y desencadenar en todo el revuelo que había provocado. Lo que nunca se pudo imaginar, es que esa mala baba con la que me mandó a Alemania le iba a costar demasiado caro.

Llegamos al restaurante y nos acomodaron en una mesa antes de él pasar por delante de las vitrinas y ver la variedad de pescado y marisco que había.

—Te recomiendo que pidamos un surtido de pescado frito para que puedas probar un poco de todo.

—Acepto la recomendación —decía observando la carta de los vinos.

—Por cierto, ¿tu mujer bien? —le pregunté con cariño cuando ya el camarero nos trajo el vino que había pedido.

—Bueno —suspiró— está, que no es poco.

—Te he notado en la respuesta un poco de preocupación.

—Mi mujer —hizo un silencio y sonrió con tristeza— cada día que está es un regalo, por decirlo de algún modo. No estoy ahora mismo viviendo un matrimonio como el que te imaginas, no lo estoy desde hace cuatro años que a ella le dieron varias paradas y está vegetal —dijo

consiguiendo que se me saltasen las lágrimas.

»Y ahí estoy yo —su tono era de tristeza— cuidándola hasta que la muerte nos separe. — Ahora entendía esas palabras que me repitió alguna que otra vez en Alemania. Todo cobraba mucho sentido y es que él sabía más que nadie que así sería.

—Lo siento mucho, Adam, no te lo mereces.

—No llores que me haces llorar a mí. —Se le veía el brillo en los ojos—. Es un asunto complicado que he tenido que ir digiriendo con el paso de los años. No sé si durará cinco días, cinco semanas o cinco años, pero ahí estaré sujetando su mano. Era una mujer maravillosa, llena de vida. Muy feliz y bondadosa, pero la vida se encaprichó con dejarla en ese estado.

—Y tú eres el ser más bondadoso del mundo, Adam —murmuré y no pude evitar llorar más.

—Oye, que te pones muy fea cuando lloras.

—Me has conmovido por completo. No os merecéis estar pasando por algo así.

—Ella ya no se entera.

—Jo, pero tú sí. De todas maneras, aunque no se entere, estoy segura de que de algún modo ella está pasándolo mal en esa situación.

—Bueno, ya sabes todos mis secretos. —Hizo un carraspeo.

—Te admiro como no te imaginas, Adam.

—Qué bonito que me lo digas llorando.

—¡Joder, no me tomas en cuenta! —Me reí.

—Intento animarte. Estoy bien y, aunque mi situación sea dura, tengo fuerzas para seguir afrontándola.

Cambiamos el tema porque la verdad es que era duro y a mí me había dejado con las carnes abiertas y un dolor en mi corazón terrible.

—Cuando me mandaste todos los regalos el viernes, tu hermana, para despistarme, me dijo que a ella los recibió también cuando le hicieron mención especial un año —dije riendo y recordando lo bien que había hecho su papel—. ¿Por qué hiciste eso?

—Porque sabía que ese día eras blanco fácil y, porque me salió de dentro tener esos detalles contigo ese día para sacarte una sonrisa. El amor no significa amar en cuerpo y alma, significa mucho más que eso y ese día, debías tener algo mío.

—¿Algo? —Solté una carcajada—. Doce hombres entregándome regalos, que eso parecía un desfile de Mister Universo.

—¿Eran guapos al menos? Digo, por lo de la envidia entre las demás empleadas.

—No me fijé, yo estaba alucinando por lo que me iban dando.

—Le preguntaré a Paris, seguro que ella sí se fijó. —Rio.

—Qué fuerte, que ella ha sido tu cómplice en todo —suspiré.

—La mejor, porque no me fío de nadie más. Bueno, ahora sí, de ti, obviamente.

Y yo me sentía nerviosa por volver a tenerle allí, pero a la vez feliz, porque con ese hombre podía compartir conversaciones de todo tipo sin sentirme un cero a la izquierda, aunque me pusiera nerviosa como un flan.

Capítulo 22



Tras la comida nos dirigimos en el coche a la salida norte de la ciudad, en la que había un centro comercial con varias plantas y todo tipo de tiendas, restaurantes y zonas de ocio.

Lo que me había contado de su mujer me tenía mal, esa era la verdad, pero porque ninguna persona debería pasar por el dolor de amar tanto a alguien y tener que ver cómo poco a poco la iba perdiendo.

No me imaginaba nada peor que eso, el ver al amor de tu vida marchitarse día tras día durante cuatro años.

Cuando llegamos, le llamó la atención la bolera y se quedó parado ante ella, mirándome a la vez que levantaba la ceja y me preguntaba sin hablar.

—Si quieres... —Me reí recordando la que liamos la última vez mi prima Daniela y yo.

—Encantado.

—Pues vamos. Descubramos quién tiene más puntería.

Nos cambiamos de zapatos y nos dieron la línea en la que nos debíamos de poner; me intenté concentrar, cogí la bola metiendo los dedos y tal fue mi euforia que salí disparada como Superman hasta que caí al suelo y fui resbalando de boca con la bola que no salía de mis dedos.

Aquello era como verlo en los dibujos de la televisión, solo que el golpe me lo había llevado yo, y no ningún personaje de ficción.

—Tierra, trágame y escúpeme en medio de una isla desierta —murmuré, no queriendo ver nada, pero escuchando la risa de Adam, que apoyaba su mano en mi espalda a carcajadas.

La madre que me parió, qué manera de descojonarse de risa de mi momento más vergonzoso de la historia de mi vida.

—¿Segura que no quieres dar por clausurada la partida? —preguntaba sin poder dejar de reírse y ayudándome a levantarme, con el ostión que me acababa de dar, pero así, con todas las

letras.

—Así me rompa los dientes, esta bola no va a poder conmigo. —Me reía frunciendo la cara y roja como un tomate, porque, menudo golpe me había dado.

—Venga, vamos a por otro intento, pero procura lanzar la bola sin querer ser la protagonista.

—Allá vamos —dije concentrándome de tal manera, que la lancé con fuerza y altitud, tanto que fue a parar a una pantalla del techo que la dejé como poco sin conexión y cristal—. Hostia puta. —Me puse la mano en la boca—. No te rías, que yo me quiero morir —protesté viendo que Adam no paraba.

Dios mío de mi vida la que estaba liando, esto no era normal, ¿eh? ¿Me habían echado un mal de ojo o algo? Por Dios, qué fatiguita me estaba entrando...

Miré a un joven trabajador que venía hacia nosotros y Adam se puso primero para atenderlo.

—Mi chica tuvo una mala puntería y dio sin querer a la pantalla. Dinos cómo podemos arreglarlo.

—Tenemos un seguro, pero debo de pedirles que abandonen el local.

—Ahora mismo nos vamos —dije yo, deseando salir de allí antes de que lo siguiente fuera una catástrofe.

Si es que parecía que hubiera pasado por allí un tornado en un momentito de nada que habíamos estado. Qué mal rato, por favor, que yo no sabía ni dónde meterme y Adam iba a carcajadas sueltas por la galería y diciendo que no me llevaba más a ningún sitio en el que pudiera poner en peligro cualquier cosa o mi propia vida. Qué vergüenza más grande había pasado y él estaba descojonado de la risa.

—Te juro que he venido con Daniela en varias ocasiones y nunca pasó nada. Eres tú el culpable de que me ponga nerviosa.

—Señorita Díaz, échale mejor las culpas a tu puntería.

—Desde luego que pensándolo bien te voy a tener que dar la razón; a la puntería que tuve con mi ex me remito. Y luego estás tú, un tipo perfecto pero casado. No entiendo cómo se me ocurrió tirar esas bolas sin pensar que últimamente tenía de todo menos puntería. —Volteé los ojos, y entonces caí en la cuenta de lo que había dicho, esperando, rezando a todos los santos y vírgenes que estuvieran escuchando en ese momento, que Adam no hubiera oído esa parte en la que hablaba de él, porque eso ya sí que era para morirme de la vergüenza, pero bien.

—No soy un tipo perfecto, pero me alegra que me veas así. —Seguía con la risa suelta.

Sí que me había oído, sí, todo, aunque no hablara más que de esa parte.

No era perfecto según él, pero era todo lo que una mujer necesitaba para ser feliz. Me había demostrado que su lealtad estaba por encima de todo y que su corazón era inmenso, de esos que quedan pocos.

Desde luego que cuánta razón tenía mi madre en eso de que el amor podía hacernos inmensamente felices o muy desgraciados.

Entramos a unos grandes almacenes que había dentro del Centro Comercial y que tenía todas las firmas, era de los más conocidos de España.

Se paró en la sección de una firma muy cara de relojes. Miraba las vitrinas y el dependiente se acercó para atenderlo.

Yo me aparté un poco para mirar otra vitrina que me llamaba más la atención mientras ellos hablaban de las características del reloj. Cosas que yo no entendía, ya que los míos eran normalitos, pero los precios que estaba viendo él era lo que costaba un coche nuevo de paquete.

—¿Qué te gusta? —me preguntó al verme mirando otra vitrina.

—Nada en especial, estaba haciendo tiempo. —Vi que llevaba dos bolsas—. ¿Qué te has comprado?

—Un reloj para ti y otro para mí.

—Espero que sea broma y no te hayas gastado esas cantidades, por Dios —protesté con los ojos casi saliéndose de mis cuencas, porque de verdad que más le valía que no fuera cierto eso que decía.

—En la cena te lo enseño. —Me hizo un guiño.

—Voy vestida de ti —le dije, aunque imaginaba que se habría dado cuenta—. El bolso, las botas, la bufanda. ¿Ahora también el reloj?

—Como poco, aún queda tarde por delante —sonrió.

—Exijo un café, no quiero seguir contigo de tiendas, que eres un kamikaze.

—No suelo salir nunca de tiendas, vivo para mi casa y el trabajo. ¿Me vas a prohibir que nos demos unos caprichos? —preguntó y en ese momento vi un gesto de Paris en él, por lo que ahora sí me daba cuenta del parecido, aunque leve, que tenían.

—A mí no me metas, tú cómprate lo que quieras, pero por mi salud mental, a mí no. —Me reí.

—Por tu salud mental estoy aquí. —Se reía.

Lo convencí para tomar un café y hacer una paradita después de que terminase comprándose una chaqueta y otra para mí que era una cucada en color crema.

Mientras lo tomábamos, me dio el reloj y no esperó a la cena como dijo. Había comprado dos similares que había para hombre y para mujer. Me pareció un gesto precioso. Era precioso, en acero y con la esfera rosa pastel, mientras que la de él era en celeste. Dos joyas que debían de haber costado un pastón nada más por la marca, que era Rolex.

Hicimos tiempo por el centro comercial antes de dirigirnos a cenar. Optamos por un asiático y pedimos varios platos para compartir. La verdad es que con Adam me sentía tan a gusto que, al igual que me pasó en los días que estuvimos en Hamburgo, el tiempo se pasaba tan rápido que apenas me daba cuenta.

Después de la cena, en esa en que no nos faltaron risas al hablar de todo lo que había vivido con Paris en la semana que había estado conmigo en la delegación, le llevé al apartamento donde estuvo ella alojada y que ahora ocupaba él.

Nos despedimos con un fuerte abrazo y un beso en la mejilla, y quedamos en que le recogería por la mañana para ir a trabajar.

Cuando llegué a casa y me vieron mi madre y mi abuela sonreír, arquearon la ceja.

Les conté lo que había pasado en el día de hoy y las dos se quedaron como yo, boquiabiertas y alucinando por lo bien que aquel chico discreto y que procuraba pasar desapercibido en las reuniones de empresa en Hamburgo, fuera en realidad el jefe.

Por no hablar de todos esos cambios que había hecho y que me convertían en la nueva directora de la delegación.

—Si ya sabía yo que mi nieta llegaría lejos —dijo mi abuela dándome un abrazo—. Y que haya tenido que ser un desconocido el que vea lo que vales, y no tu propio jefe. Pero claro, si el papanatas no te valoró ni como novia...

—Mamá, ya... —la riñó mi madre y se acercó para abrazarme—. Ay, cariño, qué orgulloso estamos de ti. —Me dio un beso, y sonreí a sabiendas de que con ese plural se refería a toda mi familia.

—Bueno, me voy a la ducha y a la cama, que ha sido un día... intenso —sonreí.

—Haces bien, mi niña. Que descanses —dijo mi abuela.

—Y vosotras.

En lo que me preparaba la ducha y el pijama, me llegó un mensaje de Daniela diciéndome que le había escrito Paris contándole que se marchaba y que ya le contaría yo, así que le puse un audio con un breve resumen de todo y me respondió con un chillido en un audio que casi me deja sorda.

Después envió otro para felicitarme y decirme que aprovechara al máximo los siguientes días con Adam, aunque solo fuera como un amigo.

Y eso era lo que iba a hacer, aprovechar que estaba aquí para disfrutar de su compañía, de las buenas conversaciones y de los conocimientos que, como jefe, pudiera enseñarme para desempeñar mis nuevas funciones.

Capítulo 23



El cielo estaba gris en esta mañana de martes, pero yo me había levantado de lo más contenta y viendo todo de colores, como cuando después de una lluvia intensa sale el sol y se puede ver el arcoíris en el cielo.

Sonreí entrando en la cocina y mi madre me devolvió el gesto, me dio un abrazo y un beso y dijo que era lo más bonito que había parido madre.

—Eso es amor de madre. —Reí.

—Y de abuela, porque opino igual que ella —dijo mi abuela mientras me ponía el cafelito y nos sentábamos las tres a desayunar.

Me dieron ánimos para ese día en el que cambiaba de puesto, y doña Leonor, que no se callaba una, dijo que no dudara en poner firme al papanatas si tenía que hacerlo. Vamos, que, si por ella fuera, debería ir al trabajo con un látigo, en plan domadora.

Le di un beso a cada una y dije que no me esperaran para comer, pues me iría con mi jefe, y las dos sonrieron de un modo de lo más pícaro, pero vaya que yo a Adam lo respetaba como jefe y amigo, que me gustara era otra cosa, y que hubiera algo entre nosotros, pues complicado, la verdad.

Iba muy feliz en mi coche escuchando música de camino para recoger a Adam. Aún me quedaba un día más por disfrutarlo antes que regresase a Alemania junto a su mujer, ese gran amor que poquito a poco iba viendo cómo se le iba.

Había sido todo tan rápido y sorprendente que aún seguía en *shock* intentando digerir todo. ¿Quién me iba a decir que hoy iba a pasar a ocupar el máximo cargo de mi delegación, quitándole el puesto al que me había intentado destruir como persona delante de todos después de humillarme y dejarme por una compañera? Mi salvador, sin dudas, era Adam.

Ese hombre había caído del cielo para hacerme ver que valía más de lo que yo misma creía, que no tenía que dejarme pisotear por nadie y que debía confiar más en mí.

Me estaba esperando en la puerta y sonreí al verle, porque no se podía ser y estar más guapo

de lo que él lo estaba. Llevaba un traje gris marengo y el abrigo negro, además de los guantes y una bufanda del mismo color. Se subió con esa sonrisa y regalándome el guiño que tanto me gustaba.

—Buenos días, guapa. ¿Qué tal estás? —preguntó tras cerrar la puerta.

—Lo de guapa es porque te has levantado de buenas. —Arqueé la ceja—. Por cierto, buenos días.

—Te lo he dicho muchas veces, eres muy guapa. —Carraspeó y vi por el rabillo del ojo esa sonrisilla tan bonita que tenía.

—Gracias, Adam. Si es que me miras con unos ojos que parece que fueses de mi familia.

—Casi que lo soy. —Volvió a carraspear, consiguiendo que se me escapara esa risilla que no se me podía quitar.

Porque ese hombre era único consiguiendo que me saliera la risilla floja, pero de los nervios que me entraban cuando estaba cerca.

Llegamos a la oficina y me encendí un cigarrillo que me quitó de la boca, lo tiró al suelo y lo pisó.

—¡Oye! —protesté al verle— No, uno nada más antes de entrar, porfi, que con Paris me lo fumaba aquí en la puerta.

—No deberías de fumar. ¿Y aquí? Que te vas a congelar, mujer.

—¿Uno? —pregunté haciendo un puchero y levantando el dedo, que me faltó juntar las manos a modo de súplica.

—Está bien. —Carraspeó.

Cogí otro y me lo encendí, pero no me dejaba fumármelo a gusto ya que estaba carraspeando todo el tiempo, impaciente, esperando a que acabara, y cuando iba por la mitad, me lo volvió a quitar, lo tiró y lo pisó sin ni siquiera mirarme. Me reí negando y nos fuimos hacia dentro.

Entrar por las puertas y encontrarme en la recepción a Silvia, era de lo más orgásmico. Hasta un cosquilleo recorrió mi estómago. Nos saludó con esa sonrisa fingida, pero actuando en consecuencia a las que podía tener si no lo hacía.

—Ya no se la ve tan subida, ¿no? —murmuró mientras caminábamos hacia mi despacho.

—No, pero cómoda en su nuevo puesto, tampoco —sonreí.

—No sé por qué no, si es donde más estaba. ¿No se pasaba la mayor parte del tiempo charlando con Rebeca y Mara?

—Pues sí.

—Entonces debería haberse hecho bien al puesto. —Se encogió de hombros.

—¿Sabes que ya sé de dónde le viene a tu hermana esa maldad escondida que tiene? —dije entrecerrando los ojos, y Adam soltó una carcajada.

No pude evitar mirar hacia la recepción y vi que Silvia nos observaba con esa cara de avinagrada que tenía desde el día anterior.

Que se jodiera, que ahora iba a tomar de su propia medicina.

Cuando entramos en el que ya era mi antiguo despacho, Francisco ya tenía todo en la mesa libre y nos saludó serio, pero lo hizo con buenos modales y mucha calma.

Cogimos mis cosas y nos las llevamos al despacho principal donde no tardó en llegar un cerrajero y cambiar la cerradura, quedándome así con las nuevas llaves.

En el momento en el que me las dio, me dio por sonreír y Adam arqueó la ceja como queriendo saber qué se me estaba pasando por la cabeza.

—Esto es como si me hubieran dado las llaves de mi nueva casa. —Reí.

—Muy pequeño, no te veo aquí viviendo —comentó.

—Mira, que yo con mi madre y mi abuela estoy muy bien, pero un poquito de independencia e intimidad no me vendría nada mal.

—Para llevarte a chicos a casa —dijo con una sonrisa.

—Uf, no, no, para que no me despierten con gritos a las ocho de la mañana los sábados. —Volteé los ojos y él soltó una carcajada que debía de haberse escuchado en todos los rincones de la delegación.

Preparé dos cafés dado que había traído mi cafetera nueva y Francisco se había llevado la suya.

Nos sentamos en mi mesa, ya que no había dos en el despacho, pero esta era bastante grande.

Me estuvo enseñando unos truquitos para las evaluaciones que me parecieron de lo más brillantes. Sabía que en estrategias no le ganaba nadie, para eso era el creador y CEO de una empresa donde los beneficios eran astronómicos.

Durante la mañana vinieron a traerme operaciones viables y todos estaban de lo más pelotas y risueños. Cada vez que se marchaban, nos echábamos a reír de ver lo que había cambiado la cosa. Hasta Francisco tuvo que aparecer para preguntarme unas dudas de una operación que ya le dejé casi filtrada. Él mismo dejó entrever que era yo la pieza clave para algunos conceptos de la

resolución de la viabilidad o no.

Nos fuimos una hora antes de la salida y se despidió de todos a los que les advirtió que, si tenía que regresar, sería para rodar cabezas. Todos le indicaron que eso no sucedería y que abogaban por la paz de la empresa.

Silvia era la que intentaba disimular, pero estaba envenenada y se le notaba la vena hinchada del cuello, pero le quedó bien claro que era la que más tenía un pie fuera de la empresa y que no se le iba a permitir pasar ni una, ni a ella ni a Paquito.

Nos fuimos en mi coche a un pueblo que estaba a veinte minutos y que tenía una churrasquería que era muy famosa y transitada los fines de semana, con lo cual hoy estaba más tranquilita y no tuvimos que esperar para que nos acomodaran.

Por mi recomendación pedimos una bandeja de carnes ibéricas a la brasa que venían acompañadas con patatas fritas.

Le impactó tanto que le tiró hasta una foto mientras decía que se le hacía la boca agua. Realmente es que tenía una pinta que invitaba a ponerse las botas.

Aún me tenía que reír con lo de su hermana Paris, que había hecho el papel del siglo. Me quedaba claro que se querían mucho y que cuando le dijo que tenía que venir hasta que él pudiera, no lo dudó en ningún momento y le ayudó a poner más que orden, porque puso las oficinas patas arriba. Más arte no podía tener.

Hoy precisamente me había mensajeado con ella que me escribió para decirme que me echaba de menos. ¿Podía ser más mona? La verdad es que era de esas personas que llegaban a tu vida y se ganaban un trozo de tu corazón de manera inmediata.

Adam me habló sobre sus padres y el papel tan importante que tenía en la vida de ellos, ya que les pusieron todos los medios para triunfar en la vida.

Paris vivía más de las rentas, ya que poseía un edificio que sus padres le donaron en vida y que tenía alquilado por completo. Y estaba creando una firma de joyería que se estaba convirtiendo en un éxito en Alemania.

A Adam le dieron un par de casas del mismo valor del edificio y vendió una, la otra la reformó por completo y era donde vivía con su mujer y en la que le tenía puesto servicio de enfermería durante todo el día, ya que necesitaba unos cuidados especiales.

Los padres de Adam eran muy acaudalados y llevaban toda la vida juntos. Eran una familia muy tradicional y unida en la que los cuatro estaban muy presentes entre ellos. Me gustaba escucharlo hablar de su familia, ya que lo hacía con un amor infinito, al igual que su mujer. Era un hombre tan leal que todo lo hacía con el corazón.

Estuvimos toda la comida charlando de nuestras vidas y hasta le conté lo de mi padre. Ese señor que nos abandonó dejándonos tiradas por hacer su vida junto a otra mujer y comenzar de cero como si los demás no hubiéramos existido jamás.

—Lo siento —dijo mientras nos tomábamos el café.

—No pasa nada, yo era pequeña y mucho no me enteré, y la ausencia que él dejó como padre la cubrió el hermano de mi madre —sonreí.

Tampoco podía sentirme desgraciada por eso, ya que mi abuela, mi madre, mis tíos y mi prima estuvieron ahí siempre para mí y no note la ausencia en sí, aunque en muchos momentos veía a mis amigas con sus padres y la relación que tenían con ellos y sentía cierto recelillo de yo no haber podido tener al mío a mi lado, pero bueno, le debía todo a los demás que sí habían estado intentando tapar ese hueco, y lo habían hecho con creces.

Adam me escuchaba y me decía palabras que parecía que estaban hechas para sacarme una sonrisa o sacar lo mejor de mí para demostrarme que la vida, pese a todo, tenía los dos lados de una misma moneda.

—¿Qué plan tenemos para ahora, señorita Díaz? —preguntó cuando nos levantábamos.

—Pues te voy a hacer un *tour* por Málaga ¿qué te parece?

—¿A mí? Perfecto, me parece perfecto. —Hizo un guiño, sonrió, y pensé en que ojalá hubiera otro hombre como él para tener en mi vida.

Capítulo 24



Si en algo destacaba Málaga, era en que los días de verano resplandecía bajo el cálido sol de la tarde, y con su luz dorada bañando las calles empedradas del casco antiguo, todo se veía más bonito. Los turistas paseaban por las principales avenidas, y se llenaba de vida, nada que ver con estos días grises de un febrero que estaba siendo muy distinto a todos los demás.

En lo que a mí respectaba, siempre había preferido perderme por los rincones menos conocidos, aquellos que solo alguien con ojos curiosos podría descubrir, como me decía mi tío Rodolfo.

Y por eso, y como era la última tarde que pasaría Adam aquí, quise llevarle a conocer esos lugares que solía visitar cuando me apetecía estar sola, esos en los que ni siquiera había estado con Francisco, pues los consideraba míos, mi refugio para evadirme durante un rato.

Siendo sincera conmigo misma, quería rascar todo el tiempo que pudiera estar con Adam antes de que se marchara, porque no quería separarme de ese hombre al que estaba cogiendo tanto cariño. Por no hablar de su sonrisa, esa que se le dibujaba a cada rato y que a mí me contagiaba.

—¿Estás seguro de que no te cansas de caminar? —pregunté, mientras cruzábamos una calle estrecha para seguir con nuestro paseo después de haber tomado un café en una cafetería que me encantaba.

Hacía un poco de frío, pero mucho menos que Hamburgo, y a pesar de que el día estaba nublado, no había llovido ni parecía que fuera a hacerlo, por lo que podíamos ir caminando sin miedo a calarnos y acabar como una sopa.

Adam, que hasta ese momento parecía que había estado atento a todo lo que veía alrededor y a los aromas de café recién hecho, me miró con una sonrisa ladeada.

—¿Cansarme? —respondió con tono juguetón—. Si tú eres la que camina como si estuviera haciendo una misión secreta.

No pude evitar que me saliera una risita mientras observaba cómo Adam me seguía a paso firme, sin perder el ritmo de mis propios pasos. Era increíble lo fácil que resultaba estar con él,

como si la conexión entre nosotros fuera algo natural, fluido.

Me fijaba mucho en el modo en el que me miraba, lo hacía siempre con esa bonita sonrisa en los labios y con los ojos brillantes y curiosos mientras le hablaba de lo que veíamos, de esa librería en la que de adolescente me pasaba las horas echando un vistazo a los libros, o en la pastelería donde solía comprarme un delicioso bollo relleno de crema de chocolate que era mi perdición.

Mientras avanzábamos por entre las callejuelas empedradas, Adam me escuchaba con atención sin perder ni un solo detalle.

—Este es uno de mis lugares favoritos —dije mientras señalaba un rincón diminuto, casi oculto por un par de macetas con flores—. Aquí nadie se detiene nunca, pero siempre está lleno de vida.

Adam se detuvo a mi lado para mirar el rincón, concentrado de tal modo que sonreí al pensar que estaba apreciando cada detalle de ese lugar. Y poco después se giró hacia mí.

—Es hermoso. Tiene algo... misterioso.

Sonreí mientras me encogía de hombros y le vi sacar el móvil, y me lo entregó para que le hiciera una foto que quedó muy bonita.

—Creo que en Málaga hay muchos rincones como este. Es solo cuestión de mirar con atención.

—Entonces... ¿Me vas a llevar por toda la ciudad hoy? —preguntó Adam, levantando una ceja con una expresión curiosa.

—¿Te atreves? —respondí con ese mismo gesto que él había puesto, desafiándole.

Él asintió con una sonrisa llena de lo que, sin lugar a duda, era confianza.

—Por supuesto. Ya sabes que lo único que necesito es tu buena compañía. Además, yo te hice de guía a ti, ahora es tu turno. —Y de nuevo ese guiño de ojo que me hacía suspirar.

De verdad que no había sentido una conexión así con nadie antes, en cuestión de amistad quería decir, y que no fuera mi prima Daniela o Paris, pero claro, que me llevara tan bien con ese huracán alemán con melena rubia y ojos azules, no era de extrañar dado que con su hermano me llevaba genial.

Continuamos caminando y volvió a darme el móvil para que le hiciera una foto. Desde luego que hasta en eso me estaba imitando el muy jodido, porque yo le di la tabarra en Hamburgo aquellos días para que me inmortalizara en cada momento, pero que yo disfrutaba haciéndole esas fotos para que se llevara de recuerdo de este viaje al que, al igual que yo allí, había venido por trabajo.

—Sonríe —le pedí, mientras ajustaba la cámara de su móvil—. Málaga nunca tuvo una sonrisa tan bonita —dije mientras se lo devolvía con una sonrisa en mis labios.

A Adam le salió una risa suave, como si no pudiera creer lo que acababa de escuchar de mi boca, pero es que él ya sabía que mi boca era más rápida que mi mente y que además de pensar, lo decía en voz alta sin darme cuenta.

—Vaya, ¿te has hecho poeta ahora? —preguntó, jugando conmigo y buscándome la lengua porque estaba claro que había sido uno de mis momentos de torpeza por culpa de los nervios.

—Estoy practicando por si en mi puesto de trabajo me la vuelven a jugar, dedicarme a otra cosa —respondí sin dejar de mirarlo por encima del móvil y él se echó a reír. Y entonces pensé que como estaba casado, quizás el que se me hubiera escapado aquello, que a todas luces era un piropo, Adam se pudiera haber sentido incómodo—. ¿Te sientes incómodo? —pregunté con vergüenza, porque yo no quería molestarlo por nada del mundo.

Adam negó con la cabeza, y le vi hacer una mueca juguetona.

—Lo que me incomoda es que me no digas cosas bonitas.

—Anda, mi madre —murmuré, y le vi sonreír.

Me sonrojé hasta la punta del pie, como diría mi abuela, sin saber si debía dar una respuesta o quedarme callada y hacerle la foto.

Finalmente pensé que mejor me quedaba calladita para no provocar que me buscara más lengua, y antes de que pudiera decirme nada más, me alejé un poco para captar una toma de la calle empedrada, con Adam aún de fondo, que quedó preciosa.

—¿Sabías que Málaga tiene más de trescientos días de sol al año? —pregunté mientras ajustaba la cámara del móvil otra vez.

—No será hoy. —Rio.

—No, pero es que tú también, mira en qué fechas vienes a poner orden en la delegación. —Volteé los ojos—. Esto, si te vienes en verano, en una terracita al sol, se está de lujo para tomar una copita.

—Ya, pero ¿sabes qué pasa? Que cierta señorita me dijo no hace mucho que esta delegación era un desastre.

—Vaya por Dios —suspiré y él sonrió.

—Y eso de tener tantos días de sol ¿es una ventaja o una desventaja? —Curioseó.

—¡Es una ventaja! —respondí— El sol lo cubre todo de luz, de energía. Es una de las razones por las que me encanta vivir aquí. Hay algo especial en la ciudad, algo que te hace sentir como si

todo estuviera bien, aunque el mundo se esté desmoronando.

Y lo decía porque cuando me venía por estos rincones para evadirme, me olvidaba de todo y disfrutaba de la belleza de cada rincón por donde entraba la luz del sol.

Adam se me quedó mirando fijamente, como si tratara de ver algo en mis ojos o de leer mi mente. Y tras un momento de silencio sonrió y volvió a hablar.

—Creo que entiendo lo que quieres decir. Tiene algo, sí... algo que hace que todo lo malo se quede fuera. Y eso lo hace aún más... mágico.

Me encantaba este hombre, de verdad que sí. Había algo increíblemente atractivo en la forma en que Adam hablaba, esa manera de compartir pensamientos, de conectar sin prisa, que creaba una sensación de familiaridad que me era imposible ignorar.

Después de algunas fotos y risas más, lo llevé por una pequeña calle lateral, hacia el que para mí era mi lugar favorito por excelencia. Aquí, los bares y restaurantes ofrecían unas vistas impresionantes al mar Mediterráneo, y el ambiente parecía aún más relajado que en el centro de la ciudad.

—Este es uno de mis sitios favoritos para ver el atardecer —dije, señalando una terraza cubierta que daba directamente al mar.

Allí, las mesas estaban dispersas, algunas vacías, otras llenas de gente que reía y charlaba animadamente.

Adam miró hacia donde le indicaba y sonrió.

—¿Y qué más escondes, Olivia? Porque a este paso voy a tener que quedarme una semana para descubrir todos tus secretos.

Sonreí con picardía sin darme cuenta, mientras nos acercábamos a una mesa libre junto al borde del mar.

—Te dije que Málaga tiene magia... y la magia está en los pequeños detalles.

Cuando nos sentamos, el camarero nos ofreció la carta con una sonrisa. Yo ya sabía lo que iba a pedir, pero decidí dejarle a él la elección.

—¿Qué tal si pedimos algo para compartir? —sugerí, buscando su mirada, puesto que estaba mirando la carta, a lo que Adam asintió.

—Perfecto. Lo que tú elijas.

Llamé al camarero, pedí un par de copas de vino blanco para beber y, para cenar, me decanté por pescado frito, unas patatas bravas y una carne a la brasa que ahí hacían muy buena.

Mientras los platos llegaban a la mesa, notaba cómo nuestras miradas se cruzaban con naturalidad, cómo sonreíamos mientras charlábamos de ese modo cómplice que había sentido en Hamburgo. Y él, al igual que yo, no parecía preocuparse por el tiempo, ese que pasaba rápido y sin que nos diéramos cuenta. Era como si para los dos fuera de lo más normal pasar las horas juntos disfrutando de cada momento.

—La vista es increíble, ¿verdad? —pregunté, observando la calma del mar, y me giré hacia él, sonriendo.

—Sí, increíble. Pero creo que lo que hace que sea aún mejor es estar aquí contigo —dijo mientras levantaba su copa y la acercaba a la mía para un brindis.

Adam me miró y sentí un escalofrío por todo el cuerpo, pero porque esos ojos azules que tenía eran tan profundos y penetrantes que estaba segura de que a nadie le pasaban desapercibidos.

—Lo mismo pienso —dije con una sonrisa mientras escuchaba el sonido de nuestras copas al chocar.

Nos quedamos en silencio unos segundos, disfrutando de la compañía, de la vista, y por un segundo deseé que él no tuviera que volver a Alemania, como tampoco había querido que volviera Paris, porque me encantaba estar con ellos.

Después de la cena, en la que hubo muchos momentos de risa, así como de conversaciones de trabajo, como no podía ser de otro modo, regresamos paseando hasta donde había dejado el coche, nos subimos y conduje mientras el silencio nos acompañaba durante todo el camino hasta el apartamento en el que se alojaba.

Capítulo 25



Regresar a la oficina sin Paris, sin Adam y como directora me causaba un vértigo de lo más grande.

Todo había sido como una película que parecía que estaba sacada de las grandes producciones del cine de Hollywood, pero no, había sido la realidad, esa que siempre dicen que supera con creces a la ficción, y es cierto.

Me preguntaba a mí misma lo que hubiera pasado si él no estuviera casado o en esa situación. ¿Habría existido algo entre nosotros? Quizás apuntaba muy fuerte con esos pensamientos, pero la realidad es que la conexión estaba ahí y yo la había sentido en cada momento que había pasado a su lado.

Tal vez solo fuera cosa mía y él me miraba con ese cariño que nos habíamos cogido en aquellos días en Hamburgo, pero yo no podía dejar de pensar en que, al mirarle, al estar con él, no solo me ponía nerviosa por su sola presencia, sino porque sentía ese algo que me había querido negar a mí misma todo este tiempo y ya no era posible.

—Buenos días, mi vida —me dijo mi madre al entrar en la cocina.

—Buenos días, mamá. —La abracé y me dio un beso de esos cargaditos de amor, como ella decía—. ¿Y la abuela? —pregunté, porque era raro no verla allí.

—Hoy tenía cita para unos análisis, una revisión para ver cómo está, le dijo su doctora —sonrió.

—¿En serio? —Reí—. Pero si está mejor que quiere.

—Eso le dijo ella.

Después de desayunar con mi madre, salimos juntas de casa y nos despedimos como siempre, deseando que tuviéramos un buen día, además de que me dijo que me enfrentara a mi nuevo puesto sin miedo y con la cabeza bien alta.

Entré en el edificio, y en la recepción ya estaban Rebeca y Silvia charlando, algo habitual en

ellas, solo que antes lo hacían porque la última se quedaba allí de buena mañana cotilleando con la otra, y ahora ese era su puesto habitual. Nos intercambiamos los buenos días de manera escueta y cordial, y aunque intentaban sonreír, en Silvia veía ese gesto falso y cargado de asco mal disimulado que no podía quitar de su cara, pero me daba igual, sinceramente. Venía con la mente reseteada y puesta en que no podía dejar que nada me afectase, tal y como me había dicho Adam los días anteriores, y me acababa de pedir mi madre.

—Buenos días, Olivia —me dijo Francisco en tono correcto, frenándome antes de entrar al despacho.

Iba tan inmersa en mis pensamientos que no le había visto, y aunque lo hubiera hecho, estaba tan acostumbrada a que no me dirigiera la palabra, que escucharle saludarme de ese modo me resultó cuando menos chocante.

—Buenos días, Francisco.

—¿Tienes un ratito para que hablemos?

—Claro, pasa. —Me aparté para que entrase a mi despacho—. ¿Quieres un café? —le pregunté en vista de que yo necesitaba mi chute y que él venía en buen tono. Cualquier cosa por el bienestar de la empresa, tal y como había pedido nuestro jefe en aquella reunión urgente.

—Sí, si no te importa.

—No, no me importa —sonreí de manera cordial, que es lo que yo necesitaba, ante todo.

Preparé los dos cafés y me dirigí a ocupar mi nuevo sitio, sentándose él delante de mí como lo hacía yo antes. Era raro y hasta un poco incómodo ese cambio de roles, pero debía acostumbrarme a ello cuanto antes.

—Me gustaría, si me lo permites, claro, explicarte algo de lo que estás ajena y que te podría llevar a entender todo un poco.

—Hazlo, porque te juro que no entiendo absolutamente nada —le pedí tras dar un sorbo a mi café.

—Hace unos meses fue el cumpleaños de Jesús, ¿lo recuerdas? —Jesús era uno de los analistas.

—Sí, que yo estuve con fiebre y no pude ir. Por esa época comenzaste a cambiar.

—Fue a partir de aquella noche —dijo, apartándose la mirada y centrándose en el café.

—¿Ahí te empezaste a liar con ella? —pregunté, porque no sabía en qué momento exacto fue, y podría haber sido antes de esa noche.

—Ahí cometí el mayor error de mi vida y no fue liarme con ella, porque eso ni lo recuerdo,

fue el beber más de la cuenta y terminar amaneciendo en una cama con ella.

—Pues te debió de gustar bastante porque cambiaste toda tu vida por ella y te ha llevado a perderlo todo.

—La realidad es bien distinta. Desde aquel momento comenzó a acosarme, a decirme que si no le hacía caso lo contaría todo, incluso a decir que haría que se viralizasen unas imágenes mías desnudo y borracho. Que no me quería ver en actitud cariñosa contigo y mil cosas más que me bloquearon por completo. Tenía miedo a que te enterases, a que publicara en las redes algo de lo que me avergonzaría toda la vida y ella fue más allá aún —suspiró y, por cómo hablaba, veía que esto le afectaba.

»Durante un par de meses me hizo creer que estaba embarazada, por eso te hice salir de casa, pero claro, luego tuvo un disgusto y, según ella, lo perdió, y se dio cuenta al ir al baño. —Su voz era de frustración, de dolor, de tristeza, esos sentimientos que conocí un día en él y que luego cambiaron desde esa noche.

—Sigues con ella...

—No quería más escándalos de los que ya estábamos teniendo. Sé que esto no me devolverá todo lo que he perdido, pero al menos que sepas la verdad y que estoy a su lado para que no soltase una bomba de relojería. Ya me da igual todo, solo quería que supieras que la voy a dejar y que, si es verdad que tiene esas imágenes, cosa que a estas alturas también ya dudo, yo dejaré la empresa para no manchar vuestro nombre.

»Siento haberte hecho todo esto, Olivia, la culpa es totalmente mía por pasarme de copas esa noche o simplemente por haber ido sin ti. Te he querido con todo mi corazón, daría lo que fuera por no haberte hecho pasar esto y por no haber perdido lo bonito que hubo entre nosotros un día, pero ya no podía más y he preferido ser yo el que te lo contase todo ahora y dejarla después, asumiendo todas las consecuencias, pero ya no puedo seguir así, ni con ella. Me estoy matando en vida. Y te pido perdón con el corazón en la mano por todo lo que te he despreciado.

—No sé qué decir, por un lado, me alegro de enterarme ahora de que estoy más fuerte y no antes, por otro, me da rabia y tristeza a dónde has llevado todo. De todas maneras, me alegro de que me lo hayas contado y, aunque te mereces una patada en el culo y que te las apañes como puedas, yo no soy así.

»Casualmente, yo tengo algo que nunca dije y que la pone en un compromiso muy grande, lo que pasa es que yo no he querido más guerras de las que había. Deja esto en mis manos y yo lo arreglo, a ella no la quiero en mi plantilla y mañana le comunicaré el despido. No digas nada. Déjame que prepare todo para darle unos argumentos que harán que prefiera estar en silencio.

—La quiero echar de mi casa.

—Aguántala hasta mañana, hazme caso por una vez.

—Lo haré. Gracias, Olivia. Y aunque no lo creas, el que tú hayas cogido este puesto para mí es todo un orgullo y de justicia, este es el lugar que te mereces por todo lo mal que hice. No me jode ocupar tu lugar, me jode haberte hecho daño y eso lo voy a sufrir toda mi vida.

»Eres una gran mujer y, aunque no valdrá para curar las heridas que te hice, quiero que sepas que no te voy a fallar en la vida, ni como tu empleado, ni como persona y, aunque no confíes en mí, si algún día lo necesitas, puedes contar conmigo para lo que quieras —decía entre lágrimas.

—No soy rencorosa, Francisco. Dame un abrazo. —Fui hasta él porque me partía el alma verlo desconsolado.

—Puedes llamarme Paco —dijo entre risas y sollozos mientras nos fundíamos en el abrazo.

—Te lo has buscado solito. —Me reí.

Cuando se marchó, me puse a trabajar en esos expedientes que me fueron entregando los analistas. Todos ellos se mostraban de lo más corteses conmigo, aunque seguían con esas miradas que me decían que aún les costaba asimilar todo lo que estaba ocurriendo y estos cambios a los que nos enfrentábamos ahora.

Y entre cafés y trabajo, revisando alguno de esos expedientes, pasé esa primera mañana como directora sin la compañía de Adam.

De manera inconsciente me vi conduciendo hasta la zona del apartamento donde se habían alojado él y Paris, y me eché a reír al darme cuenta, como si llevara a uno u otro en el coche y tuviera que dejarlo. Madre mía, lo que hacía el ir sumida en mis pensamientos recordando todo lo bonito que viví con ese hombre en apenas unos días.

Cuando llegué a casa, mi madre y mi abuela sonrieron al verme, preguntaron cómo me había ido en ese primer día de manera oficial como jefa de la delegación, y les pedí que se sentaran.

—Hija, ¿pasó algo malo? —preguntó mi madre con el semblante serio.

—No, solo que me enteré de algunas cosas que no sabía y que, de algún modo, me muestran que todo lo que pasó cobra sentido.

—Olivia, cariño, como no te expliques... —dijo mi abuela.

Suspiré y comencé a contarles lo que me había confesado Francisco. Ellas, al igual que yo, acabaron llorando, incluso mi abuela decía que había vestido de limpio a esa pobre criatura cuando la verdadera bruja era la otra.

Incluso le daba un poco de pena que ella se hubiera aprovechado de él de ese modo.

—Entonces, ahora vosotros... ¿Estáis bien? —preguntó mi madre con cautela.

—No es que entre nosotros vaya a ser como antes, le quise mucho y me falló de la peor manera. No sé, si me hubiera contado lo que pasaba, tal vez podría haber hecho algo por ayudarle. Pero bueno, que al menos en la empresa nos llevaremos de manera cordial porque nos tenemos que ver todos los días.

—No me cruzaré yo con esa mujer para decirle cuatro cosas.

—Abuela, tú tranquila, que la que se las va a decir soy yo —sonreí.

—Hija, no te metas en líos que ahora tienes un cargo importante en la empresa.

—Pues por eso, mamá, por eso precisamente puedo hablarle a ella con toda la tranquilidad, porque ahora tengo la potestad de hacer lo mejor para la empresa.

—Y si le puedes arrancar unas extensiones o algo, hazlo, no te quedes con las ganas, niña.

—Mamá, por Dios, no alientes a mi hija a que sea una salvaje —protestó mi madre y nos reímos.

—Salvaje, no, Carmen, justa, que lo que esa mujer le ha hecho pasar a la niña no tiene perdón. Yo es que le hacía pasearse por la oficina desnuda, como hacían antiguamente para humillar a alguien.

—Desde luego, mamá, si por ti fuera, le ponías unas cadenas en los pies con bolas gordas y que se paseara por todo Málaga. —Mi madre volteó los ojos.

—No le des ideas, que capaz es de presentarse mañana en la delegación y ponérselas. —Reí.

—¿Eso dónde se compra? —preguntó mi abuela— ¿Lo tienen en Amazon y llega por el Prime?

—Dios, abuela. —Solté una carcajada al verla con los ojos entrecerrados mientras se quedaba pensativa.

Desde luego que esas dos mujeres eran únicas, capaces de pasar del llanto a la risa en apenas unos minutos, y hacer que yo misma lo hiciera.

Pero también se habían puesto en el lugar de Francisco, aunque fuera por unos minutos, y hasta sentían pena por él y el modo en el que esa mujer que parecía querer conseguir cualquier cosa a toda costa le había tratado.

Como decían ellas, así era la vida, injusta a veces con quien menos lo merecía.

Capítulo 26



Sabía que me tenía que enfrentar a este jueves con determinación. Adam me había dejado claro que en mí delegaba la función de despedir y contratar sin necesidad de pedir opinión a nadie, así que hoy iba a ejercer por primera vez ese derecho.

Tenía claro que no quería a Silvia en la plantilla, que lo único que había hecho con esos actos deleznales era desestabilizar a toda la empresa y más aún a Francisco, un hombre que siempre había trabajado bien y que, a pesar de estos últimos meses y de cómo me había hecho sentir, no merecía que nadie le ninguneara solo para conseguir algunos privilegios que poco tenían que ver con el buen hacer de nuestra empresa.

Contaba en mi delegación con los asesores laborales que se encargarían de todo después de comunicarle el despido, y aunque estaba nerviosa y hasta mi madre y mi abuela se dieron cuenta de ello y me tranquilizaron, no podía dejar de sentirme así porque por primera vez iba a ejercer de jefa de verdad y con todas las consecuencias que eso acarrearía.

Conduje mientras escuchaba música para calmarme, repasando en mi cabeza punto por punto todo lo que iba a decirle a esa mujer que había jugado sucio con un hombre que no lo merecía y que me había hecho la vida imposible.

Pero como solía decir mi abuela, al final todo acababa saliendo a la luz y yo contaba con los datos suficientes para mostrarle a ella que no había actuado bien y que no escondió todo eso que quería ocultar a la empresa.

El día anterior me encargué de preparar todas esas pruebas que le había mencionado a Francisco por si a Silvia le daba por decirme delante de él que era todo mentira, que conociéndola sabía que iba a rebatir cada palabra que le dijera.

Cuando entré, vi que Silvia y Rebeca estaban de lo más risueñas en la recepción, hasta que me vieron y esas risas fueron sustituidas por una cara de fastidio ante mi presencia y una sonrisa de lo más falsa y fingida por parte de la que había hecho que todo el mundo me diera de lado y me menospreciara en los últimos meses.

Cogí aire y me puse en mi papel de jefa, pues era lo que era, y le dije a Silvia que fuera a mi despacho, también avisé a Francisco, ya que quería que estuviera presente.

En esos minutos en los que estaba sola esperando, mientras me quitaba toda la ropa de abrigo y encendía el ordenador, me fui preparando mentalmente para el momento que estaba a punto de producirse.

Ambos entraron casi al mismo tiempo. Ella estaba altiva, aunque intentaba disimular, a sabiendas de que a la mínima sería despedida, sin imaginar que eso estaba a punto de suceder. Los dos ocuparon los asientos frente a mi mesa, y noté por la cara de Francisco que también estaba preparado para escuchar cualquier cosa que se le ocurriera decir a Silvia y que no coincidiera con la verdad de lo que yo le había contado.

—El motivo de esta reunión es para comunicaros a los dos una decisión que he tomado como directora de la oficina, ya que prevalece que esta funcione con la mayor eficacia, transparencia y sin manchar el nombre de esta por las cuestiones personales de los que la representamos en esta delegación, como somos todos y cada uno de nosotros. En este caso, tu caso —señalé con la mano a Silvia, que me miró con el rostro de lo más inexpresivo.

»Tras analizar bien todas las operaciones, nos encontramos que en una de las que tú aprobaste de la urbanización «El tejo», cobraste una comisión ilegal fuera de la empresa, de la que tengo las más fehacientes pruebas y la confirmación del propio cliente, que se descubrió a él mismo y a ti por un correo que envió erróneo a mi cuenta hace unos días.

Su cara, según iba avanzando en mi relato, se fue transformando, perdiendo por completo el color y esa altivez que la caracterizaba, y es que, como solía decirse, la había pillado con el carrito de los helados y sin que se enterase.

No tardamos, Francisco y yo, en escuchar esas primeras mentiras que sabíamos que iba a decir.

—No es cierto, no he hecho tal cosa.

—Te repito que tengo pruebas, Silvia, si quieres... —Me giré para abrir el cajón donde había guardado bajo llave aquella carpeta con todo lo que tenía impreso.

—¡Me quisieron regalar el dinero! —gritó mientras trataba de defenderse haciéndose así la víctima, algo que no iba a colar para ninguno de nosotros dos.

Primero, porque Francisco había sido chantajeado por ella, y segundo, porque yo tenía pruebas que no iba a dudar en enseñarle si insistía en mantener su falsa inocencia en un asunto tan grave como el que nos ocupaba en estos momentos.

—En las cláusulas del contrato se dice que no se puede cobrar nada de una operación que no sea lo pactado en la operación —le recordé para refrescarle la memoria—. Además, hablamos de un trato de favor con la viabilidad, ya que he revisado yo misma ese expediente y, lo peor, es que no lo has declarado a Hacienda siendo una cantidad importante. Puedo profundizar más y hasta hay falsificación de documentación de la que tú eras partícipe y que ayer me entregaron. — Terminé de decir y ella estaba más blanca que la pared de un hospital.

—Pero es que...

—Déjame terminar —la corté levantando la mano y podía ver la cara de Francisco descompuesta al tiempo que la miraba con mucha ira—. Esto, como te he dicho, lo sé desde hace días y no le he dicho nada al jefe porque estaba recabando pruebas, pero ayer las pude obtener a cambio de no implicar a la otra persona. Quiero decirte que, con todo lo que tengo, la empresa puede meterte en unos problemas legales que te pueden llevar de cabeza a la cárcel.

—Haré lo que me digáis —decía, pálida y casi temblorosa.

Desde luego, cómo había cambiado aquella mujer en apenas unos minutos, de ser esa altiva y con el ego bien subido que se mostraba desde que Francisco me dejó por ella y todos comenzaron a darme de lado, a la que tenía ahora sentada delante de mí.

—Vas a dirigirte a Marcos —era uno de los asesores— y le vas a pedir la baja voluntaria de manera inminente —le dije mostrando esa seguridad que como jefa de la delegación debía tener.

—No quiero perder mi empleo. —Juntó las manos implorando.

—Quiero que antes de una hora estés fuera de estas dependencias, en caso contrario, te verás con un asunto judicial de suma gravedad, además de tener que rendir cuentas a Hacienda.

Vi por su cara que quería seguir suplicando para no perder el trabajo, pero no me achanté y, en cuanto abrió la boca, arqueé la ceja. Silvia suspiró y tanto Francisco como yo vimos que se daba por vencida.

—Vale, me iré, pero por favor, que esto no salga de aquí.

—Procura no manchar el nombre de la empresa o de ninguno de los empleados, o te juro que no pararé hasta meterte presa.

—No haré nada, te lo prometo. —Estaba asustadísima.

—Cuando salgas de aquí, tienes una hora para ir a mi casa, sacar tus cosas y dejar la llave sobre la mesa o el que te denunciaré seré yo —le dijo Francisco.

—No puedes dejarme. —Se puso a llorar.

—¡Una hora! —le gritó este con rabia y ella se movió asustada y se marchó.

Francisco estaba pálido, con rabia, se le podía ver que estaba mal, lo debía haber pasado mal y aún lo hacía, pero él solito se lo buscó con sus malas decisiones, aunque eso no quitaba que me diese pena por él.

—Y que seas tú quien me has ayudado —decía, negando con tristeza.

—Tranquilo, me gustaría verte bien. No te tengo rencor porque, después de todo, esto me ha

enseñado a ser más fuerte y a creer más en mí.

—Y a ganarte al jefe de los jefes —murmuró con esa risilla mezclada entre sollozos.

—Eso es una larga historia. —Volteé los ojos.

—¿Y me la contarás un día?

—Quizás cuando vea que has madurado —sonreí—. ¿Un café?

—Claro.

Francisco era bueno en su trabajo, es verdad que yo, como analista, tenía una visión diferente al equipo y quizás eso fue lo que le gustó a Adam, que aplaudía el que viera más allá de lo que nos pedían, pero él era también bueno y sabía que iba a ser un buen apoyo en la delegación para que me ayudara en cosas en las que él, como jefe que fue, tenía mayor experiencia.

—Quiero que seas mi mano derecha, creo que al menos en lo laboral formaremos un buen equipo —dije tras ponerle el café en la mesa.

—Sería todo un honor para mí.

—Pues no se hable más. Seguirás con las operaciones que luego yo revisaré, pero también contaré contigo para que busquemos las mejores resoluciones para los otros temas que son también fundamentales para la empresa. A pesar de todo, siempre te tuve por un hombre que hacía bien su trabajo.

—Muchas gracias, Olivia. ¿Me dejarás que algún día te invite a comer? —preguntó y sonreí levemente.

—Bueno, llevará un tiempo, pero no hay que descartar nada. Los compañeros también comen juntos y esas cosas. Eso sí, consigue que todo vuelva a ser en las oficinas como antes, por favor —le pedí, porque con todo lo que Silvia había hecho, la mayor perjudicada fui yo y no quería seguir sintiendo cómo me menospreciaban y cuchicheaban como lo habían estado haciendo durante meses.

—Ahora mismo voy a hablar con ellos y, aunque no contaré las cosas como tal, sí que les pediré disculpas y diré que fui injusto contigo y que no te merecías el desplante de todos. Pediré esa unión que siempre hubo, pero vamos, desde ya te digo que te respetan más que a sus familiares. —Nos echamos a reír.

—Es lo que tiene ser la directora. —Apreté los dientes.

—Y la más guapa de todas.

—Solo hay una, así que por ahí no cuela —negué mirándole.

—Cachis, ya pensaré en otra mejor —sonrió levantándose—. Gracias por todo.

—A ti por contarme la verdad.

Se marchó y me quedé con ganas de ponerle un correo a Adam, pero no lo quería molestar con estas cosas. Me dejó muy claro que podía despedir a quien quisiera y tomar hasta decisiones de ascensos, de ahí que con Silvia hubiera utilizado la primera y la segunda con Francisco, poniéndolo como mi mano derecha. Además, si quería hablar conmigo, prefería que él fuese el que se comunicara. Respetaba mucho su espacio.

El resto de la mañana estuve inmersa en varios expedientes para los que conté con Francisco y su visión, la verdad es que entre los dos sacábamos muchas opciones para cada caso que poder llevar a cabo.

A la salida le puse un mensaje a mi prima para ir a comer, aceptó encantada y quedamos en el bar que había cerca de su salón.

Cuando nos vimos, me dio un abrazo y preguntó qué tal me iba en mi nuevo puesto como jefa, sonreí y le conté las novedades de ese cargo que ahora ostentaba.

No se podía creer lo que me había confesado Francisco y, al igual que me quedé yo, ella estaba con los ojos vidriosos y diciendo que era toda una injusticia.

—Si ya sabía yo que esa mujer era una rata. Si la veo por la calle, te juro que la escupo al estilo Paca Pacheco —dijo, haciendo referencia a uno de los personajes de una serie muy conocida.

—El caso es que ya no está en la delegación y el ambiente ha cambiado, está menos enrarecido.

—Ahora ya no huele a azufre como en el infierno, ¿no? Porque esa mujer debió salir de las entrañas del Averno, vamos. —Volteó los ojos—. Mira, nos vamos a ir ahora de compritas, y vas a hacerte con un montón de inciensos de esos que huelen que dan ganas de comérselos, y los pones por la recepción, en tu nuevo despacho y en todas las salas. Puedes encomendarle esa tarea diaria a la recepcionista, y a la otra que le tocaba las palmas a Silvia.

Me reí, pero lo del incienso no era mala idea. A mí me gustaba encender uno de vez en cuando en mi habitación y quedaba un aroma muy bueno, así que haría lo mismo en el despacho, ese que ya estaba pensando hacer más mío con algunas decoraciones, como haría Paris si estuviera aquí para verlo.

Capítulo 27



Los días y las semanas fueron pasando, todo en la delegación había ido volviendo a la normalidad y me sentía mucho mejor que nunca.

El trato con Francisco era de lo más cordial y en ocasiones incluso comimos juntos, pero porque nos habíamos quedado trabajando en mi despacho en algún expediente que había que terminar.

Era sábado y puesto que mis tíos se iban a pasar el fin de semana fuera para celebrar su aniversario, Daniela y yo nos quedaríamos en su casa en plan vago y en pijama disfrutando de esos dos días de descanso de la rutina diaria en el trabajo, como habíamos hecho tantas otras veces, compartiendo risas, comiendo cosas que no eran para nada buenas para nuestra salud según decía la abuela, y dándonos una maratón de pelis o series.

Habíamos desayunado un buen chocolate con churros que llevé por la mañana, y acaban de traernos la comida del mexicano que pedimos para comer.

Daniela estaba de pie frente a la televisión con el mando en la mano, tratando de elegir qué película veríamos.

—Tenemos acción, thriller, misterio, policíaca, terror...

—No, no, terror no —la corté—. ¿No podemos ver algo más... romántico?

—Romántico en plan... ¿Chico se enamora de chica, viven una pasión arrolladora y un romance de lo más tórrido y ella le da el sí sin pensarlo mucho? —me preguntó con la ceja arqueada— ¿No tienes suficiente drama romántico en tu vida, prima? ¿O es que las comedias románticas te sirven para evadir tus propios enredos sentimentales?

Me quedé en silencio unos segundos, notando cómo mi corazón saltó un poco con la mención de los «enredos sentimentales». Daniela estaba al tanto de lo que me pasaba, no había que ser tampoco muy lista, y cuando estábamos juntas y me quedaba perdida en mis pensamientos, ella sabía que tenía la cabeza en cierto alemán.

Porque sí, el enredo al que se refería era, por supuesto, todo lo que sentía por Adam, ese

hombre casado que ocupaba mi mente gran parte del tiempo.

—Yo no tengo enredos —respondí con una risa nerviosa, encogiéndome de hombros—. Solo quiero distraerme un rato.

—Ajá, claro —dijo Daniela, sin darle demasiada importancia—. Tú solo quieres distraerte mientras sigues pensando en ese hombre casado con la sonrisa perfecta. Lo sé, no soy tonta. —Arqueó la ceja—. Cariño, que lo veo en tu cara cada vez que hablas de él. Te brillan los ojos, tu voz cambia y hasta te sonrojas un poco. Te gusta mucho y no quiero que lo pases mal.

—Es que... no puedo evitar pensar en él y que me guste, Daniela —confesé, mirando a mi prima—. Sé que está casado, y sé que eso lo hace... imposible, pero... es que no puedo evitarlo. Como dijo Paris, la próxima vez que me fije en un hombre, debería asegurarme de que esté soltero.

Daniela se sentó a mi lado y me dio un abrazo.

—Lo sé, cariño. Es horrible estar en esa situación, pero... también es humano. El amor no se pregunta por las circunstancias, y a veces, lo que más te atrae es lo que no puedes tener. Eso no te convierte en una mala persona, pero tienes que aprender a manejarlo.

»Porque, si sigues con esa idea en la cabeza, te vas a hacer daño, y yo no quiero que sufras, que bastante lo hiciste ya por la culebra que Francisco, que ahora ya no lo es tanto porque esa rata despeluchada le tenía agarrado por los huevos.

»Pero sé que sientes algo muy fuerte por Adam y eso que no le has vuelto a ver y que solo pasaste unos días con él, pero la realidad es que él está allí con su mujer y tú aquí, con tu nuevo *puestazo* de jefa que te sienta de maravilla. Si tienes hasta otro color en la cara y todo —rio.

Miré a mi prima, agradecida por sus palabras de ánimo, esas que nunca me faltaban a su lado, aunque sentía que no había solución para lo que sentía. Era uno de esos amores imposibles que se quedaban grabados en el corazón, y por mucho que lo intentara, no podía sacarlo de ahí a pesar de que, como ella decía y yo sabía mejor que nadie, apenas pasamos juntos unos días conociéndonos.

—¿Y tú qué harías? —pregunté, aunque sabía que ella no estaría en la misma situación. Mi prima siempre había sido mucho más racional y menos emocional que yo.

—¿Yo? —Daniela se recostó hacia atrás en el sofá y se puso a pensar—. Bueno, yo no me metería en problemas con hombres casados. Ya sabes que yo soy una mujer independiente, no necesito complicarme la vida con alguien que no puede ofrecerme lo que busco.

—Desde luego, es mucho más fácil vivir con tu filosofía de «el que no me da lo que quiero, no merece mi tiempo» —sonreí.

—Y mira lo feliz que soy —respondió, con una sonrisa satisfecha—. ¿Te has visto últimamente, prima? No digo que no seas feliz porque lo eres, desde aquel viaje a Hamburgo en el que viniste con el reconocimiento de los que vieron tu trabajo, se te ve mucho más feliz, pero... hay veces en que nos quedamos atrapadas en cosas que no podemos controlar. Mejor

soltar y dejar ir.

La conversación quedó en el aire, como si ninguna de las dos estuviera realmente lista para profundizar más en el tema. Y, como de costumbre, mi prima cambió el rumbo del momento rápidamente.

—Bueno, volvamos al cine —dijo, con una sonrisa—. ¿Quieres ver una de esas pelis de amor y sufrimiento? Porque en el fondo, eso es lo que necesitamos: llorar un poco por alguien que no existe y después reírnos de cómo nos sentimos.

Miré a mi prima mientras sonreía, sin saber si estaba lista para seguir con el tema o cambiar de conversación. Así que al final me dejé llevar por el humor de mi prima, como siempre.

—Venga. Pero no me pongas algo cursi, ¿eh? —la advertí y soltó una carcajada.

Daniela comenzó a buscar entre los títulos de películas de comedia romántica que había en la plataforma que tenían contratada, y finalmente se decidió por una que ella había visto al menos diez veces, pero que decía que siempre le arrancaba una sonrisa.

Era una de esas películas donde el amor no correspondido era el hilo conductor, ese que yo misma sentía que estaba viviendo en estos momentos sin que el hombre por el que tenía unos fuertes sentimientos fuera consciente de ello.

—Listo, ya está. Esta es la elegida. No es tan cursi, ¿a qué no? —dijo Daniela mientras se acomodaba en el sofá, con una sonrisa de complicidad para comernos esos deliciosos platos mexicanos.

—Que sepas que no voy a llorar por un tipo ficticio —le contesté mientras cogía un nacho.

—Claro, claro —me contestó—, pero no dirás lo mismo si el tipo de la película te recuerda a cierto rubio de ojos azules.

—Entonces esperemos que sea un hombre moreno y de ojos marrones arrebatadoramente guapo. —Volteé los ojos.

Daniela soltó una carcajada y puso la película, pero yo no podía dejar de pensar en lo que había dicho. Sabía que no podía ignorar lo que sentía por Adam, pero a veces, como ahora, me daba cuenta de lo absurdamente imposible que era.

¿De qué me servía seguir alimentando ese amor platónico por un hombre que amaba a otra persona, aunque ella no pudiera verlo?

—Afortunadamente es moreno —comentó con una sonrisa.

Pero, aun así, solo por el hecho de que esa mujer fuera a enamorarse de un hombre que no sentía lo mismo que ella, me resultaba tan familiar que acabé suspirando.

—No me digas que el tipo te recuerda al alemán, prima —preguntó mientras cogía una quesadilla.

—Él no, lo que se ve que siente por ella, sí.

—Cariño, sé que olvidarte de lo que sientes no es fácil —me dijo—, pero si sigues enganchada en la idea de que Adam es la única persona para ti, jamás vas a ver lo que hay más allá. Y, créeme, hay mucho más. Tal vez no lo creas, pero hay un montón de hombres solteros, simpáticos y que no tienen ninguna historia detrás.

—No me digas que me voy a enamorar de un hombre con menos personalidad que una rodaja de pepino. —Arqueeé la ceja.

—No. —Rio con ganas mientras yo sonreí—. Olivia, hija, que no todos los hombres son tan aburridos. Hay algunos que, aunque no sean tan... intensos como Adam, pueden sorprenderte.

Suspiré y seguí comiendo mientras veíamos la película. Sabía que Daniela tenía razón, pero a veces el corazón no entendía de razones. Todo lo que sentía por Adam era tan profundo, tan real e intenso, que me daba miedo el solo hecho de pensar en dejarlo ir.

La película se nos pasó rápido y sin que nos diéramos cuenta mientras comíamos, con más risas y algún que otro suspiro por mi parte, pero nada tan dramático como lo que había imaginado. En realidad, la trama me había acabado distrayendo por un rato, y cuando terminó, Daniela ya tenía otra película preparada, una mucho más ligera. Pero antes de que pudiera presionar el *play*, me senté y la miré fijamente.

—Daniela, necesito que me digas algo. ¿De verdad crees que me estoy volviendo loca con todo esto? Con lo de Adam, quiero decir. Es que...

Daniela sonrió mientras me escuchaba, no había nadie que me conociera y me entendiera mejor que ella.

—Te voy a ser sincera, prima —comenzó mientras me cogía la mano—. No te estás volviendo loca. Lo que pasa es que estás enamorada, y eso siempre se siente como un poco de locura. Pero lo que realmente me preocupa es que te estés aferrando a algo que no puedes tener. Y eso sí es peligroso.

»Porque cuando te aferras demasiado a algo, terminas perdiendo el control y te olvidas de lo que te hace feliz a ti. No es fácil y sé que no vas a poder dejarlo ir, y ojalá ese hombre hubiera aparecido en tu vida en otras circunstancias, de verdad que sí. Porque sé que, si hubierais podido, lo vuestro habría sido algo muy bonito.

Asentí levemente y me levanté para ir a la cocina sin decir nada más, pero podía sentir que Daniela tenía razón. Preparé café y cogí la caja de galletas con chispas de chocolate que tanto nos gustaba y volví al salón, donde me acomodé con Daniela en el sofá, tapadas con la manta.

Mi prima me observaba en silencio, sin presionarme como hacía muchas veces, simplemente estando ahí a mi lado para hacerme ver que no estaba sola.

—Gracias, Daniela —dije, en un murmullo, apoyando la cabeza en su hombro.

—De nada, prima. Y recuerda, el chocolate y el café nunca están de más en estos momentos. Lo digo en serio —contestó sonriendo mientras le daba un sorbo a mi café.

Ambas reímos ante su comentario, y por un rato, el tema de Adam quedó en silencio, mientras disfrutábamos del momento, de la película que acababa de poner y de la compañía de la otra.

El resto del día lo pasamos entre risas, comentarios sarcásticos sobre las películas que íbamos viendo y alguna que otra reflexión profunda sobre la vida. Daniela no mencionó más a Adam, y yo, aunque seguía pensando en él, en el fondo, decidí dejar de lado ese pensamiento por un rato. Al final, lo que más importaba de los sábados como hoy que pasaba con mi prima era la posibilidad de desconectar, aunque fuera por unas horas, de la realidad que vivíamos día a día.

Llamamos para pedir un par de *pizzas* para la cena que acompañamos con unas patatas de bolsa y unos chupitos de tequila mientras veíamos otra película, una de suspense con un asesino en serie que tenía en jaque a toda la policía de la ciudad.

Menudo fin de fiesta que íbamos a tener con los chupitos, menos mal que mis tíos no regresaban a casa hasta la tarde del día siguiente y podríamos dormir hasta que se nos pasase la resaca, porque sin duda alguna, las dos íbamos ya camino de ello.

Y mientras bebíamos, veíamos una película y nos hacíamos fotos para enviarle a Paris, que decía que le parecía muy mal por nuestra parte el que estuviéramos montándonos semejante fiesta de sábado noche sin ella. Pensamos en que para comer el domingo pediríamos algo en el bar que había en la esquina y Daniela iría a recogerlo, porque lo que era cocinar, tal y como íbamos a terminar la noche, nos daba a las dos en la nariz que no tendríamos ni unas poquitas ganas de hacerlo.

No podía dejar de pensar en Adam, ese hombre que llegó a mi vida para hacerme ver que valía más de lo que otros se empeñaban en hacerme creer, y que tenía mucha más fuerza de la que me imaginaba.

Pero también para demostrarme que el amor, el de verdad, iba mucho más allá de lo físico hacia la otra persona, pues él se encargaba cada día de seguir cuidando y amando a esa mujer a la que una vez le prometió amarla y respetarla hasta que la muerte los separara.

Capítulo 28



Cuatro meses habían pasado desde que todo volviera a la normalidad en la oficina y se respirase un ambiente de lo más armónico.

Nunca volvimos a saber nada más de Silvia, gracias a Dios, y en el caso de Francisco debo de admitir que habíamos hecho un buen tándem y trabajábamos de lo más cómodos en equipo. Decían que el tiempo todo lo ponía en su lugar y, sin duda, la buena relación que teníamos antes de que comenzáramos a ser pareja había vuelto a estar entre nosotros y trabajábamos mucho más cómodos y a gusto que tiempo atrás.

Hoy teníamos una cena de empresa, la hacíamos todos los inicios de verano, y este final de junio no sería diferente.

Me estaba riendo mucho porque, al ser sábado, podía estar un poco más en la cama y estaba con el grupo de WhatsApp que tenía con Daniela y Paris. Con esta última no habíamos perdido el contacto nunca y de vez en cuando le preguntaba por el hermano del que seguía diciéndome que estaba como siempre, cuidando a su mujer y trabajando a destajo. No me hablaba mucho de él porque ella era muy prudente a pesar de estar como una cabra.

Y no, si queréis saber si había dejado ir esos fuertes sentimientos que tenía por el alemán, no lo había hecho. Era superior a mí, ya que seguía clavado en mi alma y mi corazón y, a pesar de que lo nuestro era un amor imposible y platónico del que él no tenía la menor idea, yo seguía enamorada y tejiendo lunas en la madrugada, como cantaba Malú.

Vale, lo de tejer no, que entonces ya sí que mi prima diría que estaba para que me encerraran en una habitación acolchada, pero sí que seguía enamorada de ese hombre con el que hacía meses que no hablaba.

Daniela venía hoy a la cena de la empresa que siempre terminaba en fiesta, era mi invitada especial porque me daba la gana, así de simple, me apetecía que viniera por primera vez a este evento que era exclusivo de los trabajadores de la delegación.

Estaba hablando con ellas cuando llamaron al timbre y me levanté a abrir. Mi madre y mi abuela habían ido al mercado porque a ambas les gustaba ir a comprar los sábados cuando mi madre no estaba en el supermercado de turno, y mucho me temía que llamaban porque venían

cargadas con más bolsas de las que podían coger.

—¡Me cago en mi vida! —Me puse la mano en el pecho al ver a Paris con una maletita en la puerta de mi casa.

—Cágate en lo que quieras, pero a mí me dejas pasar —dijo riendo y tirándose a mis brazos.

—¿Qué haces aquí? —pregunté mientras nos abrazábamos con fuerza y sentía que se me empezaban a humedecer los ojos— Pero si estábamos hablando por el móvil. —Reí.

—Vine hasta el lunes, lo decidí ayer. Quiero estar en la fiesta.

—¡Te como!

—Menos mal que había plazas en el vuelo. —Se reía—. Por cierto, no busqué alojamiento. ¿Nos pillamos un hotel juntas?

—¿Qué dices? Te quedas aquí en casa.

—¿Y tu familia?

—Mi madre y mi abuela estarán encantadas, ya sabes que tenían muchas ganas de conocerte y te fuiste sin que lo hicieran.

—Qué bueno, entonces no hay nada más que hablar.

—En mi habitación hay dos camas, una debajo de la mía que sale y se eleva.

—¡Ya tengo cama! —decía toda graciosa, aplaudiendo feliz.

Dejó sus cosas, se cambió poniéndose cómoda y preparé el desayuno. La pobre había volado a las cinco de la mañana para tener plaza. Llamé a Daniela sin decirle lo que pasaba para que viniese para mi casa y se trajese ya la ropa para esta noche irnos directas desde aquí a la fiesta.

Hoy se había tomado el sábado libre, ya lo hacía muchas veces, ya que podía delegar bien en sus empleadas y ella descansar un poco más, dado que entre semana se dejaba el alma.

—¿Qué tal están tu hermano y su mujer? —le pregunté mientras tomábamos el café.

—Pues bien, como siempre, liado en sus objetivos de la empresa y al lado de mi cuñada —sonrió con tristeza—. Me da pena, nunca lo hablo porque me duele mucho. Mi hermano la está cuidando hasta la saciedad y está perdiendo los años de su vida, aunque lo hace de corazón.

»Pero también podría vivir un poco porque ella está atendida las veinticuatro horas, y, aun así, él se niega, es incapaz de hacer un viaje de placer, salir a tomar unas copas, joder cosas que no lo iban a hacer ser peor persona, pero es tan noble que es incapaz, sabiendo que ella respira. —Se desahogó por primera vez.

—Te entiendo.

—No digo que la deje de la mano de Dios con los cuidados que tiene, pero que viva un poco —dijo con la voz tomada y llena de esa pena que yo misma sentía—. Lleva mucho tiempo así, y así puede durar muchos años más —suspiró—. En fin, cambiemos de tema porque lo estamos pasando en mi familia muy mal. Así que esta noche voy a ver a Paquito —sonrió arqueando la ceja.

—Sí. —Me reí. Ella estaba al tanto de todo lo que pasó y de mi buena relación con él como compañeros y hasta un poco de amigos, se podría decir, porque nos teníamos un cariño enorme—. No le vayas a dar mucha caña.

—La justa, lo sabes, en el fondo soy buena persona. Por cierto, mi hermano está al tanto de todo, se lo conté.

—¿Sí? —pregunté sorprendida.

—Sí, a fin de cuentas, es el gran jefe —sonrió—. Y está contento de que reine la paz y que la oficina funcione sin malos rollos. Dice que eres muy buena tomando decisiones y que los números van a mejor aún.

—Qué bien.

—¿Y estará Eric esta noche? —preguntó, cogiendo la tostada.

—Sí. —Me reí.

—Me muero por conocerlo, te lo juro.

Eric era un nuevo empleado que contraté en marzo y que era una cabeza pensante. Un crac que nos dejaba a todos impresionados, pero no solo eso, era un tipo guapísimo, descarado con las mujeres, que se resumía en que era un mujeriego, pero él era feliz y lo reconocía. Era muy descarado y te tenías que reír con sus cosas, pero eso sí, de lo más correcto y educado cuando lo tenía que ser, pero claro, en confianza liaba unas en las oficinas que era la alegría de la huerta, y a Paris y Daniela les había hablado mucho de él por el grupo y hasta les había enseñado fotos. Tenía a las dos locas.

Daniela apareció por mi casa justo cuando acabábamos de terminar de desayunar y, al ver a Paris, saltó en sus brazos. Las dos cayeron al suelo entre risas y chillidos. Lo que me reí viendo la cara de mi madre y de mi abuela que llegaban en esos momentos.

—Pero bueno, ¿qué está pasando aquí? —preguntó mi abuela al ver el alboroto.

—Abuela, que esta es Paris —contestó Daniela, que seguía abrazada a la rubia mientras las dos estaban en el suelo tiradas.

—¿Y este es modo de tratar a una invitada? ¿Haciéndola rodar por los suelos como si fuera

una croqueta? Por Dios —resopló la abuela y todas reímos.

—Nos están limpiando el suelo, mamá, mira el lado positivo —soltó mi madre, y Paris estalló en una carcajada.

Cuando al fin se levantaron las dos e hice las presentaciones de manera oficial, mi madre y la abuela se pusieron muy contentas al conocer finalmente a Paris y saber que se quedaba un par de días. Casi que le organizan una fiesta.

Estuvimos en la cocina las cinco charlando toda la mañana mientras se preparaba la comida que estaba haciendo mi abuela con todo su arte y cariño.

La verdad es que me había sorprendido gratamente la visita de Paris y que esta noche la fuera a pasar con nosotros. La cara que se les iba a quedar a todos al verla aparecer por la fiesta después de la que montó en la delegación. No podía parar de reírme de pensarlo.

Y mientras nos tomábamos todas un vinito con un poco de jamón y queso de picoteo antes de comer, Daniela dijo que nos iba a peinar y maquillar ella, por no hablar de que también se empeñó en hacernos la manicura a pesar de que Paris decía que la tenía hecha desde hacía poco más de una semana.

Pero a Daniela cualquiera le llevaba la contraria, vamos, así que antes de comer siquiera se puso a prepararnos las uñas y dejarlas limpias y saneadas para después hacernos una manicura que quedara perfecta y acorde con el color de la ropa que llevaríamos esta noche a la fiesta.

Mi abuela dijo que, ya que estaba en casa, aprovechara para hacerles la manicura también a ella y a mi madre, y que esa noche querían salir a cenar fuera y tomar una copa.

—Ya que la señora directora nacional de la delegación de España de la empresa en la que trabaja no nos invitó a la fiesta —comentó la abuela, volteando los ojos, y acabamos las cinco muertas de risa.

—Qué humor tienes, Leonor, me encanta —dijo Paris.

—No es ella sola, guapa, que lo hemos heredado todos —contestó Daniela—. Unos más suave, otros más sarcástico, pero todos con ese tono irónico que ella pone como ninguno —sonrió.

—Me sale natural, hija, qué le voy a hacer. —La abuela se encogió de hombros.

Desde luego que le salía natural, y precisamente por eso el humor de la abuela Leonor era, con diferencia, el que más carcajadas sacaba de todos los de la familia.

Capítulo 29



—Parecemos las Ángeles de Charlie —decía Paris, poniéndose de lado, apoyada en mí y haciendo como si tuviera una pistola.

—Venga, tirarnos una foto. —Le dio Daniela el móvil a mi madre y se colocó al otro lado de mí haciendo lo mismo.

—Si es que más guapas no podéis estar, parecéis unas modelos —decía mi abuela observándonos.

Las tres nos habíamos decantado por unos vestidos cortos, a cada cual más mono. Además, las tres en color negro, al igual que las sandalias de tacón, que eran unas monerías.

—Preciosas, que vais las tres preciosas —dijo mi madre con una sonrisa.

—Y vosotras, y vosotras —sonrió Paris—. Esta noche no volvéis a casa, que seguro que os sale un ligue.

—Mira, eso no lo descarto, que igual aparece un galán de esos de las películas, nos invita a una copa y nos lleva a la *suite* de su hotel.

—Mamá, por Dios, que no eres la de *Pretty Woman*. —Rio mi madre.

—Básicamente porque ella en aquel entonces era una chiquilla, y yo ya tengo una edad. Y también porque no soy una putilla.

—Divertíos —les dije dándole un beso a cada una, ese mismo que les dieron Daniela y Paris.

—Y vosotras, que la noche es joven, cariño.

—Y ellas, que ya quisiera yo tener cuarenta años menos —suspiró mi abuela.

—Pero si estás estupenda, Leonor.

—Lo sé, Paris, pero en unos tacones de esos que lleváis, ya no me subo ni, aunque me sujeten,

que un mal paso y adiós a Leonor —resopló haciendo que las tres nos riéramos.

Salimos de casa más que dispuestas a disfrutar de la noche y de esa fiesta en la que pensaba divertirme como nunca.

Y no estaba sola, pues con la compañía de Daniela y Paris, la noche de risas estaba más que asegurada.

Llegamos a la cena que era al aire libre en la terraza de un restaurante y en la que no estaríamos sentados, ya que había mesas altas por todos lados e iban poniendo platos con diferentes comidas en plan entrantes. También había rincones para sentarse quien quisiera, pero era más tipo fiesta.

Cuando nos vieron entrar, al primero que se le escuchó fue a Francisco, que con una carcajada nerviosa soltó la primera de la noche.

—¡No, por Dios, ella no! —gritó señalando a Paris.

—Pues me deberías de temer más a mí, Paquito —le dijo Daniela cuando ya estaba llegando a nosotras.

—Yo vengo a poner orden —anunció Eric al ver a mi prima y a Paris, a las que les dio un repaso con la vista y ellas supieron quién era de inmediato.

Daniela le dio la mano a Francisco en plan bromas, negándose a darle dos besos.

—Hasta que no me hagas la pelota hasta más no poder, no me vas a ganar —le dijo a este, señalándolo con el dedo.

—Me acabo de excitar —contestó Eric por lo que le había dicho Daniela a Francisco.

—Ya veo que los españoles se excitan rápido —contestó con segundas Paris, por la que lío Francisco un día.

—Ella me ha medio perdonado —le dijo Francisco a mi prima, refiriéndose a mí.

—Medio, tú lo has dicho. Y porque mi prima es más buena que el pan y tiene un corazón que no le cabe en el pecho.

La noche empezaba movidita, pero de buen rollo, que tras todo se veía la broma entre nosotros.

Los demás trabajadores vinieron a saludar a Paris, todos con mucho cariño, respeto y hasta disculpándose por todo lo sucedido. Fue muy bien acogida, al igual que Daniela.

Lo que me estaba riendo no tenía precio, ya que mi prima miraba de lado a Francisco y se ponía hasta a ladrarle. A todo esto, Paris miraba de reojo a un Eric que no paraba de ponerle

caritas a ella, sabiendo de quién se trataba. Yo estaba que me iba a dar algo con el grupito que se había formado en un momento.

Estábamos todos en la misma mesa, tomando aquella primera copa de vino y picando de unos platos y otros, charlando de lo más animados, y con una Daniela que no dejaba de hacernos fotos a las tres, diciendo que esta noche estábamos divinas de la muerte.

Y entonces pensé en él, en lo que me hubiera gustado que viniera en plan sorpresa como había hecho Paris para estar presente en esta fiesta anual.

Pero ya me quedó claro cuando nos despedimos meses atrás en la puerta del apartamento donde se estuvo alojando, que no volveríamos a vernos hasta la reunión anual para las charlas de nuevas tácticas aplicables a la empresa.

Paris no dejaba de coger croquetas que decía que eran las más ricas que había probado en su vida y Eric la picaba con indirectas que ella pillaba, pero se hacía la sueca y lo miraba sonriendo con una ironía que nos teníamos que echar a llorar de la risa.

Pero él sonreía, y seguía echando una buena visual a mi prima y a la alemana, pero no movía ficha. A pesar de todo lo mujeriego que era, me daba la sensación de que a Daniela iba a respetarla por ser mi prima, y a Paris, por ser la hermana del gran jefe.

Daniela, en su caso, la tenía tomada con Francisco, al que llamaba Paquito el Chocolatero para más inri.

La broma siguió porque todos trataban a Paris como si fuera de la realeza por eso de ser la hermana del único jefe de la sociedad. Lo hacían entre bromas, pero es que ella les sabía seguir el juego, consiguiendo que la noche se animara más aún.

Eric tenía todas las papeletas para acabar a rastras, ya que no dejaba de beber. Decía que tenía aguante y que era un hombre, pero no sabía yo si poner en duda sus palabras.

—¿Tú la ves a ella? —le preguntó a Paris señalándome.

—Y bien claro —le contestó, negando.

—Pues es la mejor jefa del mundo mundial, la puta jefa de las jefas. —Terminó de decir cuando Daniela y Paris al unísono le dieron una colleja ante los ojos de un Francisco que reía tanto como yo.

—Lo de puta será para poner énfasis ¿verdad? —Carraspeé, intentando contener la risa que no se me iba.

—Obviamente, pero es que no vienes con guardaespaldas, has traído dos leonas. —Miraba por el rabillo a ambos lados, ya que estaba en medio de estas.

—Cuidado con la jefa de las jefas, chaval. No te la juegues —le dijo Daniela, advirtiéndole hasta con el dedo hacia arriba.

En ese momento comenzó a sonar *HP*, de Maluma, y mi prima Daniela dejó la copa en la mesa, viniéndose arriba al ritmo de la canción, esa que le cantó con todo el arte a Francisco, que no paraba de sonreír y negar.

—*Porque el cabrón le fue infiel* —gritó Daniela señalándole, y Paris se puso a su lado, bailando las dos y cantando mientras a mí me cogían cada una de una mano y me hacían bailar y lucirme como nunca—. *Quiere salir, fumar, beber, subir un vídeo pa' que lo vea él. Pa' que se dé cuenta de lo que perdió.* —Seguían ellas mientras Francisco no dejaba de sonreír.

Cuando acabó la canción, las dos se acercaron a Francisco y le miraron con los ojos entrecerrados.

—¿La ves? Pues es un tren que ya pasó, Paquito, así que date cuenta —le dijo Daniela mientras me cogía de la mano para hacerme girar sobre mí misma—. Date cuenta de lo que perdiste por idiota. Porque, hijo, mira que irte con esa que era toda hecha de postizos. —Volteó los ojos, y Francisco soltó una carcajada.

—Tranquila, que sé más que de sobra lo que perdí y no volveré a tener —le aseguró mientras me miraba.

Sonreí y me salió del corazón acercarme para darle un abrazo y un beso en la mejilla.

—Uy, uy, prima ¿qué haces? Aléjate de él, atrás, ¡atrás! —Tiró de mí y me partía de risa.

—Este ya no se lava la cara en un mes. —Rio Eric.

—¿En un mes? En un año —soltó Paris.

Todos sabían más que de sobra que entre él y yo nada sería como antes, pero al menos nos llevábamos mejor, y eso era lo que nos importaba a los dos.

Bromas, risas, pero estaba viendo algo que me llamaba la atención y era a una Daniela y Paris de lo más cómplices y con miradas que iban más allá de una buena amistad. ¿Qué se traían entre manos? O peor aún ¿a qué estaban jugando?

—¿Tú estás viendo lo mismo que yo? —le pregunté a Francisco a solas cuando Eric se fue a seguir la fiesta con los compis y ellas dos estaban de lo más tontas la una con la otra tomando una copa y diciéndose cosas al oído.

—Yo no quiero ni hablar, pero ¿desde cuándo Daniela...? —Se echó a reír dejando la pregunta a medias, pero sin dudas a lo que se refería.

—¿En serio? —Las miraba incrédula y cuando se percataron las dos descaradas me hicieron un guiño y siguieron a lo suyo— Ay, Dios. —Me llevé la mano a la cara y me la froté—. Cada día me quedo más loca con todo. —Nos echamos a reír.

Y aunque no hicieron más nada en toda la noche, a mí me daba que entre ellas había un tonto

mucho más fuerte del que ya era evidente.

Podían ser cosas más, de Francisco o de lo que estábamos bebiendo, pero que había tomate, lo había, que no eran normales esas miraditas demasiado cómplices entre ellas. A saber, cómo terminarían la noche, aunque iban a dormir conmigo y estaríamos las tres en la habitación, y esperaba que allí no se les fuera la olla. Me reía, negando solo de pensarlo, y es que las dos tenían más peligro que un niño pequeño con una caja de herramientas.

La noche se notaba animada y comenzaron a bailar todo el mundo al ritmo del DJ que ponía todas esas canciones que sabía que harían mover los cuerpos.

Capítulo 30



Domingo por la mañana, tenía un dolor de cabeza y notaba la boca tan pastosa, que necesitaba tomarme una pastilla con un zumo con urgencia.

Pero no era la única que estaba así ya que mi prima y Paris habían dormido en casa.

Sabía que estábamos las tres con una resaca de esas que no podíamos con nuestro cuerpo, nos costaba hasta movernos para levantarnos, y fue en ese momento cuando miré hacia donde habían dormido ellas dos, cuando me di cuenta de que Daniela estaba abrazada a Paris como un mono.

—La virgen, pues sí que os dura el calentamiento —murmuré entre bromas causando que las dos se rieran.

—Lo del calentamiento es por tu culpa, ya te podrías haber ido a dormir con la abuela o tu madre —me dijo Daniela y aproveché para darle una colleja.

—¿Queréis liaros? —pregunté ya dando por hecho que solo les faltaba hacer señales de humos.

—Digamos que nos atraemos un montón —soltó mi prima consiguiendo que me levantara y fuera directa a por un café.

En la cocina estaban mi madre y mi abuela cocinando, ya que era la una de la tarde. Les dije que las chicas seguían durmiendo y que en un rato las despertaba. Es que tenía la sensación de que ellas necesitaban un poco de espacio. Mi cabeza no estaba mucho para pensar pero que estas dos estaban con sus jueguitos no me cabía ni la menor de las dudas.

—¿Y qué tal fue la fiesta, cariño? —preguntó la abuela mientras me tomaba el zumo con la pastilla.

—Muy bien, nos divertimos mucho. Tendríais que haber visto a Daniela cantándole a Francisco porque me había sido infiel —dije con una sonrisilla.

—Pobre hombre, la que le ha caído con tu prima. —Rio mi madre.

—Pues sí, porque al final él fue un peón para Silvia. —Me encogí de hombros.

—Una marioneta, hija —contestó la abuela—. Lo que ese hombre fue, es una marioneta que aquella bruja manejó a su antojo. Menos mal que ya se marchó de vuestras vidas, porque la que lio, fue chica —suspiró.

Sí que era un alivio saber que esa mujer estaba fuera de nuestras vidas desde hacía meses, que se fue sin poner problemas y sin decir nada porque sabía que tenía todas las de perder.

Seguimos hablando de la fiesta y lo bien que se lo pasó Daniela, y yo no podía dejar de pensar en que en esos momentos mi prima estaba con Paris en mi habitación.

Jamás en la vida pensé que Daniela, con quien tanta confianza tenía desde que éramos unas crías, se pudiera sentir atraída por una mujer, pero ya se sabe eso de que, hasta que no pasa algo no sabemos hasta qué punto somos capaces de cambiar el rumbo de nuestras vidas. Aunque lo veía más como una tontería eventual de una noche que las llevó a dejarse llevar más de lo normal y que aún tenían ahí la tensión acumulada.

Yo qué sé, pero esto me había dejado de lo más loca y no porque se liasen, ya que cada cual es libre de decidir con quién hacerlo, era por la sencilla razón de que mi prima Daniela jamás me había mencionado que se hubiera sentido atraída en la vida por ninguna chica. En fin, cosas de ellas.

Me quedé allí en la cocina charlando con mi madre y la abuela, que también me contaron su noche. Resultó que fueron a cenar y después, al bingo. La madre que las parió, que se jugaron cincuenta euros entre las dos en cartones y acabaron ganando mil doscientos de una línea en el último cartón.

Lo que me reí mientras me decía la abuela que casi se van sin nada porque ese cartón se lo iban a dar a una mujer de la mesa de al lado, pero como pasaba la chica por la suya, se lo dio a mi madre.

Después del bingo se fueron a tomar una copita para celebrarlo y volvieron a casa más contentas que unas castañuelas, con un dinerito que iban a dejar para emergencias.

Vaya dos, lo locas que estaban y lo mucho que yo las quería a ellas.

Y es que, si no hubiera tenido a esas dos locas en mi vida, con todo lo que me pasó con Francisco y ese desprecio que veía hacia mí por parte de todos mis compañeros, me habría puesto mucho peor de lo que estaba.

Fue una hora después cuando tuve que ir a avisar a las otras dos loquillas que seguían en mi habitación de que el desayuno ya no existía y pasábamos a poner la mesa. Obviamente llamé antes de abrir porque no quería pillarlas con las manos en la masa, y por sus pelos pude ver que ahí había pasado algo más que un abrazo, por no hablar de sus sonrisas pícaras.

—Abrir la ventana que huele a sexo —les dije riendo.

—Prima, ¿a qué hacemos buena pareja? —Le dio un pico y abrí la boca por completo.

—El caso es que una mañana se va a Alemania y la otra se quedará en su salón. Así que mejor di, que hacéis buen rollito en vez de pareja. —Volteé los ojos.

—¿Y quién dice que no pueda venirme yo a España? —preguntó Paris mirándola con esa risita que lo decía todo, y que a mí personalmente me dejó loca

—Yo te esperaré, tranquila —le contestó Daniela. Y con esto, me quedé aún más loca si es que era posible.

—Lo dicho, os espero en la cocina. Ventilad la habitación —suspiré antes de irme y dejando la puerta abierta para que así se levantaran de una vez.

Me di una ducha rápida y volví a ponerme otro pijama. Las chicas hicieron lo mismo antes de aparecer por la cocina donde ya teníamos los platos puestos. Mi abuela había cocinado una fabada asturiana que cautivó por completo a Paris, que decía que aquí se comía mucho mejor que en Alemania. No dejaba de regalarle los oídos a mi abuela, que encantada y feliz recibía los piropos como cocinera.

—Te puedes venir aquí a pasar unos días cuando quieras, hija, que nuestra casa es tu casa —le dijo la abuela de lo más feliz.

—Eso, y mi cama es su cama. —Reí.

—Y la mía —soltó Daniela—, que donde duermen dos, duermen tres.

—Sí, prima, pero sin patadas, que me has dado una esta noche en las costillas que creí que me estaba tratando de salir un alien.

—¡Hala! No eres exagerada ni nada. ¿Tendrá mala baba la niña esta? —protestó.

—Es cierto, Daniela, que a mí me has dado otra que casi me tiras de la cama —dijo Paris resoplando.

—¿Esto es un sabotaje hacia mi persona? —protestó con la mano en el pecho— Abuela, díles algo que se están metiendo conmigo. —Puso un puchero.

—¿Qué les voy a decir yo, mi niña, si tienen razón? De pequeña te movías en la cama que parecía que estuvieras haciendo lucha libre.

—Oh, por favor, qué manera de atacarme. A mi padre que vais —dijo a modo de amenaza tras chascar los dedos y señalarnos a todas.

Lo que nos reíamos no estaba pagado, de verdad que no, pero es que así era siempre en mi familia, nunca faltaban motivos para que nos riéramos de cualquier cosa.

La tarde la pasamos en el salón viendo pelis y comiendo palomitas. En un sofá ellas dos agarradas bajo la manta y yo en el otro. Mi madre y mi abuela se habían ido a pasar la tarde a casa de mis tíos y regresarían por la noche en la que habíamos quedado en que pediríamos *pizzas*.

Daniela decidió quedarse a dormir en mi casa para que por la mañana pudiéramos ir juntas al aeropuerto a dejar a Paris. Las dos entraríamos un poco más tarde al trabajo.

Cuando llegó el momento de irnos esa mañana de lunes, lo hicimos sabiendo que ninguna de las tres romperíamos el pacto de chupitos de tequila que sellamos en el apartamento donde se había alojado Paris, meses atrás.

Una vez allí se despidieron con un beso de pico que duró una eternidad.

—¿En qué habéis quedado? —le pregunté cuando nos montamos en el coche.

—No somos pareja, solo lo hemos pasado bien, pero entre las dos hubo una conexión muy fuerte. Reconozco que nos atraemos mucho, pero no hemos quedado en nada. No sé si nos volveremos a ver en alguna otra ocasión.

—Pero nunca me dijiste que te atrajesen las mujeres.

—¿Acaso me atrajo alguna vez? La otra vez que vi a Paris me resultó preciosa y me llamó mucho la atención, pero esta, no sé qué pasó que me llevó a sentir un fuerte deseo que nos llevó a experimentar algo que ninguna de las dos habíamos vivido antes.

—¿El rato que os dejé en la habitación?

—Ahí nos dimos un buen meneo —se rio—, pero en la fiesta fue un par de veces las que nos escapamos al baño y también nos dejamos llevar.

—Ya, me di cuenta —negué riendo.

—Es una mujer especial, vale mucho.

—Lo sé.

—Pero bueno, que si fuera de aquí estoy segura de que nos engancharíamos más veces, pero como digo, no sé si algún día nos volveremos a ver.

—Si de verdad nació algo entre vosotras y estáis predestinadas a estar juntas, quién sabe la de vueltas que puede dar la vida.

—Ya, pero bueno, prefiero ser realista y decir que fue bonito mientras duró.

La dejé en su trabajo y me dirigí al mío. Eran las doce de la mañana, aunque Francisco se había encargado de hacer las cosas que yo tenía como urgente.

Eric cuando me vio llegar comenzó a decirme que necesitaba otra fiesta de esas, ya que se lo había pasado genial. El tipo se había liado con dos camareras a la vez con las que le vimos irse al finalizar el evento. Era todo un mujeriego que solo pensaba en eso, pero era buena persona y a mí me sacaba muchas sonrisas, como al resto de compañeros que lo querían un montón.

Las cosas en la delegación iban viento en popa y me sentía feliz por haber confiado de nuevo en mi plantilla, esa que me estaba demostrando que eran unos profesionales y se estaban currando sus puestos.

Capítulo 31



Llegaron las Navidades y todo iba viento en popa en las oficinas, esas que cerrábamos como cada año durante todas las fiestas.

Era el último día antes de cerrar las puertas y acababa de dejar todo mi trabajo listo para irme tranquila hasta la vuelta.

La verdad es que esa vuelta a la normalidad que había en el trabajo era un soplo de aire fresco para mí, porque el saber que todos volvían a ser cordiales conmigo y que no me miraban con desprecio ni por encima del hombro como si fuera un insecto de lo más insignificante en sus vidas, era una maravilla.

Y la relación con Francisco también estaba bien, nos tratábamos con ese cariño que una vez no tuvimos, y hasta en alguna ocasión le había dejado que me invitara a comer y tomar café, por no hablar de que valoraba mucho el trabajo que estaba haciendo y esos consejos que a veces le daba para los análisis de riesgo de los expedientes que pasaban por sus manos.

En cuanto a Adam, seguía sin saber nada de él, pero tampoco podía olvidarle.

Y eso me llevaba a recordar una frase de Pablo Neruda que decía así:

«Te quiero, pero no puedo. Te siento, pero no te tengo. Y aunque te ame, no sé cómo llegaste a ser un amor imposible».

Sin duda, una reflexión sobre esos amores que nos marcan, pero que no podemos alcanzar, y que a mí me venía como anillo al dedo por lo que sentía por aquel alemán simpático y con la sonrisa más bonita del mundo, del que aún seguía enamorada y no podía confesárselo a él.

Daniela y yo seguíamos en contacto con Paris, a la que no habíamos vuelto a ver, pero en el grupo le tiraba mucho la caña a mi prima y sabía que por detrás ellas hablaban de vez en cuando, ya que Daniela me lo contaba. Esperaban volver a verse pronto, porque las dos lo deseaban, aunque fuera para pasar unos días juntas.

Dos golpes en la puerta me hicieron pensar que era Francisco. Le dije que adelante, pero cuando vi la cara de aquel señor, sabía quién era, a pesar de los años que habían pasado, puesto

que su cara era la misma, pero más envejecida.

No sabía qué hacía aquí, qué querría ni cómo había sabido dónde encontrarme, por lo que estaba totalmente alucinada en ese momento, incrédula, como si viera un fantasma al tener a esa persona de mi pasado delante.

—Hola —murmuré, temblorosa y en *shock*.

—Hola, hija. ¿Puedo pasar? —me preguntó llamándome de esa manera, y en un principio pensé en decirle que perdió el derecho a decir esa palabra cuando se marchó dejándonos a mi madre y a mí sin tan siquiera despedirse de nosotras.

—Claro —respondí un poco aturdida.

—Lo primero, quiero que sepas que vengo de estar con tu madre y con tu abuela y hemos decidido que era mejor que los dos hablásemos a solas. ¿Te parece que vayamos a comer? Necesito que me escuches, no quiero molestarte, pero es de justicia para los dos que tengamos una conversación.

—Vale —contesté casi de manera automática, estaba extrañada por el hecho de que mi madre y la abuela estuvieran al tanto de que se iba a presentar aquí y no me hubieran dicho nada.

No entendía qué estaba pasando y eso me tenía bastante nerviosa, y en una fracción de segundo se me pasaron tantos motivos diferentes que podrían haberle traído hasta aquí, que me ponía aún peor.

—Te espero fuera en el aparcamiento para que recojas tus cosas tranquila.

—Sí, está bien.

Se marchó y corrí a llamar a mi madre.

—Dime, cariño —respondió en un tono algo serio, como si supiera por lo que la estaba llamando a esa hora.

—Mamá, está aquí papá. Bueno, ahora está fuera esperándome para comer y hablar conmigo.

—Escúchalo, hija, es la hora de que él también hable.

—No entiendo nada, pero ¿te da igual después de lo que nos hizo? —pregunté aún más incrédula.

—En él encontrarás todas las respuestas. Escúchalo, hija.

—Vale, pero joder, podríais haberme dicho algo.

—Escúchalo, por favor —insistió.

—Está bien, pero porque me lo pides tú.

Colgué y recogí mis cosas mientras seguía pensando qué podía querer mi padre después de veinte años, y por qué la insistencia de mi madre en que lo escuchara.

¿Se estaría muriendo? ¿Querría reconciliarse con nosotras antes de irse de este mundo y ganarse el cielo?

¿O es que acaso la otra mujer le había dejado y quería probar suerte con mi madre de nuevo? Porque eso sería el colmo, vamos.

Me despedí de mis compis hasta la vuelta. Estaban todos como locos con las cestas de productos navideños que nos habían llegado, bueno, fui yo la encargada de pedirlos de la cuenta de extras de la empresa.

Iba nerviosa, y cuando salí a la calle y le vi allí parado, y el modo en el que me sonrió al verme aparecer, hizo que por un momento recordara al padre con el que había convivido desde que nací, hasta que se marchó cuando tenía nueve años.

Me dijo que había venido en taxi, así que nos fuimos en mi coche hacia un restaurante que había cerca de mi casa. Me había avisado de que él también iría luego para allá, así que me decanté por dejar ya el coche aparcado cerca.

Pedimos la comida y esperé a que él fuese el que comenzase a hablar, dado que era el que tenía motivos desconocidos para mí por los que había vuelto a Málaga. Y yo estaba notando que mi corazón iba a mil por hora.

—No sé por dónde empezar a pesar de llevar años planeando este momento, pero se me hace difícil hacerlo —dijo cuando pedimos la comida mientras llenaba nuestras copas de agua, que era lo que había pedido él—. No os abandoné por nadie ni me fui con otra familia como quedamos en que se te diría desde el primer momento.

—¿Quedamos? —pregunté extrañada y con el ceño fruncido.

—Tu madre y yo.

—Sigue, aún no entiendo nada.

—Tenías nueve años cuando sucedió todo. Te dejamos con tu abuela para ir al cumpleaños de una amiga de tu madre. Había mucha gente y bebíamos con la confianza de que todo estaba bien, sin saber que había personas con intenciones poco sanas. Bebíamos como siempre, con moderación, pero tu madre estaba muy afectada, era como si la hubieran drogado.

»Fue al baño y tardaba en regresar, por lo que decidí ir a buscarla. Al entrar, se me cayó el mundo encima. La encontré inconsciente y un hombre la estaba violando. Me tiré a él con tantas fuerzas que dio con el váter en un mal golpe que terminó con su vida.

—Papá, ¿qué me estás contando?

—He estado en la cárcel, hija, pero le pedí a tu madre que no te hiciera vivir con ese sufrimiento ni mucho menos que quisieras ir a verme a ese lugar. He pagado todos estos años de mi vida por algo que no quise hacer, solo la quise defender y quitarle de encima a ese desgraciado que se estaba saliendo con la suya —confesó con un nudo en la garganta y los ojos vidriosos, el mismo estado en el que me encontraba yo en ese momento.

—Papá, por Dios, me lo deberíais habérmelo dicho cuando cumplí una edad en la que lo podía entender todo, joder —le dije llorando ya con un dolor en mi corazón que nunca antes había sentido.

—Tu madre nunca se fue de citas ni nada, cuando decía eso bromeando, es que iba a un bis a bis conmigo. Nunca me falló en cada visita y siempre me traía fotos tuyas y me mantenía al tanto de todo.

Estaba roto, lo veía, y ahora que me fijaba bien, el rostro de mi padre era el de un hombre mucho más mayor y curtido de lo que debería ser, pues le recordaba tan joven y bien parecido como siempre escuché decir a mi abuela, que ahora verle de ese modo y sabiendo por lo que había pasado en estos veinte años, me estaba matando.

—Papá, no llores, joder —le dije entre lágrimas—. Dame un abrazo —le pedí levantándonos sin importar quién nos estuviera viendo y sumergiéndonos en un efusivo abrazo—. Siento mucho lo que debéis de haber pasado y os agradezco, por un lado, el que me hayáis intentado proteger, pero me hubiera gustado ayudar un poquito.

—Hija, las cosas se complicaron, yo debería de haber salido hace ocho años, pero un error judicial me mantuvo sin ni siquiera tercer grado. Fue ayer cuando vino una sentencia asumiendo el error y que mi pena concluía definitivamente y me van a dar una indemnización.

»Una de mierda para todo el daño ocasionado, pero bueno, que estoy fuera y que nunca os olvidé, que te he querido cada día y que saber que tu madre y tú estaríais aquí para cuando saliera me mantenía cuerdo en ese lugar. Y no queríamos que tú pasaras por todas estas injusticias.

Me daba mucha tristeza saber lo que habían pasado él, y mi familia, que estaban al tanto de todo, menos Daniela.

Después de comer y llorar como niños pequeños, nos fuimos para la casa en donde él se quedaría ya con nosotros para siempre. Entré llorando como una niña pequeña y es que tenía el corazón encogido.

Al verme, mi abuela sonrió abriendo los brazos y fui a que me acunara como cuando era una niña, no podía dejar de llorar mientras ella me acariciaba la espalda diciendo que ya había pasado todo, que sentía haberme ocultado eso, pero que era lo mejor para mí y no hacerme sufrir.

No quería recriminar nada a mi madre y a mi abuela, solo les debía de agradecer lo que tuvieron que fingir delante de mí para llevar una situación tan fuerte, triste y delicada.

—No sabes cuánto lo siento, mi vida —dijo mi madre entre lágrimas mientras me abrazaba—. Eras una niña y tu padre no quería que le vieras allí, que pensaras que era un criminal, que le

vieras como tal.

—No lo es, joder, mamá, te salvó de ser violada. —Lloré con dolor igual que ella.

—¿Y a qué precio, cariño? Al de perderse la vida que habíamos empezado a construir.

Me confesó que la venta de la casa fue para pagar todo el tema de abogados, y los entendía, de verdad que lo hacía. Nadie sabe cómo puede reaccionar en un momento determinado si la vida de quien amamos está en juego, y ahora cobraban mucho más peso esas palabras que mi madre me dijo sobre el amor.

A ella la hizo sentirse inmensamente feliz junto a mi padre, para después hacerla desgraciada al saber que le perdería durante unos años por un accidente que no debió ocurrir.

La vida iba poniendo cada cosa en su sitio y estaba teniendo respuestas de muchas cosas que no podía esperar por nada del mundo. Tanto en el caso de lo que pasó con Francisco como con este. Todo era impensable en mi cabeza de la manera en la que se dieron las respuestas.

Me sentía emocionada de saber que mi padre en ningún momento me había abandonado, pero muy triste por saber en la situación en la que se vio metido aquella noche.

Capítulo 32



La casa esta noche estaba llena de risas, aromas de comida casera y el bullicio propio de una de nuestras reuniones familiares. Pero esta no era una reunión cualquiera, ya que teníamos un motivo de mucho peso para reunirnos a cenar.

Estaba en la cocina, viendo cómo mi madre y mi abuela se movían de un lado a otro en la cocina terminando de preparar todo mientras yo me tomaba un vino con ellas. Desde aquí nos llegaban las risas de mi padre y mi tío Rodolfo, así como de Daniela y mi tía Cris, que eran las que estaban poniendo la mesa.

—Olivia, hija, ayúdame con esto —me pidió mi madre y dejé la copa en la mesa.

—¿Qué pasa, mamá? ¿Se te ha quemado la carne o algo?

—No, es peor —contestó, con un suspiro exagerado, mientras señalaba la sartén llena de patatas fritas que se habían pegado en el fondo.

—Estas patatas se están peleando con la sartén. Pero ¿qué les has hecho tú a las patatas? Pélalas y córtalas, te dijo la abuela.

Al acercarme a mirar, no pude evitar sonreír, porque yo había hecho exactamente lo que me pidió la abuela, pelar y cortar las patatas para freírlas. Comencé a sacar las patatas pegadas, despejando un poco la sartén.

—No pasa nada, mamá. Estas patatas se pueden salvar, lo que no puedo salvar es tu actitud con la cocina en la noche de hoy. Estás nerviosa como si fuera tu primera cita con papá —reí.

Ella se sonrojó, pero es que llevaba así todo el día, parecía mentira que llevara conviviendo con mi padre de nuevo en la casa tres días.

Terminamos de preparar las patatas mientras la abuela sacaba la carne del horno, trocé el pan en rebanadas y mi madre echó un vistazo a las bandejas de marisco que íbamos a servir de primero.

Todavía quedaban unos días para que dieran comienzo las fiestas navideñas, pero aquí ya

estaba el ambiente de lo más festivo.

Con todo listo, fuimos al salón y mi padre me dio un abrazo y un beso al verme.

En estos días nos habíamos puesto al corriente de todo, aunque él ya sabía toda mi vida al habérselo contado mi madre.

No dejaba de decirme lo orgulloso que estaba de mí, y desde el momento en el que me lo dijo la primera vez, caí en la cuenta de cuando mi madre me dijo que estaban orgullosos, con ese plural que yo pensé que era por toda mi familia, pero en realidad era por ella y mi padre.

Nos sentamos a la mesa y él ocupó un extremo y la abuela el otro. Ella dijo que siempre sería la matriarca, pero había sitio en la casa para que los dos llevaran las riendas. Lo que nos reíamos con la abuela no tenía nombre, es que tenía cada cosa esa mujer...

Mi madre y yo nos acomodamos cada una a un lado de mi padre, Daniela se puso a mi lado y frente a ella estaban sus padres.

Comenzamos a disfrutar de esa cena que por primera vez sí que podíamos decir que era en familia, y es que siempre nos faltó esa pieza que ahora nos completaba.

Mis tíos también estuvieron al tanto de todo, por lo que mi padre le hizo prometer a su cuñado que cuidaría de mí como si fuera su propia hija, a lo que este cumplió su palabra durante estos veinte largos años.

Y, como no podía ser de otro modo en nuestras reuniones, las bromas y las risas se fueron sucediendo unas tras otras, hasta que la abuela tomó la palabra.

—A ver, a ver. Un poquito de atención, por favor —para verla con la copa en la mano y dando golpecitos en ella con el tenedor—. ¿Es que no vamos a hacer un brindis como Dios manda? ¡Por Andrés, que regresa después de tanto tiempo!

Todos levantamos las copas y brindamos con un grito por mi padre, ese hombre que sonreía y que se le veía que quería a mi abuela como si de una segunda madre se tratase, y es que podía recordar que cuando era pequeña, era así.

Y aunque el momento estaba lleno de humor, sentí cómo las palabras de mi abuela, la gran doña Leonor, calaban hondo en mi corazón. Había pasado por mucho en los últimos años, y ahora, al ver a mi padre allí, con los ojos llenos de orgullo, no podía evitar sentirme de lo más emocionada.

Mi padre me miró con una sonrisa cálida y levantó la copa.

—Quiero aprovechar este momento para decir algo. Olivia, hija mía, no sabes lo orgulloso que estoy de ti. Han sido muchos años sin poder estar cerca, pero a través de tu madre y el hecho de que siempre me mantuvo al tanto de lo que pasaba en tu vida, me he dado cuenta de la gran persona en la que te has convertido.

»Has hecho cosas que nunca imaginé que serías capaz de hacer, y lo has hecho con una

gracia y determinación que me dejan sin palabras. Eres más fuerte de lo que jamás creí, y de lo que tú podías llegar a imaginar, y el hecho de verte aquí, reunida con todos nosotros, es un regalo que valoro más que cualquier cosa.

El tono de su voz se hizo más profundo, y nos quedamos en silencio, mientras yo no podía contener las lágrimas.

—Papá... —comencé a hablar, pero no me salían las palabras y noté esas lágrimas cayendo por mis mejillas.

—Shhh —me dijo él llevando el pulgar a mi rostro para retirar las lágrimas que no dejaban de caer—. No tienes que decir nada. Solo quiero que sepas que, aunque no haya estado aquí, siempre te he tenido en mi corazón. Y hoy, ver todo lo que has logrado, me hace sentir la persona más afortunada del mundo.

Miré a mi madre, a mi abuela, a mis tíos y a mi prima Daniela, que estaban tan emocionados como yo, y comprendí lo afortunada que era por tenerlos a todos allí, a mi lado, cuidando de mí en ausencia de ese hombre que tanto me había querido siempre.

Y aunque el amor de mi padre me había faltado durante años, ahora me sentía agradecida de poder volver a verle y que me abrazara como hacía cuando era pequeña.

No pude evitar que una lágrima recorriera mi mejilla mientras sonreía al ver la mirada de mi padre, llena de amor y orgullo, eso era todo lo que necesitaba para sentirme completa sabiendo que él me veía como la gran mujer en la que decía que me había convertido.

—Te quiero, papá —dije al fin en un leve susurro.

—Yo también te quiero, hija. Y siempre estaré aquí para ti, no voy a irme nunca más de vuestro lado —contestó mientras cogía la mano de mi madre y se la llevaba a los labios para besarla.

Todos nos quedamos en silencio durante unos segundos, asimilando lo que acabábamos de decir y escuchar. Fue un momento de conexión, tan simple y profundo, que parecía llenar el aire de magia.

Y la sonrisa de mi madre, esa tan bonita que tenía pero que realmente no le había visto en estos veinte años, era de esas que lo decían todo y que dejaban claro que, por fin, volvíamos a ser una familia.

—Y ahora que ya hemos llorado como magdalenas en el entierro de la sardina, ¿por quién brindamos? —preguntó mi tío y acabamos riendo todos.

—¡Por la abuela! Que es la mejor del mundo mundial. Y qué manos tienes para la cocina —dijo Daniela.

—Esta quiere comer el pastel que he preparado. —La abuela volteó los ojos.

—Hombre, por favor, abuela, es que a nadie le sale el pastel con hojaldre y Nutella como a ti. Yo solo aviso de que el trozo más grande lleva mi nombre.

—No te emociones tanto, que ya sabemos cómo acabas con los pasteles —bromeé sonriendo mientras secaba las últimas lágrimas de mis mejillas.

—Eso fue en la última cena, y esos pasteles tenían un relleno sospechoso —me dijo levantando el dedo.

—No era sospechoso, Daniela, solo tenían demasiado alcohol —respondió mi tío con una risa, porque la bandeja de pasteles la había comprado él.

—Dices en la última cena como si fueras un apóstol de Jesús, Daniela, hija —soltó mi abuela, y eso ya fue el detonante para más risas.

En ese momento fue como si la casa cobrara vida propia con el eco de las voces y las bromas que volvían a llenar cada rincón del salón.

La abuela fue a por el pastel y, en cuanto lo puso en la mesa, Daniela cogió el cuchillo con una sonrisa de esas pícaras y casi maquiavélicas, lo que me decía que sí que se iba a poner el pedazo más grande.

—¿Sabéis? Es bueno estar de vuelta en casa —dijo mi padre con una sonrisa—. Porque esto es lo que realmente importa, el aquí y el ahora. Son estos momentos los que más valen. Los que uno recuerda, los que te llenan el alma.

Asentí, puesto que las palabras de mi padre eran de lo más reales.

Había tenido la oportunidad de hacer muchas cosas en mi vida, y a menudo me sentía presionada por lograr más, por ser más, como me pasó en el trabajo durante el tiempo en el que sentí que nadie me valoraba y después por los desprecios de todos los compañeros.

Pero en este momento, rodeada de mi familia, entendí que lo más importante ya estaba justo aquí, con el amor y el apoyo de los míos.

—Papá —dije rompiendo el silencio—. Me alegra tanto que estés aquí. No sabes lo que significa para mí tenerte en casa.

Él sonrió y me miró con esa expresión de calma y satisfacción que solo los padres saben transmitir a sus hijos en los momentos más significativos.

La cena continuó entre risas, historias viejas que se contaban como si fueran nuevas y bromas que volvían a aparecer, como si el tiempo no hubiera pasado.

Todos teníamos algo que contar, ya fueran cosas del pasado que no queríamos olvidar o que necesitábamos que mi padre supiera porque no había estado con nosotros para vivirlas, o todo eso que él quería hacer después de haber pasado veinte años encerrado por un accidente que no

debería haber ocurrido en una noche en la que él y mi madre salieron para divertirse con sus amigos.

Observaba a mi alrededor, reconociendo lo que siempre había sabido pero que a veces olvidaba, y es que la familia era mi refugio. Aunque no todo fuera perfecto, aunque hubiera ausencias, discusiones y tensiones a veces, esos momentos, esos reencuentros, eran los que valían la pena.

Después de un rato, mi padre se levantó de su asiento y pidió silencio, esta era su noche y estaba claro que le íbamos a permitir hablar las veces que quisiera. Todos le miramos, y él sonrió al mirarnos a mi madre y a mí.

—Quiero decir algo más —dijo con voz clara y calmada—. Sé que han sido años difíciles. Lo sé porque lo he vivido, y lo he visto en los ojos de Carmen cuando venía a verme. Pero hoy vuelvo a estar aquí, y voy a estar aquí, siempre.

»Para ver a Olivia seguir creciendo como persona, para disfrutar de esa libertad que me fue privada junto a la mujer que más he amado nunca. —A mi madre se le cayó una lagrimilla—. Para compartir con todos vosotros, con mi familia, cada instante del resto de mi vida, porque no quiero perderme por nada del mundo estos momentos.

Y yo me quedé sin palabras, pero no necesitaba decir nada. Solo pude sonreír mientras sentía cómo mi corazón se llenaba de amor al escuchar aquellas palabras de mi padre.

—¡A tu salud, Andrés! —exclamó mi tío Rodolfo, levantando su copa con un brillo en los ojos.

El resto de la noche transcurrió entre más risas, más historias y un ambiente de cariño palpable.

Por un momento sentí el peso de la vida y, a la vez, la ligereza de la felicidad compartida. Había algo en la risa colectiva, en los gestos cómplices, en el compartir simple de un pastel, que hacía que todo tuviera sentido.

No, sin duda mi familia no era perfecta, pero para mí, en ese momento, era todo lo que necesitaba tener.

Capítulo 33



Aterrizaba en Alemania para el evento anual, esta vez era en la ciudad de Berlín, donde sabía que me encontraría a Adam, o al menos eso esperaba, porque era lo que llevaba esperando desde que estuvo en la delegación de España para hacer todos aquellos cambios.

Hacía unos meses que dejé de preguntarle a Paris por él y su mujer, ya que sus respuestas siempre eran las mismas y entendía que cuando hubiese algún cambio, si me lo quería contar, lo haría, pero en cambio sí que me soltó unas semanas atrás que ya me quedaba menos para ver al gran jefe. Lo decía con su toque de risilla, buscándome la lengua, ya que ella sabía que a mí su hermano me apasionaba.

El chófer me dejó en la puerta de una casa y pensé que se había equivocado.

—Voy a un hotel... —dije, puesto que la reserva la había hecho la sede de aquí.

—Tengo instrucciones de dejarla aquí, señorita.

Me bajé un poco aturdida y llamé a la puerta por si dentro era como un hotel con encanto o algo. El chófer no dudó en irse y dejarme allí a la mano de Dios.

La fachada era moderna y nueva. Se veía una casa de lujo de tres plantas y terraza, pero no me cuadraba que...

—¡Adam! —grité, aliviada, feliz y emocionada al mismo tiempo.

—Pase usted, señorita Diaz. —Se apartó con esa sonrisa que me hizo temblar las piernas.

Cuando cerró la puerta nos abrazamos con euforia y...

—¿Me has besado? —pregunté arqueando la ceja y alucinando por completo.

—¿Acaso no lo deseabas tanto como yo?

—¿Qué está pasando aquí? —pregunté, rodeada aún por sus brazos y con su frente pegada a la mía.

—Que estoy disfrutando de todo lo que he deseado. —Volvió a besarme.

—Adam, ¿y tu mujer?

—Bueno. —Se le cambió un poco la cara—. Falleció hace cuatro meses. No he querido decirte nada porque necesitaba lidiar con mi duelo y poner mi mente en orden.

—Lo siento, Adam.

—Creo que me merezco ser un poco feliz.

—Claro, Adam.

—Y el caso es que solo veo la felicidad a tu lado —confesó con los ojos brillosos.

—¿Y qué te lo impide ahora? —pregunté riendo entre lágrimas.

—Nada, si no lo impides tú, nada podrá impedirlo. —Me besó con intensidad entrelazando su lengua con la mía y creí que iba a desfallecer de amor. Estaba como en una nube subida...

Me enseñó su preciosa y nueva casa. La otra la vendió, y esta la había comprado unos meses atrás como inversión y la reformó, pero por ahora estaba viviendo aquí.

Era una pasada, ya que lucía funcional y muy minimalista. A diferentes niveles y muy al estilo *loft*, ya que contaba con las divisiones justas para el baño que había en cada planta y los dormitorios que tenían el suyo propio, así como un vestidor.

La planta baja era prácticamente para un inmenso salón en el que tenía un rincón como despacho y la cocina.

Dejó mis cosas en su dormitorio mientras yo estaba boquiabierta y sin poder esperarme esto que estaba pasando entre nosotros.

Me cogió en sus brazos como si fuera la novia que sale triunfal y bajó conmigo así hasta la cocina mientras yo me agarraba a su cuello sonriendo y mirándolo incrédula a todo.

Me bajó en su preciosa cocina y descorchó una botella de vino blanco. Era la una de la tarde de un domingo que no se me iba a olvidar en la vida.

—¿A qué hora tenemos que estar mañana en la reunión? —pregunté, viendo que me había instalado en su casa y no habría en esta ocasión hotel.

—A ninguna, la de este año no nos pertenece —murmuró poniendo la copa en mi mano.

—Explícame eso. —Carraspeé levantando la ceja.

—Es largo, ¿eh? —sonreía, rodándome con su mano y pegándome a él para darme un beso

mientras sujetaba su copa con la mano— Por nosotros y por todo lo bonito que esté por venir. — Acercó la copa a la mía y brindamos por esas palabras tan bonitas que acababa de decir.

—Tengo tiempo, explícame eso. —Me subí a uno de los taburetes que rodeaban un lado de la isleta de la cocina.

—Este año la reunión es sobre objetivos.

—Pero tendrá que haber alguien de mi delegación para enterarse, ¿no? —Me reí nerviosa porque para el trabajo yo era muy cuadriculada.

—Lo hay, esta tarde llega tu mano derecha.

—¿¡Francisco!? —Arqueé la ceja.

—Estoy al tanto de todo, siempre lo estuve. Y sí, vendrá él porque sé que después de todo lo que pasó confiaste en él y este año estuvo dándolo todo a tu lado.

—Sí, confío en él.

—Estuve hablando con él esta semana para que no te contase nada y poder darte la sorpresa.

—¿Has hablado con él?

—Así es, y cuando regrese...

—¿Qué pasa? No me hables misterioso que yo estoy de lo más nerviosa.

—Cogerá de nuevo su puesto.

—¿¡Me vas a dejar en el paro!? —pregunté observando su risita.

—Para nada, asciendes a mi mano derecha. Quiero trabajar codo con codo contigo. Quiero hacerlo todo contigo, Olivia —sonreía mirándome de lo más emocionado, así como me sentía yo—. No me quiero separar de ti.

—A mis padres les da un chungo.

—Sé también lo de tu padre, me lo contó mi hermana. Al igual que me puso al tanto de todo.

—Ay, Dios. —Solté el aire.

—¿Y quién te dice que yo no quiera hacer mi vida en España? —preguntó arqueando la ceja — Te recuerdo que trabajo desde casa. Siempre tendremos esta para cuando necesite venir alguna semana a la sede.

—Son demasiados planes de golpe.

—Quiero que nos compremos una casita juntos en tu ciudad, quiero comenzar una vida a tu lado. Eres todo lo que la vida me tenía preparado y has sido mi motor estos últimos tiempos.

—¿Una casa juntos? Que tengo bastante reunido, pero no te creas que me llega para más que la entrada a un pisito. —Me reí.

—Será para los dos, a nombre de los dos, pero la pagaré yo.

—Ah, no, regalado no quiero nada.

—¿Me piensas discutir? —Se acercó más a mí y me mordisqueó el labio.

—No, no, pero joder, las cosas se dicen poquito a poco. ¿Sabes la de información que me has metido en un momento en mi cabeza? Si yo solo venía feliz por volverte a ver... —Me reí de lado apoyando mi cabeza en su pecho—. Solo te ha faltado pedirme que me case contigo.

—Eso lo tengo preparado para otro día —contestó como si nada y le salió una risita.

—Joder, no hablo más. —Volví a esconder mi cara entre su pecho.

—Deja que todo fluya, Olivia, te he demostrado que puedes confiar en mí y te he protegido lo mejor que he sabido. Es hora de que confíes en mí, porque si algo tengo claro, es que tú me has estado esperando, aunque no lo hayas exteriorizado, pero no has buscado nada en otros brazos.

—Sí, eso sí que es verdad, en el fondo de mi corazón eso hacía —confesé mirándolo a punto de llorar porque era tan grande lo que me estaba pasando que no podía creerlo.

—Eres lo único que quiero cuidar. —Me acarició la mejilla con el pulgar mientras me miraba con esos ojos azules que tanto me gustaban y que no había podido olvidar—. Déjame que te haga feliz.

—¿Y quién te dice que ya no lo estás haciendo?

—Es el principio de todo lo que tengo guardado para ti. —Me miraba con ese brillo y yo no podía hacer más que derretirme. Ahora era yo la afortunada de tener para mí al hombre que desde que conocí, siempre había soñado.

Dicen que la vida nos tiene marcado un camino, el cual debemos ir recorriendo para descubrir todo lo que nos tiene preparado. Eso me había pasado con Adam, que había sido un camino un tanto extraño y sorprendente a partes iguales, pero que me fue marcando los pasos que me habían traído hasta este momento, uno que no me esperaba para nada a pesar de haberlo esperado de alguna manera. Muchas veces eran las que había fantaseado con un beso suyo.

—Vamos a hacer un pescado al horno que compré ayer y que es una delicia —comentó mientras lo sacaba del frigorífico—. Por cierto, iba a ir a buscarte al aeropuerto, pero no tenía ganas de cruzarme con algunos del año pasado del curso y hoy están llegando todos. Además, quería darte la sorpresa de esta manera y entrando directamente a mi casa.

—Lo has hecho genial, cariño. —Le acaricié el hombro y me reí por cómo lo había llamado.

—Dímelo otra vez. —Acercó sus labios a los míos.

—Lo has hecho genial, cariño —repetí y me abrazó pegándose contra él una vez que dejó la bandeja en la mesa.

Me encantaba, simplemente me encantaba sentirme tan viva a su lado y beber de un amor que había deseado con toda mi alma.

Observaba cómo lo preparaba mientras tomaba el vino y sonreía sin poder remediarlo porque sentía una felicidad en mi cuerpo enorme. Era como si estuviera en un sueño en que nada duele, que nada es feo y que nada entristece.

Esperamos a que se hiciera la comida mientras nos distraíamos con esas caricias, abrazos y besos que no podíamos dejar de darnos.

Entendí que se tomara estos meses para ese duelo que él decía. Y ahora estaba más fuerte, más vivo...

Capítulo 34



Recogíamos los platos después de haber comido en la cocina con esos ventanales en los que comenzamos a ver llover.

Fuimos a ponernos cómodos, ya que el día era para estar frente a la chimenea que tenía encendida en el salón y que daba lugar a echarnos la mantita y disfrutar de ese espectáculo de fuego que tanto me gustaba.

Preparó dos cafés que acompañó con un par de trufas en cada platito y nos acomodamos en el sofá con la mantita sobre las piernas.

Estaba todo tan nuevo y bonito que parecía que estuvieras en otro nivel de confort, no sabría cómo explicarlo, pero la casa y todo el contenido eran una locura de belleza. Hasta el más mínimo detalle. La manta, por ejemplo, era de hilo suave pero grueso en un tono *beige* tirando para tierra, era una cucada de lo más cálida.

—Estás que lo rompes todo. ¿Cómo se puede ser tan bonita? —Apretó mi muslo.

—¿Yo bonita? ¿Tú te has mirado al espejo?

—No lo soy tanto como tú. —Me dio un beso en la mejilla mientras agarraba mi otro lado de la cara con un tacto que hacía que me desvaneciera una vez más.

Nos tomamos el café con las trufas y luego nos tumbamos abrazados mientras seguíamos dándonos un montón de besos y se notaba la tensión que se comenzaba a crear entre nosotros.

—No me puedo resistir —apretaba mi nalga sonriendo.

—¿Y quién te lo prohíbe?

—Me está gustando mucho esa pregunta.

—Haz lo que tu corazón te pida, o tu cuerpo, conmigo todo será un sí porque sé que todo lo haces con este. —Le señalé al corazón.

—Lo mismo he perdido la práctica —dijo sacándome la camiseta.

—La hemos —me salió una risilla, porque yo también hacía tiempo que no tenía nada de intimidad con un hombre—, pero podemos volver a cogerla. —Me senté a horcajadas sobre sus piernas y fue el pistoletazo de salida a sentir esos primeros momentos tan excitantes junto a él.

Mordisqueaba mi cuello mientras se deshacía de mi sujetador y liberaba mis pechos que ya tenían los pezones erectos y listos para él. Colocó su mano sobre uno de mis senos y se le escapó un crujido de su garganta.

Me tumbó sobre el sofá deshaciéndose de mis mallas y braguitas. Estaba por primera vez desnuda ante él y me sentía una mujer segura. Todo por cómo me hacía sentir Adam. Era ese hombre que tenía todas las cualidades para engrandecer a una mujer.

Recorrió mis pechos que lamió y mordisqueó mientras sus manos se adentraban por mi zona y comenzaba a estimularla a la vez que sus labios iban bajando hasta adentrarse entre mis piernas.

Me salió una risilla mezclada con un gemido mientras doblaba mi cuerpo, sumida en el más absoluto placer que iba engrandeciéndose por segundos.

Sin prisas, pero con calma, de esa manera buscaba que disfrutara de una excitación que casi me podía hacer levitar. No pude contener todos esos gemidos que salieron unos tras otros mientras mi garganta, con la respiración entrecortada, iba entrando en un orgasmo casi magistral de esos que te hacen caer desfallecida por completo y con las piernas temblorosas.

Estuvo besando mis caderas mientras intentaba recuperarme de ese primer e intenso momentazo que me había regalado. Cuando sonreí y lo tiré hacia mí, comprendió que ya estaba lista, para lo que vendría después.

Me fue penetrando con cuidado hasta asegurarse de que estaba bien lubricada y fue entonces cuando comenzó a moverse a un ritmo celestial. Sentía un cosquilleo tan grande por el estómago que jamás me había pasado mientras lo hacía.

Con Adam era como si todo fuera nuevo para mí, como si no hubiera existido en el mundo un amor más que este. Incluso este momento, borraba todos los anteriores porque sentía que mi cuerpo solo le había pertenecido a él. Era la primera vez que, entre un aluvión de placer, tenía ganas de llorar del mágico momento que estaba viviendo. Los dos en uno, piel con piel, adentrándose por completo...

—¿Te he hecho daño? —preguntó preocupado cuando culminó y me vio unas lágrimas caer mientras me las secaba con el pulgar sin apartar la vista de mí.

—No, alguien como tú no puede hacerme daño de ninguna de las maneras. Es felicidad, lloro porque he sentido que todo mi mundo comenzaba aquí y se me olvidó el pasado. No te imaginas lo que me has hecho sentir.

—¿Tú quieres que te haga llorar de verdad? —preguntó arqueando la ceja y apretando los

dientes.

—¿Por qué me dices eso?

—Me acabo de dar cuenta de que, con la emoción y las ganas del momento, no me he puesto el preservativo —dijo, causándome una carcajada y eso que aún estaba dentro de mí.

—Quédate un poquito más dentro, a ver si tengo la suerte de cumplir mi deseo de ser madre y encima con el amor de mi vida.

—¿Serías madre de un hijo mío? —me preguntó con la sorpresa en el rostro, y sonreí.

—Ahora, ya, sin pensarlo, con los ojos cerrados. Sí, y mil veces sí. Porque cuando estuve en otros brazos siempre me cuidé porque no estaba segura, pero contigo lo estoy al cien por cien. No me importa lo que pueda pasar mañana, siempre que sea a tu lado.

—Te amo con todo mi corazón —dijo cerrando los ojos y pegando su frente contra la mía—. Te amo desde hace tiempo, aun cuando no quería hacerlo en ese momento por sentir que le estaba fallando, pero la realidad es que te amo desde el primer momento en que te vi.

—No te sientas culpable por nada. Si ella hubiera estado bien, ni me habrías mirado.

—Tienes razón.

—Ya llevabas unos años de lucha y sabías que eso era una cuenta atrás en el reloj. Tienes derecho a ser feliz. Estoy segura de que ella, viendo todo lo que la has cuidado, sonreiría de verte así. No le has hecho daño a nadie, todo lo contrario, has sacrificado momentos por serle leal hasta el final. Vive tu vida ahora, te mereces ser feliz. No lo dudes.

—No me sueltes y lo seré, te lo prometo.

—¿Soltarte? ¿Estás loco? Y menos ahora que lo mismo me has preñado. —Me reí levantándome y nos fuimos al baño a darnos una ducha.

Si eso me hubiera pasado en otro momento, habría ido corriendo a urgencias a que me diesen la pastilla del día después, pero en estos instantes no quería ni que me entrase agua por mis partes para que no se resbalaran los bichitos. Un año soñándole y ahora que lo tenía, lo quería vivir todo rápido con él.

Nos echamos un ratito en el sofá abrazados antes de levantarnos a preparar la cena. Habíamos pensado en preparar una ensalada de mango y aguacate con salmón y una tortilla francesa con jamón de pavo y queso.

Hasta preparando la cena no podíamos dejar de besarnos y tocarnos. Los abrazos eran constantes y esas miradas cómplices que desembocaban en unas sonrisas que no se nos quitaban de nuestra cara.

—Mañana te tengo preparada una sorpresa...

—¿Y no me puedes dar un adelanto? Aunque la pregunta sería, ¿otra? —Abrí los ojos y me reí mientras él sonreía.

—Otra más de millones que te esperan y no, no te puedo dar un adelanto.

—Te voy conociendo. Te va el misterio, sorprender y tener el control de todo para asegurar que todo está en orden y bien.

—Déjate llevar, deja que todo fluya. ¿Acaso no es mejor así? —Mordisqueó mi labio.

—Sí, claro que sí. —Le acaricié la mejilla mientras lo besaba.

Estaba en Alemania, con él, de otra manera muy distinta y solo me quedaba dejarme llevar, como él decía, porque estaba completamente segura de que una y mil veces más, me terminaría sorprendiendo.

Durante la cena me habló un poco de cómo había tenido que lidiar con todo un poco, ya que la familia de ella, en vez de estar agradecida, solo quería saber cuánto había dejado su hija. Era triste saber que las personas podían ser tan interesadas. Menos mal que él tenía todo muy bien atado y no estaba en ganancias más que la casa que vendió y les dio su parte. Lo hablaba con tristeza. Decía constantemente que, si ella hubiera sido consciente de todo, se habría muerto de la pena porque no tenía nada que ver con lo que había representado su familia al final.

La ensalada nos salió rica de narices, hasta mojamos pan con la salsita que quedó en el fondo. Iba aliñada normal, pero le echó un toque de miel por encima y una pizquita de salsa de soja.

Tal y como cenamos, nos tumbamos en el sofá y de nuevo se nos fueron las manos, el cuerpo y la vida porque lo nuestro era una tensión constante que provocaba que nos excitásemos con un ligero roce.

Sentíamos una conexión tan grande que casi podíamos traspasarnos. Había momentos en que pensaba que, si en la vida había solo dos seres con tanta conexión, éramos nosotros, no me cabía ni la menor duda.

Otro momentazo fue cuando nos fuimos a la cama a dormir y me abrazó sobre su pecho... Bendito primer día en Alemania que me estaba llenando de más vida.

Capítulo 35



Acariciaba mi cuerpo mientras recibíamos a un nuevo día, el primero que amanecíamos juntos y abrazados en una misma cama.

Sentía esa pasión genuina que me provocaba cada caricia, roce, abrazo y esos besos que dejaba plasmados en mi piel. Con cualquiera de esos gestos hacia mí, nacía un poco más de mi nuevo mundo.

Desnudos conseguía crear puro arte de una magia que era evidente entre nosotros y que conseguía que la atracción fuese como un imán dispuesto a volverse uno.

La realidad es que sentía que me besaba con su corazón a pesar de hacerlo con sus labios, que eran los que me transmitían esa sensación tan fuerte.

La piel se me erizaba y era como si se me fuera a separar del cuerpo. Demasiadas nuevas sensaciones provocadas por un amor que se fue cocinando poco a poco a lo largo de este año en el que nuestros corazones hablaban lo que nuestros labios tuvieron que callar.

Y el problema de todo esto es que mis ganas por él iban en aumento y no se saciaban, por mucho que me besase, por mucho que se adentrara en mí, me daba cuenta de que los deseos eran mucho más fuertes de lo que jamás me hubiera creído.

Siempre imaginé la forma de sentir el placer conforme a lo que había vivido, pero jamás pensé que se pudiera llegar a vivir de esta manera.

Nos costaba hasta salir de la cama, de esos abrazos llenos de sentimientos que se quedaban atrapados sin querer salir de ellos.

Pero tampoco pudimos evitar dejarnos llevar por eso que los dos sentíamos y necesitábamos, por lo que un beso tierno dio paso a uno más profundo, a que mis manos exploraran de nuevo ese cuerpo que se cernía sobre mí.

Y así, mientras Adam me tocaba en mi zona íntima para hacer que me excitara más aún de lo que ya me sentía, yo llevé mi mano a su entrepierna y envolví con ella ese miembro palpitante que me recibió con gusto mientras de su garganta salía un gemido ronco de placer.

Nos tocamos durante interminables minutos sin dejar de besarnos, me llevó a un orgasmo tan intenso como todos los que había tenido hasta ahora, y sin dejar que el efecto del momento se me pasara, comenzó a penetrarme despacio para hacerlo más rápido e intenso poco después.

Me rodeaba con el brazo por la cintura mientras me acariciaba la nuca y la mejilla con la otra mano sin separar sus labios de los míos, sin romper ese beso profundo, tierno y apasionado a partes iguales, hasta que los dos sentimos que el clímax se acercaba y dejamos que nos envolviera con ese nuevo orgasmo que liberamos entre gemidos y gritos de puro placer.

Recobramos el aliento sin dejar de abrazarnos, sin que Adam se retirara, pues los dos queríamos mantener esa unión y, tal como hablamos, sabía que a él tampoco le preocupaba que pudiera quedarme embarazada. Todo lo contrario, era algo que los dos estábamos más que dispuestos a asumir con todo el amor del mundo, ese que nos teníamos y que era infinito.

Me llevó hasta la cocina en sus brazos, mientras me iba diciendo guapa y me regalaba la mejor de sus sonrisas.

—¿A qué hora es la sorpresa, jefe? —pregunté cuando me dejó sentada en uno de los taburetes.

—Cuando desayunemos, nos duchemos y nos dirijamos hacia el lugar.

—¿Me vas a llevar a ver los restos del muro de Berlín? —Carraspeé, pegada a él mientras preparaba el café y tostábamos el pan.

—Sí, pero eso deberá ser otro día.

—¿Y por qué me miras con esa sonrisilla y de lado? ¿Me vas a pedir matrimonio? —Carraspeé de nuevo.

—¿Me piensas reventar la sorpresa?

—Ah, bueno, si me lo vas a pedir, yo me hago la sorprendida, como si no supiera nada, no te preocupes —bromeé, buscándole la lengua.

—Mejor. Deja que todo fluya. —Me dio un beso en la frente.

Durante el desayuno le sometí a un interrogatorio de nuestro futuro inmediato, porque se suponía que yo tenía la vuelta para el miércoles. Se suponía porque la tarjeta de embarque me llegaría estando ya en el hotel, así que sabía que los planes ya eran diferentes, pero es que no soltaba ni prenda de sus pensamientos.

Desde luego que a misterioso no le ganaba nadie, pero se veía que también era bueno para guardar secretos porque parecía que le hubieran sellado la boca con pegamento extrafuerte, que no decía ni una sola palabra de lo que tenía él pensado y que a mí me involucraba de manera directa.

Así que nada, con resignación y paciencia, esa que a veces me faltaba y no lo desmentiría nunca, tuve que hacerme a la idea de que el alemán no iba a decirme nada de nada.

Nos duchamos juntos en lo que fue otro momento de lo más cómplice y sensual. Nos teníamos ganas en todo momento y era inevitable no dejarnos llevar por esos deseos incontrolables que nos envolvían a los dos.

Nos subimos a su flamante coche y cogió una dirección que parecía ir a las afueras de la ciudad. Se metió como en una urbanización de lujo en la que pasó una tarjeta y metió un código para que la barrera se abriera.

Se detuvo delante de un casoplón y sacó un mando a distancia pequeño para que se abrieran las puertas. No me decía ni media palabra. Y yo seguía allí mirando todo, observando cómo, poco a poco y mientras esas puertas se iban abriendo, me mostraban una casa que, si me dijeran que era de un rey o algo, me lo habría creído.

—¿Esta mansión es tuya? —pregunté con la boca abierta.

Cuando Adam aparcó el coche frente a la puerta, unos señores salieron a recibirnos. Elegantes y sonrientes venían hacia nosotros sin dejar de mirarnos.

—¿Tus padres? —pregunté en un susurro, cayendo en la cuenta de que tanto el hombre como la mujer tenían cierto parecido a Adam y a Paris.

—Así es —sonrió haciéndome un guiño—. Patrick y Mery —dijo, señalándolos cuando ambos llegaron a nuestra altura.

—Hola, yo soy Olivia —murmuré ruborizada.

—Encantada, hija, teníamos muchas ganas de conocerte. —Me abrazó su madre de lo más efusiva ante mi estupor.

—Yo soy su padre. —Me dio dos besos apretando mi hombro de manera afectiva.

—Tenéis una casa muy bonita —sonreí tímida.

—Pasa anda pasa, que te va a gustar más lo que hay dentro —dijo ella agarrándome del brazo.

Desde luego que, si el exterior me había dejado de lo más impresionada, estaba convencida de que lo que fuera a ver dentro, no me dejaría menos. Vamos, que, conociendo a sus hijos y el buen gusto que ambos tenían para eso de la decoración, seguro que...

—¡¡¡Sorpresa!!! —Salieron todos gritándolo al unísono, sacándome de mis pensamientos, y di tal bote por el susto que poco faltó para que me diera un infarto.

—¿¡Qué es esto!?! —Me llevé las manos a la boca al ver a mis padres, mis tíos, mi abuela, Daniela y Paris.

—Todo esto es por ti, cariño —murmuró Adam y corrí a ellos llorando.

Nos abrazamos todos mientras me hablaban a la vez y no entendía nada. Pasamos a un gran salón donde había una mesa esperando con botellas de vino y algunos entrantes para picar.

Adam pidió tomar la palabra para despejarme todas las dudas.

—Tienes una familia encantadora —me dijo ante los oídos atentos de todos, que sonrieron al escucharle—. Mi padre y yo hemos tenido el placer de conocer a tu padre más que a ninguno. —Arqueó la ceja y vi que a mi padre le salió una sonrisa de lo más tierna.

—Habla rápido, por favor —pedí impaciente y todos se rieron emocionados.

—Hace cuatro meses, mi hermana me contó algo que me hizo ponerme en alerta y era la historia de tu padre y lo que le había sucedido.

—¿Cómo lo sabías si no lo sabía ni yo? —le pregunté extrañada.

—Déjame terminar —dijo él sonriendo al igual que todos—. Resulta que tu prima escuchó una conversación entre sus padres y descubrió que la verdad no era como os la habían contado. Desesperada se lo contó a Paris, que no dudó en ponerme en conocimiento de lo que creía que pasaba. —Miré a mi prima, que estaba a lágrimas tendidas.

»El caso es que mi padre, como gran abogado que siempre fue y teniendo los mejores contactos en España, se puso manos a la obra para averiguar si era verdad que por un error judicial seguía preso. La confirmación que nos llegó era clara, al igual que pagó una condena excesiva porque eso no fue un asesinato como tal, ya que no hubo intención, pero lo que más nos preocupaba es que debería haber salido hacía muchos años.

»Esos mismos abogados se pusieron en marcha de manera inmediata para pedir su liberación y demostrar todos los errores judiciales que habían hecho. Y lo conseguimos. Motivo que nos llevó a hablar varias veces con él.

—¿Habéis ayudado a mi padre? —pregunté temblorosa y llorando.

—Sí, cariño, lo hemos ayudado, pero le puse una condición. —Carraspeó.

—Hará lo que quieras —murmuré abrazándolo, puesto que sabía que mi padre estaría tan agradecido con ellos que, si le dijeran que tenía que ponerse a recoger escombros en una casa en construcción, lo haría.

—Me tiene que aceptar —sacó un anillo—, y que su hija se convierta en mi esposa. ¿Estás dispuesta a ello? —me preguntó acariciando mi mejilla y todos estaban ya de lo más emocionados.

—Yo quiero todo contigo, Adam —murmuré entre sollozos y la voz entrecortada.

—Pues entonces —colocó el anillo en la entrada de mi dedo y lo fue subiendo poco a poco—, desde este momento pasas a ser mi prometida. —Lo colocó al final del todo y nos miramos

emocionados para fundirnos en un precioso beso.

No me lo podía creer, todos aplaudían entre lágrimas y su madre me abrazó fuerte.

—Acabo de ganar una hija más —me dijo, emocionándose aún más.

—A mí también me han dado ganas de casarme —dijo Paris, ocasionando una risa en todos—. Tú misma. —Señaló a Daniela—. ¿Te quieres casar conmigo?

—Claro que sí, ya me das el anillo otro día. —Se dieron un beso en los labios y lo que para todos era una broma, yo me vi venir que no iba a ser ninguna.

Las aplaudieron siguiéndoles el juego ante unas sonrisas entre ellas que evidenciaban que detrás de la broma había una gran verdad.

Resulta que mi padre me llevó con mi prima y mi madre al aeropuerto y cuando yo creí que se habían marchado, no había sido así porque aparecieron mis tíos con Daniela y mi abuela para encontrarse con ellos y salir en un vuelo dos horas más tarde.

Estaban alojados en la casa de los padres de Adam, que tenía varias habitaciones. Y él había organizado todo esto con la ayuda de Paris y habló con mi familia para pedirles que vinieran a la pedida y a conocer a su familia.

Todos sabían a lo que venía menos yo, la protagonista de esta historia que me estaba dejando cada vez más impresionada y en una nube.

Me enseñaron la casa y era una verdadera virguería. Una mansión de dos plantas que podía alojar veinte huéspedes tan cómodamente.

Pasamos un día maravilloso comiendo, charlando, bebiendo y con una Paris y una Daniela que ya tenían a todos con la mosca detrás de la oreja porque ya estaban pasando a pensar que de broma no había nada, pero oye, que la madre de Adam les dijo que, si ellas eran felices, ellos también, cosa que afirmaron mis tíos con la mejor de sus sonrisas.

La gracia fue que Adam había encargado a Paris que me pillara un pijama, ropa de vestir cómoda e interior para quedarnos con ellos aquí los tres días. Todo para no decir que cogiese mi maleta que estaba en su casa. Me lo tenía que comer, si es que más mono no podía ser. Me estaba regalando los momentos más bonitos de mi vida. Y lo que habían hecho por mi padre, lo iba a guardar en mi corazón para siempre.

El último día, junto al padre de Adam, llevamos a todos al aeropuerto, menos a Daniela, que se quedaba aquí con Paris hasta que los cuatro nos fuéramos en un par de días a España. Sí, Paris también se venía y, como su hermano, tenía intención de comprar una casa allí donde quería quedarse instalada para estar con Daniela. Todo era alucinante.

Adam me había expresado su intención de afincarnos en España y venir a Alemania por temporadas cuando fuese preciso y me daba a mí que sus padres ya se estaban animando a seguir

a sus hijos y cambiar su residencia. Ojalá, porque eso lo deseaba con toda mi alma, que ellos también estuvieran juntos.

Capítulo 36



Era uno de esos días perfectos de invierno en Berlín, con el sol brillando entre las nubes dispersas, la temperatura fresca pero no demasiado fría, y el aire que olía a historia y posibilidades.

Adam me había dicho la noche anterior que hoy me llevaría a conocer algunos de los rincones con más encanto de la ciudad, y estaba emocionada porque me encantaba escuchar el modo en el que me hablaba de todo, como cuando me enseñó Hamburgo.

Habíamos desayunado en casa y nuestra primera parada fue visitar la plaza Alexanderplatz, frente a la Torre de Televisión, admirando la arquitectura de la ciudad.

—¿Sabías que esta torre es la más alta de Berlín? —me preguntó Adam, con su tono de experto metido en el papel de guía turístico que siempre me sacaba una sonrisa.

—Interesante —contesté mientras miraba la torre como haría un turista—. Me encanta ver tu faceta de guía turístico. —Me giré para mirarle y ya estaba con el móvil en la mano, dispuesto a hacerme una foto.

Adam rio, un sonido cálido que hacía que todo a su alrededor pareciera más brillante. Me encantaba ese entusiasmo que mostraba por enseñarme la ciudad que le vio nacer. Y a mí, que siempre había soñado con viajar por Europa, me encantaba su compañía, especialmente allí, pues Alemania fue donde nos conocimos y todo empezó entre nosotros sin que nos diéramos cuenta.

—¿Y sabías que desde lo alto de la torre puedes ver toda la ciudad? —continuó, señalando hacia la estructura metálica que se alzaba a más de doscientos metros de altura frente a nosotros.

Levanté la vista, impresionada. La Torre de Televisión brillaba con el sol, proyectando su sombra sobre las calles. Era un lugar emblemático, y mientras caminábamos hacia allí, no podía evitar sentirme emocionada por lo que el día me deparaba.

Adam había planeado recorrer la ciudad para mostrarme sus rincones más emblemáticos, y confiaba en que, al final, la jornada sería mucho más que un simple *tour* porque conocía a mi prometido, y dado lo bien que se le dio en Hamburgo llevarme a los mejores lugares, estaba claro que hoy no sería distinto.

—Vamos a subir —me dijo, con esa sonrisa que siempre me hacía sentir especial, mientras cogía mi mano y me conducía hacia la fila de entrada.

Cuando por fin llegamos a lo más alto de aquella torre, mirar hacia abajo fue ligeramente vertiginoso.

—Adam, si me quieres, no me sueltes la mano que, como me caiga de aquí, acabo en el suelo espachurrada como un huevo.

—Tranquila, que no te suelto. —Rio.

—Más te vale, o sé de alguien que te corta tus huevos —le advertí, pensando en mi padre.

La vista, desde luego, era una pasada y sí que se veía la ciudad entera. Me hizo varias fotos y aproveché para agarrarlo bien y que se pusiera conmigo, porque no teníamos todavía ni una sola foto los dos.

Después de la Torre de Televisión, Adam me llevó hasta la famosa Puerta de Brandeburgo. Estaba un poco más lejos, pero el paseo por el Parque Tiergarten me permitió disfrutar del aire fresco y de la compañía de un Adam que, sin prisas, me hacía fotos, al igual que yo immortalizaba en mi móvil esos lugares que me iba mostrando mi prometido.

—Es impresionante cómo este lugar ha sido testigo de tantos momentos históricos —dije mientras nos acercábamos a la puerta, admirando las columnas de esta que se alzaban majestuosas ante nosotros.

—Sí, pero lo que más impresiona es lo que representa. Es como un símbolo de la unión de todo lo que Berlín ha sido y será. De alguna manera, al pasar por aquí, todos caminamos por la historia —contestó y sonreí.

Nos quedamos un momento bajo la Puerta de Brandeburgo, observando a los turistas que, al igual que yo, algunos sacaban fotos y otros simplemente paseaban por aquel lugar.

De fondo se veía el antiguo muro de Berlín, una línea divisoria que había marcado la ciudad por tantos años.

—¿Te imaginas vivir aquí en los años 80? —pregunté, mirando la ciudad, y Adam sonrió.

—Sería... interesante. Pero ahora es más fácil, ¿no? Solo hay que preocuparse por encontrar un buen café. —Me hizo un guiño y me salió una risilla.

—Eso, y por encontrar un lugar tranquilo para comer. Que con tanto andar me tienes muerta de hambre.

—Déjame decirte, futura esposa, que no hay que buscar mucho porque para eso tengo pensado el lugar perfecto. —Me dio un beso en los labios y sentí que mi vida a su lado siempre sería perfecta.

O eso esperaba, porque también lo pensé en su momento de mi ex, y la cosa acabó con un drama que ni en las novelas que veía mi abuela.

Continuamos paseando hasta llegar al Mercado de Mauerpark, donde el bullicio de las personas, los vendedores de comida callejera y los músicos en las esquinas creaban una atmósfera vibrante.

—Debo decirte que, ciertamente, este lugar es perfecto —sonreí mientras miraba los puestos de comida—. Me apetece algo típico de aquí.

Adam asintió mientras señalaba un puesto con un letrero que decía Currywurst y Papas. No fue difícil decidirme, pues él mejor que nadie sabía lo que podríamos comer.

—Te va a gustar, estoy seguro —me dijo con una sonrisa, mientras nos acercábamos al puesto.

Después de pedir, nos sentamos en un banco cercano para disfrutar de aquel plato que, a pesar de ser una comida de lo más sencilla, estaba buenísima.

El *currywurst* no era otra cosa que unas salchichas con salsa de curry acompañadas de patatas fritas.

—¿Es este un plato típico berlinés? —Curioseé tras el primer bocado.

—Sí, el *currywurst* es uno de los platos más tradicionales de Berlín —respondió.

Continuamos comiendo y en alguna que otra ocasión incluso nos hicimos fotos. Adam no perdía el tiempo en captarme con el móvil, diciendo que quería tener todas las fotos más que pudiera, pues era lo que le habría gustado antes, pero por el respeto y el amor que le tenía a su mujer, ni siquiera eso quiso permitirse.

Miraba el bullicio del mercado con una sonrisa que nunca desaparecía de mis labios, y es que no podía sentirme más feliz en este momento de mi vida.

Las risas y los gritos de los niños jugando entre los puestos de antigüedades, los músicos tocando en la esquina con una pasión que llenaba el aire y las parejas caminando cogidas de la mano, sonriendo y haciéndose fotos para immortalizar un momento tan bonito en sus vidas, creaban una atmósfera única.

Sin lugar a duda, Berlín, con su mezcla de lo moderno y lo histórico, estaba viva en cada lugar y también en cada rincón de Mauerpark.

Seguimos con nuestro paseo por ese mercado después de comer, deteniéndonos en los puestos y viendo toda clase de objetos que allí vendían. Había de todo, desde antigüedades hasta auténticas joyas de la música, como lo eran los discos de vinilo que había en uno de los puestos.

No pude resistirme a probar algunos *bretzels* y el famoso vino caliente con especias,

integrándome por completo en la vida en Berlín y en esas costumbres que tenía Adam.

De este segundo viaje a Alemania también me iba a llevar un montón de recuerdos y momentos vividos junto a él, pero sabiendo que ahora iba a regresar a España de su mano y que este era el comienzo de esa historia de amor que la vida parecía tenernos preparada para que fuéramos felices.

Después del mercado, Adam me llevó hasta una zona donde dijo que iba a sumergirme en la historia de Berlín de una manera más profunda.

Y así fue como llegamos al Museo Pérgamo, famoso por su increíble colección de arte antiguo.

El museo era absolutamente espectacular, desde el imponente altar de *Pérgamo* hasta la puerta de *Ishtar*, cada pieza parecía contar una historia que los siglos no habían podido borrar. Allí dentro me sentía como si estuviera dando un paseo por la historia, tocando los ecos de las civilizaciones antiguas mientras Adam me iba guiando por cada sala.

—¿Sabías que este altar se trasladó pieza por pieza desde Turquía? —comentó, admirando la estructura.

—¿En serio? —pregunté.

—Es uno de los tesoros más importantes que tenemos —continuó—. Este museo tiene algunas de las colecciones más grandes del mundo de la antigüedad.

Sonreí, porque estaba claro que no había nadie mejor que Adam para enseñarme el lugar donde nació y creció, nada que ver con lo que pudiera encontrar en las guías turísticas que vendían.

Capítulo 37



La noche llegó rápidamente. Tras pasar la tarde explorando museos y galerías, finalmente nos dirigimos al restaurante en el que Adam quería que cenáramos, pues este era un día para pasarlo fuera de casa, tal como me informó por la mañana.

El restaurante estaba en un rincón pintoresco del barrio de Kreuzberg, conocido por su ambiente relajado y su cocina fusión.

Aquel lugar era precioso, estaba decorado con luces cálidas que creaban un ambiente acogedor. Las mesas, de madera rústica, estaban cuidadosamente dispuestas para que los comensales se sintieran como en casa, pero con un toque moderno. El aroma de la comida se mezclaba con el murmullo alegre de las conversaciones en alemán y en otros idiomas, lo que daba una vida increíble a ese rincón de la ciudad.

Lo que no podía imaginar es que allí estarían la loca de mi prima Daniela y Paris, en una mesa, esperándonos a nosotros para cenar.

—¡Por fin! —gritó Paris— Ya pensé que nos habíais dejado tiradas. Vamos, a la mesa que tenemos hambre —dijo señalando las dos sillas vacías que había frente a las suyas.

—¿Y qué tal el *tour* romántico? —preguntó mi prima con picardía.

—Nos ha ido genial, en serio. Me encanta Berlín —sonreí.

—¿Sigue siendo mi hermano tu guía turístico favorito? —me preguntó Paris, haciéndome un guiño de complicidad, pues ella sabía que aquel chico de la reunión en Hamburgo fue el mejor guía que pude haber tenido para conocer la ciudad.

—No te preocupes, hoy me convertí en el mejor guía turístico de Berlín —respondió Adam, bromeando mientras nos sentábamos.

La cena comenzó, y entre risas, anécdotas y comentarios sobre lo que había sido el día, la velada se convirtió en una de esas noches que uno siempre recordaría con cariño. Entre Adam y yo se sucedían esas miradas cómplices que hacían que los dos sonriéramos, me cogía la mano y se la acercaba a los labios para dejar allí un beso cálido de esos que le gustaba darme.

Y mientras, frente a nosotros, el par de locas que formaban mi prima y su hermana no paraban de hacer comentarios divertidos, bromear y reír.

—Venga, contadnos ¿qué tal la parte romántica del día en la ciudad de Berlín? —Curioseó Paris—. ¿Habéis paseado en bote por el río Spree?

—Ha sido un día perfecto, pero no ha habido paseo en bote. —Reí—. Eso sí, hemos andado tanto que me convalidan una semana de gimnasio cuando llegue a España. Hemos paseado entre monumentos, hablando de historia y comiendo *currywurst*.

—¿Qué gimnasio, petarda? Si no vas. —Daniela volteó los ojos.

—Mejor me lo pones, ya no tengo que apuntarme para ir.

—¿Te ha gustado nuestra ciudad entonces? —Curioseó Paris mientras cogía una patata del plato de mi prima.

—Sí —sonreí.

—¿Ves, hermanita? Una cita perfecta y romántica en Berlín —dijo Adam y nos echamos a reír.

—No me seas cabrito, que no la has llevado a pasear por el río.

—Bastante he tenido con subirme a la Torre de Televisión, que, si me caigo de ahí arriba, adiós, Olivia.

La cena continuó entre risas, bromas y detalles sobre el día mientras disfrutábamos de esos platos de comida que estaban deliciosos.

En un momento, después de que Adam pidiera otra botella de vino, Paris levantó su copa y sonrió, lo que significaba que iba a hacer alguna de las suyas.

—Por los mejores *tours* guiados, por las historias y por Berlín —dijo mientras los demás levantábamos también nuestras copas—. Y por seguir compartiendo estos momentos los cuatro juntos.

—¡Salud! —respondimos los tres al unísono, uniéndonos a esa sonrisa que Paris tenía de lo más contagiosa.

Mientras terminábamos de cenar, la conversación seguía fluyendo de manera animada, pero en un momento de la noche, mi prima Daniela decidió cambiar de tema.

—Entonces, Adam —empezó a hablar con una sonrisa traviesa, mirándome a mí—, ¿cuándo nos vas a contar cómo fue que te enamoraste de Olivia?

Y yo, que no se esperaba una pregunta tan directa por parte de esa loca que siempre supo mis

sentimientos por él, dejé escapar una pequeña risa nerviosa, mientras Adam me miraba con una sonrisa de medio lado.

—¿Cómo me enamoré de Olivia? Bueno... —Hizo una pausa, mirándome con ternura antes de seguir—. Creo que, al principio, fue su risa. Y su manera de ver el mundo. Siempre tan curiosa, tan llena de vida, como si cada lugar al que la llevaba fuera un capítulo nuevo de un libro que quería descubrir.

—¡Qué romántico! —dijo mi prima con un leve puchero de emoción— Me encanta. Eso es lo que necesitamos: más gente que se enamore por las razones correctas —sonrió— ¿Y tú qué, prima? ¿Cuál fue tu primer pensamiento cuando viste a este hombre tan guapo y rubio?

La mataba, de verdad que sí, iba a matar a mi prima por ponerme en este compromiso, eso sin mencionar que me estaba poniendo roja como un tomate desde la punta de los pies al último pelo de mi cabeza.

—¿Mi primer pensamiento? —pregunté levantando ambas cejas— Bueno, pensaba que era interesante, además de un cerebritito. —Reí mientras Adam negaba con una sonrisa en los labios—. Pero entonces, mientras me mostraba esos rincones de Hamburgo, descubrí lo divertido que podía ser. Y lo mucho que me hacía reír. Y bueno, aquí estamos. —Me encogí de hombros, sonriendo.

—Sí, justo así es mi hermano. Un cerebritito interesante, de lo más divertido. —Rio Paris.

Adam puso los ojos en blanco, sabiendo que la conversación no iba a ser tan fácil.

—¡No soy un cerebritito, por Dios! —respondió mientras me miraba con una sonrisa divertida— Sea como fuere, esta mujer me quiere, y yo a ella. —Me acarició la mejilla—. Ella lo sabe y yo lo sé, aunque al principio ninguno de los dos lo supiera y no pudiéramos ni quisiéramos sentir estas cosas.

Sonreí mientras se acercaba para darme un beso, desde luego que eso era justo como había sentido todo desde el momento en el que supe que me había enamorado de él.

—Y ese amor que surgió mucho antes de que lo sospecharais, triunfó, y estamos a nada de que os convirtáis en marido y mujer, así que... —Daniela levantó su copa—. ¡¡Que viva el amor!! —gritó.

Estaba loca, pero era mi loca favorita y ese apoyo que siempre tuve cuando más lo necesité.

Después de la cena, la noche se sentía mágica. Aunque el aire era frío, el cielo despejado y lleno de estrellas daba una sensación de libertad única. Los cuatro salimos del restaurante y caminamos por las calles iluminadas, disfrutando de la calma después del bullicio de la cena.

—¿Qué tal si damos un último paseo por el río Spree? —me propuso Adam— Hay algo en el río por la noche que me relaja. Y, bueno, ya que estamos aquí, no me gustaría que te perdieras esa vista.

Acepté encantada, sabiendo que cualquier momento compartido con él en Berlín sería memorable y algo que me llevaría a modo de recuerdo.

Nos dirigimos hacia el río, siguiendo las estrechas calles del barrio, donde las luces de la ciudad reflejaban su resplandor en el agua.

Mientras caminábamos junto al río, me sentía de lo más cómoda disfrutando del silencio.

Me apoyé en la barandilla que bordeaba el río y miré hacia el horizonte, donde las luces de Berlín brillaban como un mar de estrellas.

—Es increíble —dije, mirando las luces reflejadas en el agua—. Parece que esta ciudad nunca duerme. Siempre hay algo por descubrir.

Adam se acercó, rodeándome desde atrás, y nos quedamos en silencio, mirando el río juntos. Fue un momento de calma, un respiro entre las risas y la historia de todo el día. Y para mí, el simple hecho de estar allí, con la ciudad a nuestro alrededor, me dio la sensación de que todo lo que había sucedido en ese día había sido perfecto.

—Sí, Berlín tiene eso —respondió mirándome—. Te hace sentir que siempre hay algo más por ver, algo por explorar. Y me alegra estar viéndolo contigo.

—Lo que más me gusta de Berlín es que, no importa cuánto tiempo pase, siempre sentiré que puedo regresar. Y siempre será especial —sonreí, y él me devolvió la sonrisa mientras me cogía de la mano.

—Te prometo que siempre habrá un lugar especial para nosotros aquí, pequeña. Siempre lo habrá.

Me dio un beso, nos abrazamos y sentí que él era mi lugar especial desde el momento en el que le conocí.

Capítulo 38



Regresábamos hacia España en una primera clase en la que nos llenaron de atenciones e íbamos en esa cabina como únicos pasajeros. Daniela y Paris iban como una pareja de enamoradas que se veían de lo más cómplices.

—Entonces, que yo me entere —dije mirando a Adam—. ¿De verdad ahora tengo una boda que planear?

—Sí, de verdad —sonrió con ese brillo en los ojos que me hacía saber que estaba tan ilusionado y enamorado como yo.

—Tranquila, prima, que nosotras te ayudamos.

—Eso, cuñada, tú no te agobies, que Daniela y yo estamos a tu entera disposición.

—Ya sabes que yo me encargo de que te pongan guapa ese día, así que podemos tachar de la lista el tema de maquillaje y peluquería —comentó Daniela.

—Y yo busco el sitio, un lugar acorde a la bonita pareja que hacéis. ¿Un castillo? ¿Un palacio? ¿Unas ruinas en Grecia...?

—Por Dios, Paris, que me quiero casar en Málaga. —Reí.

—Grecia descartada, de acuerdo, lo anoto.

Vaya dos, desde luego que esas me iban a volver loca más que a ayudarme a preparar la boda, pero bueno, que contaría con ellas además de con mi madre y la abuela, que estaba claro que también querrían ayudarme en lo que fuera necesario.

Decir que todo era un sueño era quedarme corta, ya que estaba viviendo una verdadera historia de amor. ¿Y es que acaso no lo era? Tenía todos los ingredientes para hacerme soñar despierta, cosa que hasta ahora nunca lo había logrado.

Es verdad que amé con todo mi corazón a Francisco, pero no era lo mismo, esto me hacía sentir como si estuviera experimentando por primera vez todas las sensaciones en su máxima

potencia. Y es que ese pequeño querubín que revoloteaba por el cielo en pañales apuntando con sus flechas sin distinción, a mí me lanzó una en el mismo momento en el que vi a Adam y sin que me diera cuenta, porque no fui realmente consciente de que me había enamorado de ese hombre hasta que le dejé en el aeropuerto, un año atrás, cuando regresaba a España tras esos días en Hamburgo.

Y ahora nos íbamos a vivir juntos, tal cual, quién me lo iba a decir a mí después de un año enamorada en silencio de ese hombre que también lo había estado de mí.

Nos mudábamos a un ático que tenía en propiedad adjudicado por la empresa de una operación, ese que dijo que no iba a vender hasta que encontrásemos nuestra casa, esa que quería comprar a medias a nombre de los dos. Aunque eso de a medias era más simbólico que real, porque a lo que él aspiraba yo no podía llegar ni, aunque trabajase las veinticuatro horas del día y en dos o tres trabajos al mismo tiempo. Me reía, pero es que con él debía ser así, porque decía que algo era de los dos sin que yo pusiera un céntimo.

El día anterior mandó a través de una empresa de transporte todas sus pertenencias y ropa. Iba decidido para quedarse allí y a mí eso me hacía la mujer más feliz del planeta.

No quería separarme de él por nada del mundo, sentía mucho lo de su difunta esposa y me dolía que un hombre que había amado tanto a alguien la hubiera tenido que ver marchitarse poco a poco, sufriendo y con el desconsuelo de saber que no podía hacer nada por ella.

En el aeropuerto cogimos un taxi que, tras dejar a Daniela y Paris en el mismo apartamento en el que mi cuñada se alojó la otra vez, nos llevó a Adam y a mí hasta el ático que me dejó sin habla. Era una cucada de lujo a la que no le faltaba ni piscina en su terraza. Además, lo había reformado y amueblado por completo para estrenarlo nosotros en estos comienzos, ya que él no quería comprar nada con prisas, quería encontrar el hogar perfecto.

La cocina me recordó a la suya en Alemania, con isleta y una amplitud increíble, solo que esta estaba mucho más iluminada con unas cristaleras impresionantes.

Un rato después, cuando ya habíamos dejado nuestras maletas en la habitación principal, donde no dudó en besarme con esa pasión que le caracterizaba, aparecieron los repartidores para entregarle todas sus cajas que se quedaron en el pasillo hasta que regresásemos, ya que mis padres nos esperaban para comer.

Estar al lado de una persona como Adam era vivir expectante a qué sería lo próximo, incluso con lo de mi trabajo se traía mucho misterio y estaba deseando comenzar a ocupar ese nuevo puesto. De todas maneras, mañana iríamos a la delegación y, siendo sincera, tenía un poquito de miedo a la reacción de todos. Al fin y al cabo, ya me hicieron la vida imposible tiempo atrás por culpa de aquella mujer que, con sus malas artes y engaños, quiso destruir incluso a Francisco.

—Qué fuerte, mañana voy a aparecer en la delegación como la prometida del CEO —dije cuando íbamos en el taxi, ya que luego regresaríamos con mi coche.

—Claro y con una sonrisa de oreja a oreja.

—Si quiero... —contesté bromeando.

—¿Acaso no la llevas así desde el domingo?

—Digo yo que en algún momento se me tendrá que quitar. —Me reí.

—No permitiré que eso suceda nunca. —Me hizo un guiño y sentí que se me habían mojado las bragas...

No, no había un ser en esta tierra que fuese como él, no podía haberlo. Rozaba la perfección y no digo que lo fuese del todo porque algún fallo le tenía que pillar, que, como decía mi abuela, hasta el más perfecto de los mortales tenía un poco de imperfección, y este hombre no podía ser tan celestial.

Llegamos a mi casa y nos recibieron como si hiciera un año que no nos vieran. Mi abuela estaba con Adam que no cagaba, literal, se lo comía a besos diciendo que era su nieto favorito. Ni que tuviera otro, vamos, porque lo que tenía eran dos nietas más saladas que todas las cosas. Pero me encantaba ver que era uno más en mi familia.

Mi padre me abrazaba y no dejaba de murmurarme que me quería. No deseaba ponerme en su piel por lo que había pasado y realmente no lo culpaba de nada. ¿Acaso no lo hubiera hecho yo si viera lo que le estaban haciendo a mi madre? El caso es que él no quiso matar a nadie, solo quitarlo de encima de ella, pero la desgracia fue a mayores.

La familia de mi padre nos dejó de lado. Yo eso nunca lo entendí porque pensaba que era que lo apoyaban al irse con otra mujer, pero lo culparon por haberse metido en ese lío por su mujer. Ahora que lo sabía todo, los detestaba por haber dado la espalda a mi padre más que a nosotras, porque él sí necesitaba el cariño de su familia para afrontar esa privación de libertad que lo dejaba sin derecho a nada.

No podía entender cómo unos padres actuaron de ese modo, ya que ellos debían saber mejor que nadie que cuando amas a alguien, lo que prima ante todo es el bienestar de esa persona. Lo que me llevaba a pensar que esos abuelos que una vez conocí no tenían corazón si pensaban que habría sido mejor que a mi madre la violaran y le arruinaran la existencia de por vida, marcándola con unas secuelas que no olvidaría jamás, o peor, que a ese tipo se le hubiera ido todo de las manos y la muerta acabara siendo ella.

A mis casi treinta años, podía decir con orgullo y seguridad que mi padre se había convertido en mi superhéroe favorito.

Fui a mi cuarto después de comer mientras mi padre y Adam fueron a la pastelería a por dulces. Comencé a preparar mis cosas en cajas que mi madre me trajo del súper y las fui metiendo con ella en mi coche para llevarlas a casa de Adam.

—Ay, mi niña —dijo mi madre dándome un abrazo con los ojos vidriosos—. No sabes cuánto me gusta verte así de feliz —sonrió.

—Lo estoy, de verdad, mamá, por primera vez en mucho tiempo, lo estoy —sonreí.

Cogió mi mano y miramos de nuevo ese anillo que Adam me había puesto delante de todos. Era precioso, en oro blanco con varios diamantes pequeños engarzados que brillaban cuando les daba el sol.

Después del café y endulzarnos un poco la vida con los pasteles, nos despedimos de ellos para irnos al ático a poner un poco de orden con todas sus cosas y las mías.

El vestidor estaba dividido en dos partes, una para él y otra para mí. La gracia fue ver su parte con cien camisas, todas por colores, otros cien pantalones por lo menos, jerséis, abrigos, cajones con decenas de corbatas... Y para ver el mío, me tuve que sentar en el suelo a reír.

Además, yo no era de las que acumulaban ropa por acumular, lo que ya no me ponía lo donaba, así que mi armario no era de esos de película, todo lo contrario, prendas para usar una temporada y listo.

—Creo que vas a tener que llenarlo un poco —murmuró frotándose la cara y aguantando la risa.

—Esto tiene una explicación.

—Te pagan mal en tu empresa... —dijo con la ceja arqueada.

—Adam, escucha. —Lloraba de la risa intentando hablar—. Lo primero, mi armario es uno de dos puertas más la cómoda que tenía y para de contar. —Seguía a carcajadas hablándole—. Lo segundo, este vestidor es más grande de lo que era mi habitación, por lo cual, se ve todo más ridículo. —Solté una carcajada más grande mientras él aguantaba la risa mirándome mientras escuchaba mi explicación.

»Y, para finalizar, los dos últimos años de mi vida apenas salía, ni cuando ya me llevaba a matar con Francisco, ni el que he pasado en casa de mis padres esperándote —le dije intentando parecer romántica, pero la carcajada fue más grande aún que las anteriores.

»Ah, y, además, no necesito millones de camisas y no entiendo por qué tienes veinte blancas. ¿Cuántos blancos existen? ¿Y las celestes? Madre mía, no sabía que había tanta gama, pero de unas a otras no hay diferencia. No necesito tener esas cosas, además, así cuando me compro algo lo hago con más ilusión. —Le hice una burla.

—Mañana nos vamos de compras —murmuró guiñándome el ojo y volviéndose a su parte del vestidor.

—Mañana hay que ir a la delegación a poner orden. Tengo allí mis cosas y el despacho ya me lo debe de haber quitado Paco. —Escuché su risita.

—Será después de ir, así comemos en la calle y luego le damos un poco de vida a tu armario. No me quiero imaginar verte todo el año con esos tres abrigos.

—Y porque tú me regalaste uno —grité a carcajadas y lo escuché reír.

Menos mal que para ser alemán era muy irónico y tenía un buen sentido del humor. Además, entendía el español perfecto como su hermana, cosa que me tuvo engañada un tiempo en el que solo nos comunicábamos en inglés. Imaginad al alemán hablando a mis padres por señas, me hubiera meado de la risa, eso hubiera sido lo más grande. Menos mal que él y toda su familia hablaban un perfecto español.

Dejamos todo colocado y nos duchamos mientras esperábamos las *pizzas* que habíamos pedido, ya que ni habíamos hecho la compra. De casa de mi madre me traje cápsulas de café, azúcar y leche para desayunar por la mañana, ya que él tenía una cafetera de la misma marca.

—Hogar, dulce hogar —dijo cuando nos sentamos en el sofá con las *pizzas*.

—Dijiste que este no sería nuestro hogar.

—Pero mientras no tengamos otro. —Carraspeó, mirándome de lado.

—Oye, ¿tú crees que habré venido embarazada de Alemania? —pregunté y se le escapó una risilla de lo más bonita.

—No lo sé, pero si hay que buscarlo todos los días, se busca.

—Yo quiero un hijo tuyo —dije como el que pide un regalo.

—¿Uno nada más? Mira que yo deseo unos cuantos tuyos.

—Empezamos con uno y ya vemos cómo se nos da. —Lo miré bizca antes de reírme—. Jo, que yo nunca he pensado en niños ni los quería, pero ahora... —Me toqué la barriguita— Quiero un hijo de usted, jefe.

—Que nunca se te pasen esas ilusiones conmigo, cariño —murmuró antes de darme un beso en los labios.

—Quiero ser madre, qué cosa... —Me reí, susurrándomelo a mí misma mientras él estaba con su sonrisilla suelta.

Capítulo 39



Tocaba a mi lado y no sentía la presencia de Adam. Me levanté tras comprobar que la cama estaba vacía y que no escuchaba ruido en la ducha, e imaginé que estaba abajo en la cocina, pero allí solo me encontré una nota sobre la mesa.

«Regreso en nada, amor. Te amo»

Cualquiera adivinaba a dónde había ido el señor misterioso. Miré en la mesa del salón donde dejé las llaves de mi coche y no estaban. Más le valía que no se hubiera ido a la delegación sin mí.

Me preparé un café y salí a la terraza a fumarme un cigarrillo antes de que él llegara y me lo apagara por la mitad, como tenía la costumbre de hacerlo.

Hacía frío, pero nada que mi adorada bata no remediara. Qué bonita se veía la vida cuando alguien te hacía sentir tan segura.

Terminé el cigarrillo y el café cuando me metí hacia dentro y a su vez llegaba Adam. Sonreí al verlo con un papelón de churros y dos tazas de chocolate.

—¿En serio has ido a por churros? —pregunté asombrada.

—Me decías que te encantaban... —Me dio un beso sosteniendo esa sonrisa de medio lado.

—¿Y has llegado sin problema? —Curioseé, porque la otra vez se movió poco por aquí, y siempre estuvo conmigo.

—Lo busqué en Google y lo puse en el navegador. —Me hizo un guiño.

Nos sentamos en la cocina, ya que nos encantaba estar allí a pesar de que el salón era de lo más confortable. Ahora nos íbamos a ir hacia la delegación y me daba una vergüenza que me moría el aparecer con Adam y dejando esos puestos que hasta ahora había tenido para irme a trabajar codo con codo con él.

—No tengo nada en contra de tu coche, que conste, pero, yo me tengo que comprar uno y

estoy pensando en sacar un par de ellos.

—¿Y para qué necesitas dos?

—No, no me has entendido, uno para mí y otro para ti.

—Mi coche apenas tiene cuatro años. ¿Cómo voy a cambiarlo?

—Te pega otro tipo.

—Sí hombre, lo que pasa es que tú eres muy pijo. Es como con la ropa, necesitas tener lo más.

—No es eso, no lo entenderías. —Se reía.

—Déjame este coche, tú te compras uno y cuando vayamos juntos vamos en el tuyo y este para yo moverme por la ciudad.

—Eso ya lo veremos.

—No, no dejes las cosas así, como lo de la ropa, que te voy conociendo. Si quieres comprar dos coches, que sea uno para tu hermana, que lo va a necesitar también.

—¿Crees que no ha pensado ella en comprarse uno? —Arqueó la ceja.

—Es que sois iguales —resoplé mientras cogía un tercer churro, lo mojaba en el chocolate y me lo llevaba a la boca mientras él me miraba—. No me pongas esa carita de querer, que me tuviste anoche hasta las tantas liada.

—No oí que te quejaras anoche. —Rio con picardía.

—Me voy a la ducha —dije tras comerme el último churro y beberme ese chocolate que me supo a gloria.

Él ya estaba listo, así que me di prisa en arreglarme para ese primer día de lo que sería un nuevo cambio en mi trabajo.

Llegamos a la oficina y, sorprendentemente, me recibieron con un ramo de flores. Sabían por Francisco y las conversaciones que había tenido con Adam que pasaba a trabajar con el dueño de la empresa.

Abrazos y miradas de cariño que desde luego distaban mucho de aquellos meses en los que todos me miraban con desprecio y haciéndome sentir de menos, eso era lo que me ofrecían ahora, y me hacía sonreír.

Este año la verdad es que me habían tratado como siempre lo hicieron, y desde el momento en el que Silvia abandonó la delegación, todo fue mucho mejor, reinando una paz que me encantaba poder sentir cada día.

Francisco salió y nos recibió con un abrazo a cada uno.

—Felicidades, Olivia, te lo mereces todo.

—Gracias, Paquito —dije, causándoles una carcajada.

Ya había ocupado su puesto y las cosas que tenía estaban en el anterior despacho, que me encontré un tanto cambiado. Miré a Adam, que se puso a silbar. Habían cambiado el despacho y adaptado para los dos como estaba, pero con unos escritorios, sillones y muebles diferentes al resto, era una pasada, como el despacho de Francisco, pero en doble.

—Aunque aquí vendremos poco porque trabajaremos desde casa —comentó—, este será nuestro despacho.

—Me encanta, amor. —Le di un beso en los labios.

—Buenos días, chicos. Adam, todo listo —le dijo mientras yo me quedaba en *shock*.

—Papá, ¿qué haces aquí y vestido tan elegante? ¿Qué significa que está todo listo? —pregunté viendo la risilla de los dos.

—Hija. —Se acercó a mí y me dio un beso en la mejilla—. Me han ofrecido un empleo aquí como responsable de equipo. Me encargo de pasar a los clientes para las reuniones y ayudo a las chicas de recepción con las planificaciones y hasta hago de secretario de tu ex, quién me lo iba a decir. —Se reía.

—¿Lo has contratado? —pregunté mirando a Adam sin poder creer que de verdad hubiera hecho eso por mi padre.

—¿Quién mejor que alguien de mi absoluta confianza? —Me acarició la mejilla.

—Yo de esta me caigo redonda. —Me senté a plomo sobre el sofá—. Como le dé a este por mandarnos a todos a la mierda, vamos a salir escaldados —dije refiriéndome a Adam y causando una risa en los dos—. Pero gracias, no sé qué será lo próximo, pero cada vez te luces más.

—Bueno, me marchó que voy a llevar unos archivos de Francisco al registro para que los sellen.

—Quién te ha visto y quién te ve —murmuré, negando incrédula.

Y mira que su futuro me había preocupado porque, aunque era joven aún, había perdido muchos años de su vida de profesión y todo había cambiado.

Cerró la puerta y me levanté, sentándome en las piernas de Adam, que estaba en su sillón.

—¿Sabes que me estás poniendo todo demasiado bonito y que el carajazo puede ser enorme?

—¿Cara qué? —Se echó a reír.

—La caída, hijo, la caída. Que cuando me mandes a paseo porque te hartes de mí, me voy a dar tal hostia contra el suelo que no me voy a levantar en unos meses. Que lo voy a pasar mal, Adam, que después de que estés haciendo todo esto por mí y mi familia, la hostia va a doler y mucho.

—Soy alemán, pero te entendí. —Me mordisqueó el labio—. Y que te quede claro, pequeña. —Acarició mi mejilla mientras me miraba fijamente—. Cuando prometo lealtad, lo llevo hasta el último respiro de la vida.

—Lo sé, pero me da miedo todo. A veces me siento muy segura, pero otras...

—Nos vamos a comer —dijo para cortarme y que no me echara a llorar, que ya le iba conociendo y sabía cuándo evitar mi momento drama.

—Pero si acabamos de llegar y son las doce de la mañana.

—Tengo mi trabajo al día y tú ya te irás adaptando a él. Somos un equipo y con privilegios. —Se levantó conmigo encima.

—Dios mío, que me veo trabajando menos que los Reyes Magos, una vez al año y para colmo es mentira —murmuré negando.

Nos montamos en mi coche y puso una dirección en el navegador. Este se movía como pez en el agua y es que ni me preguntaba.

Nos llevó hasta la puerta de la casa Mercedes, donde aparcó frente a la entrada y ya teníamos un trabajador sonriendo.

—¿Te vas a comprar un Mercedes? —grité sorprendida, porque se notaba que no había perdido el tiempo y tenía las direcciones de todos esos lugares a los que quería ir, más que buscadas.

—Dos, uno para ti y otro para mí.

—Que no, que no, que yo me quedo con mi cochecito que es de lo más práctico.

Que sí, que sí, que salimos de allí con un coche para cada uno. Yo con un SUV blanco de sesenta mil euros y él con uno gris muy elegante de poco más de ciento treinta mil euros. Ambos pagados al contado. Sí, sí, yo estaba que me desmayaba.

No hubo forma de negarme y, viendo que me iba a comprar ese, pero en negro, ya salté y le dije que en blanco. Nos reímos un montón en ese momento porque parecíamos Malú cantando su mítica canción.

—No tenías necesidad de gastarte eso en un coche para mí.

—Me encantará conducirlo.

—Pero si te has comprado uno.

—Pero cuando vayamos en el tuyo molará, como dice Daniela.

—Ay, Dios, todo lo que tiene usted de noble y humilde, jefe, lo tiene de caprichoso. —Volteé los ojos—. Por cierto, he pensado darle mi coche a mi padre.

—Me gusta que pienses así.

—Mi madre tiene el suyo, pero claro, no podrá estar llevando y trayendo a mi padre a trabajar si coinciden el turno y me da pena que este vaya en bus.

—Has pensado muy bien, hazlo. Por cierto, vamos a comenzar a mirar casas por Internet y, cuando nos llame la atención alguna, pedimos cita.

—¿Cuál es el presupuesto que tienes pensado?

—No sé, igual cinco o seis millones, pero si merece la pena, no hay problema por pagar más.

—¿Cuánto? —grité con los ojos desorbitados— Para. —Solté el aire mientras miraba por la ventanilla, negando—. Pensé que ibas a decir, un millón como mucho, ni que esto fuera Madrid y lo fuésemos a comprar en La Moraleja.

—Me da igual el precio. Vamos viendo. —Apretó mi muslo.

—Te recuerdo que vengo de una familia humilde. Contigo me va a dar un paro cardíaco.

—Que no te dé nada. —Carraspeó y lo vi sonreír de medio lado.

Comimos en un restaurante local en el que nos pedimos un entrecot de ternera y estuvimos un rato disfrutando de la charla entre el delicioso sabor de la carne.

Nos fuimos al centro comercial y la que me dio fue mortal. Me obligó a comprar un par de abrigos más, ropa y más ropa, zapatos, bolsos, complementos, incluso un perfume a pesar de que todavía me quedaba como para un mes, y, además, un maletín de lo más mono para cuando tuviéramos que ir a la delegación a trabajar o a hacer alguna gestión de papeleo.

Tuvo que ir al coche dos veces a descargar bolsas y, aun así, seguía tirando de mí para que entrara en las tiendas. Lo mejor fue en una de lencería que salía con unas veinte cajitas de bragas, diez de sujetadores y un montón de calcetines y medias.

De locos, seguir el ritmo de Adam era de locos y mira que no aparentó en ningún momento ser así. Ahí estaba su fallo, que le gustaba comprar y comprar ropa y todo lo que se le antojaba, pero claro, tenía el suficiente dinero para gastarse cada día una fortuna. Y todo porque él se lo había currado con su cabeza brillante.

Nos fuimos del centro comercial después de cenar. Tal cual. Hasta hicimos la cena y casi que

cerramos las instalaciones.

El coche iba petado de bolsas en el maletero y el sillón trasero. Era incalculable lo que se había gastado y es que no miraba precios, yo no había visto una cosa así en mi vida. Le daba igual que costase cien que mil, menos mal que yo tiré mucho por las tiendas del señor Amancio, que eran de precios decentes y para todos los bolsillos. Entendió que me gustaba eso más que meterme en Gucci.

Lo que sí hice, pensando en mi padre y su nuevo puesto, fue comprarle un par de trajes nuevos, camisas y corbatas que quise regalarle y un maletín para que, como bien había dicho Adam, él también pudiera llevar esos documentos ahí bien guardados cuando tuviera que ir a sellarlos, como había sido el caso de esa mañana.

La vida nos sonreía a mi familia y a mí de nuevo, y todo gracias al alemán que me robó el corazón con una preciosa sonrisa y una mirada.

Capítulo 40



Adam y yo estábamos yendo de vuelta a casa después de un día de trabajo casi interminable por la de videollamadas que habíamos tenido en la delegación.

Era mi cumpleaños y, por primera vez en mi vida, nadie de mi familia me había felicitado aún, pero cuando digo nadie, es nadie.

Porque vale que mi padre se pudiera haber olvidado, a fin de cuentas, se había perdido los últimos veinte, pero ¿mi madre? ¿Y mi abuela? Por Dios, que viví con ellas hasta hace apenas unas semanas.

Así que el día de mi treinta cumpleaños se acababa y no había recibido ni una sola felicitación, ni por mensaje, ni llamadas, ni siquiera Francisco me había enviado un correo, y eso que él sabía más que de sobra cuándo era mi jodido cumpleaños.

Resignada, iba en el coche con un Adam conduciendo de lo más tranquilo, y tan metida en mis pensamientos estaba que no me había dado cuenta, hasta ahora, de que este no era el camino al ático.

Ya habíamos pasado por tres calles que no me sonaban de nada en la ruta habitual, y al girar la esquina, me di cuenta de que había un restaurante que parecía estar cerrado.

—¿Qué hacemos aquí, Adam? —pregunté cuando se paró.

—Solo vamos a echar un vistazo, uno de los analistas me ha dicho que lo quieren vender porque necesitan liquidez.

—Desde luego, es que nos llevamos el trabajo a casa, ¿eh? —Volteé los ojos.

—Vamos, ven conmigo.

Bajamos el coche y cuando estábamos llegando a la entrada, sonó su móvil y se disculpó mientras se alejaba. Así que allí me quedé yo, mirando por las ventanas de aquel restaurante que estaba completamente a oscuras.

Pero entonces vi una especie de luz que se iba acercando, hasta que me di cuenta de que parecían ser velas, velas pequeñas.

Y como la curiosidad me podía, fui a la puerta, probé suerte y sí, la encontré abierta, así que entré.

Ni dos pasos había dado cuando se encendió una luz y vi a mi padre, que me dio un susto de esos que por poco se me sale el corazón por la boca.

—Joder, papá, que me infartas —suspiré.

—Lo siento, mi niña —sonrió.

—¿Qué haces aquí?

—Adam me pidió que viniera para echar un vistazo con vosotros. Quería que yo fuera tomando nota de todo, y aquí estoy —sonrió al tiempo que se encogía de hombros.

Fui con él hacia el interior del restaurante, sin ver mucho porque debía ser que mi padre se estuvo moviendo por allí con el móvil en la mano, hasta que...

—¡Sorpresa! —gritaron tras encenderse las luces.

Y allí estaban mi madre, mi abuela, mis tíos, mi prima, Paris, Francisco y Eric, bajo una gran pancarta en la que ponía «Felicidades, Olivia», con globos rosas y blancos a un lado y otro, y un camarero apareció en ese momento con la tarta llena de velas en un carrito.

—¿Qué...? ¿Qué es todo esto? —pregunté como pude porque me habían dejado sin palabras.

Y en ese preciso momento me di cuenta de que Adam no había sido un cómplice en la sorpresa, sino el que debía haberla organizado.

Cuando miré a mi alrededor, todos mis seres queridos estaban allí, mirándome expectantes, como si fuera un espectáculo.

—¿De verdad pensabas que no íbamos a felicitarte, cariño? —me preguntó mi tía Cris con una sonrisa mientras se acercaba para darme un abrazo— No veas lo que le ha costado a tu prima no contarte nada.

—Sí, sí, que he tenido que confiscarle el móvil dos veces para que no te pusiera un mensajito —dijo Paris volteando los ojos.

—Es que es mi prima del alma ¿qué queríais? —Daniela se encogió de hombros.

Yo no sabía si llorar de risa o de pura vergüenza. No era tan difícil engañarme, en realidad. Y ahí estaba toda mi familia, incluso mi ex y nuestro nuevo analista de la delegación, con sus miradas cómplices y sonrisas de oreja a oreja para darme una sorpresa por mi cumpleaños.

Adam se acercó por detrás y me abrazó, besándome en la mejilla.

—Nunca me olvidaría del cumpleaños de la mujer de mi vida, pequeña.

Sonreí, porque desde luego que entre todos me habían dado el día, haciéndome creer que nadie se acordaba de mi cumpleaños.

La abuela se acercó cargada con un enorme paquete envuelto en papel brillante.

—Aquí tienes tu regalo, hija mía —dijo dándomelo—. ¡Ábrelo, ábrelo ya! —exigió.

—Espera, que me lo acabas de dar. —Reí.

Al abrirlo, vi una caja de madera envejecida, algo antigua, y dentro, una gargantilla de oro con un precioso colgante con el símbolo del infinito y un corazón entrelazados.

—Es precioso, abuela —dije abrazándola con un cariño infinito, igual que el colgante que me había regalado.

—Tú sí que eres preciosa, mi niña. Que tu abuela nunca, nunca, se olvidaría del día que llegaste al mundo para hacernos felices a todos. —Me dio un beso y sentí que se me hacía un nudo en la garganta.

Mi madre ya tenía lagrimillas en los ojos cuando se acercó a abrazarme, me dio un beso y me felicitó mientras me acariciaba la mejilla.

Entonces Daniela vino a cogerme de la mano para llevarme hasta la tarta.

Era enorme, y estaba decorada con flores de fondant y cubierta de crema suave, con una pinta deliciosa que me hacía querer probarla ya.

—¡Ay, qué nervios! ¡No te la comas toda tú, Olivia! —bromeó la muy cabrita, mientras me pasaba una servilleta y me daba un empujoncito.

Uno a uno, fueron felicitándome y pasamos a disfrutar de una cena de picoteo que habían preparado los del restaurante para mí, ese que mi prometido se había encargado de reservar y que cerraran solo para nosotros.

La noche fue avanzando entre risas, regalos que me dieron todos y que me encantaron, porque conocían mis gustos y había alguna que otra prenda de ropa, complementos y joyitas que eran una monada, y esos bailes que Eric se marcaba con mi abuela, que era para verlos.

—Chiquillo, si yo tuviera treinta años menos —le dijo ella después de una bachata que nos dejó a todos de lo más sorprendidos.

—Estás estupenda, Leonor, te voy a presentar a mi tío —le soltó él, que no se callaba tampoco bajo el agua.

—¿Pero baila como tú?

—¿De quién crees que aprendí, guapísima?

—¡Familia! Que os voy a dar un abuelo nuevo —dijo, provocando que nos riéramos todos a carcajadas.

Comenzó a sonar una bachata que Francisco y yo habíamos bailado alguna que otra vez en nuestros buenos tiempos. Sonreímos al mirarnos y él se acercó a Adam, que estaba a mi lado.

—Jefe, ¿me permite un baile con su futura esposa? —le preguntó.

—Mientras solo sea uno y aquí donde yo os vea, sin problema, Paquito —contestó, y a los dos nos salió una risita.

Francisco me cogió de la mano y posó la otra en mi espalda. Comenzó a guiarme como en aquellos entonces y los dos nos miramos sonriendo.

—Qué recuerdos —dijo.

—Sí, de cuando no nos llevábamos como el perro y el gato. —Reí.

—Mira que lo siento, que fui un idiota —suspiró.

—Bueno, estaba de que, ni tú fueras para mí, ni yo para ti.

—Eso es cierto, porque te veo bien con el jefe. Que no veas lo que me sorprendió que me dijera precisamente él que iba a por ti y que no me interpusiera.

—¿Eso te dijo? —Abrí los ojos y la boca, y le vi reírse.

—Sí, sí, que ahí donde le ves, agüita con el alemán. —Soltó un silbido—. Pero te quiere con locura, y ¿sabes? Me alegro de verte así de feliz, porque lo mereces, Olivia, de verdad que mereces que te quieran bien. —Me dio un beso en la mejilla y sonreí.

—Ay, Paquito —suspiré—, a ver si encuentras alguien que también te quiera bien a ti.

—¡¡Paquito, que corra el aire!! —le gritó mi prima, y al mirarla, la muy jodida le hizo el gesto de llevarse los dedos a los ojos y señalarle a él después varias veces, en un modo de lo más amenazante.

—Daniela, que la bachata se baila así, pegaditos —contestó Francisco.

—Tú pégate más, y verás dónde acabas la noche, Paquito —dijo Paris con la ceja arqueada.

—Qué mal les caigo —me dijo con una risita.

—No les caes mal, que ya han vuelto a cogerte cariño.

—Claro, claro, después del asco, que eso no lo dices. —Volteó los ojos y me eché a reír.

Después de aquel baile regresé con mi alemán, que me recibió con los brazos abiertos y un beso en los labios que me dejó con ganas de más.

Cuando llegó el momento de cortar la tarta, el caos no tardó en llegar. El cuchillo, que parecía mucho más grande de lo que era, se atascó en una capa de crema tan espesa que nadie sabía cómo sacar un trozo sin que la tarta se desmoronara por completo, que con lo bonita que era daba una pena que se estropeará...

Pero al final, y aunque la tarta terminó siendo una mezcla desordenada de trozos y crema, pudimos repartirla en los platos y nadie se quejó. Todo era parte del encanto de la fiesta. Una fiesta que no me esperaba por nada del mundo y que estaba siendo la mejor de toda mi vida.

La noche siguió con más bailes y risas. Mi abuela se había enganchado al brazo de Eric y al de Francisco para bailar con uno y con otro, y mi madre decía que cómo cambiaba la cosa ahora que sabíamos que mi ex no era tan malo como pensábamos.

Esta estaba siendo sin lugar a duda la mejor fiesta de cumpleaños de mi vida, y sobre todo porque mi padre estaba en ella.

—Mi niña se ha hecho mayor y yo he tenido que verla crecer por fotos. —Me dijo abrazándome y dejé que me mimara.

—Yo a ti ni en foto te he visto, así que no te quejes.

—No me quejo, pero me duele haberme perdido tantas cosas. —Me dio un beso en la sien—. Estoy orgulloso de cada paso que has dado, Olivia, y me alegro de verte feliz con el hombre correcto.

—Yo también me siento así, papá —sonreí mientras miraba a Adam, que bailaba con mi madre, y justo al lado estaban mis tíos, con quienes se iban intercambiando la pareja de baile a ratos.

La noche desde luego que no iba a olvidarla nunca, y es que claro, los treinta solo se cumplían una vez en la vida.

—¡Abuela! —grité llamándola— ¡Qué bien bailas! —Se echó a reír.

—Ay, hija, que yo también he sido joven —respondió—. Si estuviera aquí tu abuelo, os ibais a enterar de lo que es bailar, que él me llevaba como nadie con el chachachá.

Y le dio por coger a Eric, y también a Francisco, y enseñarles a bailar el famoso chachachá. De verdad que mi abuela, doña Leonor, era muy grande.

Y la música, que iba de una canción de reguetón a una balada de cuando mis padres y mis tíos eran jóvenes, creó el ambiente perfecto para que todos nos soltáramos la melena, como decía la abuela, y bailáramos sin miedo a hacer el ridículo.

No tardamos en escuchar el primer acorde de *La Macarena*, y todos, sin excepción, bailamos la coreografía más famosa de todos los tiempos.

—Yo ya no tengo edad para esto —dijo mi tío Rodolfo cuando acabamos, sentándose en una de las sillas.

—Cuidad, que acaba de hablar Matusalén —resopló Daniela—. Vamos, levanta el culo que nos vamos a marcar tú y yo un reguetón, que los vamos a dejar a todos con la boca abierta, papá.

—Que alguien deje marcado el número de urgencias en el móvil —dijo mi padre, y nos echamos a reír.

Finalmente, la fiesta empezó a calmarse un poco, pero el ambiente seguía cargado de alegría. Miré a mi alrededor, agradecida por el amor y la energía que me transmitían todos en un día como este. Y pensar que creí que no iban a acordarse...

—Gracias a todos, de verdad —dije, levantando la copa para hacer un brindis—. Esto no podría haber sido más perfecto.

—¡Por Olivia! —gritó Paris levantando su copa, y todos gritaron en respuesta levantando las suyas.

No, estaba claro que este cumpleaños no iba a olvidarlo en la vida.

Capítulo 41



Habían pasado un par de semanas desde mi cumpleaños, y como cada mañana, Adam y yo nos levantamos para desayunar y ponernos a trabajar desde el ático.

Mientras él se duchaba y vestía, pues yo lo había hecho antes, bajé a la cocina para preparar el desayuno.

El sol entraba suavemente por las ventanas de la cocina y eso a mí me daba la vida, porque los días que había lluvia estaban de lo más tristes con ese cielo gris.

Estaba de pie frente a la encimera, pensando en lo mucho que había cambiado mi vida desde que fui a ese viaje por trabajo que parecía que sí estuviera destinado a que yo hiciera para conocer al hombre de mi vida en aquella cafetería.

Me había levantado con ganas de comer huevos revueltos con beicon, a saber, por qué, pero lo achaqué a que, tal vez, era un antojo por el embarazo, y ahí estaba yo, mirando fijamente la sartén preparando esos huevos revueltos mientras en la otra doraba el beicon.

No tardó en aparecer Adam y rodearme con sus brazos desde atrás.

—Cariño, esos huevos no tienen ni la más mínima oportunidad de sobrevivir a tus habilidades culinarias —comentó, con una risilla y su tono habitual de provocación.

Me giré lentamente arqueando la ceja.

—¿Qué problema tienes con mis habilidades culinarias? Porque, déjame decirte, que estos huevos tienen una visión muy moderna de la vida. No les gusta seguir las reglas tradicionales de la cocina.

—¿Visión moderna? —dijo con una carcajada— Estás hablando de huevos, no de una *startup* de Silicon Valley. No creo que tengan sueños revolucionarios.

—Quién sabe, igual estos huevos creados con mis fascinantes habilidades culinarias me hagan famosa en TikTok o acabe abriéndome un canal de cocina en YouTube. Me ibas a echar de menos en la delegación, que lo sepas. —Le señalé con el dedo.

Adam se echó a reír antes de darme un beso, sirvió el café mientras tostábamos pan y, cuando el desayuno estaba listo, nos sentamos a disfrutar de aquellos huevos revueltos con beicon que me supieron a gloria.

—¿Cómo te ha dado por preparar esto? —Curioseó.

—Un antojo —respondí tras saborear un bocado.

—¿Un antojo? —Arqueó la ceja— ¿Eso quiere decir que...?

—Pues no lo sé, pero por si acaso, mejor me como estos huevos, no sea que me salga la niña con un huevo en la frente.

—¿Quieres que hagamos una prueba?

—No, mejor me espero unos días —Adam asintió y seguimos desayunando.

Le llegaron algunos mensajes y me dijo que eran correos que teníamos que revisar esa mañana.

—Y ahora sí, es hora de ponernos a trabajar —dijo tras dar el último trago a su café mientras se ponía de pie.

—¿Ya no vas a hacer comentarios sobre mis habilidades culinarias? Porque te has comido esos huevos revueltos con beicon sin decir ni una palabra, vamos, que te he escuchado hasta gemir.

—Déjame pensar... —Entrecerró los ojos y sonrió—. No, no diré nada más porque ha sido un desayuno de hotel de cinco estrellas.

—Me alegra escuchar que ha estado a las alturas de su paladar, señor Keller.

—Si me llamas así de nuevo, pequeña, no respondo —dijo en tono serio mientras me daba un beso en el cuello, ese que hizo que mi cuerpo se estremeciera por completo.

—Bueno, después de este desayuno de lujo, no hay más excusas. Hora de ser productivos —dije tras terminar de recoger todo.

—Voy a hacer una llamada, ahora te veo. —Me dio un beso en la mejilla y un apretón en la nalga, y le miré por encima del hombro, encontrándome con un guiño y una sonrisa de lo más pícaras.

Reí negando mientras le veía alejarse, y no pude evitar fijarme en su culo, ese que tenía tan perfecto el muy jodido.

—Deja de mirarme el culo —dijo sin tan siquiera darse la vuelta.

—No te estaba mirando el culo.

—Sí que lo hacías. —Me miró por encima del hombro.

Suspiré y terminé de recoger lo del desayuno mientras pensaba que para comer iba a pedir en el restaurante asiático, ya que hoy teníamos algunos expedientes que revisar.

Si había algo que me encantaba de trabajar desde casa con Adam, era que, por mucho lío que tuviéramos, siempre había tiempo para alguna que otra broma, por no hablar de esas miradas cómplices y sonrisas que solíamos compartir.

Iba a ir a empezar mi jornada cuando llamaron al telefonillo. Al abrir, me dijo que era un mensajero y me quedé extrañada porque yo no había pedido nada, y estaba segura de que Adam tampoco.

Me entregó un paquete, lo abrí, y lo primero que encontré fue una nota escrita por mi prima y que firmaban ella y Paris.

«¿No has tenido nunca la fantasía de tener sexo en el despacho de tu jefe? Con esto, ahora puedes. Aprovecha que en casa nadie os molesta. Si te quedas embarazada hoy, la niña se tiene que llamar Paris Daniela»

La madre que las parió, lo que me reí al leer aquel nombre, que sonaba a actriz de telenovela.

Desenvolví lo que había en la caja y me encontré con una camisa blanca ceñida, una falda corta de cuadros negros y rojos, muy de estilo colegial, y unos zapatos de tacón de aguja rojos que me daban hasta vértigo.

Se habían vuelto locas, o se habían dado un golpe en la cabeza y habían perdido la cordura, porque si no, no me explicaba cómo le había dado a ese par de majaras por enviarme eso.

Y me llegó un mensaje de mi prima en el chat de WhatsApp que teníamos las tres.

Daniela: *Sabemos que te ha llegado nuestro regalito. PÓNTELO y tírate al jefe.*

Iba a contestar, pero ni tiempo me dio porque Paris también me envió un mensaje.

Paris: *Vamos, cuñada, que mi hermano está perfecto de salud y tiene un corazón muy fuerte. Cuando te vea, se le salen los ojos y te empotra contra la mesa. O la pared, da igual, pero que, de esta, te preña seguro.*

Ya no sabía si reírme o mandarlas al carajo, pero es que tenían cada cosa, que desde luego que esas dos no podían hacer una mejor pareja, vaya.

En fin, que al final me fui a la habitación, y después de unos minutos de indecisión, acabé poniéndome aquel conjunto que ese par de locas me había enviado.

Me eché un vistazo en el espejo y... me vi hasta sexi, la verdad. Cogí el móvil, me hice una foto y se la mandé a las dos al chat, que no tardaron en decirme que estaba lista para ir a por mi jefe.

Solté una risita y entonces le mandé un mensaje a Adam.

Olivia: *Jefe, ¡voy a por ti!*

Esperé unos segundos, lo leyó y me envió un mensaje.

Adam: *¿Qué he hecho ahora?*

Olivia: *Nada por el momento, pero espero que lo hagas.*

Y fui a su encuentro, carraspeé al ver que estaba concentrado en la pantalla del ordenador y, cuando levantó la cabeza y me vio, abrió los ojos.

—Joder —murmuró, y le vi tragar saliva, por lo que sonreí de manera disimulada.

—Ya está aquí su ayudante, señor Keller —dije caminando despacio, contoneando las caderas hasta llegar a él—. ¿Quiere un café? —pregunté mientras me apoyaba en el escritorio.

—Más que un café, señorita Díaz, creo que debería darme una ducha de agua fría antes de la próxima videollamada.

—¿Y a qué hora es esa videollamada?

—Dentro de una hora —respondió mientras me miraba las piernas.

—Entonces, ¿hasta dentro de una hora podría estar libre?

—¿Qué tiene en mente, señorita Díaz?

—Pues... —Me aparté del escritorio, apoyé ambas manos en los reposabrazos del sillón en el que estaba y acerqué los labios a su oído para susurrar—. Esperaba tener una reunión privada con usted.

—Pequeña, si sigues por ahí, no te va a durar mucho esa ropa puesta —me dijo con un tono ronco, y pude ver que sí que se estaba excitando por lo abultado que veía debajo de sus pantalones.

—Creo que esa es la idea. —Me salió una risilla.

—Entonces, estoy perdiendo el tiempo.

No tardó en ponerse de pie mientras se aferraba a mis caderas y me besaba con esa pasión que solía desencadenar nuestros encuentros.

Acabé apoyada en el escritorio con Adam entre mis piernas, notando su miembro erecto rozando mi zona íntima, y gemí en su boca, lo que propició que a él también se le escapara un gemido.

Llevó ambas manos a mis muslos y comenzó a subirlas despacio en una caricia hasta que me agarró por las nalgas para hacer que me apartara del escritorio y dio un par de apretones en ellas mientras movía las caderas para rozarme más con su erección.

Acabamos dejando que nuestras manos tomaran el control y, entre besos, mordisquitos y gemidos, nos fuimos despojando de esas prendas que nos molestaban en el cuerpo del otro.

Adam bajó con suaves besos por mi cuerpo hasta que se detuvo en uno de mis pezones, lamió y mordisqueó para hacer lo mismo con el otro. Siguió bajando, levantó la falda que aún tenía puesta y me dio un beso en el interior de un muslo, después en el otro, y acabó lamiendo muy despacio mi zona hasta que comenzó a excitarme aún más.

No tardó en llegarme a un primer orgasmo que grité con todas mis fuerzas, dejando caer la cabeza hacia atrás mientras me agarraba al escritorio.

Volvió a besarme y noté que liberaba su miembro, ese que comenzó a adentrarse en lo más profundo de mí ser poco a poco, para acabar con una fuerte embestida que me hizo estremecer.

Adam levantó mi pierna ligeramente flexionada para colocarla alrededor de su cintura y así nos dejamos llevar por ese momento de intenso placer, notando el calor que desprendían nuestros torsos, puesto que ambos estábamos desnudos de cintura para arriba.

Se movía rápido, de manera constante y sin perder el ritmo, besándome, sosteniendo mi nuca con una mano mientras con la otra seguía manteniendo mi pierna alrededor de su cintura.

No tardamos en llegar al clímax al unísono, liberando ese orgasmo que nos dejaba saciados al menos por unas horas, porque desde que habíamos empezado con nuestra relación el día que entré en su casa en Berlín, no había momento que no nos buscáramos el uno al otro para dejarnos llevar por esa pasión que nos envolvía.

Se quedó como siempre un ratito dentro de mí cuando acabamos, me acariciaba la espalda y besaba mi hombro con delicadeza mientras yo mantenía la frente apoyada en su pecho, notando lo rápido que le latía el corazón.

—Una reunión interesante —dijo cuando se retiró y me salió una risilla.

—No ha sido cosa mía, sino de las locas que tenemos por prima y hermana.

—¿Daniela y Paris? —Frunció el ceño.

—¿A qué otras locas conoces? —Volteé los ojos—. Según ellas, yo tenía una fantasía de querer tener sexo con mi jefe en su despacho, algo que no sabía, por cierto, y este atuendo que me han enviado dicen que era perfecto para ello.

—No lo olvides en un rincón en el armario, que igual otro día te pido que tengamos una reunión privada.

—¿Qué dices? —Me reí—. A ver si ahora vas a querer que me vista de secretaria sexi.

—No necesito que te vistas de ningún modo para querer hacerte el amor, pequeña —dijo mientras me acariciaba la mejilla—. Pero ha sido interesante verte así vestida —sonrió.

—Pues que sepas que la petición de tu hermana y mi prima es que, si me has dejado embarazada hoy, la niña se llame Paris Daniela.

—Ni hablar, por ahí sí que no paso. —Soltó una carcajada—. Muy borracho tendría que estar para aceptar que le pongas ese nombre a mi hija.

—Yo te digo que tendría que estar bajo los efectos de calmantes muy potentes para hacerle eso a mi niña. Que los nombres por separado son preciosos, pero juntos, como que no —negué poniendo cara de terror.

Adam me dio un beso y en ese momento comenzó a sonar su móvil. Al ver que era Francisco, le cortó la llamada y le mandó un audio diciéndole que nos diera unos minutos para comenzar la videollamada con los de la sede en Berlín.

Fuimos a ponernos decentes y presentables para comenzar el trabajo, y antes de acomodarnos frente al ordenador, me dio un beso rápido en los labios.

—Te amo, cariño —susurró acariciándome la mejilla.

—Y yo, mi amor —sonreí sintiéndome feliz.

Capítulo 42



Tres meses habían pasado desde que regresamos de Alemania y comenzamos a vivir en el ático, ese que, desde antes de ayer, dejamos atrás para instalarnos en la casa que sería nuestro nuevo hogar, ya que nos habíamos ido trayendo todo y ya estaba lista.

Sí, después de un par de visitas, tuvimos la suerte de encontrar una villa de dos plantas frente al mar en una de las mejores zonas a las afueras de la ciudad, en una urbanización de lo más exclusiva. Se la compramos a un futbolista que se iba a otro equipo a jugar fuera de España.

Totalmente de diseño y con una luminosidad increíble. La chimenea era de lo más bonita y grande. Cada rincón tenía su propio encanto, no había un solo lugar que no fuera acogedor, dulce y llamativo; todos los espacios invitaban a quedarse y disfrutar. No había rincón menos impresionante que el otro en la casa, todos eran de lo más acogedor, dulce y llamativo.

Dejé a Adam que eligiera el mobiliario, ya que sabía que tenía un gusto exquisito, al igual que su hermana, y, cómo no, lo bordó.

Cada mes me llevaba un disgusto cuando me venía el periodo y es que yo me quería quedar embarazada, pero parecía que se hacía de rogar. Él con su paciencia me consolaba y animaba.

Adam me había pedido que comenzásemos a planificar la boda para verano y que quizás, manteniendo mi cabeza ocupada y sin pensar tanto en el embarazo, llegaría sin esperarlo. El pobre me intentaba animar, pero es que a mí me había entrado el instinto maternal y ese momento no llegaba.

Daniela y Paris se quedaron el ático para ellas, se lo regaló Adam de sorpresa, ya que estaban enamoradas de esa vivienda. Hoy comenzaban a mudarse. La familia acogió su relación con todo el cariño y respeto del mundo. No me esperaba otra cosa.

De nuestra casa no pagué ni un euro y, sin embargo, puso las escrituras a nombre de los dos a partes iguales. Le pedí por activa y por pasiva que no lo hiciera, pero decía que era mi regalo de bodas. Ya me lo advirtió su madre, que cuando a Adam Keller se le metía algo en la cabeza, no había quién le quitara la idea, lo mismo que ocurría con su padre.

Me adapté a trabajar con él desde casa y aprendí cosas inimaginables, cada vez valoraba más

el ingenio de Adam, que era todo un crac de hacer dinero con sus estrategias.

Mi padre trabajaba feliz en la empresa y estaba aprendiendo mucho, todos nos decían en la delegación que era un hombre que se dejaba el alma y el corazón por mejorar cada día.

Adam había salido a hacer unas compras y yo me tomaba el café en la terraza, dejando que esos rayos de sol de un mayo que parecía puro verano me llenaran de vida y vitamina D, como decía la abuela.

Inhalaba el humo del cigarrillo mientras pensaba en esa boda de la que estaba muy ilusionada, a la vez que tenía ese amargor del embarazo. Hasta yo misma me reprochaba esta actitud, pero es que lo deseaba con toda mi alma. Ni yo entendía estas prisas mías por ser madre cuando estaba disfrutando de una etapa de lo más bonita junto al que estaba segura, era el hombre de mi vida.

En un ratito venían a recogerme Daniela y Paris para irnos a desayunar juntas, como ya le había dicho a Adam.

Me comencé a vestir cuando ya me avisaron de que estaban llegando. Por lo general, solían llegar con bastante antelación, y parecía que a mí se me pasaba por alto este detalle.

No tardé ni cinco minutos en bajar y ya estaban resoplando. Eran tal para cual.

—Quejaros encima. Faltan quince minutos para la hora que acordamos —dije acomodándome en el asiento de la parte de atrás.

—*Ñiñiñiñi* —se burlaba Paris y me tenía que reír con ella. Era como el hermano en muchos sentidos. Le di una colleja y se quejó rascándose.

Fuimos a una cafetería de una calle de tiendas de lujo donde metimos el coche en un parquin.

—Cómo se pega el glamur —murmuré, refiriéndome a mi prima.

—Mira quién fue a hablar, que ahora calza un Mercedes, bolsos caros y un reloj que vale más *parné* que un coche.

—Estúpida. —Me reí.

—Lo que quieras, pero soy tu prima favorita.

—Nos ha jodido mayo, como que no tengo otra. —Volteé los ojos.

—Hostias, lo que te ha dicho —le dijo a Paris.

—Me acaba de romper el corazón. —Se llevó las manos al pecho.

—Eres mi cuñada. ¿Te parece poco?

—Poquísimo, yo quiero ser alguien grande en tu vida.

—Como si no lo fueras. —Me reí, negando.

—A ver cómo te decimos que hemos pillado en la tienda de allí —señaló hacia el lado derecho de la calle donde había mogollón de tiendas— para ti, una cita para dentro de veinte minutos.

—¿Una cita para qué? —Fruncí el ceño porque no sabía ni qué tienda me estaba señalando.

—Esto... ¿Hola? ¿Boda a la vista en un breve? ¿Vestido de novia? ¿Te va sonando ya, cuñada?

—Ay, Dios. —Me llevé las manos a la boca—. Vais por delante en todo.

—Os queréis casar en julio, faltan dos meses y los vestidos requieren pruebas. Sabemos que no das el paso por si sales embarazada, pero ¿crees que en dos meses se te va a notar el bombo? No vas a engordar —me recriminó mi prima—. Y tu marido está ahora mismo en otra tienda probándose su traje.

—Siempre me entero la última de todo.

—Todos te hemos dicho mil veces lo del vestido, pero claro, si no te animas tú, que eres la novia, te tenemos que empujar nosotras, que también nos casamos. Hasta estamos pensado, para ahorrarnos una parte, que ya podríamos hacer las dos bodas juntas —dijo Paris, y se echaron a reír.

—¡No sois capaces!

—¿Qué no? —preguntaron al unísono y de nuevo riendo como si de verdad lo tuvieran hablado.

—Ay, Dios ¿sabe esto tu hermano?

—Me dijo que tú tenías la última palabra.

—Con dos cojones. ¡Nos casamos a la vez! —grité emocionada.

—¡Ole! —gritó mi prima aplaudiendo— Sabía que no nos ibas a fallar.

—Aprovechad y comprad los vestidos —les dije riendo.

—Tenemos la cita para las tres —murmuró Paris haciéndose la despistada.

—Vaya tela con vosotras. —Me reía a carcajadas.

—Joder, si solo quieres ir a la farmacia a comprar una prueba de embarazo —me recriminó mi

prima haciéndonos reír más—. ¡Nos casamos en una boda doble! —gritó feliz.

Dos dependientas nos recibieron hasta con champán. Mi prima estaba atacada de los nervios mirando todos los vestidos mientras las chicas nos preguntaban para saber el estilo que deseábamos y hacernos recomendaciones.

Nos enseñó varios, pero las tres nos quedamos enamoradas del mismo. Fue un amor a primera vista que nos hizo hacer una ovación.

—Me veo yendo las tres vestidas iguales —murmuré, causando una risa en las dependientas.

—¿Quién dijo miedo? —preguntó Daniela.

—Quedará tan bonito —murmuró emocionada París.

—Nos lo probamos las tres —le dije a la chica que nos miraba atenta mientras la otra estaba atendiendo a otra compañera que le preguntaba algo.

Los vestidos eran como de seda con unos dibujos en pedrería muy chiquitita y con una pequeña cola. De corte sirena, tirantes finísimos de la misma pedrería y escote a la caja. El tono era de color champán, ninguna queríamos ir de blanco. Una joya de vestido de lo más exclusivo, elegante y moderno.

Es cierto que las tres gozábamos de una figura generosa y el vestido nos quedaba a todas como pintado. No lo dudamos ni un momento y nos tomaron todas las medidas para la siguiente prueba. Dejamos la mitad pagado y salimos de allí de lo más emocionadas. Hasta en los zapatos que había decidido dentro coincidimos las tres. Íbamos a ir como tres calcomanías, vestidas de manera idéntica, pero eso sería secreto hasta el instante que nos vieran entrar a la ceremonia.

Aprovechamos para ir a una tienda de lencería donde las tres también nos decantamos por la misma ropa interior.

Y llegamos a la cafetería donde habíamos quedado con mi madre, mi tía y la abuela, que estaban ya sentadas tomando un café. Al vernos, la abuela sonrió.

—¿Ya venís de que se pruebe el vestido? —preguntó la abuela— Que veía que al final teníamos que cogerte cualquiera.

—Se lo acaba de probar, sí —dijo París con una sonrisa, y estaba claro que ellas no iban a decir nada de los suyos.

—Menos mal, porque lo has dejado casi, casi, para el último, hija.

—Lo sé, mamá, pero ya sabes que...

—Sí, mi niña, lo sé —sonrió mientras me daba un apretón en la mano.

Pedimos los cafés y todas quisieron saber cómo era mi vestido. Daniela, que era una cabrita de manual, buscó una foto en internet de un modelo antiguo, lleno de volantes y con las mangas de lo más pomposas, ese que les mostró con una euforia y una sonrisa en los labios, que distaba mucho de la cara que tenían mi madre, mi tía Cris y mi abuela.

—Es... clásico —dijo mi tía con una sonrisilla.

—¿Clásico, Cris? —gritó mi abuela— Esto no me lo habría puesto ni yo en mis tiempos, y mira que mi madre sí que era clásica —resopló.

—Mamá, si es el que le ha gustado a la niña... —Trató de mediar mi madre.

—¿Y la niña que lo ha visto, con los ojos vendados? Por Dios, si se pone eso, mi pobre Adam esa noche no se excita ni con viagra. —Volteó los ojos.

—¡Abuela! —grité mirándola con los ojos abiertos.

—Ni, abuela, ni gaitas. Más vale que no hayas dejado una señal porque no vas a ponerte eso. Hija mía, que tienes mejor gusto.

—Pues estaba preciosa con él, abuela Leonor —dijo Paris con una sonrisa.

—Virgen de la Macarena, si es que tendría que haber ido yo con la niña a por el vestido.

Y estallamos todas en carcajadas al verla levantar la mano y cuando se acercó el camarero, le pidió un *whisquito*.

Acabé confesando que mi vestido era bien distinto de ese que había buscado mi prima, a lo que la abuela dijo que, como le diéramos más disgustos de esos, nos la cargábamos.

Pero es que también Daniela tenía unas cosas, que ya podría haber buscado otro modelo un poco menos... feo, sí, porque esa era la única palabra que me venía a la cabeza para el vestido.

Que en la época en que ese modelo estuviera de moda, pues sería la bomba, precioso a más no poder, pero en los tiempos que corrían, como que no me veía yo con eso.

Y sí, tenía que darle la razón a mi abuela, porque si me viera mi futuro marido aparecer con ese vestido el día de nuestra boda, se me emborracharía solo para dormir la mona y no verme desnuda.

Capítulo 43



La boda ya era prácticamente un hecho, todo estaba listo para que en unos días Adam y yo nos convirtiéramos por fin en marido y mujer, ese momento con el que llevaba soñando desde que mi alemán puso el anillo en mi dedo delante de nuestras familias.

Seguramente habrá quien piense que todo había ido demasiado rápido, pero la verdad es que ambos habíamos estado enamorados el uno del otro en silencio durante un año, hasta que, finalmente, y como él me pidió, todo comenzó a fluir de manera natural.

Le amaba con todo mi ser, era el hombre de mi vida y sabía que no quería a nadie más a mi lado para compartir cada día, no me veía con otro hombre que no fuera ese rubio de ojos azules que me conquistó con tan solo una mirada y una sonrisa, y con quien descubrí en apenas unas pocas horas que tenía tanto en común.

Quién me iba a decir a mí que aquel viaje a Hamburgo por temas laborales me iba a poner por delante al que acabaría siendo mi marido. Al final, creo que debo darle las gracias a mi ex el hecho de que me enviara allí para quitarme del medio unos días, pero lo que realmente sucedió fue que encontré al amor de mi vida.

Y hoy había llegado el momento de esa antesala a mi boda, y junto a mi madre, mi tía, mi abuela, mi suegra, mi prima y mi cuñada, celebraba mi despedida de soltera.

Los padres de Adam habían llegado hacía unos días para estar aquí con nosotros ayudando en lo que necesitásemos de esos últimos preparativos para las bodas, porque sí, finalmente Daniela y Paris se casarían el mismo día que nosotros, y Mery, la madre de Adam, decía que siempre venían bien un par de manos extras para organizar una locura tan grande.

Razón no le faltaba, pero debía agradecer a mi prima y a mi cuñada que se hubieran encargado de todo para organizarlas, porque yo había estado muy metida en el trabajo con Adam y un tanto distraída por mis intentos fallidos de quedar embarazada.

Mi madre me decía que tuviera paciencia y que no me preocupara, que seguro que antes de lo que pensaba ese bebé llegaría para llenarnos de alegrías, y sabía que tenía razón, pero lo deseaba con tantas ganas que cada prueba que salía negativa después de unos días de retraso en mi periodo era un dolor que no podía evitar.

Era una noche cálida de verano, de esas que invitan a ser vividas con intensidad.

—Tierra llamando a Olivia. —Escuché la voz de mi prima y la miré—. ¿Dónde te habías ido, niña?

—Perdona, estaba pensando en una cosa del trabajo —mentí.

—Dios, es que es igual que mi hermano —resopló Paris—. Olvídate del trabajo que estamos de fiesta.

—Eso, que la noche es joven —dijo mi abuela, que ya tenía un mojito en la mano.

Daniela y Paris se habían encargado de todo para esta noche, habíamos cenado en uno de los mejores restaurantes y ahora estábamos en el reservado de un local de copas que, por lo que me habían dicho ellas y comprobé al llegar, siempre estaba lleno.

Pero sin duda que tenían los mejores mojitos y cócteles, así como buena música de todos los estilos. Y como no podía ser de otro modo, el tequila tampoco iba a faltar esa noche, ya que mi cuñada se había encargado de pedir que nos dejaran una botella con mucho limón y mucha sal en la mesa, y que cuando faltara alguna de esas cosas, nos volvieran a traer.

—Vamos, prima, que estás en tus últimas noches de libertad —dijo Daniela, cogiendo la botella de tequila y llenando los vasos—. Un chupito para el pecho por lo bien que lo hemos hecho Paris y yo preparando la despedida.

—¿Solo yo estoy a punto de dejar de estar soltera? —Arqué la ceja.

—Eso digo yo, hija, que vosotras también os casáis —dijo mi abuela señalándolas a ambas.

—Es verdad, niña, ¡¡qué nos casamos!! —gritó Paris.

—¿Quién nos iba a decir a nosotras que celebraríamos la boda de nuestras hijas el mismo día, Carmen? —comentó mi tía Cris.

—Y con un par de hermanos, que eso sí que es tener puntería. —Rio mi madre.

—Yo estoy de lo más feliz porque he ganado dos hijas —dijo mi suegra, que nos miraba con un amor increíble a mi prima y a mí.

—Pues yo presumo con mis amigas de nieto y nieta que me tienen una envidia... Sobre todo, Rosa Mari, esa mujer que no ha conseguido casar a sus tres nietas todavía, qué manera de mirar a Adam cuando le enseñaba las fotos.

—Es que, no es porque sea mi hermano, pero está cañón. —Rio Paris.

—Treinta años menos debería tener yo, sí.

—Abuela, por Dios ¿en serio estás diciendo que le quitarías el novio a tu nieta? —Rio mi prima.

—No, no, que le habría conocido yo antes, vamos, hombre. —Volteó los ojos.

Desde luego que mi abuela tenía un peligro que nos daba miedo a todas, pero la verdad es que nunca, desde que perdió a mi abuelo, había querido estar realmente con otra persona.

—Venga, señoras, chupitos arriba —dijo Paris.

—Mira la niña, que nos llama señoras. Qué mala baba, por favor —protestó mi tía.

—Como decís aquí, frita me tiene con eso. —Rio Mery, mi suegra.

—A ver, mamá, sois mujeres casadas, por tanto, señoras. Nosotras aún estamos solteras, prometidas, pero solteras —argumentó Paris encogiéndose de hombros.

—Por esa regla de tres, yo también soy señorita, que no estoy casada —contestó la abuela.

—¿Las viudas se consideran señoritas con casi setenta años, abuela? —preguntó Daniela.

—¡Ah! Qué ataque más gratuito. Tengo sesenta y siete años, niña, sesenta y siete. Aún me queda para los setenta.

—Tres años, tampoco es tanto... ¡Auch! —Daniela se frotó el cuello, porque la abuela le acababa de dar la madre de todas las collejas.

—Ya quisieran muchas estar como tu abuela a su edad —dijo mi suegra con una sonrisa.

—Mery, que tú también estás guapísima. Mira, una noche nos vamos tú y yo solas de marcha, verás qué manera de que te entren los hombres.

—Abuela, no te llesves a mi suegra al lado oscuro de la vida, por favor te lo pido, que me cuesta el divorcio con Adam. —Reí.

—A ver, hija, que yo soy de las que dice que se mira, pero no se toca y tampoco se disfruta —contestó.

—Bueno, ¿bebemos? —dijo Paris, y todas cogimos los chupitos— Por nosotras, que valemos mucho y vamos a celebrar la madre de todas las bodas.

—¡Que vivan las novias! —gritó mi tía Cris.

Nos bebimos aquellos chupitos de tequila y seguimos con la charla mientras disfrutábamos de los mojitos, hasta que la abuela soltó lo más grande, pero es que esa mujer era un peligro.

—Y digo yo, ¿no van a venir *boys* de esos?

Juro por mi vida que no me ahogué con el sorbo que acababa de dar, de milagro, pero que acabé tosiendo y con todo el líquido salpicado por el suelo.

Todas, sin excepción, la miramos con los ojos abiertos.

—¿Qué? No me miréis así, que en las películas hay bailes de esos.

—Abuela, por Dios. —Daniela soltó una carcajada y las demás nos unimos.

—Mamá, no puedo contigo.

—Entonces no hay estriptis, ¿no?

—No, abuela Leonor, no hay, que a mi hermano le habría dado un infarto, y ya tiene una edad... —dijo Paris con una sonrisilla.

—Pues me voy a bailar ahí fuera. —Se acabó el mojito y dejó el vaso en la mesa.

—Voy con ella, que tiene un poquito de peligro. —Rio mi madre.

—Te acompaño, cuñada.

—Y yo, y yo, que soy fan de tu madre —dijo mi suegra.

Al final acabamos todas saliendo del reservado para ir a bailar. Daniela y Paris se contoneaban de un modo que desde luego que estaba claro que esa noche iban a despedirse de la soltería por todo lo alto cuando llegaran a casa.

Para vernos a todas allí en la pista, sobre todo a las tres futuras novias con nuestra banda cruzada. En la mía ponía «Me caso», y en las de Daniela y Paris, «Y nosotras también». Sí, eso había sido cosa suya al igual que todo lo demás, pero no podía negar que ese par de loquitas se lo habían currado todo, y mucho.

La fiesta seguía, así como los bailes y las copas, pues Daniela, al ver a una de las camareras, le pidió una ronda de mojitos para todas y allí mismo, entre bachatas, reguetón y salsa, nos tomábamos esa copa sin que decayera la fiesta, como decía la abuela.

Quien, por cierto, se había hecho con la pista de baile y tenía a muchos de los que estaban allí disfrutando de la noche del sábado bailando con ella.

Para verla con esos movimientos de cadera y el modo en el que algún que otro chico la agarraba de la cintura bailando bachata.

—¡Eso es, abuela! ¡Así se baila! —gritó Daniela entre risas, mientras grababa con su móvil aquel momento.

—¿De verdad que abuela sabe bailar así? —le pregunté a mi madre y se echó a reír.

—Sí, hija, que cuando me ha sacado de casa para que no me muriera de la pena por tener a tu

padre encerrado, no veas cómo triunfaba. Desde luego que no ha tenido un novio porque no ha querido —sonrió—. Pero creo que esta noche va a ser mejor que empecemos a darle agua en vez de alcohol, que no veas la de chupitos que lleva ya. —Acabamos las dos riendo.

—¡¡Viva la abuela Leonor!! —gritó Paris a todo pulmón cuando la música se acabó y tuvimos unos segundos de silencio en el local.

—¡¡Viva!! —gritaron todos los que estaban cerca de nosotras.

Desde luego que doña Leonor era mucha Leonor.

Después de varios bailes más y algún que otro mojito, volvimos al reservado para sentarnos, pues sentíamos que los pies ya no nos respondían mucho.

Y fue justo ahí cuando la abuela, tras llenar los vasos de chupito con tequila y cogiendo uno, levantó el dedo como si fuera la maestra de ceremonias a punto de dar un concierto.

—Quiero proponer un brindis. Porque, aunque os caséis —nos señaló a Daniela y a mí—, quiero que recordéis que siempre seréis nuestras niñas. Y, aunque el amor de vuestra vida esté esperando en el altar, siempre tendréis el de vuestra familia.

—Verás que nos hace llorar la abuela, prima —me dijo Daniela con un suspiro, haciendo que todas riéramos.

—Por mis nietas, que después de tantos papanatas, han encontrado al amor de su vida. —Levantó el vaso y todas hicimos lo mismo.

—Por Olivia y Daniela —dijeron todas al unísono.

—Y por mí, que me caso con una de ellas —soltó Paris, y estallamos en carcajadas antes de tomarnos el chupito.

Continuamos con la fiesta hasta altas horas, pero sabiendo que ninguna de las futuras novias la íbamos a olvidar, así como así, porque no había sido solo una fiesta más antes de nuestra boda, sino que nos confirmaba a las tres que, siempre, pasara lo que pasara, podríamos contar con esas cuatro mujeres que nos habían acompañado esta noche, y de lo afortunadas que éramos por tener a esta familia, un poco alocada, sí, pero maravillosa.

Capítulo 44



El día había llegado, por fin, y estaba a punto de convertirme en la mujer de Adam oficialmente.

Era un precioso día de julio, el sol brillaba como nunca antes había visto, y desde aquí podía ver que la playa estaba radiante y las olas se movían de una manera tan rítmica que parecía que estuvieran bailando al son de una melodía que solo ellas podían escuchar.

Sí, la boda, o mejor dicho las bodas, se celebraban en la playa, puesto que a las tres nos pareció el lugar perfecto para hacerlo.

Todo estaba adornado con guirnaldas de flores tropicales, y las sillas de madera en la arena formaban dos filas perfectamente alineadas. Iba a ser una ceremonia sencilla, pero con mucho significado para las cuatro personas que nos daríamos el sí ante nuestras familias y amigos.

Ya estábamos las tres vestidas, nos habíamos arreglado solas con la única ayuda de las chicas del salón de mi prima, puesto que los vestidos eran una sorpresa para todos.

Paris se despidió de nosotras para ir a esperar a Daniela en el altar junto a Adam, y allí estábamos las dos con unos poquititos de nervios esperando que nuestros padres vinieran a buscarnos.

—Madre mía, Olivia, que nos casamos —dijo con una risita.

—Sí, parecía que el día no llegaba, y mira. —Reí.

—Estás preciosa, y lo que se ha perdido la culebra de Francisco.

—Calla, que el pobre me da hasta penita.

—Si es que esa Silvia era una rata venenosa, más mala y no nace. —Volteó los ojos.

Llamaron a la puerta y las dos dimos paso, no tardamos en ver a nuestros padres, Andrés y Rodolfo, entrar con sus trajes de padrinos, esa sonrisa de orgullo y los ojos vidriosos por la emoción.

—Estáis preciosas —dijo mi padre dándome un abrazo.

—Veréis vuestras madres cuando vean que vais las tres iguales. —Rio mi tío.

—Esta es una boda única y exclusiva, papá —contestó mi prima.

—Desde luego, hija, desde luego. ¿Estáis listas?

—Y nerviosas. —Reí.

—Vamos, que os están esperando impacientes. —Mi padre me dio un beso en la mejilla.

Salimos de allí los cuatro para ir al encuentro de quienes nos esperaban para que nos convirtiéramos en sus mujeres, y al vernos aparecer todos los invitados, sonrieron.

Pero yo me centré en mi futuro marido, ese hombre alto, rubio y de ojos azules que sonreía con los ojos vidriosos y que se veía tan emocionado y feliz como yo en un día como este.

En cuanto nuestros padres nos dejaron con Adam y Paris, ambos nos cogieron de la mano para no soltarnos en toda la ceremonia.

—Cuando estéis listos, podemos empezar —dijo el oficiante, con una sonrisa de lo más tranquilizadora.

—Pues ya, antes de que ellas dos se arrepientan y nos quedemos mi hermano y yo más tirados que un trasto viejo en la basura —soltó Paris, haciendo que todos rieran.

Además de nuestras familias, Adam y yo habíamos invitado a todos los que trabajaban en la delegación con nosotros, además de a algunos de los directivos y analistas de la sede de Berlín con los que él siempre tuvo un trato muy cercano.

El oficiante comenzó con la ceremonia y yo sentía que me consumía de los nervios. Poco a poco todo iba avanzando y cuando quise darme cuenta, Adam me agarraba de las manos y me miraba fijamente.

—Olivia, cuando te conocí, vi que eras una mujer increíble, y que tu ex había sido el hombre más idiota del mundo por dejarte escapar —dijo con una leve sonrisa.

—Eso va por ti, Paquito —soltó Paris, y nos echamos todos a reír.

—Y con cada instante que he pasado contigo he aprendido que los mejores momentos de la vida son esos que nunca planeas, esos que te hacen ver el mundo en una amplia gama de colores. Te amo, Olivia, y prometo que siempre estaré a tu lado, para lo bueno y para lo malo.

Miré a mi casi marido a los ojos y sonreí, porque eso mismo era lo que sentía yo desde que nos conocimos.

—La verdad es que nunca imaginé que el hombre con el que me casaría fuera tan... impredecible. Pero eso es precisamente lo que me gusta de ti. Porque cada día contigo es una sorpresa, una locura que me encanta vivir a tu lado. Me haces reír, me hiciste confiar en mí misma y cada día lo sigues haciendo. Quiero seguir riendo cada día de mi vida contigo. Te amo más de lo que puedo llegar a expresar, y no puedo ni quiero esperar para saber qué nos depara la vida juntos.

Me dio un apretón en la mano y apoyó la frente en la mía mientras sonreía con los ojos vidriosos y esas lágrimas contenidas que yo también sentía en mis ojos.

Les tocó el turno a ellas y, por cómo se miraron y esa sonrisa en sus labios, ya todos nos contagiarnos y sonreímos.

—Daniela, seré breve. —Carraspeó—. Te quiero, te amo, y así será cada día del resto de mi vida. No voy a soltarte la mano y prometo que no te vas a aburrir estando casada conmigo.

—No lo jures. —Rio mi prima y cogió aire—. Yo también te amo, Paris, y prometo que no dejaré de hacerlo nunca.

El oficiante nos miró a los cuatro, anunció que podíamos hacer el intercambio de anillos y, tras hacerlo, nos declaró oficialmente casados y pudimos besarnos.

Adam me rodeó por la cintura con la mano y selló nuestro matrimonio con un beso apasionado y tierno a partes iguales. Nos miramos a los ojos y volvió a decirme cuánto me amaba.

Pasamos a la zona donde se servía el cóctel y fuimos recibiendo las felicitaciones de todos, los primeros, como era lógico, fueron nuestros padres, que nos abrazaron y besaron con esa euforia que les caracterizaba. Incluso mi abuela estaba llorando de lo más emocionada.

Y tras las felicitaciones de los que habían venido desde la sede de Berlín y nuestros compañeros de la delegación de aquí, se acercó un sonriente Eric que me dio un abrazo que casi me deja sin aire.

—Pero qué guapa estás, jefa. Y qué suerte tienes, jefe. No dejes que esta mujer se te escape nunca, que vale más que ninguna otra que yo haya conocido —le dijo a modo de advertencia.

—No sabía que fueras su guardaespaldas. —Adam arqueó la ceja.

—Lo soy, desde el momento en el que me contrató. Enhorabuena a los dos.

—Gracias, Eric —sonreí.

Y cuando él se marchó, vi que se acercaba Francisco de la mano de una chica preciosa, pero que parecía un tanto tímida. Y el caso es que a mí esa chica me sonaba, pero ahora no caía de qué.

—Olivia, Adam, felicidades —dijo estrechándole la mano a él, y a mí me dio un abrazo.

—Gracias, Paquito —respondimos al unísono y él se echó a reír.

—Quiero presentaros a Jimena, mi chica. —La miró y, por el brillo en sus ojos, supe que mi ex había encontrado al fin esa persona que le iba a querer como merecía.

—Felicidades, ha sido una boda preciosa y divertida —nos dijo ella con una sonrisa en los labios.

Era guapísima, morena y con unos ojos color miel que brillaban con el sol de un modo que casi parecían ambarinos.

—Bueno, es lo que tiene celebrarla con esas dos locas. —Reí mirando a mi prima y su mujer.

—Me suenas mucho —dijo Adam mirando a Jimena, poniendo así voz a mis pensamientos.

—Era la dueña de uno de los edificios que salieron a la venta hace unos meses —comentó Francisco—. Nos caímos bien y... aquí estamos —sonrió.

—Hacéis buena pareja —sonreí—. Más te vale que a ella no le hagas daño o te las verás conmigo, Paquito —le advertí.

—No, no, descuida.

—Gracias por venir, divertíos. —Le di un abrazo y aproveché para susurrarle al oído—. Me gusta para ti, es perfecta. Pero no la cagues.

—Sí que lo es —respondió y cuando se apartó, nos dimos un beso en la mejilla.

Adam y yo nos quedamos mirando a la pareja que se veía de lo más feliz y nos alegrábamos por ellos.

Picoteamos de las bandejas de entrantes que iban dejando en las mesas y bebimos vino, brindando con unos y con otros.

Yo seguía sin poder quedarme embarazada y al final habíamos decidido ir a ver a especialistas. Después de unos exámenes médicos, el doctor nos dijo que los dos estábamos bien y no debíamos preocuparnos, que cuando menos lo esperara me acabaría quedando embarazada, que solo tenía que relajarme y olvidarme un poco de ese tema, ya que lo único que conseguía era angustiarme y los nervios no eran buenos para concebir.

Pasamos a disfrutar de la comida que nos servían y tenía todo una pinta deliciosa. El marisco daba gloria verlo y esa carne estaba para chuparse los dedos.

No faltaron las risas en ningún momento y tampoco las peticiones de que nos besáramos, por lo que las dos parejas complacíamos a nuestros invitados con un beso de esos de película que a

mí me dejaba con ganas de más.

Pasamos a cortar las tartas y servir nosotros mismos los trozos en los platos, esos en los que Daniela y Paris además añadieron una trufa para cada invitado.

La boda estaba siendo un no parar de momentos bonitos y divertidos, y llenos de brindis por el novio, las novias, los padres de todos y la abuela Leonor, que se había ganado el cariño de los presentes con sus locuras.

—Vamos, niñas, hora de que tiréis el ramo —dijo mi madre, y ahí que fuimos las tres para ponernos en posición.

—A ver, hombres y mujeres solteros de esta boda, pónganse ahí —pidió mi prima.

—Abuela, ¿tú dónde vas? —Me eché a reír al verla.

—¿Dónde voy a ir? A ponerme aquí a ver si me cae el ramo.

—Mamá, por Dios, quita de ahí. —Rio mi madre.

—Ay que joderse, no puede una hacer nada —resopló y se fue a un lado.

Yo tenía claro quién quería que cogiera mi ramo, así que le dije a Adam que me fuera indicando.

Mi tía Cris comenzó a contar y cuando lo lanzamos, me giré para ver si acertaba y...

—¡¡Paquito, que eres el siguiente!! —gritó mi prima.

Sí, lo había cogido él, que estaba al lado de Jimena, roja como un tomate la pobre, y él se lo dio mientras la besaba.

—Jimena, nosotras te organizamos la boda cuando Paquito se te declare —le dijo Paris—, que mira qué bonitas están siendo las nuestras.

Me reí, Francisco me miró con una sonrisilla negando porque me conocía y sabía que lo había lanzado a propósito para él, así que me encogí de hombros.

Seguimos riendo y bebiendo, y entonces llegó el momento de ese primer baile como matrimonio.

No tardé en escuchar esos acordes de *Es por ti* de Juanes, una canción que Adam no esperaba pero que a los dos nos venía como anillo al dedo.

Bueno, mejor dicho, a los cuatro, porque tanto mi prima como mi cuñada tenían sus historias de amor fallido.

Aquel fue un baile atípico también, pues no nos pegamos a nuestras parejas ni nos dejamos llevar de manera dulce y lenta, sino que bailamos mientras cantábamos, sobre todo Daniela y yo, que señalábamos a nuestra pareja dedicándoles cada una de esas palabras.

—*Y es por ti que late mi corazón. Y es por ti que he vuelto a hablar de amor. Y es por ti que brillan mis ojos hoy...*

Adam me cogió por la cintura y comenzó a bailar conmigo y a besarme, solo para después decirme cuánto me quería.

Las risas y las copas siguieron durante toda la noche, así como los bailes, y hasta nos lanzamos a cantar como si estuviéramos en un karaoke.

Mi abuela se atrevió a comenzar con el mítico *I Will survive* de Gloria Gaynor, y acabamos nosotras tres, junto con mi madre, mi tía y mi suegra, haciéndole los coros mientras todos nos aplaudían y bailaban.

Desde luego que mi abuela era tremenda, toda una reina de las fiestas y el salseo, como dijo Paris.

La siguiente en coger el micrófono fue Daniela, que se lanzó con ese *A quién le importa* de Alaska y todos cantaban con ella.

Pero sin duda alguna el broche de oro para ese momento de karaoke lo pusieron mi padre, mi tío Rodolfo y Patrick, mi suegro, cuando le pidieron al DJ que les pusiera *Stayin' Alive* de los Bee Gees.

Jamás en la vida me imaginé que mi padre y mi tío fueran a hacer una versión tan perfecta de ese trío, y en inglés.

—Por favor, qué movimiento de caderas tienen —dije.

—Por eso nos casamos con ellos, hija. —Rio mi suegra, que había descubierto que, para ser alemana, igual que su marido y sus hijos, tenía un sentido del humor buenísimo.

Adam me abrazó desde atrás y me dio un beso en el cuello.

—¿Eres feliz, pequeña? —me preguntó y sonreí.

—Inmensamente feliz, tal como dijo mi madre que podía hacernos sentir el amor.

Nos besamos y continuamos con esa fiesta que se alargó hasta altas horas, donde en ningún momento nos aburríamos y tampoco dejamos de beber, hasta el punto en que ya estábamos todos bastante perjudicados por el alcohol que no parecía que fuera a acabarse nunca.

—¡Un brindis! —gritó mi tío Rodolfo—. Porque en vuestra nueva vida como matrimonio, los cuatro seáis felices siempre.

—Y que comamos perdices, claro que sí, papá. —Rio Daniela.

—¡¡Que vivan los novios!! —gritó la abuela con la copa en alto.

Todos corearon y, en cuanto acabaron, empezamos a ver fuegos artificiales iluminando el cielo. Por la cara de mi cuñada supe que esto era cosa suya, y así lo entendió también mi prima cuando le dio un beso y ambas se abrazaron.

—Te quiero, mi vida —me dijo Adam con la frente apoyada en la mía.

—Y yo a ti, mi amor. —Nos besamos y volvimos a contemplar el cielo iluminado por los fuegos artificiales.

Capítulo 45



Ni en nuestros mejores sueños Daniela y yo habríamos imaginado que ese par de locos nos iban a llevar de luna de miel al Caribe, pero allí estábamos.

Acabábamos de llegar al resort en el que nos alojaríamos y no tenía palabras, me había quedado en *shock* al ver la villa en la que pasaríamos los próximos días.

De paredes blancas, techos de teja roja y las puertas abiertas de modo que dejaban entrar el viento suave y esa brisa del océano, aquella villa sin duda era la joya del lugar.

Estaba tan cerca de la playa que, al abrir la puerta que daba al jardín, podíamos ver las olas romper suavemente en la orilla. El agua era de un azul brillante y la arena de un blanco puro que se extendía hasta perderse en el horizonte.

Las dos habitaciones contaban con una terraza privada donde había una mesa con dos sillas para desayunar, pero los cuatro sabíamos que lo haríamos en el jardín.

—Esto es como de cuento, os lo juro —dijo mi prima asomada en la terraza de su habitación.

—Es un paraíso, pero lo mejor de todo es que vamos a estar aquí una semana sin hacer absolutamente nada... —respondió Paris con una sonrisa traviesa, mientras su mirada se perdía en el horizonte.

—¿Nada? Mira que a mí me tienes que dar amor, niña, que luego en Málaga con el trabajo no vamos a tener casi tiempo.

—Vale, me voy, que no quiero escuchar vuestras cochinadas —dije saliendo de allí.

—¿Serás perra? Como si tú no las hicieras con tu marido —protestó mi prima y me eché a reír.

Me encontré con mi marido y nos dimos un beso.

—¿Te gusta la sorpresa? —preguntó.

—Me encanta —sonreí.

—Chicos, que estaba pensando yo —dijo Paris cuando salieron las dos— ¿nos vamos a conocer la zona y comemos fuera?

—Eso, vamos a hacer un *tour* gastronómico para una primera toma de contacto con este paraíso —dijo Daniela.

—Mira que os gusta comer, y no sé dónde lo metéis —resoplé.

—Venga, vamos a probar ese marisco que dicen que está buenísimo por aquí.

Y nos fuimos del resort a la zona cercana en la que podíamos estar sin problemas y que nos recomendó la chica de la recepción.

Decir que ese primer día se nos pasó volando no era ninguna tontería, porque entre paseos, risas, copas de vino y disfrutar del marisco y la comida que había en varios puestos por la calle, se nos echó la noche encima y nos fuimos a la villa para descansar.

Bueno, descansamos, pero después de que la pasión nos envolviera y nos dejáramos llevar por ella...

La mañana siguiente nos dio la bienvenida con una suave brisa que impregnó el aire de sal, y esa frescura que ya me estaba gustando y mucho.

Desayunamos en la villa, a base de frutas tropicales, zumos naturales, tostadas, huevos, beicon, café y unos bollos recién hechos que estaban buenísimos.

Volvimos a salir para conocer un poco más de aquel lugar y nos hicimos una infinidad de fotos rodeados de aquellos parajes tan bonitos que nos rodeaban.

Comimos una carne que estaba buenísima y después fuimos a una tienda de artesanía que Paris había visto el día anterior y donde quería comprar algunas piezas de cerámica para decorar el ático.

Al salir, nos detuvimos en un puesto y probamos los cocos frescos, que estaban buenísimos.

Varias fotos más con aquella delicia en las manos y seguimos paseando por ese mercado en el que había infinidad de frutas y platos de comida que llenaban el aire de una deliciosa mezcla de aromas.

Y al igual que el día anterior, la hora de la cena nos encontró por las calles de aquel precioso rincón del mundo y fuimos a un restaurante local donde pedimos ceviche, tacos de pescado y unas empanadas fritas para compartir que estaban buenísimas.

Sobra decir que ese par de locas nos dieron la cena, como era costumbre en ellas, y que nos reímos tanto que cuando llegamos a la villa nos dolían hasta las pestañas.

Pero eso no impidió que Adam y yo volviéramos a dar rienda suelta a la pasión y a entregarnos a ese amor infinito que sentíamos el uno por el otro.

Tercer día en el Caribe y desayunamos de nuevo en el jardín contemplando esas vistas que nos ofrecía el mar azul y la arena blanca.

—Hoy vamos a hacer algo que me muero por hacer —dijo Paris con una sonrisa de esas pícaras que tanto a su hermano como a mí nos daban un poco de miedo—. Tenemos reservada una excursión en barco y... ¡Vamos a nadar con delfines!

—¿Has dicho nadar con delfines? —preguntó Daniela— ¿Eso es seguro o quieres quedarte viuda y heredar mi fortuna?

—¿Qué fortuna, loca? —dije riéndome a carcajadas.

—Coño, que no nado en billetes como tu marido, pero que tengo un salón de belleza de lo más rentable. —Volteó los ojos.

—Tranquila, mi amor, que es muy seguro y no voy a quedarme viuda —le dijo Paris dándole un beso.

—Más te vale, o juro que vengo en modo fantasma y te arruino todas tus citas hasta que te reúnas conmigo en el más allá, advertida quedas.

—Capaz es, eso sí que es seguro —le dije a Paris sin poder parar de reír.

Pero sí que nos fuimos los cuatro a disfrutar de esa excursión en barco a la que llegamos tras un breve trayecto en coche.

Y una vez en el barco, nos llevaron hasta la zona donde estaban esperándonos los delfines, esos a los que vimos nadar y salir a flote con esos sonidos característicos que hacían, y que al vernos parecieron alegrarse.

Tras unas indicaciones por parte de los guías locales que nos habían acompañado a esa excursión, nos preparamos para lanzarnos al agua.

—¿Preparados? —nos preguntó uno de los guías y todos asentimos.

Y los cuatro nos lanzamos al agua cuando el guía nos lo indicó, y no tardamos en estar rodeados por aquellos simpáticos animales que se acercaban curiosos y pidiendo que les acariciásemos.

Daniela y Paris estaban intentando nadar al ritmo de los delfines mientras los guías nos hacían fotos y grababan vídeos de aquella experiencia que no olvidaríamos ninguno en la vida.

—¡Esto es el paraíso! —gritó mi cuñada mientras un pequeño delfín la rodeaba y comenzaba a saltar a su lado.

Desde luego que aquella estaba siendo una experiencia única e increíblemente maravillosa, algo tan bonito y a la vez relajante, que cuando terminó y regresamos a la isla nos quedamos con ganas de más.

Y allí mismo nos quedamos a comer, en la orilla de la playa donde los que organizaban la excursión habían preparado una mesa larga, cubierta con manteles de lino blanco, y una gran variedad de platos locales.

—Este ceviche está buenísimo —dijo Daniela mientras se llenaba el plato como si no hubiera un mañana, y es que mi prima era un pocito sin fondo, como decía la abuela.

—Y estos tacos de pescado... —comentó Paris, mientras mordía uno— Es un pecado para las caderas.

—Serás cabrona, si no tienes de eso. —Reí.

—¿Y tú sí? Por Dios, cuñada, que estás buenísima. Si es que, porque ya le habías echado el ojo a mi hermano y él a ti que, si no...

—Oye, que estoy aquí de cuerpo presente —protestó mi prima.

—No te pongas celosa, mi vida, que yo te quiero a ti con locura. —Le dio un beso de esos sonoros en los labios.

—Más te vale, que yo lo de pareja abierta, como te dijo aquella con la que estuviste, no lo contemplo.

—Ni yo, ni yo. —Rio mi cuñada.

No podía haber imaginado una mejor manera de pasar mi luna de miel que con mi flamante y sexi marido, y en la compañía de esas dos personas que habían estado a nuestro lado en todo momento para que supiéramos cómo estaba el otro en ese año en el que no nos habíamos visto.

Las risas no faltaron en toda la comida, como tampoco ese ratito para tomar el sol y disfrutar de un refrescante zumo de frutas, así como darnos un baño en el mar antes de volver a la villa, donde, tras darnos una ducha y ponernos cómodos, pedimos que nos trajeran la cena y disfrutamos de aquellos deliciosos platos en el jardín.

Y allí seguíamos tomándonos una copa, disfrutando de la brisa de la noche, el sonido de las olas y la comodidad de una cama balinesa donde se estaba la mar de a gusto.

—¿Y si mañana nos tomamos un día de descanso? —me preguntó Adam mientras me tenía sentada entre sus piernas y me acariciaba el brazo— Solo nosotros dos, aquí en la villa disfrutando de las vistas, la comida, la cama...

Sonreí mientras le miraba por encima del hombro.

—Me parece perfecto. Y podrías darme un masaje de esos relajantes, creo que tengo la espalda un poco cargada.

—Yo te hago lo que tú quieras, mi amor. —Me mordisqueó el labio y le miré con ese deseo que me asaltaba con frecuencia.

—¿Qué cuchichea la pareja? —preguntó Daniela.

—Que mañana nos quedamos aquí en la villa.

—Solos —aclaró Adam y me reí.

—Mira qué listos, que se quieren hartar de follar, cariño —soltó Paris.

—Déjalos, a ver si con el clima y el cambio de aires llega ya Paris Daniela.

—Me niego —dijo Adam—. No voy a ponerle ese nombre a mi hija.

—¿Cómo? —Paris se llevó la mano al pecho—. Eso es de ser un mal hermano. Con lo bonito y perfecto que es el nombre.

—Sí, hermana, sí, perfecto para que se burlen de mi hija en el colegio.

—No, porque entonces van sus tías favoritas a poner orden.

—Mejor que no, Paris, que ya vimos cómo pusiste orden en la delegación. —Reí.

—¿Y tienes quejas? Porque ahora te respetan.

—Y a ti todavía te tienen un poco de miedo —dijo Adam con una risita.

—Mejor, mejor, porque algún día yo tomaré las riendas de tu imperio y me tendrán más miedo todavía.

—No me cabe la menor duda. —Rio él de nuevo.

Y así pasamos el resto de la noche, entre risas y copas, esperando a que llegaran los siguientes días, esos en los que seguiríamos disfrutando de cada momento juntos antes de volver a la rutina diaria.

Capítulo 46



Habían pasado tres meses desde que volvimos de la luna de miel, y en este tiempo tanto Adam como yo habíamos estado muy centrados en el trabajo, por no hablar de que yo me conseguí olvidar del tema del embarazo.

Como todos me decían, ya llegaría mi momento, y si no estaba de que la madre naturaleza nos concediera ese regalo, pues no pasaba nada, que había infinidad de posibilidades de ser padres, y los dos habíamos hablado de la opción de adoptar dado que había tantos niños que necesitaban un hogar donde crecer y recibir todo el cariño que pudiéramos darles.

En la delegación todo iba genial, los dos trabajábamos desde casa, pero solíamos ir a las oficinas para reunirnos con Francisco y hablar de algunos expedientes importantes, además de cuando había que hacer alguna videollamada importante con la sede de Berlín y que estuviéramos los tres presentes.

Mi padre seguía trabajando allí y estaban todos encantados, así como Adam, que confiaba en su suegro plenamente para poder poner orden en aquellas oficinas y que le tuviera al corriente si alguien se desviaba del camino.

Como ya intuí meses atrás cuando conocí a mis suegros, finalmente decidieron mudarse a Málaga, vendieron la casa de Berlín y compraron una aquí, no muy lejos de la nuestra, también amplia y con muchas habitaciones para cuando quisiéramos hacer una de esas fiestas familiares que solían acabar con todos muertos de risa y con alguna copita de más.

Era viernes y Adam había ido a la delegación porque le llamó Francisco el día anterior para hablar de un expediente que nos estaba volviendo locos a todos. Me dijo que fuera con él, pero me levanté sintiéndome un poquito mal y preferí quedarme en casa.

El caso es que debía de estar cogiendo una gripe o algún virus estomacal, porque sentía un malestar que, en cuanto terminé de desayunar, acabé por ir corriendo al cuarto de baño a vomitarlo todo.

No había terminado de limpiarme cuando llamaron al timbre.

—Buenos días, Paris —dije al abrir la puerta y ver allí a mi cuñada.

—Por Dios, niña ¿qué te pasa? Vaya cara tienes.

—Debo estar incubando algo porque me he levantado con malestar, y acabo de vomitar el desayuno —contesté cuando llegamos a la cocina para prepararle un café, pero ella no dijo nada y al girarme la vi parada y con los ojos muy abiertos—. ¿Qué?

—¿Malestar? ¿Vómitos? Olivia, cariño ¿no será que ya...? —Me señaló la tripa, fruncí el ceño y negué.

—¿Crees que con el tiempo que hace que lo llevamos intentando sin éxito, voy a estar embarazada? Imposible —resoplé.

—Lo que tú digas. —Cogió el móvil y llamó a mi prima—. Amor, pasa por la farmacia y compra cinco o seis pruebas de embarazo, te espero en casa de tu prima. No, joder, no son para mí. ¿Es que ahora tienes lo que mi hermano entre las piernas, capulla? Anda, date prisa. —Y colgó—. Listo, a salir de dudas —sonrió mientras se sentaba en uno de los taburetes.

—Has hecho a mi prima ir a la farmacia para nada, ya verás. —Volteé los ojos—. Además, el periodo... —Pero me quedé callada, porque en ese preciso instante caí en la cuenta de que no recordaba cuándo mierda me había bajado.

—¿Qué pasa con el periodo? —Curioseó, esperando su café.

—Que no sé cuándo fue la última vez que lo tuve.

—Dos de dos, cuñada, seguro que estás preñada. Mira, una rima. —Rio.

Cogí el móvil y entré en la aplicación que tenía para controlar mis días, pero claro, entre la boda, la luna de miel y el trabajo a la vuelta, pues no me había parado a pensar que no me había bajado desde...

—Joder, desde la semana antes de la boda —dije mirando a mi cuñada.

—¿No te ha bajado desde entonces?

—No —negué.

—Genial, pues no va a hacer falta que hagamos las pruebas, pero vamos, por si acaso, para cerciorarnos.

Se tomó el café mientras esperábamos que llegara mi prima, y a mí me iban a comer los nervios de la espera y la angustia que tenía.

¿Cómo no me había dado cuenta de que no me bajaba el periodo? Nunca había estado tan perdida en ese asunto, y ahora hacía tres meses que no me había bajado.

Cuando sonó el timbre, Paris fue corriendo a abrir a mi prima, que entró en la cocina abriendo

la bolsa de la farmacia y sacó las seis cajas de test.

—Vamos, a mear aquí en esto que quiero saber si vamos a ser tías —me dijo Daniela con una sonrisa en los labios.

Suspiré, cogí las cajas y el móvil y me fui al cuarto de baño para hacer pis en esos seis palitos. Ojo la que me habían liado esas dos locas en un momento, total para que igual esto no fuera más que cosa de los nervios y aquí no hubiera ni bebé ni nada.

Dejé todos perfectamente colocados en el mueble del lavabo, me senté en el taburete a esperar mientras dejaba el cronómetro del móvil funcionando y cerré los ojos.

De manera inconsciente, como en otras ocasiones, me llevé la mano a la barriga, pero esta vez... No sabría explicarlo, pero esta vez tenía una sensación diferente, como si de verdad ahí dentro estuviera creciendo mi bebé.

Pero no quería hacerme ilusiones porque ya sabía lo que era eso, lo mal que lo pasaría después al saber que la prueba tenía como resultado un negativo más grande que una casa, y no quería volver a derrumbarme de nuevo.

Cuando sonó el aviso de que habían pasado esos cinco minutos de espera, cogí aire, abrí los ojos y me levanté para mirar esas pruebas que seguían allí colocadas.

Positivo. Positivo. Otro positivo. Cuatro, cinco y seis.

Seis positivos que me indicaban que, salvo que aquello fuera una broma, estaba embarazada.

Volví a sentarme en el taburete y comencé a llorar, pero de felicidad, de saber que finalmente, con eso de olvidarme por completo del tema y no obsesionarme, de haberme relajado, me había quedado embarazada del hombre al que amaba.

Mi móvil empezó a sonar y ni siquiera miré quién era antes de responder, y lo hice llorando a lágrima viva.

—¿Diga?

—¿Olivia? ¿Estás bien? —preguntó Adam— Cariño, ¿estás llorando?

—Sí, Adam, estoy llorando.

—¿Por qué? ¿Qué pasa, mi vida?

—Estoy embarazada —respondí llorando aún más.

—¿Qué? Pero ¿estás segura?

—Tengo seis pruebas delante que dicen que sí. —Lloraba mientras me secaba las lágrimas.

—¿De verdad?

—Sí, espera. —Activé la cámara del móvil y le mandé una foto, no tardé en escucharle gritar.

—Dios, pequeña, voy para casa ahora mismo —me dijo y noté que tenía la voz tomada por la emoción igual que yo—. Te quiero, cariño. Ahora te veo.

—Vale —respondí y corté.

—¿Te has colado por el desagüe, prima? —preguntó Daniela al otro lado de la puerta, y la abrí llorando— Mierda, otro negativo —suspiro—. Lo siento mucho, cariño. —Me dio un abrazo.

—Es positivo —murmuré.

—¿Qué has dicho?

—Que es positivo, todos lo son.

Daniela se asomó y empezó a chillar como una loca, cogiendo las seis pruebas, y fue corriendo a la cocina donde estaba Paris.

—¡¡Que vamos a ser tías!! —gritó.

—No me jodas, ¿de verdad o te estás quedando conmigo? —Escuché decir a Paris.

—Mira, mira qué fila de positivos.

—¡Olivia, cariño! —Paris se echó a llorar igual que mi prima mientras las dos me abrazaban y me decían lo mucho que se alegraban.

Así estuvimos hasta que llegó Adam, que entró en casa como un huracán y fue directo a la encimera donde estaban los seis positivos.

Me cogió en brazos y comenzó a besarme y dar vueltas conmigo, llorando tanto como lo estábamos las tres.

Una hora después estábamos entrando en la consulta de mi ginecóloga, que nos atendió con urgencia para ver si eran seis falsos positivos, pero incluso ella dijo que eso sería una enorme casualidad, a lo que Paris dijo que más bien deberíamos llamarlo tremendísima putada.

Sí, mi cuñada y mi prima entraron con nosotros en la consulta porque querían ser las primeras en acompañarnos en ese momento.

—Ahí está ¿lo veis? —preguntó la ginecóloga.

—¿Ese punto blanco? —dijo Daniela.

—Justo ese, sí —sonrió—. Y este... —Hizo una pausa y entonces escuchamos sus latidos—. Este es su corazón.

—Mi vida, vamos a ser padres —dijo Adam llorando tanto como lo estaba yo.

—Por fin —sonreí.

—Te amo, pequeña. —Me dio un beso en los labios y nos quedamos llorando, viendo aquel punto blanco que ya era nuestro bebé.

Por las fechas nos cuadraba que me había quedado embarazada la última noche de nuestra luna de miel, a lo que Daniela y Paris dijeron que sabían que en ese viaje mi marido daría de lleno en la diana.

En cuanto salimos de la consulta, Adam llamó a sus padres y yo a los míos para invitarles a comer, queríamos darles la noticia a todos juntos.

Sobra decir que cuando se enteraron, las lágrimas de felicidad no se hicieron esperar.

Todos estaban encantados con la noticia, y mi madre me dijo que sabía que tarde o temprano ese bebé llegaría a nuestras vidas.

Feliz, así me sentía en ese momento, feliz y completa sabiendo que, ahora sí, mi vida y la de Adam empezarían a sonar de manera diferente, esa en la que habría risas y pasitos de una pequeña personita que era parte de los dos, fruto de ese amor infinito que sentíamos y que también sentíamos ya por nuestro pequeño bebé.

Epílogo



Diez años después...

Sin lugar a duda, la vida para Adam y para mí sí que comenzó a sonar diferente desde el momento en el que supe que estaba embarazada.

Los antojos, los días de llanto sin motivo, las hormonas haciendo de las suyas, la hinchazón y el dolor de todas y cada una de las partes de mi cuerpo fueron el resultado de que nuestra vida cambiara.

Cuando nació Lisa, nuestra hija, pues así quise llamarla, nombre que llevó como toda una guerrera la primera esposa de mi marido fue su llanto el que se escuchaba en casa, así como después sus pasitos correteando por cada rincón.

Ahora tenía nueve años y no era nuestra única hija, porque, aunque sí fue la que más se hizo de rogar para llegar a nuestras vidas, trajo consigo la sorpresa de que el resto de nuestros hijos llegaron mucho más rápido.

Daniel tenía siete años y medio, Patrick tenía seis, Andrés, cinco, Fran, cuatro, y la pequeña de todos, Leonor, ya tenía dos años y medio.

Y con ella nos plantamos, porque veía que al final acabaríamos teniendo nuestro propio equipo de fútbol.

Eran todos preciosos, una bonita mezcla de su padre y mía, todos rubios como nosotros, algunos con los ojos azules de Adam y otros verdes, como los míos.

Daniela y Paris decían que nos olvidáramos de que los niños estudiaran finanzas para seguir con el legado familiar, que ellos tenían que ser modelos de lo guapísimos que eran.

No era amor de madre, ni tampoco de abuelas ni bisabuela, pero sí que teníamos seis hijos guapísimos.

En estos diez años nada entre nosotros había cambiado, Adam y yo seguíamos tan enamorados como el primer día. Trabajábamos desde casa y nos reuníamos en las oficinas de la

delegación para los expedientes que requerían nuestro análisis.

También viajábamos a Berlín si nos necesitaban en la sede principal, donde habíamos optado por comprar una casa más grande para esos casos y donde teníamos un matrimonio trabajando interno que la cuidaba y se encargaba de tenerla siempre a punto.

Los niños nos acompañaban y se quedaban encantados con sus «abuelos» Hans y Nona, que así se llamaban, y a quienes trataban de abuelos con todo el cariño que les tenían.

Mis padres seguían viviendo en casa de mi abuela porque ella decía que ya no quería estar sola. Estaban los tres encantados con mis hijos, al igual que los padres de Adam y mis tíos, Rodolfo y Cris, que también eran abuelos por parte de mi prima Daniela y Paris.

Ellas adoptaron a una niña preciosa, morena y con unos ojazos azules que parecían el mismo cielo en pleno verano.

Ahora tenía seis años, como mi hijo Patrick, y llevaba cuatro formando parte de nuestra familia.

Habían estado mucho tiempo intentando ser mamás por inseminación, pero ninguna de las dos pudo lograrlo, por lo que finalmente optaron por la adopción y eran unas madres estupendas. Y la pequeña Claudia, que así se llamaba mi sobrina, un amor de niña.

Francisco, nuestro querido Paquito, se casó con Jimena hacía ya ocho años, después de casi tres de noviazgo y uno de convivencia.

Me alegraba por él porque también merecía esa segunda oportunidad que yo tuve después de que la mala de Silvia nos arruinara a los dos por completo.

Y eran padres también, tenían dos hijos, Marta de cinco años y Samuel de tres. Eran unos niños tan guapos como ellos y de lo más cariñosos que se llevaban genial con nuestros hijos.

Quien también nos dio la sorpresa de que sentaba cabeza fue Eric, ese analista al que todos queríamos con locura y que se enamoró de una de las analistas de la sede de Berlín que vino a nuestra boda y con la que mantuvo el contacto siempre y a quien fue a visitar en varias ocasiones.

Todos creímos que no era más que otro capricho para él, hasta que al saber que iba a ser padre le pidió matrimonio y se la trajo para Málaga a trabajar en la delegación de aquí.

Alana y él eran una pareja de lo más feliz junto a sus mellizas, Bianca y Erika, de seis años.

La vida nos había sonreído a todos, y a mí me había devuelto a mi padre después de veinte años de ausencia, pensando algo que en realidad nunca ocurrió, y sabía que no ocurriría.

Porque veía ese amor tan grande que sentía por mi madre y cómo la miraba, porque la tenía como a una reina y, como él decía, besaba el suelo por donde ella pisaba.

Se había perdido veinte años de verme crecer, pero estaba presente en la vida de mis seis hijos y en ella le quería tener hasta que fuera inevitable que tuviera que dejarnos.

Porque, como él decía, solo la muerte le separaría de su familia.

—Amor, ¿qué haces despierta? —preguntó Adam apareciendo por el salón donde me había quedado sentada tomándome un té.

—Leonor tuvo una pesadilla, fui a calmarla y bajé a tomarme un té. —Levanté la taza.

—Lo siento, no la oí llorar —dijo acomodándose a mi lado en el sofá y me pasó el brazo por los hombros para que me recostara sobre él.

—¿Y tú qué haces aquí?

—Me desperté y al ver que no estabas en la cama, me asusté.

—Por si me había fugado con mi amante joven y sexi, y te dejaba solo con los seis niños, ¿a que sí? —Arqué la ceja y se echó a reír.

—Justo por eso, sí.

—Imposible, él hoy está con su novia. —Me encogí de hombros.

—Vaya por Dios, así que yo te comparto con otro, al que tú compartes con otra.

—Ya ves, la vida que es muy loca últimamente.

—¿Te he dicho hoy lo mucho que te amo, pequeña? —preguntó sosteniendo mi barbilla con dos dedos mientras me miraba a los ojos.

—No, por eso me iba a ir con mi amante joven y sexi.

—Te amo, que no se te olvide nunca —susurró, y unos segundos después sus labios estaban sobre los míos en uno de esos besos que tanto me gustaba que me diera.

—Yo también te amo, Adam, como el primer día.

—No dejes de hacerlo nunca, por favor, porque mi vida sin ti y sin los niños no sería vida.

—Al igual que alguien a quien conocí hace años me dijo, yo voy a amarte a ti hasta que la muerte nos separe —Adam sonrió y apoyó la frente en la mía.

—Nunca te di las gracias —murmuró.

—¿Las gracias, por qué?

—Por haber sido como fuiste en aquellos días en Hamburgo, y aquí cuando vine, por entender que mi vida era complicada y aceptar que tal vez nunca podríamos estar juntos. Y por esperarme, porque sé que lo que hacías, aunque fuera de manera inconsciente.

—No tienes que agradecerme nada, mi amor. Ya te dije que te honraba ser como eras, que muy pocos hombres había en el mundo que amaran tanto como tú lo hacías. Y lo de que te esperé —sonreí—, es que no podía verme con nadie más, no quería a nadie más. Y te habría esperado toda una vida de ser necesario, porque eras el hombre al que mi corazón había elegido.

—El mío también, porque aquel día que nos conocimos, sin que tú te dieras cuenta, yo había estado observándote desde el minuto uno en el que entrase allí. Y cuando nos miramos, cuando vi esos bonitos ojos que tenías, mi corazón lo supo. Yo me di cuenta en aquellos días, pero no podía dar el paso, me debía a Lisa.

—Lo sé, mi vida. —Le acaricié la mejilla y le di un beso breve en los labios—. Pero la espera mereció la pena, porque tengo al hombre más maravilloso y al que más quiero a mi lado. Y seis hijos que son nuestro mayor tesoro. No cambiaría nada de lo que tuve que vivir antes de ti para llegar donde estamos ahora, absolutamente nada.

—Te amo, y siempre te amaré, pequeña. —Acarició mi mejilla y volvimos a besarnos.

Nos quedamos allí abrazados en silencio, sabiendo que en ese instante no necesitábamos nada más.

Pero no tardó en cargarme en brazos y llevarme a nuestra habitación, donde no dudó ni por un segundo en hacerme tocar el cielo con las manos mientras nos entregábamos a los besos, a las caricias y a ese deseo mutuo que nos envolvía cada noche.

Porque sí, a pesar de los años que habían pasado, Adam y yo seguíamos permitiendo que la pasión tomara el control por las noches. Eran momentos en los que nos entregábamos por completo, amándonos sin límites ni restricciones, disfrutando de cada instante como si el tiempo no existiera.

Mis redes sociales:

Instagram: @aitorferrerescritor

Facebook: [Aitor Ferrer](#)

Amazon: relinks.me/AitorFerrer